

Erotíssima

Venus Sade



Erotísima

Venus Sade

Pobrecito mío, no se puede creer lo que le está pasando. ¡Ni siquiera se atreve a mirarme! Se nota que es un chico tímido. Yo creía que los suecos son la mar de lanzados. ¡Hasta le cuesta respirar! Y está rojo como un tomate.

—¿Nunca te has acostado con una chica?

—No.

—Yo tampoco me ha acostado con nadie, ni con chicas ni con chicos, así que estamos igualados.

Carl parece un príncipe azul, tan alto, con ese pelazo rubio que le llega a los hombros y esos ojazos azules. Además es súper guapo. Cuando lo vi por primera vez me quedé de piedra. Ahí está el galán que me hará perder la virginidad, me dije.

Carl mira de reojo mis tetas tremendas. Estoy tan excitada que los pezones se han hinchado y se han puesto duros. ¡Están rebosantes de deseo!

—Anda, ven a sentarte conmigo.

Estoy en el sofá de Carl, desnuda. Es un sofá cómodo, confortable, casi diría que lujoso. Carl sigue de pie, tieso como un soldadito de plomo. Acaba de llegar de la universidad. ¡Ni siquiera se ha quitado la mochila! No sabe qué hacer. No para de preguntarse cómo he podido colarme en su casa. Le parece surrealista que yo de repente me haya quitado la ropa y que esté tan pancha en el sofá de su casa, mirándolo con ojos vidriosos de deseo.

¡Ven a mí, polluelo, no tengas miedo, que vamos a pasarlo muy bien, ya verás, te lo prometo!

Saco del bolso la cajetilla de tabaco y me enciendo un cigarrillo. Carl me mira horrorizado. Se ve que en Suecia las chicas no fuman.

—¿Te parece mal que fume?

Carl chasquea la boca y niega con la cabeza. Empieza a recuperarse del sofoco y la sorpresa. Se nota que tiene ganas de hablar, de decir algo, de no quedarse callado, de demostrarme que no es tan tímido como es. Además habla muy bien español, lo sé. He oído cómo habla español con sus

compañeros de la universidad.

—¿Tú no fumas?

—No.

—¿Por qué no me sirves una copa y te sientas aquí, a mi lado?

Carl sonrío por primera vez.

—Eres una chica muy segura de ti misma...

Suelto una carcajada.

—Anda, sé buen chico, quítate la mochila y trae alcohol para que nos entonemos un poco.

Carl duda.

—¿Qué te apetece?

—Me da igual. Lo que tengas.

Carl se pone en movimiento. ¡Por fin! Se quita la mochila y sale del salón. Al verlo de espaldas me fijo en su culo, es inevitable. ¡Dios mío, qué culito tiene, súper respingón, tan redondito y sacado que parece que va a reventar las costuras del pantalón!

Me encanta que lleve pantalones ajustados. Así también se le marcan esas piernotas bien musculadas que tiene. Se nota que es un tipo deportista. O por lo menos da el pego. Pasaría por atleta del equipo olímpico sueco. ¡Ay, siempre he sentido debilidad por los nórdicos! Como los vikingos. Sí, Carl podría ser un vikingo perfectamente. Sólo hay que ponerle un casco con dos cuernos.

Yo entre tanto me enciendo otro cigarrillo y sigo fumando. ¡Me encanta fumar! Me encanta verme rodeada de humo. Aunque lo que más me encanta es el efecto que provoca el tabaco en mi cerebro. Dispara los neurotransmisores. Cuando necesito pensar, necesito fumar. El pensamiento y el tabaco están asociados. Los nazis descubrieron que el tabaco es bueno para pensar, te ayuda a pensar, porque activa los neurotransmisores. Por eso prohibieron el tabaco. Todo lo bueno está prohibido, como digo yo.

Saco el espejo de mano del bolso para echarme un vistazo a mí misma. ¡Ay, espejito mágico! Estoy guapísima, como siempre. No desmerezco. Quedo bien al lado de Carl, aunque él sea un chico súper guapo. ¿Cómo puede haber un chico tan guapo? Tiene cara de guerrero mitológico, de Hércules o de Aquiles o de Teseo o de todos a la vez.

Yo soy como soy. Me gustaría ser una morenaza despampanante como mamá, pero en lugar de eso soy una rubia despampanante. He sacado el pelo rubio de papá y el cuerpazo despampanante de mamá, su culazo, sus

tetazas, sus piernotas y su cinturita. Mamá y yo somos diosas del amor. Hemos nacido para el placer. Para entregarnos al placer todas las horas del día y de la noche. Es lo que hay, hija, hay que aceptarlo. Yo lo acepto. Mamá, no.

Claro que mamá y yo también nos diferenciamos en la cara. Mamá tiene una cara más fina y pija, digamos al estilo Edurne, y mi cara es más sensual, tipo Cristina Pedroche, con los labios bien carnosos. Me tienta maquillarme un poco. Me gusta maquillarme. Me he vuelto una experta. Pero no me da tiempo. Carl está de vuelta. Trae una botella y dos copas. Llena las copas. Le tiembla el pulso. Está nervioso. No quiere hacer lo que está haciendo. Se siente culpable. Pero a la vez quiere hacerlo, de lo contrario no lo haría. ¡He ahí el eterno dilema del deseo! Luchando siempre con la culpa. Con la supuesta voz de la conciencia. Porque no somos animales, claro, se supone. No podemos hacer lo que nos apetezca.

Mientras bebemos observo que Carl tiene varios libros sobre la mesa.

—¿Te gusta leer?

—Sí. Novela histórica.

—A mí también me gusta leer. Pero sólo leo novela erótica. He reunido doscientas novelas eróticas. Claro que tengo que esconderlas. A mi padre le daría un soponcio si las descubre. Por suerte mi madre me sirve de tapadera. Ella sabe que me chiflan las novelas eróticas. De hecho ella me ha comprado varias.

—Ya...

Dejo la copa sobre la mesa y me lanzo sobre Carl. Clavo mi boca en la suya y le meto la lengua hasta dentro. Ya se ha empalmado. Lo noto al palparle la entrepierna. Cielos, tiene un aparato considerable, qué ilusión.

Nos morreamos. Me encanta. Tiene los labios suaves y carnosos. Y sabe mover la lengua muy bien. Cualquiera diría que es inexperto. Los suecos deben de nacer con habilidades amatorias de serie, como los extras de los coches.

Me pongo a frotarle la entrepierna mientras nos morreamos. Noto cómo late su pene. ¡Espero que no termine antes de tiempo, sería una lástima!

Entonces Carl se lanza, de repente. Siento su mano sobre mis pechos. Los acaricia, los amasa. Me encanta que me toque los pechos mientras nos besamos, es súper excitante. Y juega con los pezones, esos pezones míos que sobresalen un montón cuando estoy excitada, como un miembro masculino que se yergue. Y se ponen duros, cada vez más duros, como si fuesen a

reventar en cualquier momento.

Ya está. La cosa ha durado poco. Normal. Esto pasa cuando no tienes experiencia y estás más salido que el pico de una mesa. Carl acaba de terminar, mientras nos morreábamos y yo le frotaba la entrepierna y él me tocaba los pechos.

—¡Mierda!

—No pasa nada, hijo.

—Soy un idiota.

—Qué tontería.

Carl se ha puesto rojo como un cangrejo. Me mira con cara de cordero degollado, tapándose la entrepierna con la mano, como si temiese que yo vea algún rastro de su semen.

—Voy a ducharme.

—Me parece bien.

Carl se marcha. Oigo el agua de la ducha. Cielos, tengo la respiración entrecortada. ¡Qué beso memorable! No es la primera vez que me beso con un chico, claro, pero besar a Carl ha estado más que bien. Me palpo el sexo. Está húmedo. Me froto un poco los labios vaginales. Y el clítoris. Qué delicia. Estoy a cien. Lástima que mi hombrecito se haya marchado antes de tiempo, precipitadamente. Ha sido un visto y no visto. Es lo que hay. No me puedo creer que un chico tan guapo como él se plante en los veinte sin haberse acostado con una chica. ¿En qué piensan en Suecia? ¿No habíamos quedado en que es el país del despelote?

Carl es patológicamente tímido, he ahí el quid de la cuestión. Hasta en Suecia hay chicos súper tímidos incapaces de entablar una relación con una chica. En fin. Suspiro. Me acaricio yo sola los pechos. Tengo los pechos a reventar. ¡Qué duros están los pezones! Casi me duelen al tocarlos.

Esto no puede quedar así. Me levanto. Voy en pos del agua de la ducha. Me cuelo en el cuarto de baño. Por suerte Carl no ha echado el pestillo. Tenía demasiada prisa por lavar su vergüenza. Veo el cuerpo de Carl a través del cristal de la cabina de la ducha. Cielos, qué cuerpo musculoso. Se le marcan las abdominales. Qué brazos. Y qué hombros. Y qué decir del pecho. Carl parece un Madelman. ¿Se machacará en el gimnasio?

Sé que estoy loca, no puedo evitarlo. He abierto la cabina de la ducha y he ido directa al grano. Me he metido el pene de Carl en la boca. ¡Uff, tiene un aparato enorme, como los que se ven en las revistas porno que guardo debajo de la cama! Carl podría trabajar perfectamente de actor porno y de

modelo porno. ¡Lo tiene todo! ¿Cómo ha podido aparecer este juguete de hombre al lado de mi casa? ¡Es un regalo de la providencia! Y además patológicamente tímido y patológicamente virgen. ¡Qué bendición! ¡Me lo como!

Y eso es de hecho lo que estoy haciendo. Me estoy comiendo su miembro masculino, su glorioso pene, su polla descomunal. Es tan grande que ni siquiera me puedo meter la mitad en la boca. Carl se ha empalmado de inmediato, es normal. Su timidez le impide reaccionar, protestar, apartarme a un lado, mover un dedo. Pero no le impide empalmarse...

Me encanta chupártela, querido. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Espero que esta vez no me dejes con las ganas. Estoy tan cachonda. Estoy tan caliente. ¡Madre mía! Felación, lo llaman en las novelas eróticas. Mientras le hago a Carl este pedazo de felación le agarro el culo con las dos manos. Una mano para cada carrillo del culo. Vaya culo. Qué traserito tienes, hijo mío. Qué bien te hizo tu madre. Tiene el culo tan redondito. Y está duro, está musculoso. Bueno, es un decir. No es que esté duro como una piedra. Está firme, con tono muscular. No es un culo blanduzco. Claro que qué otra cosa se podía esperar de este bomboncito de chico. ¡Si es que lo tiene todo!

Es muy excitante hacer esto debajo de la ducha, aunque el suelo se está encharcando. Me encanta hacer cosas políticamente incorrectas. Me encanta atentar contra las normas, provocar, ser diferente y atrevida. Y me encanta esta mamada que le estoy haciendo a Carl. Otra novedad. Nunca le había hecho una mamada a un chico.

Carl se ha apoyado contra la pared. Está jadeando. Me lo imagino con los ojos entornados, viendo las estrellas del placer. Soy una chica cinco estrellas, querido. Chupeteo el glande, esta bola carnosa con forma de corazón que corona su enorme pene un poco curvado hacia la derecha.

Mientras chupeteo el glande y le doy lametazos, froto el tallo del pene, primero con la mano derecha, luego con la mano izquierda. Estoy de cuclillas y la postura es un poco incómoda, así que me tengo que apoyar en la mano que tengo libre, por turno, para que no se me acalambre el cuerpo. Las piernas ya se me están acalambrando, así que me pongo de rodillas.

Colosal, la imagen de sumisión es absoluta. Estoy arrodillada ante el héroe mitológico, haciendo homenaje a su glorioso sexo, sin dejar de estrujar esos glúteos poderosos que tanto he deseado tocar cada vez que me encontraba con Carl por la calle o cada vez que lo veía desde la ventana de mi habitación.

Ha vuelto a pasar. Me lo temía. Era previsible. El chico está más salido que el pico de una mesa. Estaba necesitado, el pobre. De golpe y porrazo está cumpliendo sus sueños. De repente su pene empieza a expulsar semen, en diferentes bocanadas, mientras yo sigo chupándole el glande para succionar todo el semen y tragármelo. Qué rico. Está delicioso. Esto es genial.

Me incorporo. Empiezan a dolerme las piernas. He terminado de succionar y tragarme todo el semen y el miembro de Carl se ha aflojado otra vez, así que no hay nada más que hacer, por el momento. Carl sigue apoyado de costado contra la pared. No se atreve a mirarme.

Cierro el grifo para que el suelo no siga encharcándose y me quedo mirando a Carl. Qué vulnerable se ve ahora. Parece un pollito aterido de frío.

—¿Te ha gustado?

—Sí...

—A mí también. ¡Mucho!

Carl me mira de reojo, dudando.

—Pero tú no has terminado.

—No importa, pero ha estado genial, te lo juro.

Carl se siente apurado. Su hombría está en entredicho. Le avergüenza terminar una y otra vez sin haberme dado placer, sin haber correspondido al placer que yo le doy a él, sin ser un hombrecito como dios manda, un tipo viril y todas esas monsergas que les venden a los tíos desde que son críos. Yo soy feminista. Sé bien de lo que hablo.

Ahora que Carl está empapado de agua me gusta más que cuando estaba seco. Miro su cuerpo, de arriba abajo. ¡Es tan bonito! Un Madelman en carne y hueso, sin un gramo de grasa. Es un cuerpo tipo fitness, recio, fuerte, bien definido, como los cuerpos de los deportistas profesionales.

Miro a Carl directamente a los ojos, desafiante.

—¿Quieres follarme?

Carl vuelve a dudar. Es un mar de dudas, el pobre. Intenta decir algo, pero no le salen las palabras. Está aturullado. La situación le sobrepasa. Pobrecito mío. Qué gracia, no para de sonrojarse. Nunca había visto a nadie sonrojarse tantas veces seguidas. ¿Cómo puede existir hoy en día un chico así, que parece salido de una de esas novelas románticonas, ambientadas en la época victoriana, que tanto le gustan a mamá? ¡Eres un anacronismo viviente, hijo mío! Pero yo estoy encantada contigo, claro. Me ha tocado el premio gordo. Es materialmente imposible que me encuentre con otro chico como tú, tan guapo, tan macizo y tan inocentón.

Por eso hay que aprovechar la oportunidad, ¡a tope!

Me pongo a lamerle los pezones, a darle ligeras y tiernas lengüetadas a los pezones, y suaves besitos sonoros y ligeros mordisquitos, qué gozada, qué delicia. Sus pezones también se ponen duros y se hinchan, aunque no tanto como los míos.

El pajarito ya se ha levantado. Le excita mogollón que le chupe los pezones. Se ve que los chicos tienen un erotismo parecido al de las chicas, en ciertos aspectos. Le agarro el pajarito. Me chifla. Qué rico es. Sobre todo ahora que vuelve a estar duro y levantado. Lo acaricio suavemente. Y acaricio los testículos. Qué ricos son también. Y bastante grandes, creo. Carl es un tipo bien dotado en todos los sentidos.

Nos besamos en la boca, poco a poco, saboreando nuestras bocas, jugueteando delicadamente con nuestras lenguas, intercalando tiernos besos sonoros y ligeros mordiscos de nuestros labios. Carl posa las manos en mis caderas. Luego me agarra el culo, como hice yo antes con él, con las dos manos. Un carrillo del culo para cada mano. Yo hago lo mismo. Es fantástico besarse en la boca sensualmente mientras nos amasamos el culo. Por suerte los dos tenemos un buen pedazo de culo.

—¡Mierda, qué buena estás...! —suelta de pronto Carl.

Luego me mira, dudando. Dudar y sonrojarse es lo que mejor se le da a Carl, por lo visto. Comprendo que duda porque se ha quedado con ganas de decir mi nombre. Claro, ni siquiera sabe cómo me llamo, aunque yo me sé de memoria todas las cosas que me puedo saber de memoria sobre él. Para Carl yo sólo he sido hasta hoy la hija única de los vecinos de al lado, qué chiste.

—Me llamo Cleo.

Carl pone cara de asombro. Le queda bien la cara de asombro. Le da un aire aún más sexi. Le asombra que haya adivinado por qué duda. Soy más lista que tú, cariño. Es lo que hay. Deberías reconocerlo.

—¿Cleo?

—Sí, ya sé que suena raro. Todo el mundo me llama Cleo. Es el diminutivo de Cleopatra.

Aguardo su reacción. Carl no reacciona. Se limita a mirarme interrogativamente, aguardando más explicaciones.

—Pues sí, Cleopatra. Así quiso llamarme mi madre. Fue un capricho. Y también fue un acto de desacato contra mi padre o algo así, porque mi padre es la mar de religioso y el nombre Cleopatra es la mar de pagano. ¿Entiendes?

Carl frunce el ceño. No sé si lo entiende.

—El caso es que a mi padre le pirra Elizabeth Taylor, o por lo menos le pirraba cuando yo nací. Y sobre todo le molaba su papel estelar en la peli Cleopatra. Creo que mi madre se casó con mi padre porque se parece mogollón a Richard Burton. Es clavadito, la verdad. Tiene la misma cara de perro cabreado. Claro que eso fue una inmensa metedura de pata para mi madre. No me mires así. Me refiero a lo de casarse con mi padre. Fue un error que está condenada a pagar toda la vida, ¿entiendes? Lo digo porque mi padre es clavado a Richard Burton, de acuerdo, pero por lo demás es un cero a la izquierda en muchos aspectos. Para empezar en la cama.

Me quedo mirando a Carl. Sigue sin reaccionar. Parece que mis palabras le entran por un oído y le salen por el otro. Claro que ahora mismo tiene cosas más importantes en qué pensar. ¡Angelito! No para de mirarme las tetas. Le encantan mis tetas. Es comprensible. Tengo ya unas berzas importantes, bien paraditas y levantadas, aunque aún no sean tan grandes como las de mamá. Mamá tiene los pechos más impresionantes que he visto. Son grandes, turgentes, bien levantaditos y con una monada de pezones, gorditos y con la areola perfecta, ni demasiado grande ni demasiado pequeña.

—¿Quieres chuparme las tetas? —le pregunto, con los brazos en jarras, desafiante.

Carl asiente con la cabeza. Lee el consentimiento en mis ojos. ¡Soy toda tuya, cariño! ¡Tómame!

¡Uff! Carl ha vuelto a lanzarse. Se nota que va a trompicones, a ráfagas, a impulsos, según consiga superar su indecisión y los bloqueos de su timidez. Me pregunto qué carrera estará estudiando en la universidad. No sabría qué decir. Le pega cualquier cosa.

Ha vuelto a lanzarse a la acción, qué bendición. Ha cogido carrerilla y ha venido él a mí solito, como un palomito siguiendo un reguero de migas de pan. Ahora lo tengo aquí, muy cerca, chupándome los pezones como yo le chupé antes los suyos. Qué gozada. La verdad es que chupa de maravilla. Y entre tanto me estruja las nalgas y las piernas y hasta el sexo. Se nota que está animado de veras. De repente se ha puesto como una moto.

Es maravilloso tener a una escultura masculina viviente haciéndote todas estas cosas, haciéndotelo pasar tan bien, estando a tu servicio, a tu entera disposición, como si fuese mi esclavo, mi siervo sexual o algo así. ¡Ay, Carl, qué rico! Me derrito de placer. Sus manos grandes y fuertes me amasan el culo mientras Carl se come literalmente mis pechos, de mil formas,

metiéndoselos en la boca y dándoles chupadas y lametazos y mordisquitos.

Y cuando se pone a cimbrear la lengua rítmicamente contra los pezones no hay quien lo aguante. No sé cuántas veces me he corrido ya. He perdido la cuenta. Cuando estábamos morreándonos en el sofá creo que me corrí dos veces. Es lo que tiene ser ninfómana. Las mujeres normales son multiorgásmicas. Y las ninfómanas somos súper multiorgásmicas. Es una maravilla nacer ninfómana, siempre que aceptes que lo eres y te entregues al asunto con ganas, sin remordimientos de conciencia. No como mamá, que es una ninfómana reprimida y se pasa el día matándose a pajas porque la pobre no ha encontrado a un hombre para hacer el amor como dios manda.

Esto va de mejor en mejor. Ahora es el bueno de Carl quien se ha arrodillado para adorarme como la diosa del amor que soy. De golpe se le han quitado las inhibiciones y se ha puesto a comerme el coño. Dios, dios, dios. ¡Madre mía! Estoy jadeando. Creo que es la primera vez en mi vida que estoy jadeando como una condenada. Carl me mete la lengua bien adentro, me chupa los labios vaginales, da vibrantes lengüetazos al clítoris. ¡Cielos, es todo un campeón! Parece un experto. Da la impresión de haberse pasado la vida comiéndome el coño. ¡Uff! ¡Uff! ¡Uff!

¡Carl, hijo mío, eres una bestia parda, qué manera de darme placer!

Ya he contado tres orgasmos desde que ha empezado a comerme el coño. ¡Es un malabarista! ¡Un verdadero artista circense del placer! Y parecía tonto el niño. Qué rápido se ha espabilado. Se nota que el propio placer es el mejor maestro del placer. Sus dos orgasmos anteriores le han dado una experiencia inapreciable y ya es todo un experto, aunque aún sea virgen, presuntamente, como dice él, y yo le creo.

Además Carl no tiene escrúpulos, lo cual es una bendición. Rechupetea bien las paredes de mi sexo para rebañar el jugo de mi placer y se lo traga sin contemplaciones, suspirando, como si fuese para él un delicioso elixir. ¡Cuánta hambre tenía! ¡Y cuánta sed! ¿Cómo puede vivir un Madelman sin disfrutar los goces de la carne? ¡Qué pecado capital! ¿No comprende que los maravillosos dones que le ha concedido tan generosamente la naturaleza no son eternos, sino caducos, y pasado mañana, como quien dice, ya se habrán marchitado? ¡Ay, cándido Carl, cuántas cosas podría enseñarte yo! ¡Yo soy la ninfómana, la gran ramera sagrada, la diosa del amor lujurioso!

Carl se ha incorporado. Vuelve a mirarme de hito en hito. Sus ojos me preguntan algo. Estamos graciosos en el plato de la ducha. El suelo sigue encharcado de agua, así que mejor nos quedamos aquí, digo yo. Sonrío. Carl

también sonrío. Genial, se ha establecido una complicidad transgresora entre nosotros. Somos unos zascandiles del amor.

—Ahora quieres follarme, ¿verdad?

Carl asiente con la cabeza. Pero esta vez no se sonroja ni duda. Ahora tiene las cosas claras y ya ha aprendido a dominar su timidez. Empieza a ser salvaje, como yo. Me encanta, lo he pervertido en un abrir y cerrar de ojos, qué maravilla, ya es un juguete erótico para mí solita, a mi entera disposición, un juguete erótico de carne y hueso, que está como un tren, para comérselo, para pasarse el día gozando, las veinticuatro horas.

—¿A qué esperas?

Carl no se hace de rogar. Se abalanza sobre mí. Se ha vuelto primitivo, ya te lo he dicho. Adiós a los miramientos y los titubeos. Ahora se trata de ser brutal, de dejarse llevar, de hacer lo que te pide el cuerpo, ni más ni menos, qué delicia, qué maravilla.

Carl me ha puesto contra la pared. Me siento aprisionada entre la pared y su cuerpo musculoso de gladiador romano. Sus brazos me estrujan, me retuercen. Su lengua se me mete hasta la garganta. Sus manos voraces me amasan con fuerza los pechos, las nalgas, la entrepierna, los muslos. Carl de repente se ha vuelto loco, está claro. Jadea, respira anhelosamente, entrecortadamente, hasta diría que gruñe como una bestia rabiosa.

Siento contra mi vientre su estaca. Qué dura está, qué grande es, cuántas ganas tiene de atravesarme. Es la espada de su deseo masculino, viril, predador. Palpita, está caliente. Sus latidos de deseo tamborilean contra mi vientre. ¡Redoble de tambores! ¡Cielos, creo que me he corrido ya tres veces desde que a Carl le han entrado estas repentinas fiebres de conquistador! Es un legionario romano rindiendo la plaza enemiga. ¡Qué bestia parda! En el fondo los vikingos y los legionarios y los gladiadores son igualitos, hombretones, mocetones, el colmo de la virilidad y la masculinidad. ¡Me rindo, conquistador! ¡Tómame! ¡Hazme tuya!

¡Ha llegado el momento, alabado sea el cielo y alabados sean todos los dioses del Olimpo y todas las vestales y las gueisas y las furcias de todo tiempo y condición! En medio de su frenesí, Carl me ha levantado en volandas, a pulso, porque tenía que alzarme para compensar la diferencia de tamaño, teniendo en cuenta que él es un Hércules gigantón. Sus fornidos brazos de héroe mitológico me tienen suspendida, al tiempo que su cuerpazo de hombretón me aplasta contra la pared. Y entre tanto apunta, su miembro busca el camino, la ruta hacia el paraíso terrenal.

La bestia quiere entrar en la cueva. Palpa, tienta, explora el terreno, una y otra vez. No es fácil, lo reconozco, entre otras cosas por la falta de experiencia, y por los nervios y la emoción del momento. Carl está a punto de profanar el tesoro del templo. ¡El santuario! El sancta sanctorum...

Por eso está bañado en sudor, el pobre. Se le había secado el agua de la ducha y ahora su cuerpo vuelve a estar bruñido, brillante, con perlas líquidas que no son de agua, sino de sudor. Son el fruto de la transpiración de su deseo demencial. Qué genuina imagen. Qué exquisitez para los sentidos.

Ven a mí, potrillo salvaje...

Y a mí viene, sí, ¡por fin lo consigue!

Siento que me rompo por dentro, que me resquebrajo. Soy una tela vieja y apolillada que se desgarrar. Un velo de polvo deshaciéndose. Me he roto, lo sé, lo siento. Eso que llaman himen se ha roto. Lo ha roto la estaca de Carl, su miembro de masculinidad, la espada de su deseo. Ya no soy virgen. Acabo de dejar de ser virgen. Y no he gritado ni he hecho aspavientos, como hacen las actrices en las películas cuando entregan su virgo al amante de turno. Aunque ha sido un dolor agudo, punzante, abrasador. Como si por un instante me hubiesen prendido fuego allí dentro.

Pero no hay tiempo para dolerse. Ahora sólo hay tiempo para el placer. Porque Carl sigue a lo suyo, sigue moviéndose, sigue dale que te pego, rítmicamente, dentro—fuera, dentro—fuera. ¡Dios, me está follando como una bestia parda, ferozmente, con voracidad, reventando mi cuerpo contra la pared! Sus embestidas son brutales, diabólicas. Carl se ha despojado de la urbanidad. Ya no es un tipo civilizado. Es un animal salvaje. Y yo me dejo hacer, me dejo llevar, me entrego. Porque eso es precisamente lo que quiero. A esto quería llegar yo. Y por fin lo he conseguido...

De pronto tomo conciencia y nos veo a los dos desde la distancia, desde afuera, como si yo fuese al tiempo juez y parte, actor y espectador. Nos veo copulando, fornicando, follando. Nos veo jadeando, gimiendo y chillando de placer, entregados a esta cópula animal, sin contemplaciones, como si estuviésemos poseídos por el Diablo, como si yo fuese una bruja y él fuese un incubo. Y me hace tanta gracia la escena que estallo en carcajadas. Mi risa histérica, delirante, marca el final del acto, porque a continuación terminamos los dos, en una deyección de placer desquiciada, un orgasmo compartido tan explosivo que aullamos como lobos al tiempo que nuestros cuerpos se estremecen, entre violentas sacudidas.

Fin de la historia.

Esto, hij@s mí@s, es lo que hay que hacer en la vida.
Ni más ni menos...

Siempre me siento terriblemente culpable. ¿Por qué soy una maldita salida mental? Papá ha muerto. Y eso es lo único que importa, se supone. Pero no, yo a lo mío, dale que te pego, con la cabeza caliente y la entrepierna echando humo. ¡Incluso en esta situación! No me lo puedo creer. Soy una enferma metal. Una depravada sexual.

—Cleo, debes despedirte de tu padre —me dice mamá, mirándome con los ojos arrasados de llanto.

¿Cuántas veces me lo ha dicho ya? A pesar de ir vestida de luto, negra como el carbón, como corresponde, mamá está muy guapa y apetecible. Mamá siempre ha tenido un cuerpo voluptuoso. Tiene unas tetas grandes, como las mías. Bueno, un poco más grandes que las mías. Y qué decir de su culo respingón. El culo sí que lo tiene como el mío. ¡Me siento tan orgullosa de mi culito respingón! Y de mis piernas bien carnosas y torneadas. ¡Mis patorras de amazona! Son casi tan perfectas como las de mamá...

¡Cielos! ¿Cómo puedo estar pensando todo esto en el funeral de mi padre?

—Ahora no, mamá.

—¿Cuándo, hija? ¡Te arrepentirás si no lo haces!

De pronto me siento aterrorizada. Al otro lado de la puerta me aguarda el cuerpo de papá. Muerto. Pero yo no quiero ir a su encuentro. No puedo. La muerte de papá es absurda, surrealista, no tiene sentido. Además se supone que me ha roto el corazón y no es así. Han quedado muchas cuentas pendientes entre papá y yo, lo sé. Y ahora que él ha muerto seguirán estando pendientes.

—¿Qué te pasa?

Mamá me abraza. Noto la presión de sus enormes tetas. ¡Qué turgentes! Y lo maravilloso es que a su edad no se le han descolgado. Lo sé porque mamá se viste y se desviste delante de mí sin el menor recato—pudor.

Pobre mamá. Nunca ha sido feliz sexualmente. Papá no sabía hacerle el amor. A papá no le picaba nunca. Podía pasarse semanas sin tocar a mamá. ¿Cómo pudo mamá casarse con un hombre como él?

Se supone que debo ponerme a llorar, pero no me salen las lágrimas. Tengo las cuencas de los ojos secas como un desierto. En vez de pensar en la muerte de papá pienso en la cantidad de veces que he sorprendido a mamá masturbándose. Porque mamá es como yo, aunque no le guste ser como yo y se niegue a ser como yo. Mamá y yo somos del tipo de mujeres que nacemos salidas. Somos ninfómanas, es la realidad. La diferencia entre nosotras es que yo lo acepto y ella lo niega. Por eso se casó con papá y se ha pasado la vida mortificándose.

Pobre mamá. Ella sí que se pone a llorar. Tiembla por un frío que le ha calado hasta el alma. Pero se niega a admitir que nunca amó a papá. Y se niega a admitir que papá nunca la amó a ella. Es terrible eso de vivir atrapado en el juego de los espejos, representando un papel que no se corresponde con la realidad.

Por suerte yo soy lo que soy y tengo la fuerza y el valor suficientes para aceptarlo y tirar pa lante. La ninfomanía no es una enfermedad. La ninfomanía es un estado de ser, nada más. Como el misticismo o la ataraxia griega pero en el polo opuesto. Igual que hay gente asexuada que no tiene ningún problema para integrarse en la sociedad, las ninfómanas no tenemos por qué auto marginarnos. Aunque hay que luchar contra la maldita culpa todos los días, eso está claro.

—¿Sabes lo que siento, mamá?

—¿Qué sientes?

—Papá era tan diferente a mí que nunca llegué a conocerlo. O quizá fue él quien nunca llegó a conocerme a mí, no lo sé. Pero ahora ya no está aquí y yo no dejo de repetirme que he vivido con un extraño, quizá porque nunca intenté entenderlo, o porque él no intentó entenderme a mí, no lo sé.

Mamá suspira. Qué congoja tiene en el pecho. ¿Cuánto tiempo llevas sin hacer el amor como dios manda, mamá? Juraría que nunca en tu vida lo has hecho. Si hicieses el amor como dios manda no tendrías esa congoja en el pecho, te lo aseguro. Deberías aprender de mí, mamá. Sí, por qué no, deberías aprender de tu hija extraviada y descastada y loca. Yo podría enseñarte muchas cosas, mamá. Por ejemplo podría enseñarte a ser tú misma. Eso para empezar, para abrir boca.

—A mí me pasa lo mismo, hija. Él era de otro mundo. Pero no debes atormentarte.

¿Atormentarme? ¿Quién es la que se atormenta? ¡Yo más bien diría que eres tú, mamá!

—Ya deberías saber que la culpa es muy destructiva.

Qué gracia. ¿Quieres saber cómo perdí la virginidad, mamá? Oh, no, mejor no te lo cuento. Sería traumático para ti. Y le darías la vuelta a la realidad, la reinterpretarías a tu manera, para quedarte más tranquila.

¿Quieres que te lo diga, mamá? ¡Me muero de ganas de decírtelo! ¿No quieres saber que me acosté con el vecino de al lado? ¿Recuerdas a ese estudiante sueco que alquiló el piso de al lado durante un año? Seguro que lo recuerdas. Estaba buenísimo, para comérselo, como un pan. Pues sí, él me quitó la virginidad. Un día me colé en su casa y me abrí de patas para conseguirlo, aunque la verdad es que no fue fácil, el sueco se hizo de rogar.

—Anda, saluda a tus amigos y compañeros. Cuando te hayas tranquilizado un poco quiero que entres allí para despedirte de tu padre.

—Mamá, estoy perfectamente tranquila.

—¿Estás segura?

—Claro, mamá. ¿Y tú estás bien?

—Anda, no seas desconsiderada y saluda a tus amigos.

—Vale, mamá.

—No quiero que te sientas culpable.

—Okay.

—¿Me lo prometes?

—Claro.

Mamá me da un beso y se aleja para conversar con unos compañeros de su trabajo. Me quedo mirándola. Sintíendome orgullosa de ella. Mamá es una persona muy dinámica, con un carácter firme. Trabaja como comercial para una editorial de libros de texto. Se pasa el día devorando kilómetros para visitar los centros escolares que hay en la zona norte de Madrid. Gracias a esas visitas conoció a papá, que era el profesor de religión del instituto Garcilaso de la Vega, en Manzanares el Real. Se casaron. Y nació yo.

Luego papá siguió siendo el profesor de religión del Garcilaso de la Vega, hasta ahora... Y mamá no para de recorrerse los centros escolares del norte de Madrid con el coche cargado con las muestras de los libros de texto que debe vender. Por eso ella siempre ha estado más en contacto con la realidad de la calle. Papá, en cambio, vivía encerrado en sus ideas religiosas y en sus pensamientos anticuados, por no decir trasnochados.

Yo me siento identificada con mamá. Ella está abierta al mundo y tiene una forma liberal, moderna, de ver las cosas, aunque luego no ponga en práctica sus ideales, porque ha heredado muchos miedos y complejos.

Entre nosotras hay una complicidad especial. Ella se ponía de mi parte cuando yo quería salir con mis amigas más de la cuenta o volver más tarde a casa o ponerme ropa desenfadada. Además no regatea a la hora de pagar mis caprichos. ¡Y es tan coqueta como yo! A veces competimos para ver quién tiene mejor ropa. Y puedo hablar con ella sin reparos.

Mamá me comprende tan bien como una buena amiga. ¡Sabe que soy ninfómana y le parece bien! ¿Qué más se puede pedir a una madre? Aunque evito entrar en detalles, claro, para no ponerle los dientes largos.

Aunque quizá debería contarle mis aventuras sexuales con pelos y señales, para que tome conciencia de su realidad y vea lo que se está perdiendo...

¡Cómo estaba el sueco, madre mía! No podía quitarle la mirada de encima cuando lo veía. Me hacía la encontradiza y le decía cosas. Estaba aquí por el Erasmus. Se había alquilado un piso para él solito porque sus padres tenían mucho dinero.

Carl, se llamaba. Carl Johansson. Qué bonito nombre, qué eufónico.

El día que me desvirgó estaba hecho un manojito de nervios. Hice tantas cosas para seducirlo que al final se quedó paralizado, incapaz de moverse. Ni siquiera podía creerse que me hubiese dejado entrar en su casa. Luego, con un poco de práctica, se transformó. El niño ñoño pasó a ser una bestia sexual y me regaló el primer polvo memorable de mi vida.

Papá, sí, lo reconozco, ahora que estás muerto debo pensar en ti, aparcando mis obsesiones sexuales. Se supone que estoy obligada a ello...

¿Por qué eras un Coco para mí? ¿Me reprochabas que fuese tan frívola, que me preocupase tanto por las cuestiones superficiales, como tú decías, en lugar de cultivar mi espíritu? ¿Y qué es el espíritu, papá? Eso te decía yo, ¿recuerdas?

Entonces tú me soltabas tus sermones y yo me tapaba las orejas. Nunca me perdonaste que no quisiese apuntarme a clases de religión. Para ti era una vergüenza que tu propia hija rechazase tus ideas. Sobre todo porque algunas de mis vecinas, como Alicia, eran alumnas tuyas. Hija, no me cabe en la cabeza que vayas al mismo instituto donde imparto yo clase y te niegues a recibir mis enseñanzas, me confesaste en una ocasión, con lágrimas en los ojos.

Pobre papá. ¡Cuánto daño te hice! Ahora lo comprendo... Cuando ya es demasiado tarde para remediarlo. ¿Por qué es tan cruel la vida? ¿Voy a arrastrar siempre este cargamento de culpa?

Muerte súbita, diagnosticaron los médicos. A papá se le ha parado el corazón mientras dormía, sin ninguna razón aparente. Pero yo intuyo que sí hay una razón. La pena. Por no sentirse querido. Sus ideas enfermizas me separaron de él. Lo rechazaba... Yo me iba al polo opuesto, inconscientemente, como si quisiese mortificarle más. Me entregaba a mis pasatiempos para provocarle. Como un desafío. Con la complicidad de mamá, que me ponía las cosas muy fáciles.

Ahora, sentada en la sala de visitas del tanatorio, mientras miro fijamente esa maldita puerta que debería abrir para despedirme por última vez de mi padre, me siento golpeada por funestos pensamientos.

Por primera vez me doy cuenta de lo injusta que he sido con él. Eso lo tengo claro, no paro de repetírmelo, qué insidiosa cantinela de la maldita conciencia.

No. No me siento con fuerzas para mirar el cuerpo muerto de papá. Si cruzo esa puerta mi corazón se romperá en mil pedazos. Yo tengo la culpa de esa muerte súbita. He cometido el peor pecado. No amar al hombre que me ha dado la vida.

Prefería mi libertad de diablesa... Mi libertad de vampiresa, de gueisa, de furcia, de diosa del amor, de zorra sagrada, ¡de puta ninfómana!

Yo era una viciosa, una enferma del sexo, un súcubo, una bruja.

Y él creía en los ángeles...

Maiden se inclina hacia mí respetuosamente.

—Lo siento, Cleo —dice con su voz grave de locutor de radio o de actor de doblaje, como el tío que dobla en español a Bruce Willis.

Maiden es el chico que me ha quitado el sueño durante los últimos años. Es alto, moreno, fuerte, arrogante. No soy la única chica que suspira por él. Maiden destaca en cualquier cosa que haga. Es un fuera de serie. Parece que ha aterrizado de otro planeta. Por eso muchos lo envidian. No resulta fácil tragar a alguien que es el primero en todo.

Maiden es un superdotado intelectual y físicamente. Cuando estaba en el Garcilaso de la Vega todo el mundo hablaba de él. Pero nuestro instituto enseguida se le quedó pequeño... Saca las mejores notas en la universidad sin despeinarse, es guapo y cuando practica deporte parece un superhéroe comparado con sus compañeros. Yo en cambio soy una súper—híper—repetidora profesional de cursos escolares. ¡Todos mis compañeros de clase me van dejando atrás!

Tengo más cates que agujeros un colador y cuando llegue a la universidad se me habrá pasado el arroz. Joder, que ya tengo veintidós primaveras—años—años—años, los dos patitos, aunque a veces mi perversidad conductual me haga creerme una adolescente. Es mazo chungo acumular tacos y ver que no prosperas, que no avanzas cursos y tus compañeros de clase tienen cinco o seis años menos que tú. ¡Me siento la abuela del patio! Se nota que eso de ser retrasada—deficiente escolar—social me gusta más que una piruleta a un tonto. Claro que qué otra cosa se puede esperar de mí, una piba que se desaparece de casa continuamente para largarse a Madrid a vivir vidas paralelas, a la caza de aventuras sexuales e historias clandestinas que guardo en el baúl de los recuerdos y en mi grabadora Sony. Padezco un morboso afán coleccionista y además soy una cronista vocacional de mi propia vida y de vidas ajenas, siempre y cuando sean estimulantes.

Lo de reinventarme a mí misma viene de lejos. Cuando tenía nueve años me cambié el nombre en mi mundo de fantasía. ¡Me rebauticé Daniela! Y luego puse ese nombre del revés, Aleinad, para reflejar la cara invisible de la

realidad, donde yo era la directora de Circo Aleinad...

Además Maiden participa en programas de televisión, en los que gana mucho dinero, gracias a sus extraordinarias facultades. Y tiene un deportivo rojo impresionante. Y viste trajes carísimos de alta costura.

Claro que también es malo, según creen sus detractores, con cierta razón. A Maiden le gusta tener una corte de aduladores a su alrededor y se muestra despótico con las personas que considera inferiores a él, es decir, con todo el mundo. A veces creo que incluso desprecia a los profesores, a los que trata con una cortesía distante y falsa.

En el Garcilaso sólo se llevaba bien con el profesor de matemáticas, su protector, al que llamamos Tacho, porque el bromista de Pedro lo bautizó, en honor a sus enormes bigotes, Moss Tacho, y al final, para abreviar, quedó la segunda parte del apodo.

Tacho adora a Maiden. Dice que cambiará el mundo...

Yo, como otras chicas, me dedico a fantasear pensando en él. Y aspiro a que algún día deje de mirarme por encima del hombro, como si me considerase un ser insignificante. Aspiro a enamorarlo. A romper su frialdad de piedra. A conquistar su corazón. Si es que lo tiene...

—Gracias —digo, sosteniéndole la mirada.

Mientras me siento taladrada por sus ojos oscuros y profundos, que a algunos y algunas les dan escalofríos, recuerdo las palabras que papá no se cansaba de repetirme: Ese chico no tiene corazón, Cleo. ¡Apártate de él, te lo ruego!

Maiden tiene mil ojos. Su cara está llena de ojos. Ojos salaces, ojos perspicaces. Me desnuda con la mirada, como hace habitualmente. Me encanta el brillo lúbrico de sus pupilas dilatadas de deseo. Maiden está tan salido como yo. Vive por y para el sexo. Es un sexópata, se supone. Porque los tíos no son ninfómanos, que yo sepa. Simplemente son unos perversos, unos depravados. Eso si tenemos en cuenta las recurrentes etiquetas sociales que sirven para empaquetar a la peña, para manufacturarla y expedirla por la cinta transportadora del juicio común, de la opinión pública, que es la madre del cordero, digo yo.

—¿Cómo se te ocurre venirte así al entierro de tu viejo?

—Es tu vestido preferido, ¿no?

—Claro, pero no es el vestido más indicado para ir a un entierro, y menos al entierro de tu viejo.

—Por lo menos es negro.

Maiden me dedica su sonrisa de pícaro, que hace sólo con la mitad de la boca. Le he visto hacer esa sonrisa a un actor, pero no recuerdo a quién. Reconozco que me he puesto un vestido provocativo. Es escandalosamente corto y descotado. Se me ve bien la raja de las tetas. Y se me ven las piernas hasta medio muslo. Ahora que estoy aquí sentada con las piernas cruzadas parezco una azafata de congresos. O una fulana de altos vuelos. Además llevo zapatitos de tacón, de color rojo, con un taconazo de aguja que no veas. Estoy para comerme. Algunos viejos me han soltado miradas salaces. Suele pasarme. Estoy acostumbrada a ello.

—Y ni siquiera te has puesto medias.

—Pues no. ¿Para qué? Tengo unas piernas de cinemascopio, hijo. Sin estrías, sin marcas, sin celulitis, tersas, con tono muscular, bien torneadas. ¡Ya quisiesen muchos modelos tener mis patorras!

—Desde luego.

—Te gustan, ¿no, Maiden?

—Tienes las mejores patas que he visto.

—Gracias.

—Y ahora que las tienes cruzadas se te forma un pliegue más que apetitoso.

Maiden me roza con la yema del índice el susodicho pliegue, que a mí también me parece apetitoso, aunque sea mío. A veces me comería a mí misma. Me chifla ser sexy y excitar al prójimo y excitarme a mí misma. Creo que las personas empezamos a morirnos cuando perdemos la libido. No sé si lo he leído en alguna parte o si es una idea mía. A veces confundo los términos. He leído demasiados libros.

Recuerdo cuando leí un novelón de mi padre titulado Crimen y castigo. Y anteriormente había leído a Cervantes y otras monsergas. Mi madre dice que aprendí a leer a los tres años. Yo no me acuerdo. Creo que fue después de leer Crimen y castigo cuando decidí dedicarme tan sólo a la cosa erótica. Molan más las novelas eróticas o directamente pornográficas. Es un coñazo leer sobre crímenes y remordimientos de conciencia, la verdad.

—¿Tu vieja no te ha dicho nada?

—¿Sobre qué?

—Sobre las pintas que traes.

—¡Qué va! Está acostumbrada a mis excentricidades.

—Por lo menos no te has maquillado.

—No he tenido tiempo.

La verdad es que ni se me ha pasado por la cabeza. Normalmente no salgo a la calle sin maquillarme. Me gusta maquillarme como una furcia, con mucho rímel, mucho colorete y un rojo chillón en los labios. Y a veces me pongo pestañas postizas. Total, que nada más plantar los pies en la calle empiezan los silbidos y los piropos y los tíos me pitan desde el coche y sacan la cabeza por la ventanilla y sacan la lengua haciendo gestos obscenos y me dicen todo tipo de burradas. Los tíos son un encanto. ¡Son tan vulgares, tan primitivos, tan bastos! Aunque luego disimulan que no veas.

Las feministas oficiales luchan contra la imagen de mujer objeto y a mí me chifla ser una mujer objeto. Pero yo soy feminista de los pies a la cabeza, no te vayas a creer, que conste. Soy feminista de pura cepa. Lo que pasa es que mi feminismo es contracultural. Yo lucho contra el patriarcado ejerciendo precisamente de mujer objeto. Y te aseguro que es la mejor manera de sacar a relucir los trapos sucios del patriarcado y su cohorte de varones hijos de puta.

Una mujer objeto hace comer en su mano a cualquier tío, te lo digo yo. Hasta el mismo papa de roma se pliega, reverente, ante una mujer objeto como dios manda. Es inevitable. Porque hasta el mismo papa de Roma es un tío con polla y la polla del hombre piensa de una determinada manera, digo yo. Eso nunca falla, es como un interruptor. El estímulo sexual levanta la polla como un resorte. A menos que te gusten otras cosas, claro. ¡Queer al canto, que viva!

—Tampoco te has puesto perfume.

—¿Cuál? ¿El que me regalaste?

—Ninguno.

—No he tenido tiempo de arreglarme, cariño. Ya te lo he dicho. Además, el perfume que me regalaste es demasiado dulzón y empalagoso. Prefiero las esencias frescas y florales, como yo misma.

—Pues me costó un pastón.

—Como debe ser.

Mamá nos fulmina con la mirada. Aunque está a suficiente distancia para no oír nuestra conversación, se imagina que es una conversación inapropiada para el funeral de mi padre. Y no le falta razón. Me pongo colorada. Es un asco eso de sentir culpa. La culpa es enfermiza, patológica. Normal que tengamos esta conversación en el entierro de mi padre. Maiden y yo somos dos piezas de cuidado, de la peor especie. ¿Qué otra cosa se puede esperar de nosotros? Deberíamos estar en un aquelarre medieval cometiendo tropelías en

vez de aquí.

Le hago una señal a Maiden para que se acerque. Quiero susurrarle algo al oído. Maiden accede, sonriente. ¡Me encantan las sonrisas de complicidad de Maiden! Sonrisas maliciosas, perversas, lúbricas, lujuriosas, viciosas...

—Quiero que me folles —le susurro al oído.

Maiden no se sorprende, como era de esperar. A Maiden no le sorprende nada. ¡Me encanta! Es tan retorcido que ya ha valorado antes que tú cualquier posibilidad retorcida que a ti se te pueda ocurrir. Ciertamente es el Diablo en persona. No es que sea un íncubo, es decir, un hombre poseído por el Diablo. No, nada de eso, Maiden es Satán en persona. Y papá lo sabía...

Claro que a Maiden le gusta jugar. ¡Es su debilidad!

—¿Ahora?

Asiento.

—¿Aquí?

Asiento.

—Vaya, sí que estás loca.

—Como tú...

—Desde luego.

Hago un gesto con la cabeza para indicarle una puerta. Está justo al otro lado de la sala. Es la puerta del cuarto de baño. Maiden me regala otra de sus sonrisas maliciosas. Y asiente. Está conforme. Le mola mi proposición indecente.

—Muuu bien —dice, redondeando los labios, como si tuviese una pelota de golf en la boca.

Luego se encamina, ni corto ni perezoso, a nuestro improvisado nido de amor. Que yo le he indicado. ¡Me chifla que los hombres obedezcan a pies juntillas mis órdenes! Eso me hace sentirme una verdadera Cleopatra... ¡Quiero tener a mis pies a todos los hombres del mundo! Eso es ser feminista, chicas. Nada de pancartas y reclamas. Nada de manifestaciones. ¡Yo los jodo vivos con mis armas de mujer! Y los manejo como a marionetas. ¡Son tan imbéciles! Pobrecitos... Tan incautos, tan cándidos. Nunca se caen de la parra, los muy inútiles.

Pero no los odio ni los desprecio, aunque parezca lo contrario. ¡Los adoro! ¡Si no fuese por ellos yo no sería una puta ninfómana ni me lo pasaría tan bien como me lo paso a su costa, gracias a ellos, a sus cuerpos! ¡Gracias a sus pollas!

Estamos dentro. En el baño de las damas, señoras, señoritas, brujas, adefesios, soplacirios y también, por qué no, de las ninfómanas como yo. Y de los sexópatas como Maiden, claro está.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto en el funeral de tu viejo, Cleo.

—Pues yo sí que me lo creo.

Maiden tiene la respiración agitada. Ya está como una moto. Es un tío que me gusta mucho. Mide un metro noventa y todo él es duro y recio. Como pedernal. Como un roble. Tiene el pelo muy negro, retinto. Lo lleva siempre corto y pegado al cráneo, y usa kilos de gomina para que tenga un aspecto brillante. Lo lleva repeinado, pulcramente, con la raya a la derecha, perfectamente trazada, como si usase un tiralíneas para hacérsela.

Maiden es guapo, pero de un estilo duro. La expresión de su cara no es dulce, sino todo lo contrario. Cuando te mira parece que te está perdonando la vida. Parece el niño de La profecía en grande. Y va siempre de punta en blanco, con ropas buenas y súper caras y zapatos buenos y súper caros. ¿De dónde saca tanta pasta? Ah y huele bien. Nunca olvida echarse colonia, una colonia cara, exclusiva, que huele a macho, netamente afrodisiaca, con feromonas y esas movidas que hacen que las tías nos hagamos aguas en la entrepierna cuando nos entran los efluvios perfumísticos por las napias.

—¿Has echado el pestillo, Cleo?

—No.

—¡Joder!

Maiden se da la vuelta y echa el pestillo.

—Eres un tonto. Estaría bueno que uno de los viejos verdes que hay ahí afuera viniese a echar un vistazo para luego tener material en abundancia para las sesiones nocturnas de pajas febriles.

—En todo caso entraría una señora. Tu madre, por ejemplo.

—¡Ah, eso estaría mejor todavía! Una vieja clueca súper falsa y súper hipócrita. Una de esas soplacirios que van a misa los domingos y luego ponen a parir a todo el vecindario y se pasan el resto de la semana repartiendo

cuchilladas traperas a discreción.

—¡Eres la monda!

Me río. Me encantan las expresiones infantiles de Maiden. Es un Diablo con corazón de niño. Por eso folla como los ángeles. Como los ángeles caídos, claro. Tiene tanta pericia que no necesita quitarme el mini—tanga para encontrar el camino. Le basta apartarlo lo suficiente de la oquedad de mi sexo para que su estaca —una estaca considerable, importante, sobre todo en estado de merecer— se haga hueco.

Qué manazas tiene. Cómo me estruja los carrillos del culo. Es un alfarero de mi culo. Maiden siente debilidad por mi orificio anal. Ya me ha metido la falange superior del índice en el bendito orto. Por suerte soy una fanática de la higiene. Cada vez que cago me lavo a conciencia el agujero del culo, con esencias jabonosas muy aromáticas, y hasta me echo crema. No soporto la suciedad. Estoy como una cabra con ese tema. Algunos días me ducho tres veces. Desde niña tengo esa afición por la limpieza exhaustiva. Para entregarse a los placeres de Eros hay que estar bien pulcra y lavadita. Eso que no falte. El sexo no es para los guarros ni para las guarras.

Maiden le da al manubrio en mi ano, me lo excita, dentro—afuera, con su diestro dedo índice, que ya zambulle por entero en mi orto. Entre tanto nos morreamos. Nuestras lenguas son frenéticas. Hacen un combate de lenguas. A veces Maiden me la muerde. Ha llevado su otra mano a mi sexo. Tiene una pericia encomiable para masturbar digitalmente. Cómo restriega los labios vaginales. Cómo enerva el clítoris. Es una máquina de dar placer Maiden. Ya he terminado tres veces. Tres orgasmos explosivos. Tres deyecciones de lava volcánica de mi sexo. Sentir cómo me excita por delante y por detrás digitalmente, con sus deditos milagrosos, mientras nos morreamos como locos, es una pasada demencial.

—¿Te gusta, nena?

—No. Me encanta. Me chifla. Me vuelves loquita del coño, Maiden, hijo mío. ¿Quién te ha enseñado a hacer estas cosas? ¿Dónde has aprendido a ser una bestia parda?

—Luego, en los postres, te follaré, niña.

—Como debe ser.

Ahora estoy encaramada en el lavabo, con las piernas colgando. Me siento una niña suspendida en un columpio. Maiden zambulle su cabeza negra y brillante en mi entrepierna. No hay nadie como Maiden para comerme el coño. Me lo chupa y rechupa. Mete la lengua tan adentro que

parece imposible. Qué larga la tiene. Qué habilidosa es su lengua, por dios.

Me da largos lametazos, como un perro, rebañando todo mi sexo. Y la punta de su lengua traza círculos concéntricos y excéntricos sobre mi clítoris. Su lengua es un delicioso platillo volante. La escoba mágica de una bruja. Maiden y yo, los dos solitos, acabamos de montar un aquelarre de brujas medievales y una orgía también medieval en el funeral de mi padre. Es fantástico, es genial, es colosal. Esto es darle la vuelta a la realidad. La vida sobreponiéndose a la muerte. La libertad sobreponiéndose a lo políticamente correcto, a las convenciones sociales, a las tradiciones y al puto fariseísmo de las apariencias y el posturo.

Mujeres del mundo, ¡rebelaos! ¡Seamos brujas, seamos zorras! ¡Seamos libres, joder!

—¿Has vuelto a correrte, Cleo?

—¡Pues claro! ¿Qué esperabas?

—Eres una coctelera de orgasmos.

—Soy súper—multi—orgásmica.

—Eso está genial.

—Lo que está genial es la forma que tienes de comerme el coño, Maiden.

—Tu coño es una delicatessen de alta cocina, hija. Está tan rico. Es tan sonrosadito y jugoso. Tan tierno. Un bombón que se me deshace en la boca.

—Me encanta que me digas esas cosas. Tienes un piquito de oro, hijo.

—Es la santa verdad. No he conocido a ninguna tía que tenga un coño tan delicioso y perfumado como el tuyo.

—Gracias por el cumplido.

—No hay por dónde.

Maiden me da la vuelta. Ahora quiere comerme el culo. Es un hijo de Satanás, está claro. O el mismo Satanás, vete tú a saber. Porque no hay otro hombre, otro santo varón, que sepa hacer las cosas que hace él, que tenga la capacidad que tiene él para hacer las cosas que hace.

Ahora estoy tumbada sobre el lavabo, con la cara empotrada en el espejo y el grifo del agua fría y caliente justo debajo de la barriga, presionándome el ombligo. Maiden, por detrás, a lo suyo. Me ha levantado la falda y se come mi culo literalmente. Lo mordisquea, lo rechupetea, lo lame. Le da besitos, le da besazos, le da mordiscos, mordisquitos, mordiscazos. Se mete los carrillos del culo en la boca todo lo que puede. Le chifla engullir mis pliegues de carne. Una carne que no es mórbida ni flácida. Por algo me machaco en el gimnasio. Voy todos los días al gimnasio. Una ninfómana que se precie ha de

cuidar su herramienta. La herramienta del cuerpo. La herramienta del placer.

Hay ejercicios específicos para crear turgencias, volúmenes. Para dar tono muscular. Para reafirmar. En fin, para mil historias. Llevo años haciendo sentadillas con peso. Las sentadillas te ponen el culo respingón, de negra. Y te ponen unas patorras que no veas. Y los pasos, claro. Mejor con peso. Te pones una barra con peso en los hombros y venga a hacer sentadillas y a dar pasos. Así consigues las mejores patas del mundo y el mejor culo del mundo.

Piernas y culo, eso es lo que más pone a los tíos. Las tetas vienen de fábrica. Si no tienes, la has cagado. Las tetas postizas no molan. Se notan a la legua. Una piba con tetas postizas canta mogollón, pierde muchos puntos. Hay que ser naturalmente artificial, hija. Si tienes las tetas pequeñas, lúcelas como puedas, réalzalas, levántalas, ponlas por lo menos bien paraditas. Y si tienes las tetas grandes, ¡a currar!, a reafirmarlas con ejercicios, a mantenerlas firmes, para que no se caigan, para que no se desplomen luego como un edificio en ruinas. Unas buenas perolas dan muchos puntos. A los tíos les molan las berzas. Al chuparlas y comérselas recuerdan su lactancia. Y les encanta que cuelguen al follar, cuando la tía está encima. Eso los vuelve loquitos.

Maiden tiene la boca empapada de las placenteras deyecciones de mi sexo. Como un niño goloso. Mi salsa íntima es caramelo líquido para él. Me guiña un ojo. Qué salido estás, hijo. Eres un puto pervertido. Lo supe desde que te vi por primera vez.

—¿Por qué me has dado la vuelta otra vez? Me gustaba que me comieses el culo.

—Ahora voy a por el agujerito. Así atino mejor.

Vuelvo a estar sentada en el lavabo. Ahora con las piernas flexionadas y la espalda apoyada en el espejo. La cabeza negra y repeinada y brillante de Maiden, endurecida con gomina, me trabaja el orto. Qué delicia. ¿Cómo puede meter tan adentro la lengua en mi orto? ¡Este chico es un mago, un malabarista, un funambulista y mil cosas más acabadas en ista!

—Qué culito tienes, chica.

—¿Te gusta?

—Me priva.

Nueva sesión de lametazos y vibraciones linguales. El orto es el objetivo. Una vez que Maiden me estaba haciendo esto se me aflojó el esfínter y solté una ventosidad monumental que le apestó al pobre. Puso tal cara de asco que rompí a reírme a carcajadas. Creo que nunca me he reído tanto como en ese

memorable momento del agravio. ¿Veis, feministas “oficiales”? Eso es lo que debemos hacer las mujeres. ¡Ahí está nuestro poder! Esclavicemos a los varones hasta ese extremo grotesco. Yo soy una guerrillera del sexo. Soy la mujer objeto que con mañas se gana de los hombres su mayor respeto, su devoto respeto. Y también su absoluta sumisión. Su absoluto vasallaje.

Luego, llegados a ese punto, podemos sentarnos a negociar, para establecer una convivencia de igualdad, paritaria. Pero de verdad, no simplemente nominal. Porque el patriarcado no se vence con las armas del patriarcado. Eso es un error garrafal. El patriarcado se vence con las armas de mujer. Con mis armas de Mujerobjeto—bruja—ninfómana. ¿Ok? ¡Porque mi coño lo vale! ¡Y mi vulva! ¡Y mi vagina!

Ay, la vulva, qué rica palabrita. Es mi geografía. El hábitat en el que me muevo. Desde el monte de Venus a los labios vaginales, pasando por la casilla de salida del clítoris y tiro porque me toca.

—Maiden, ¿sabes que soy feminista?

—¡No jodas!

—Pues sí, aunque algunas feministas se empeñan en acusarme de impostora. Es curioso, algunas feministas se arrogan en exclusiva el derecho a ser feminista. Y dicen lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer para ser una feminista como dios manda. Se suben al púlpito del feminismo. Y dogmatizan a diestro y siniestro.

—Bueno, supongo que hay varias corrientes dentro del feminismo.

—Yo también lo supongo.

—¿Tú qué tipo de feminista eres?

—Una feminista contracultural.

—Yo también soy feminista, pero no sé a qué subgénero del movimiento feminista pertenezco. A mí me han dicho que los hombres no tenemos derecho a ser feministas, que estamos desautorizados a serlo por nuestra condición masculina.

—Vaya estupidez. Seguro que te lo habrá dicho una de esas feministas oficiales que se creen en posesión de la verdad. El feminismo no es otra cosa que la revolución misma de la humanidad. Y la revolución es neutra y colectiva.

—La revolución será feminista o no será, como dicen.

—Está claro.

—Pero somos los hombres los que tenemos que darnos cuenta de esa realidad. Tenemos que dejarnos la piel por el feminismo, tenemos que

comprometernos. No podemos echar balones fuera alegando que no tenemos la culpa del machismo y de los errores del pasado, como hacen muchos.

—Pues sí.

—Más de una feminista de bandera me ha acusado de cosas peregrinas.

—¿Por ejemplo?

—Por lo visto si un tío es feminista en realidad no lo es, es simplemente un listillo o algo así. Van las feministas y te dicen que eres paternalista.

—¿Paternalista?

—Sí, que no dices las cosas de corazón o algo así. El otro día empecé a soltar mis discursos feministas y va una piba mazo fea y mazo amargada y mazo acomplejada y también mazo feminista de boquilla y me dice que debería escribir un libro sobre el mansplaining.

—¿Y eso qué es?

—Yo tampoco lo sabía, así que lo miré en la Wikipedia.

—Hiciste bien. Yo también miro en la Wikipedia las movidas que no controlo.

—Pues según la Wikipedia el mansplaining es un neologismo anglófono.

—¿Un anglófono qué?

—Bueno, un palabro de origen inglés, vaya. Y está formado por dos palabras.

—¿Cuáles?

—Hombre y explicar.

—No lo pillo.

—Según algunas feministas los tíos estamos desautorizados para ser feministas. Quizá deberíamos cambiarnos de sexo para poder serlo. Yo me estoy planteando volverme transexual para ser aceptado como feminista. ¿Lo pillas ahora?

—Sí, claro, pero explícame la movida de ese palabro.

—Pues eso, el mansplaining es la conjunción de la palabra hombre y la palabra explicación.

—¿Y?

—Se supone que los tíos que somos feministas en realidad practicamos ese curioso deporte olímpico, el mansplaining, que debe de tener connotaciones acuáticas o planeadoras, digo yo.

—Eres un cachondo mental, Maiden. O sea que según algunas feministas los hombres que pretendéis ser feministas en realidad hacéis mansplaining.

—Pos sí, resumiendo.

—Que viene a decir que os pasáis de listos.

—Que somos paternalistas. Porque se supone que el mansplaining aparece cuando un hombre le explica algo a una mujer de una forma paternalista y condescendiente.

—¡Pero tú no eres paternalista y condescendiente!

—Eso creo yo. Díselo a la piba que me acusó de practicar mansplaining. Creo que me voy directo a las olimpiadas de Río de Janeiro, hija. Con peña así se te quitan las ganas de abrir la boca, la verdad. Seguro que a la piba que me acusó de mansplaining le molaría más que yo sea un puto bárbaro machista que da palizas a su mujer y planea cometer un feminicidio por la puerta de atrás.

—¡Me parto! ¡Eres la monda, Maiden!

—Lo sé. No puedo evitarlo.

Me parece mentira estar despatarrada en el lavabo, con las piernas bien abiertas, abiertas de par en par, mis patas gloriosas, y que Maiden esté agachado delante de mí, en posición de humillación, adorándome como a la diosa del amor que soy, y que entre tanto estemos ambos hablando tranquilamente de feminismo y de mansplaining, tras haber interrumpido nuestra improvisada orgía—aquelarre de bruja—y—brujo. ¡Somos la monda Maiden y yo! ¡Somos geniales, para darnos de comer aparte!

Me aparto del lavabo. No me mola tener el culo hundido en el lavabo, con el grifo clavado en las lumbares. Me siento una acusada de brujería medieval en el potro de tortura de los inquisidores. Me coloco justo al lado del lavabo, en una especie de encimera que hay aquí.

—Anda, sé buen chico y dame un cigarrillo.

Maiden me da un cigarrillo y me lo enciende. Luego se enciende él otro cigarrillo, se sienta a mi lado, porque en la encimera hay sitio de sobra para los dos, y nos ponemos a fumar tranquilamente. Aunque eso está terminantemente prohibido, está claro. Está terminantemente prohibido fumar en los espacios públicos cerrados. Por suerte aquí no hay sensores de humo para evitar incendios y no salta la alarma. Se ve que en esta funeraria no están preparados para gentuza de nuestro calibre.

—El problema de todo está en la religión, hijo —digo, paladeando mi cigarrillo, que me sabe súper bueno, quizá porque me lo estoy fumando en el funeral de mi padre.

—¿Por qué lo dices?

—Todo empieza en la maldita religión, Maiden.

—¿Todo el qué?

—La monserga del patriarcado, el mundo en el que vivimos, las injusticias, el capitalismo feroz y todo lo demás.

—¡Chachi! La religión es el invento más perverso que hay. Una máquina de manipular cerebros y voluntades.

—Una herramienta de dominación. El hombre se apoderó del mundo y esclavizó a la mujer sacándose la religión de la manga, como un

prestidigitador. Por eso la historia del pecado original y el árbol de la ciencia. El árbol de la ciencia lo poseía en exclusiva el hombre. O por lo menos eso dejaron escrito en la Biblia ellos, los primeros hombres que se sacaron de la chistera el rollo bendito de la religión.

—¡Chachi!

—El árbol de la ciencia y el conocimiento era sólo para ellos, porque presuntamente lo habían creado ellos, lo habían inventado ellos. Era suyo en propiedad, ¿entiendes?

—Chachi.

—Por eso cuando a la mujer se le ocurrió comerse una manzana del árbol, porque aspiraba a adquirir la sabiduría de los hombres, cometió pecado capital. Y desde entonces arrastra esa culpa, por toda la eternidad. Es una maldita condenada arrastrando cadena con grilletes. ¿Y eso por qué? Por haber tenido la desfachatez y la osadía de querer ser tan lista como el hombre. Por eso. Y los hombres lo dejan bien clarito en la Biblia. La mujer no vale un pimiento, debe asumirlo. Por eso no hay mujeres sacerdotes y todas esas movidas.

—Está claro.

—La religión es la piedra angular del patriarcado, la piedra fundacional, los cimientos. Por eso no podremos hacer la revolución feminista hasta que no mandemos a la mierda la religión. Hay que demolerla, de arriba abajo, como ocurrió con las torres gemelas. No hay otra. Es un edificio en ruinas. Por mucho que se empeñe el papa Francisco en ser un buen chico, los hombres ya no pueden hacer nada para proteger el principal baluarte del patriarcado. ¡La demolición es inminente!

Nos hemos terminado el cigarrillo. Maiden coge las colillas, las tira a la taza de váter y tira de la cadena. Es un buen chico en algunos aspectos, pulcro, limpio, aseado, impecable, un señor, un caballero andante como don Quijote. Yo suspiro. Ahora me siento mazo mal. Me siento sucia y culpable y perdida. Me dan escalofríos. Me pongo a temblar como una pollita.

—¿Qué te pasa, nena?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—No lo sé.

Maiden me abraza. Nos quedamos así, abrazados, sin decir nada, sin pensar nada, durante un buen rato. Afuera, al otro lado de la puerta, se oyen las voces apagadas de los asistentes al funeral de mi padre. Siento que el

corazón se me encoge. Siento angustia. Me duele el pecho. Me duele el alma.

Entonces, de pronto, siento a Dios. Dios me sostiene siempre en los momentos de debilidad. Pero no el Dios de los hombres. No el Dios del patriarcado. No el Dios de las religiones. Me refiero a mi Dios. Al Dios que me habla a mí directamente, sin intermediarios, sin monsergas, sin conceptos, sin dogmas de fe, sin toda esa morralla manipuladora, catequista, proselitista, que sirve para que los hombres y de entre ellos los más malvados, se apoderen del mundo y nos subyuguen a las mujeres, nos esclavicen, hagan de nosotras siervas sexuales y floreros y asistentes y amas de casa y madres de alquiler y fulanas domésticas y sacos de boxeo y víctimas propiciatorias para cometer feminicidios varios a tuti plen.

Ahora sí que estoy llorando, mierda, cielos, qué lagrimones, qué desconsuelo. Soy una cría desconsolada. Se me agita el pecho. Se me sacude el alma. Sufro un terremoto de angustia. Estoy rota. Ahora soy la mujer rota, como la del libro de esa escritora feminista. He pasado de mujer objeto a mujer rota, en los brazos de Maiden que me consuelan.

Dios me envuelve. Lo siento perfectamente, lo percibo. Está conmigo. Siempre está conmigo, pero sobre todo está conmigo cuando paso a ser una mujer rota en mil pedazos, como ahora. El buen Dios. Qué gracia, si los prebostes de las religiones y los cardenales y obispos y el papa de Roma supiesen cómo siento yo a Dios, qué relación personal y única e intransferible tengo yo con Dios, se matarían de la risa. Porque mi Dios, la verdad sea dicha, está a años luz de su Dios, a una distancia sideral, abismal.

Mi Dios, queridos míos, con el que hablo y parlamento, con el que tengo confidencias, el Dios que me sostiene cuando caigo y me alienta y me da fuerza e ilusión y vida y esperanza, ese Dios no se corresponde con vuestras esculturas, con vuestros iconos, con vuestros preceptos, con vuestra palabrería y vuestras monsergas conceptuales—manipuladoras—dogmáticas. Mi Dios es una identidad mental e infantil. Así es mi Dios, ni más ni menos. Sí, mi Dios es una mente, una entidad mental de carácter infantil, germinal, que sueña y fantasea y se proyecta en el universo. Una mente superior a mí, naturalmente, superior a todos nosotros. Una inteligencia evolucionada, a pesar de su carácter infantil y germinal.

Dios, según yo lo siento, es mente. Y las mentes se comunican entre sí, como los ordenadores en Internet. Por eso mi mente se conecta con la suya y con las mentes de toda la humanidad. La mente de Dios y nuestras mentes están conectadas en un Internet energético, invisible, inmaterial, en una

dimensión metafísica donde todos interactuamos, Dios y nosotros, retroalimentándonos con nuestros pensamientos y nuestros actos. Por eso todo lo que hacemos y todo lo que pensamos afecta a ese torrente colectivo de mentes, a ese Internet metafísico. Es decir, todo lo que hacemos y todo lo que pensamos afecta a la humanidad entera, del primero al último.

He ahí mi verdad, señores. Señores legisladores de la justicia y la verdad, señores legisladores de los preceptos, sabios y sacerdotes y filósofos y académicos de todas las civilizaciones y culturas, padres de las religiones y los diferentes credos, políticos y demás ralea—realeza de este perverso patriarcado en el que nos ahogamos las mujeres y por extensión el resto de la humanidad desde hace milenios, ¡maldita sea!

—¿En qué piensas, Cleo? No lo niegues, estás pensando. Percibo el rumor de tus pensamientos. Tu cabecita echa humo.

—Ya me siento mejor, Maiden. ¡Gracias!

Me aparto de Maiden y me enjugo las lágrimas. Ha pasado la crisis. Ha desaparecido el sofoco. Se marchó con viento fresco la angustia. La mujer rota ha vuelto a recomponer las piezas de su rompecabezas.

Mi Dios, padre, no tiene nada que ver con el tuyo, me digo, en tono de reproche, en tono de reproche hacia él, claro.

Maiden me mira de hito en hito. Es condenadamente listo. Sabe adivinar el pensamiento. Hace tiempo que lo sé. Maiden tiene poderes paranormales. Porque es un puto Diablo. Es Lucifer, el ángel caído.

—Tienes razón, Cleo.

—¿En qué tengo razón?

—Tu Dios y el de tu viejo no tienen nada que ver.

La clarividencia de Maiden no me sorprende. No es la primera vez que me demuestra sus poderes. Y te lo suelta así, sin más, como el que no quiere la cosa.

—Gracias por darme la razón, hijo.

—Pues sí, tú tienes razón y él vivió y murió equivocado. Es jodido hacerse pajas con Dios.

—¿Pajas físicas?

—Y mentales. De todas las clases. La peña que se hace pajas con Dios la caga irremisiblemente. Porque Dios, por Dios, es lo único que no se puede manipular, es lo único que no está sujeto a especulaciones, como los valores bursátiles. Dios es como es y punto y pelota. Y el que pretende aprovecharse de él para manipular a los demás, al final la caga y paga por ello.

Presiento que Maiden comparte mi visión de Dios, mi experiencia con Dios.

—No es por nada, pero tu padre era un jodido imbécil, querida, como todos los teólogos y gentes de sotana y alzacuellos. Un impotente, un pajero onanístico, un castrado incapaz. Los hombres que viven de la religión son los desperfectos humanos. Acomplejados, miedosos, timoratos, perversos. No pueden destacar en ninguna disciplina o sencillamente son enfermos mentales. Por eso se dedican a vivir de la religión. O directamente lo hacen por ambición, para medrar. En general te puedes encontrar la peor escoria entre las gentes de iglesia, aunque supongo que algunos de ellos alentarán intenciones loables, porque de todo hay en la viña del señor, como en botica. También abundan los apocados, timoratos, melindrosos, cándidos y pánfilos a quienes les encaja servir a las religiones, les da juego, les da una colocación digna y aceptable.

—¿Mi padre de qué clase era?

—Tu viejo era un soplagaitas, como tantos otros. De perfil bajo, digamos. Un idiota que creía en los Reyes Magos y en Papá Noel, para que me entiendas, un crédulo estúpido con un excesivo aire de trascendencia. Se tomaba demasiado en serio sus ínfulas y las ínfulas de los católicos cristianos apostólicos romanos. Por eso estudió teología y se metió a profe de religión y le faltó un pelo para meterse a cura, según me dijo. Así que no debes sentirte culpable, hija. Tu viejo era un descerebrado. Y tú eres una tía con la cabeza bien puesta. La diferencia es notable. Es como comparar a un gusano con una deidad olímpica.

—Las deidades olímpicas también eran un cuento chino.

—No tanto. Los griegos y los romanos tenían claros los conceptos básicos. Sus mitos se ajustan a la realidad, como las obras de Shakespeare.

—El problema es que a pesar de todo lo que tú has dicho, mi padre era bueno...

Maiden me sostiene la mirada, metiéndose dentro de mí, escarbando en mis sentimientos, rastreándolos. Sus ojos negros de pupilas dilatadas son un puto escáner.

—¿Y por eso te sientes culpable?

Asiento con la cabeza, triste.

—Ya veo...

—Sí, joder, me siento culpable. ¿Qué pasa?

—¿Lo querías?

Me pienso la respuesta.

—Rechazaba el tipo de hombre que era.

Maiden esboza una mueca sardónica.

—¿Pero lo querías?

Vuelvo a pensarme la respuesta.

—Sí.

Maiden sonrío, satisfecho.

—De acuerdo. ¿Y él te quería?

—Rechazaba el tipo de mujer que soy, una ninfómana feminista contracultural, mujer rota y mujer objeto.

—Ya, cariño, ¿pero te quería?

Dudo, frunzo el ceño, me revuelvo en el sitio como una perra enjaulada.

Y por fin suelto, avergonzada, agachando la cabeza, sumisa ante la evidencia:

—Sí.

Maiden se ríe.

—¡Genial!

—¿Por qué?

—Porque entonces no han quedado cuentas pendientes entre vosotros, cariño, ¿no te das cuenta?

—¿Por?

—El amor es el único bálsamo que cura todas las heridas, por su maravilloso influjo de efecto retardado, que erosiona las aristas con el tiempo, sin prisa pero sin pausa. Como agua lava las mentiras y desnuda las verdades.

—¡Eres un poeta, hijo!

Maiden me guiña un ojo.

—Sólo a veces...

Me encojo de hombros, suspirando. Me aburre tanta palabrería. No me molan demasiado los discursos profundos, aunque a veces es inevitable caer en ellos. Yo prefiero la acción, el aquí y ahora, el aquí te pillo aquí te mato, porque sólo se vive una vez, antes de volver a vivir, me refiero.

—Anda, sé buen chico y échame ese polvo que ha quedado pendiente.

Maiden suelta una carcajada.

—¡A las órdenes, jefa!

—Eres canela en rama, hija.

—Y tú eres un buen centollo.

—¿Y eso por qué?

Nos reímos. Maiden y yo somos desenfadados, provocativos—provocadores natos. Están llamando a la puerta, pero nos da igual, nos trae al fresco. Ahora este baño de la funeraria donde velamos el cadáver de mi padre es nuestro coto privado, hasta que terminemos lo que hemos venido a hacer aquí, un acto de desacato soberano, un corte de mangas al destino y al mundo circundante.

Vuelvo a sentir las manos voraces de Maiden recorriéndome el cuerpo. Con qué ansia me palpa los muslos, la entrepierna, los pechos, el bendito trasero mío. Parece que me reinventa, que me modela como un escultor experto. Soy una masa de arcilla en manos del Gran Alfarero. ¡Dichoso sea Maiden! Por fortuna existen en el mundo hombres como él, más allá de los estereotipos y los arquetipos. Él sí que es un hombre de una pieza, auténtico. Por eso le gusta jugar con el mundo, como a mí. Le gusta ejercer de prestidigitador y poner en evidencia la estupidez general embaucando a la gente en su laberinto de los espejos.

Maiden ya me ha penetrado. Siento su polla calentita y vibrante dentro de mí. Qué delicia, qué pasada, qué gozo sublime. Ya no sé ni cómo me está follando. ¿Del derecho o del revés? ¡Maiden me folla de tantas maneras! Sus posturas son inverosímiles. Deberían hacer un kamasutra a su medida, patentado.

—¡Cómo me excitas, nena! ¡Cómo me pones!

—¡Pues tú a mí ni te cuento, hijo!

Me excita mogollón ver nuestros cuerpos reflejados en el espejo. Nuestros cuerpos entrelazados, apareándose. Copulando. Fornicando salvajemente.

—¿No temes pillar una venérea, Cleo?

—Pues no.

—¿Nunca usas goma?

—No.

Es horrible follar con preservativo. Nunca lo he hecho. Piel con piel. Piel con goma es una mierda. Por eso tomo anticonceptivos. A algunas mujeres las trastornan los anticonceptivos, se inflan, se ponen gordas, retienen líquido, les cambia el metabolismo, sus hormonas se van a paseo. A mí siempre me han caído bien los anticonceptivos. No noto nada, no me cambian nada, simplemente hacen su trabajo. Será que mi organismo de ninfómana está bien equipado para estos asuntos.

Seguimos dándole al tema. Maiden no me hace más preguntas. A veces le da por hacer preguntas en medio del coito. Se para, me mira y pregunta, con verdadero interés, olvidándose del folleto. Y luego, cuando se da por satisfecho, retoma el tema, dale que te pego, tan concentrado. A veces nos hemos tirado hablando en mitad del coito, con sus preguntas y mis respuestas, durante cinco o diez minutos, y en ese tiempo el pajarito de Maiden no se ha venido abajo. Tiene un pene colosal. Una vez que alcanza la erección no se desinfla hasta que erupciona.

Recuerdo nuestros primeros intercambios, en el aula, en plena clase de matemáticas, porque él ya era tan famoso que podía colarse en mi clase, de oyente, de acompañante, hasta de sustituto de los profesores. Yo le hacía pajas por debajo de la mesa y él me masturbaba por debajo de la mesa. Luego pasé a hacerle mamadas, en los ascensores, en los baños, en el coche, en cualquier sitio. Y él me comía el coño. Lo más gracioso era hacer el 69 en su coche. ¡Cómo nos despatarrábamos! Yo me sentía una muñeca articulada, llena de articulaciones, montable y desmontable. Creo que desde entonces tengo complejo de puzle y crucigrama.

Han vuelto a llamar a la puerta, con más insistencia.

—Alguien se está meando, Cleo.

—O se está cagando.

Nos reímos. Y a la fuerza desde afuera, desde el otro lado de la puerta, deben oír nuestras risas.

—¡Que se jodan!

—¡Eso, que se jodan!

Seguimos a lo nuestro. Mientras lo hacemos yo contemplo en el espejo nuestros cuerpos. Me los imagino desnudos. Maiden tiene un cuerpo precioso, recio, duro. No es tan musculoso como Carl Johansson, el sueco del Erasmus que me desvirgó, pero no está nada mal. Tiene las formas bonitas, bien torneadas, sin grasa.

—Sal de ahí, Cleo, por favor.

Me atraganto.

—Joder, es tu vieja.

—Eso parece.

—¿Lo dejamos?

—¿Estás loco? Sigue dándole al manubrio, anda.

Estoy haciéndole un corte de mangas a la muerte, mamá. Y también a la vida. Y a las convenciones sociales. Estoy haciendo sexo, madre, que es la mejor manera de brindar por el fallecimiento de mi papaíto, o por lo menos eso creo yo. Algunas culturas celebran la muerte de un ser querido con banquetes. Yo la celebro así, a mi manera, haciendo sexo, porque soy ninfómana, ¿recuerdas? Tú me has parido, deberías saberlo bien, mami.

A Maiden le ha puesto cachondo la interrupción de mamá. Qué adentro me mete la polla, con qué fuerza. Sus embestidas son taurinas. ¡Ven, torito bravo, dame candela! Vuelve a ponerme contra el lavabo—encimera y me la mete por detrás, en la vagina pero aplastando mi culo pomposo y carnoso contra su entrepierna. Y a la vez me estruja las tetas, me las ordeña. Es un toro lechero. ¡Cielos, cómo jadeamos los dos! Estamos montando un escándalo del copón. Seguro que en la sala del velatorio se han quedado todos mudos y cariacontecidos para escuchar en cinemascope nuestros jadeos. ¡Somos los becerros del desenfreno!

—Cleo, por favor, no me hagas esto...

Mamá tiene un tono suplicante, plañidero. Me da pena, la verdad. Pero al mismo tiempo no me da pena. Me enfada y me enfurece que sea tan ñoña y timorata y tan cobarde. ¡Levántate, madre, joder! Nacemos, vivimos y morimos en el patriarcado, ¿aún no te has enterado? ¿Qué hay de malo en hacerle un corte de mangas? ¡Puto patriarcado! ¡Putos santos varones de mierda! ¡Que se lleven al infierno sus preceptos y sus conceptos y sus cortapisas y sus dogmas de fe y sus falsedades y comportamientos políticamente correctos! ¡Todo es mentira! ¡Todo es una bazofia, es basura! ¿No te das cuenta, madre?

¡Dios! ¡Qué lava ardiendo! Maiden se está corriendo. Cómo se corre, el muy bestia. ¿Cómo puede segregar tanto semen y tan caliente? Maiden es un verdadero volcán. Y se estremece endiablidamente cuando se corre. Siente un placer tan intenso y agudo que todo su cuerpo se sacude, tiene espasmos, y su cabeza se agita tanto como si fuese a desencajarse. Sus músculos se ponen en tensión máxima. A veces se contrae tanto, formando una tenaza, que temo

que me estrangule.

—Eres un animal, Maiden.

—Joder, nena, qué polvazo, por dios.

Nos separamos, con la respiración entrecortada, y nos quedamos mirándonos a los ojos. Yo no he terminado demasiado fuerte. Ha sido un orgasmo de perfil bajo. Será por la puta culpa. ¡A la mierda!

Ha llegado la hora de mirar a la cara a mi madre...

Salimos de la cueva. Mamá me taladra con la mirada, como era de esperar. Está roja como la sangre. Sus ojos echan chispas. Está tan sofocada y disgustada que apenas puede respirar. ¡Menudo papelón! La he puesto en un compromiso, pobrecita. Como era previsible, la sala de la funeraria está muda. Todo el mundo estaba pendiente de nuestra gran follada, vía auditiva. ¡Seguro que algún viejo verde se ha empalmado y todo!

—Cleo, por dios...

—¿Qué pasa?

Mamá me sostiene la mirada. Me desafía. Pero no le salen las palabras de lo avergonzada y escandalizada que está. Noto que todo el mundo nos mira. Miradas de indignación, de reproche, escandalizadas, horrorizadas. Algunas viejas piadosas quieren estrangularnos a Maiden y a mí. Se mueren de ganas de hacerlo. Luego irán a contárselo a todo el mundo. En unas horas se enterará todo el pueblo y el asunto saltará incluso a las redes sociales. Me imagino los comentarios: Cleo echa un polvo salvaje con Maiden en el cuarto de baño de la funeraria donde se velan los restos mortales de su padre, recientemente fallecido. Tengo la impresión de que cuando salga de aquí me recibirá en la calle una nube de fotógrafos y reporteros. Muchos periodistas morbosos van a pedirme explicaciones.

Hago caso omiso a mamá y regreso a mi asiento. No pasa nada, hijos. No es para tanto. Venga, que cada uno siga con lo suyo. Sigamos llorando. Sigamos entristeciéndonos. ¿Dónde se han metido las plañideras y los crespones negros?

Maiden se reúne con sus dos guardaespaldas. Jaime y Santiago. Sospecho que les está diciendo que vengan a presentarme sus respetos. Y eso es precisamente lo que hacen sus guardaespaldas. Vienen a presentarme sus respetos. Por turno. Primero Jaime y luego Santiago.

Jaime es un descerebrado skin con la cabeza rapada, fanático del Real Madrid y el culturismo.

—Hola, cariño.

—Hola, Cleo. Siento lo de tu padre.

—Gracias. ¿Algo más?

Jaime se encoge de hombros.

—No, sólo que estás to buena.

Sonrío, sintiéndome gratamente alagada. Jaime es súper facha. Lleva emblemas fachas y hace proclamas fachas. Su padre está podrido de dinero y es tan facha y descerebrado como él. Ambos pertenecen al gremio de los primates—primitivos—vomitivos. Pero aún así le he hecho varias pajas a Jaime. Y una vez le hice una mamada de campeonato mientras él estaba subido a su moto supersónica, con la chupa negra de clavos y los pantalones pitillos y las botas de vaquero del lejano oeste americano. El orgasmo provocó que se riese a carcajadas y el muy cerdo me llenó la cara de semen mientras eyaculaba. Los hay con mal gusto. ¡Me pringó de semen hasta las cejas!

Jaime se muere de ganas de follarme, pero no me apetece tirármelo. Es un imbécil de primera categoría. Hasta las ninfómanas tenemos derecho a las afinidades electivas, ¿no? Lo de las pajas y la mamada es harina de otro costal. Eso es un juego de niños. El coito son palabras mayores. Una no puede hacer un coito con cualquiera, por muy ninfómana que sea, digo yo. ¡No voy a aparearme hasta con las paredes!

—Anda, lárgate, niño. Ya me has dado el pésame.

—Okay.

Jaime se encoge de hombros como un orangután, se da la vuelta y se larga con viento fresco. Lo sustituye Santiago. Santiago es una especie de psicópata solitario. Sólo le interesan los videojuegos. Y vive solo con su abuela. Sus padres murieron en un accidente de tráfico absurdo cuando él tenía seis años.

—Mis condolencias, Cleo.

—¿Me acompañas en el sentimiento?

—Claro que sí. Te acompaño en el sentimiento. Es lo que suele decirse en estos casos, ¿no?

—Supongo. Oye, Santiago, ¿has matado ya a alguien?

—No, pero ganas no me faltan.

—Eso me parecía.

Me quedo mirando a Santiago. Es un tipo extraño. Los tipos solitarios y enfermizos son peligrosos. Santiago es clavado al protagonista de la peli Psicosis. Creo que su madre también lo dominaba, como le pasa al protagonista de la peli Psicosis. Seguro que le habla e interactúa con él desde

el más allá para que cometa algún crimen. En breve veremos a Santiago en las portadas de los periódicos.

—¿Cuántas pajas te has hecho hoy, Santiaguito?

Santiago me mira fijamente, ceñudo. Me taladra con la mirada. Tiene una mirada oscura, que puede dar miedo. Tiene las cejas gruesas y pegadas. Forman una cornisa sobre sus ojos de rata y halcón. Es feo, el pobre. Tiene cara de palo y la nariz larga y ganchuda. Es muy alto. Pasa del metro noventa. Y delgado. Camina con los hombros hundidos. Camina fatal, bamboleándose, trastabillándose. Tiene andares de Charlot. Pero no en plan divertido, sino en plan siniestro. Sí, Santiago es un tipo siniestro. Encaja en el perfil de asesino en serie de jovencitas indefensas. ¡Es un tipo destartado! Y un cerdo. Apenas se lava. Huele a semen, porque se mata a pajas. Las sábanas de su cama seguro que apestan.

—¿A ti qué coño te importa, Cleo?

De repente se ha puesto furioso. Tiene ganas de estrangularme, se nota a la legua. ¡Este tipo es increíble! ¿Cómo puede ser amigo suyo Maiden? Maiden es el único amigo que tiene. Claro que a Maiden le sirve de perro de presa. ¡Santiago ahuyenta a cualquiera!

Todo el mundo le tiene miedo a Santiago. Menos yo. A mí me gusta provocarlo.

—Eres virgen, ¿no?

Santiago se pone a temblar de la rabia. ¡Patético! Claro que es virgen. ¿Quién se va a acostar con él? Maiden dice que un día lo llevó de putas para desvirgarlo y las putas salieron corriendo. ¡Ninguna se quiso acostar con él!

—¡Vete a la mierda, Cleo!

—Ahí estoy, querido, tan calentita.

Santiaguito aprieta los puños. Si estuviésemos solos intentaría pegarme. Se le va la mano enseguida. Un día me soltó un buen sopapo. En cuanto le haces un desplante te pega una paliza. Ya ha dejado a más de uno maltrecho. Por eso nadie se acerca a él. ¡Puto psicópata retorcido! Los tíos son caricaturas de sí mismos, personajes de cómic.

—¿Algo más, Santiago?

Santiago se encoge de hombros como un gorila, porque es un tipo cargado de espaldas y desgarbado. Me he abierto de patas para que me vea las bragas. Hoy me he puesto bragas en vez de mini—tanga, en honor a mi padre. Mi padre odiaba los mini—tangas. Cuando mamá me los compraba se ponía furioso. Santiago mira hipnotizado el trocito fucsia de mis bragas que

queda a la vista, justo la parte que cubre la vulva, imagino, allí donde se forma el pliegue carnosos. Ya se ha puesto cachondo. Es un salido, como la mayoría. Se lleva la mano a la entrepierna y se frota la polla. Qué descarado. Santiago es de ese tipo de tíos que se pasan el día frotándose la polla, como si fuese para ellos un talismán, un tótem sagrado, un objeto de adoración.

—No, nada, sólo que estás to buena, Cleo.

¡Mierda, se repiten como un disco rayado! ¡Los tíos son geniales!

Le guiño un ojo con picardía y vuelvo a juntar las piernas antes de que mamá venga corriendo a echarme la charla.

—Gracias, amor.

Santiaguito me mira la entrepierna con pesar, lamentando que haya cerrado la ventanita de su deseo. Quiere más ración visual para luego matarse a pajas, pero no me apetece ser su inspiración. Santiago me da asco, qué le vamos a hacer.

—Anda, lárgate para que venga el siguiente de la fila a darme el pésame.

—Okay.

Santiago se eclipsa. Luego empiezan a venir a reconfortarme mis amigos. Susana, Toto, Pedro, los mellizos, María, Carlos, Aurora y Jesús.

Susana es la guapa oficial del instituto. Siempre viste como una princesita. Es súper mega pija.

—Te acompaño en el sentimiento, Cleo.

—Se agradece, Susan. ¿Por qué has venido?

—No podía faltar, ¿no crees?

—¿Por?

—Se supone que somos amigas, ¿no?

—Claro. Uña y carne.

—No seas sarcástica. Ha muerto tu padre.

—¿Y?

—¿No puedes enterrar el hacha de guerra ni siquiera en el funeral de tu padre?

—Me gusta ser una india salvaje. Si pudiese iría en taparrabos a todas partes.

—¿Cómo has podido tirarte a Maiden aquí, en el cuarto de baño?

—¿Qué tiene de malo?

—¡Joder, Cleo, la gente se ha quedado flipada! Le has dado a tu madre un disgusto del copón, que no te va a perdonar nunca.

—Ya veremos.

Guardamos silencio. Nos miramos, sonrientes.

—¿Ha estado bien?

—¡Fantástico!

—Maiden debe de ser muy bueno en la cama.

—Allí no hay cama –digo, señalando el baño.

—Bueno, es un decir.

—¿Te gustaría tirarte a Maiden?

Susana se pone colorada. Se la ve muy mona con sus trenzas rubias, sus ojos azules y su carita de princesa de cuento de hadas. De hecho creo que ha salido de un cuento de hadas. Me recuerda a la princesa de los dragones de Juego de tronos. Susana es un bombón, la verdad. Me gusta mucho. Es tan femenina, tan buenorra, tan delicada, tan exclusiva, tan chic. A veces me he

masturbado imaginándome que le comía del coño. Pero ella no se da por aludida. Rehúye mis acercamientos sexuales. Le doy miedo. Me teme. Me tiene pánico. Y a la vez me admira. Le gustaría ser como yo en algunos aspectos.

—Eres increíble, Cleo.

—Lo sé.

—¿A cuántos tíos te has tirado ya?

—He perdido la cuenta.

—Me lo imaginaba.

—¿Y tú?

—¿Yo?

Susana se sonroja. Es como una niña. Me encanta.

—Yo no soy como tú, Cleo...

—Lo sé, hija. No hace falta que lo jures.

Repaso a Susan con mirada depredadora. Está guapísima, como siempre. Lleva un vestido precioso, que le sienta muy bien. Realza sus tetitas. Susan tiene unas tetitas de tamaño medio tirando a pequeñas. Me imagino comiéndomelas. Tiene que ser fantástico. ¿Cómo serán sus pezones? Nunca he conseguido verle las tetas a Susan, aunque lo he intentado de mil maneras, con mil disculpas.

—No me digas que eres todavía virgen.

El rubor de Susan se intensifica. Baja la mirada. Agacha la cabeza. Adopta la postura de la cigüeña. ¿O no es la cigüeña la que esconde la cabeza?

—Ah, claro, perdona que lo haya olvidado. Tú eres de las que se reserva para el matrimonio, ¿no, querida?

Susan vuelve a mirarme, ahora desafiante.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, nada, por dios.

—No necesariamente para el matrimonio. Pero tengo derecho a aspirar al amor, ¿no?

—Por supuesto, hija.

—Algún día encontraré al chico de mi vida.

—A tu príncipe azul.

—Exacto.

—¿Pajas tampoco te haces?

Susan vuelve a hacer de cigüeña o de lo que sea, es decir, se ruboriza—

sonroja y agacha la cabeza y desvía la mirada. En ella esas reacciones funcionan como un resorte. Es el interruptor de la vergüenza. Me encanta que sea tan candorosa y buena chica. Me la comería con pan, tomate y aceite de oliva, como los catalanes.

Mientras se piensa la respuesta vuelvo a repasar su cuerpo con mirada depredadora. Lástima que la falda del vestido sea demasiado larga. Le llega por debajo de las rodillas. Susan tiene unas piernas sencillamente exquisitas. No paro de mirárselas cuando estamos en bikini. Por eso me gusta tanto que me invite a su piscina. Me pone súper cachonda ver a Susan en bikini. Tiene unas piernas de señorita, pero no tan huesudas y flacuchas como las piernas de las señoritas. Las patas de Susan son bastante carnositas, en su punto. Y cuando están bronceadas tienen un tono dorado preciosísimo. Cómo brillan los delicados vellitos rubios de sus muslos cuando les da el sol.

Luego Susan se depiló y los deliciosos vellitos rubios se fueron a la porra. Susan, toda ella, es rubia y dorada. Supongo que hasta los pelos del pubis son rubios y dorados. Y huele siempre tan bien y es tan mona y tan coqueta y femenina. Es la típica tía cañón por la que se desviven todo tipo de admiradores de la belleza femenina: machos, lesbianas y ninfómanas bisexuales como yo.

—Alguna vez me he tocado, sí... —admite, sin levantar la cabeza.

—Genial. ¿Y te has corrido?

Susan duda, se lo piensa.

—Sí...

—¡Estupendo! ¡Ven aquí y abrázame, anda!

Cómo me gusta abrazar a Susan. Ella me abraza como una amiga, claro. En cambio el mío es un abrazo sensual. Siento sus tetitas sobre mis pechos. Me gustaría agarrarle el trasero, como hacen los tíos, pero no es plan. El culo de Susan no es tan redondito, voluminoso y sacado como el mío, pero no está nada mal. Es un culito de señorita, ni delgado ni gordo, pero mazo sensual. Cuando se pone el bikini con tanga se lo puedo admirar a placer. Los carrillos del culo están bien formaditos y tienen tono muscular. Se nota que no son blandos. Un buen culo debe ser firme al tacto, no una masa mórbida.

¡Cielos, me muero de ganas de hacérmelo un día con Susan!

Lo haré. Lo conseguiré. No hay nada que le esté vedado a Cleo...

Toto es un chico alto, rubio y de ojos claros, de color verde esmeralda. Él y Susan hacen la pareja perfecta de súper mega pijos, mazo guapos y mazo apuestos y elegantes. Quedarían de fábula en un spot publicitario, una novela romántica o una peli también romántica.

—Siento lo de tu padre, Cleo.

—Gracias, Toto.

Nos miramos. Toto no sabe qué decir. Se siente apurado. Es un buen chico, un inocentón. Es más simple que el mecanismo de un chupete. Pero mola, es caballeroso y correcto y bastante inteligente para las cosas de los estudios, siempre saca notas estupendas.

Toto es un niño de papá formal. Le gustaría ser más travieso y pependenciero, pero no tiene valor para eso, no le pega, no va con él. Yo le gusto, desde que nos conocemos, pero me gusta hacerme la interesante con él, jugar al gato y el ratón, darle una de cal y otra de arena, calentarlo y después enfriarlo, ponerlo a mil y congelarlo de golpe. Es lo que se merece, por ser tan simple y previsible y correcto y buena gente y políticamente correcto y odiosamente convencional.

—Estás muy guapa, como siempre —dice al fin, esforzándose para sobreponerse al envaramiento.

Pobre Toto. Le pesan demasiado las convenciones sociales, como a todos los pijos.

—Gracias.

Silencio. Más envaramiento.

—¿Por qué me miras así, querido?

—¿Cómo te miro?

—Con esos ojillos maliciosos.

Toto se encoge de hombros. Suspira.

—Estaba pensando en...

Involuntariamente señala en dirección al baño, donde Maiden y yo hemos cometido el atroz delito capital de follar salvajemente en medio de un velatorio. Sonrío.

—Nos habéis dejado helados a todos...

—Ya me lo imagino.

—De repente hubo aquí un silencio sepulcral.

—Y nunca mejor dicho, ¿no?

—La peña no se podía creer que estuviese pasando eso... Aquí...

—Un escándalo, ¿no?

—¡Y tanto! Mierda, Cleo esta vez os habéis pasado tres pueblos.

—De eso se trata, querido.

—Eres increíble. Nunca cambiarás.

—Eso espero.

Toto me ausculta con la mirada. Su mirada es de interés, indagadora.

—Pensé que lo habías dejado con Maiden.

—Lo dejamos y volvemos. Siempre ha sido así. Es lo que va con nosotros.

—Ya.

Toto agacha la cabeza, de repente frustrado.

—¿Quieres acostarte conmigo, Toto?

Se sonroja. Sólo un poco. Le he causado una mínima incomodidad. Toto es de los que sabe controlarse. Un verdadero gentleman inglés. Será un buen político, o un buen banquero. De hecho tiene el camino allanado. Su padre es empresario, dirigente del PP y masón.

Toto jamás de los jamases se liaría conmigo en plan serio, eso está claro. Su educación y buena cuna le impiden cometer esa barbaridad. Pero siente una fascinación irresistible por mí. Le fascina mi espíritu libre. Le fascina que sea una guerrera, una diablesa que no le tiene miedo a nadie y provoca a todo hijo de vecino. Eso le pone mogollón. Porque soy todo lo contrario que él. Él es un tipo controlado y yo soy una descontrolada de la hostia. Además le gusto un montón físicamente, me lo ha demostrado de mil maneras.

—Tú siempre sacando los pies del tiesto, Cleo.

—Dime una cosa, Toto, ¿cómo un tipo como tú, guaperas, mega pijo, buen estudiante y deportista estupendo, bebe los vientos por mí?

—¿Quién ha dicho que bebo los vientos por ti?

—¿Te atreves a negarlo?

Toto no contesta.

—El que calla, otorga.

—Qué graciosa.

Toto vuelve a mirar involuntariamente hacia el baño. Se muere de ganas

de hurgar en el asunto. Me encanta cuando asoma a sus ojos pasmados ese brillo picarón, salaz. Toto tiene una vena muy morbosa. Pero se empeña en ocultarla. Se avergüenza de ella. No queda bien en su entorno familiar. Su viejo es un tipo asexuado. Y su vieja es un florero sin dos dedos de frente, también asexuada, que era la secretaria de su padre antes de casarse con él. Así que no sé de quién ha sacado Toto esa vena morbosa. En todo lo demás es justo como sus padres quieren que sea, sobre todo su padre, que es quien manda en la casa, eso está más claro que el agua. La florero sin dos dedos de frente no pinta un pimiento. Siempre que la he visto se estaba pintando las uñas y ponía cara de ratita presumida. Qué triste nacer en el seno de una familia así.

—Os lo habéis pasado bien ahí dentro...

—No ha estado mal.

—Habéis hecho un ruido que no veas.

—Me gusta follar en plan bestia.

—Aquí la peña flipaba oyendo vuestros gemidos.

—Eso ya lo has dicho.

Toto deniega con la cabeza. Ahora se parece a su padre mogollón.

—Es que ha sido una pasada, Cleo. A quién se le ocurre.

—A mí.

—Ya, pero... Está mal, Cleo.

—¿Por?

—Mierda, se supone que estamos en el velatorio de tu padre.

—Mi vida consiste en infringir las normas. ¿O no te has enterado todavía?

—Ya, pero hay límites.

Toto se muerde el labio inferior. Es tan falso e hipócrita como su viejo. Es lo que ha mamado. En el fondo siente envidia. Le gustaría haber estado en el lugar de Maiden. Si eso no le hiciese perder su prestigio social, claro. Porque desde su punto de vista las apariencias son lo primero, lo más importante.

De repente enarca una ceja, la derecha, naturalmente. Lo hace siempre que se dispone a cambiar de conversación para enterrar una cuestión que le incomoda.

—¿Vas a venir a la fiesta? —dispara, con su sonrisa de vendedor de dentífricos que muestra su dentadura blanca y reluciente.

Con frecuencia celebramos fiestas en su chalet, cuando su padre, que

tiene una compañía internacional, se va de viaje, y su madre también se va de viaje, es decir, se va a casa de mamáita o se pierde durante días para hacer sus rutas de compradora compulsiva vía El corte Inglés sin pasar por la casilla de salida.

—Claro. No me la perdería por nada del mundo. Consultaré las revistas porno que encontré la última vez debajo del colchón de tu cama...

—Hola, Pedrito.

—Qué tal, Cleo. Te veo bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Suponía que...

—No supongas, Pedrito, que es malo para la salud.

Pedro es el guasón del grupo. Es alto y desgarrado. Casi tan alto y desgarrado como Santiago, el psicópata perro de presa de Maiden.

—Qué raro, Pedrito.

—¿Por?

—No te has traído el balón de básquet.

—Je je.

Pedro está obsesionado con el baloncesto. Sus padres son sociatas. Es decir, del PSOE. Aquí cada uno es de su padre y de su madre. Me he juntado con una pandilla que no veas. Es lo que hay. Los padres de Pedro se las dan de modernos y progres. Y también quieren que su hijo sea moderno y progre. Clase media. Cien por cien. De toda la vida. En realidad Pedro es un niño mimado, como Toto. Y es igual de simple que Toto, en su estilo, claro. En realidad es más simple. Si Toto es simple como el mecanismo de un chupete, Toto es simple como un balón. Por lo demás comparten las mismas aficiones: videojuegos, posturo en redes sociales y actividades varias en el teléfono móvil, el smartphone, el puto teléfono inteligente. Ah y les encantan los selfis. Les encanta hacerse selfis en sitios chulos y a ser posible peligrosos. En precipicios y demás. Cualquiera día de estos se escuernan y no se enteran.

—Te veo contento, Pedrín.

—Pues sí.

—¿Por?

—Mi padre me ha pegado el buen rollo. Está que se sale porque a su jefe lo han pillado en los papeles de Panamá. Le tenía tirria a su jefe, así que no para de hacer bromas con lo de los papeles de Panamá.

—Vaya por Dios.

—A mí con la movida de los papeles de Panamá me están entrando ganas

de irme a Panamá a echarme una novia. Dicen que allí las pibas están mazo buenas. Aunque no tanto como tú, Cleo, eso por descontado.

Ay, Pedrito. Lo bueno que tiene Pedro es que no se hace remiendos en la cabeza. Todo le resbala. Su único objetivo en la vida es pasárselo más o menos bien. Se conforma con poco. Sabe apreciar los pequeños placeres de la vida más que nadie. Y nunca se mete en problemas, porque es de afectos moderados. No peca por exceso ni por defecto. En todo caso peca por omisión, pero eso no le preocupa.

Como es desenfadadamente lanzado, posa la mano en mi rodilla, que está desnuda, porque la falda de mi vestidito negro me llega a media pierna y al estar sentada me llega a la entrepierna y con las piernas cruzadas parezco un putón verbenero.

—Pedrito, no es propio que me toques las piernas en el funeral de mi padre.

—Je je.

Me imagino a Pedro soltando ahora una de sus estruendosas risitas de hiena. Quedaría bien. Sería chulo. También él mira involuntariamente hacia el baño, como Toto. Bueno, en su caso juraría que mira voluntariamente. Lo que digo, Pedro no se hace remiendos en la cabeza. No le obsesionan tanto las apariencias como a Toto. Se lo toma todo más a la ligera.

—Buen casquete, ¿eh, zorrilla? —me suelta, guiñándome un ojo, en su caso el izquierdo.

—Pos sí.

Me encanta que Pedro me llame zorrilla. Es como si me lo dijese un abuelete del pueblo. Pedro tiene algo de abuelete del pueblo, algo rural, del campo. Con esas manazas como palas podría currar de jornalero, recogiendo la aceituna.

Pedro desplaza su manaza de pala. La desplaza de la rodilla al muslo, moroso, rozando la piel con fruición. Otro que tal baila. Me pregunto por qué no he hecho nunca nada con Pedro. Con Toto he tenido mis escarceos, pero con Pedro no. Será porque siempre lo he visto muy niño. La verdad es que en los últimos tiempos se ha desarrollado mucho. Y ha madurado, lo poco que puede madurar un chico como él. Además no está mal, está potable. No es un bombón ni mucho menos. Tampoco está bueno. Simplemente pasable. No transmite nada, no tiene garra, gancho, ese tipo de cosas. Ni fu ni fa. Claro que en un momento dado te lo puedes hacer con él.

Vuelvo a preguntarme por qué no me lo he hecho con él nunca.

—Cleo...

—¿Sí?

—Estoy más salido que el pico de una mesa.

—Qué original.

Pedro no retira la mano de mi pierna. Y aprieta un poco. Se nota que está excitado. Aprovecha que la sala se ha llenado de gente, como en el metro en hora punta, y ahora pasamos más desapercibidos.

—Estoy salido como las pistolas del Coyote, Cleo.

—Ja, eso tiene gracia.

Nos sostenemos la mirada. Joder, no puedo hacérmelo con un tío que tiene cara de personaje de cómic, de manga, de anime. No es serio. No me pone. Pedro no tiene el menor sex appeal. Es como un muñeco. Por eso se mata jugando al baloncesto y se pasa el día diciendo gansadas. Parece el eterno adolescente.

—¿Nunca has estado con una chica?

—Nop.

—¿Y con un chico?

—Qué chistosa.

—¿Ni siquiera te has morreado?

—Nop. Soy virgen como la inmaculada concepción de maría, Cleo.

—Vaya por dios.

—Soy un cero a la izquierda en asuntos de ligoteo.

—¡Pero no eres tímido!

Pedro se encoge de hombros.

—Supongo que me da pereza camelarme a una piba. Además yo no gusto a las pibas, tú lo sabes...

Sonrío.

—Pretendes que haga un acto de caridad contigo, ¿no es eso?

Pedrito sonrío con picardía y esperanza e ilusión, como el niño que es.

—Pues...

Vuelve a echar una ojeada al baño. Se nota que la sinfonía de jadeos que entonamos hace un rato Maiden y yo le ha revolucionado las feromonas.

—Estamos en el funeral de mi padre, cariño.

Nueva sonrisa de Pedrito. Esta vez guasona.

—¿Y qué pasa con lo de antes? Maiden y tú os habéis puesto morados, ¿no?

—Más o menos.

No sabía que Pedro fuese tan lanzado. ¿Se puede saber qué se ha tomado en el desayuno?

—No me digas que estás tomando pastillas afrodisíacas.

Pedro se ríe. Se lo está pasando bien conmigo. Pero se lo quiere pasar aún mejor... Ahora me mira fijamente la entrepierna. Tengo las piernas cruzadas, de modo que no puede ver gran cosa. Bueno, puede ver el abultamiento carnoso en la cara interior de los muslos. Al tener las piernas cruzadas la falda del vestidito ha subido tanto que poco le falta para descubrir mis delicadas braguitas de encaje de color fucsia.

Pedrito suspira, entornando los ojos.

—¡Uff! Qué rica estás, Cleo.

—Gracias, amor.

Joder, está decidido a hacer una travesura también él. Es la primera noticia que tengo. ¿Desde cuándo hace travesuras Pedrito? Se ve que ha perdido los papeles.

—Maiden es un campeón. Quién fuera él —dice, sin apartar la mirada de mi entrepierna, y se relame como un gato goloso.

Empieza a gustarme verlo tan excitado. Es la primera vez que veo a Pedrito como un hombre, como un macho con ganas de jarana, en vez de como un niño, un chavalote, un muchacho tontorrón, que es como lo he visto siempre. Ha pasado de hablar de los papeles de Panamá y del jefe rico de su padre a clavarme su mirada de deseo en la entrepierna. Su mirada es tan intensa. Es como una lupa que concentra el sol de su deseo. Creo que de un momento a otro mi entrepierna empezará a echar humo.

—Anda, sé buena chica. Enséñame un poco...

¡Ay, lo que hay que hacer por amor al arte! Debería cobrar, poner una tarifa astronómica. Así doy el paso a furcia, lo cual sin duda tiene apreciables ventajas. Pedro hace que me sienta una madre que le consiente sus caprichos. Joder, lo conozco desde hace unos cuantos años. Lo he visto crecer. Y tiene mi misma edad. ¿Por qué él es tan infantil e inmaduro y yo tengo ya tantas horas de vuelo como para ser su bisabuela?

Sea, concedo. Ejercemos de hermanita de la caridad, querida. ¡Todo por la patria!

Abro un pelín la pinza de las patas. Lentamente. Morosamente. Los ojos de Pedrito se dilatan. Quiere pasarse por mi vulva como Pedro por su casa. Contiene la respiración. Abro un poquito más. Ya tiene perspectiva. Se nota porque de repente ha aparecido un brillo perverso en sus ojos de topo. Ve mi

braguita de encaje de color fucsia. Justo el trozo de braguita que cubre el abultamiento carnoso que señala la abertura de mi sexo, el ansiado acceso.

—Ay, madre...

Sí, cariño, así es como me siento. Tu madre. Está claro que se ha empalmado. Hay un montecito más que sospechoso bajo la cremallera de sus vaqueros deportivos, porque el bueno de Pedrito siempre viste de sport, con zapatillas deportivas y demás. Quiere estar preparado para ponerse a jugar al baloncesto en cualquier momento, en cuanto caiga el balón en sus manos.

La mano de Pedro avanza en mi muslo. Progresa adecuadamente, como dicen en el colegio. Yo también progreso adecuadamente. No me lo creo, pero debo reconocerlo. Sí, el tontín tolili pánfilo de Pedrito ha conseguido excitarme. Por primera vez y sin que sirva de precedente, espero.

Me dan un codazo. Un tipo con traje y corbata a quien no conozco. ¡Joder, esto está de bote en bote! ¿Cómo podía tener papá tantos amigos y admiradores?

—Anda, ven, hijo —le digo a Pedro, agarrándolo de la mano.

Y me encamino al baño por segunda vez...

Ay, Pedrito, niño mío, hijo de mi vida. Aquí estoy otra vez, encerrada en el baño. Pedro ha echado el pestillo. Se ve que los tíos son escrupulosos. Les gusta guardar las apariencias. Tienen grabado a fuego en la mollera el concepto de lo políticamente correcto. Las malditas conveniencias—convenciones sociales. Aunque todo es un maldito paripé, un juego de los espejos. Los desmanes se cometen a tuti plen igualmente.

Estás aquí, conmigo, Pedrito. Has venido a pecar, delante de todo el mundo, en el funeral de mi padre, mientras el resto de la parroquia vela su cuerpo muerto, su cadáver de despojos humanos que pronto quedará reducido a ceniza. Polvo al polvo. En ese caso, Pedrito, ¿a qué vienen esas aprensiones? ¿Por qué preocuparse por el pestillo? Saben lo que hemos venido a hacer aquí. ¿Qué diferencia hay entre que lo sepan y lo vean?

Esto es como los famosos papeles de Panamá. Todo el mundo sabe que los ricos defraudan a hacienda porque el mundo está organizado para que los pobres pringemos, pagando nuestros impuestos a rajatabla, y los ricos defrauden a hacienda. Claro que una cosa es saberlo y otra cosa es verlo, que el asunto salga a la luz y lo aireen los medios de comunicación, que al parecer hoy en día son los llaneros solitarios, los salvadores de la patria, los héroes. Superhéroes que se dejan la piel destapando casos de corrupción política y financiera. Tiene gracia la cosa. Estoy pensando en estudiar periodismo.

—Tranquilo, hijo. Como sigas respirando así te vas a ahogar.

—¿Qué?

—Digo que te va a dar algo.

—Ya.

Pedrito está bloqueado. Le aterroriza haber dado este paso, meterse en este berenjenal, cometer este traspies. Se pregunta qué pensarían sus padres si se enterasen. La cosa le da vergüenza, apuro. Por la propia angustia sexual que necesita liberar de una puta vez y por el qué dirán, el rollo de la opinión pública, el prestigio social y el desprestigio social. Ese tipo de monsergas ciudadanas.

—Hemos venido a follar, ¿no? —le digo, desafiante.

Pedrito ahora está paralizado.

—¡Si estás temblando!

—Ya.

—¡Ay, criatura!

Lo abrazo. Le doy un abrazo de osa, consolador. Un abrazo maternal. Me toca hacer de todo. Es lo que tiene ser una mujer polivalente, inteligente e insurgente.

Pedro empieza a calmarse. Juraría que su mamaíta socialista nunca lo ha abrazado. Está tan desacostumbrado a los abrazos que no me devuelve el abrazo. Se siente como un burro en un garaje. Qué pétrea parálisis, por dios.

Se me ocurre que estaría bien tener banda sonora. Molaría poner aquí un buen equipo de música para soltar a bocajarro una tromba de decibelios. Nos inspiraría mucho la banda sonora.

Me aparto de Pedro y le sostengo la mirada.

—¿Y bien?

Pedro se encoge de hombros. Sigue mudito, el pobre. Ya no tiene ánimos para hacer gracias y contar chistes. Su sesgo guasón e intrascendente ha quedado enterrado bajo toneladas de apuro. La cosa empieza a resultarme patética. En un impulso me doy media vuelta y me dirijo a la puerta.

—Cleo, espera...

Lo encaro, aburrida.

—¿Sí?

—No te vayas.

—¿Por?

—No me hagas esto.

—¿Qué te hago?

Pedro suspira. Hace un gesto de impotencia. Está desesperado, qué ridículo.

—Abandonarme.

Qué bueno. Me dan ganas de reírme a carcajadas. Pero al mismo tiempo me siento estúpida. Me siento necia. Y no mola nada sentirse estúpida y necia. Así que lo abandono. La hermanita de la caridad abandona al pobre transeúnte, al vagabundo, al mendigo. ¡Pero si eres un niño pijo sin ninguna preocupación, joder!

Indignada con la situación, abro la puerta y me largo. Vuelvo a mi asiento. Cruzo las piernas. Echo un vistazo a mi alrededor. Esto está de bote en bote. Cuánta gente quería a papá. No me lo puedo creer. Me siento una

boya perdida en el océano. Estoy fuera de lugar, como siempre. Se ve que a mí me toca ejercer de outsider, como dicen los ingleses, lo cual significa que eres un cero a la izquierda, más o menos.

En fin. Es lo que hay.

Los mellizos se llaman Jorge y Jose. Su padre es escultor imaginero. Eso significa que esculpe imágenes religiosas. Pasan mucho tiempo en su taller, para aprender el oficio y dedicarse cuando acaben los estudios a esculpir cristos y vírgenes. Como son mellizos, o gemelos —nadie sabe a carta cabal cuál de las dos cosas son— van siempre juntos a todas partes y casi siempre hacen las mismas cosas. Casi... Porque no dejan de ser diferentes, como no podía ser de otra manera. Cada persona es un mundo, solía decir mi padre. De modo que Jorge y Jose son un mundo, cada uno de ellos, por separado, aunque sean mellizos o gemelos y se parezcan mucho y parezca que hacen siempre las mismas cosas o cosas parecidas.

—¿Por qué habéis venido a darme el pésame los dos a la vez? —les digo.

Se encogen de hombros. Los dos a la vez.

—Prefiero que vengáis por turnos.

Jorge le lanza una mirada elocuente a Jose. Se supone que Jorge es el mayor, porque nació antes, nació el primero. Jose nació cinco minutos después, aproximadamente. Y en todo juegan ambos ese rol de hermano mayor y hermano menor segundón. Es decir, Jorge hace de serio, responsable y todo eso y Jose va más a su aire.

Tras la mirada elocuente de Jorge, Jose pone pies en polvorosa. Así que se queda Jorge conmigo, para darme el pésame, como debe ser, como corresponde.

—Te acompaño en el sentimiento —dice, formal.

—Gracias, Jordi.

Luego nos quedamos callados. Jorge no sabe qué más decir. Yo me dedico a observarlo. Jorge es un tipo sensato, cabal. Siempre se le dieron mal los estudios. Es un artista. Empezó dibujando. En clase se pasaba el tiempo dibujando. No prestaba atención a los profesores. Ni a los compañeros. Sólo prestaba atención a sus dibujos. Sacaba su bloc de dibujo y dale que te pego. No le importaba que le castigasen o le echasen la bronca. Dibujaba y dibujaba.

Me inspira respeto Jorge. Con él no me dan ganas de ser traviesa y

provocadora. Es un tío de una pieza, que va a lo suyo y rehúye el postureo al que es tan proclive el común de los mortales. Jorge pasa de las redes sociales, pasa de los selfis, pasa del fútbol y la televisión. Pasa de todas las movidas. Prefiere quedarse quieto, en lo suyo, trabajando en el taller con su padre para aprender el oficio de escultor o haciendo dibujos en su bloc. Me pregunto cuántos blocs habrá rellenado ya con sus dibujos.

—Cuéntame algo, Jorge.

—Creo que se van a repetir las elecciones.

—Normal.

—Los partidos políticos no se ponen de acuerdo.

—Eso tengo entendido.

—Nadie tiene mayoría.

—Nadie.

—El pueblo quiere que los partidos pacten.

—Eso dijo el veinte de diciembre.

—Pero los partidos no pactan.

—No.

Me pregunto quién tiene la culpa.

—¿Quién tiene la culpa, Jorge?

—Todos. Cada uno vela por su interés.

—Eso es así desde que el mundo echó a rodar, Jordi.

—El PP quiere la gran coalición con el PSOE. El PSOE se resiste a apearse del carro del bipartidismo y reconocer que Podemos le ha quitado una importante cuota de mercado.

—Y Ciudadanos está a verlas venir, como la gran fulana, dispuesto a bajarse los pantalones pero respetando a los que les pagan, los bancos y demás. Me cae gordo Albert Rivera.

Jorge me mira resentido. Él ha votado a Ciudadanos simbólicamente. Su familia siempre ha votado al PP. Él ha querido desmarcarse de su familia. Apostar por los nuevos valores y la regeneración política de España. Por eso ha votado en nuestra porra simbólica a Ciudadanos. Ése ha sido su salto al vacío después de arrastrar una larga tradición familiar de votantes del PP. Porque Jorge es conservador. Ha heredado el concepto conservador en los genes. Y a lo único que puede aspirar es a maquillar ese concepto conservador. Lo que no puede hacer es desprenderse de él.

—Rivera hace lo que puede. Lo que le dejan —se defiende Jorge.

—Rivera es un niño pijo hijo de papá, jesuita, del opus dei, un

descerebrado de familia bien, un falso, un impostor, un oportunista arribista, un pelele, un mindungui –digo, para fastidiar un poco a Jorge.

Jorge guarda silencio, resentido.

—¿Y qué me dices de Podemos? –le pregunto, para tirarle de la lengua.

—Siempre que ha gobernado la izquierda en este país la economía se ha ido a la mierda. La economía y la izquierda son incompatibles.

Desde luego. Pero Jorge se refiere a la economía tal como está establecida hoy en día, la economía feroz y atroz, capitalista, que crea los paraísos fiscales y todas esas monsergas. La economía que premia y beneficia y ampara a los ricos y da por culo a la clase trabajadora. Y la economía no tiene por qué ser así, digo yo, sobre todo si tenemos en cuenta que la clase trabajadora mantiene la economía, es el sostén de la economía, los cimientos del edificio económico del que se lucran despiadadamente los ricos.

Claro que no me apetece meterme a discutir con Jorge. Yo en realidad paso de la política, aunque tengo las ideas muy claras. Opino que tal como están las cosas ningún partido político, por buena voluntad que tenga, puede arreglar el mundo. Podemos es un espejismo que más pronto que tarde acabará estrellándose contra el asfalto de la realidad. El mundo es elitista. El mundo es de los ricos. Eso es así desde que el mundo existe. Y seguirá siendo así por los siglos de los siglos. Es ley de vida que el que tiene ambición se coma al que no la tiene. Es la ley de la selva. Y el mundo es una selva, aunque algunos cándidos se empeñen en maquillarla, en pretender que es otra cosa, que es un sitio más habitable y respirable de lo que en realidad es.

Siempre habrá grados, clases, castas. Aquí nos peleamos por cambiar de siglas políticas. Los de al lado se pelean por encontrar un pedazo de tierra donde sentar el culo. Me refiero a los refugiados. Más allá, donde los negritos, se mueren de hambre. A la izquierda del mapa, o a la derecha, no estoy segura, las mujeres ni siquiera tienen derecho a votar, a sacarse el carnet de conducir, a decir su opinión, a mostrar la cara. Y en algún lugar otros se dedican a poner bombas y sembrar el terror. Así que el hecho de cambiar de siglas aquí, en nuestro terruño, no cambiará nada, ni aquí ni más allá de aquí. Nada cambiará significativamente. Todo seguirá igual. Ni siquiera los papeles de Panamá cambian nada. Han salido a la luz porque a los ricos que manejan el cotarro les interesa que salgan a la luz. Por algo será. Igual que se sacaron de la manga la monserga de la crisis. Son fases, ciclos, juegos de ilusionismo para entretener al personal y manipularlo convenientemente. Como los auto—atentados de los que son tan expertos los

yanquis, los padres del pastel moderno, como buenos herederos de los masones iluminados. Tú auto—atentas contra ti mismo y luego le echas la culpa al enemigo para poder joderlo vivo.

Para que haya justicia en el mundo deberíamos viajar en una carreta tirada por mulas. Y el mundo moderno viaja en un potente deportivo, tuneado y pintón, con un montón de caballos, que ruge mucho y devora muchos kilómetros a toda pastilla. Porque eso es lo que les mola a los ricos. Pero nosotros, los votantes, los ciudadanos de a pie, los parias, la gente, el pueblo, no podemos ver esa realidad. El árbol no nos deja ver el bosque. Estamos obsesionados con el árbol que tenemos delante de nuestras narices y somos incapaces de apartarnos para tener perspectiva y ver el bosque en su conjunto.

El bosque es eso, cambiar el coche deportivo mega—súper—vacilón y súper—moderno—potente por una carreta tirada por mulas. Cambiar las siglas de los partidos políticos no cambia nada. Da igual que gobierne quien gobierne. Da igual pasar del bipartidismo al tripartidismo o al multipartidismo. Eso son cambios cosméticos del deportivo: la pintura de la carrocería o elementos de tuneado diferente. En esencia no cambia nada. Lo que manda, ahora y siempre, es la economía, el puto dinero, el vil metal. Y el dinero, por definición, es de los ricos, desde que el mundo es mundo. Por una sencilla razón: ellos fueron quienes lo inventaron...

—¿A quién votó tu padre? —me pregunta Jose.

Qué pregunta, por dios.

—Al PP, como siempre.

—¿Y tu madre?

—Ella nunca tiene las ideas claras. Unas veces vota a los verdes, otras a Izquierda Unida y otras al PSOE, dependiendo.

—¿Y el veinte de diciembre a quién votó?

—Pues esta vez creo que no votó. Se abstuvo. Su indecisión fue tal que la dejó paralizada.

Jose es un digno hermano de Jorge. Siempre está a la sombra de Jorge. Deja que su hermano dé la cara y se coma los marrones. Digamos que Jose es el práctico y Jorge el idealista, aunque al final siempre es Jorge quien saca las castañas del fuego. En lo tocante a la política Jose ejerce un poco de oveja descarriada. Vota al que le da la gana. Una vez votó a Izquierda Unida en nuestra porra simbólica.

La verdad es que esto es una soberana rayada. En realidad jugamos a que votamos. Simplemente hacemos como que votamos. Es decir, tomamos partido. Es una costumbre que ha quedado establecida entre nosotros, los amiguetes, los del grupo. Y eso es así porque algunos miembros del grupo son muy políticos. Yo paso olímpicamente. Se podría decir que soy terrorista ideológica. No me encaja ninguna otra etiqueta. No soy anarquista ni nada de eso. A veces he intentado que me encaje una etiqueta, en vano. Las etiquetas siempre me quedan pequeñas. Es como llevar un corsé súper ceñido. Como llevar una panoplia medieval, de guerrero, que no te deja moverte y pesa un huevo de Pascua. En fin, es lo que hay.

—Qué majete eres, Jose.

—¿Y tú qué eres, Cleo?

—¿Yo? Una ninfómana pervertida, supongo.

—Te equivocas.

—¿Por?

—Tú eres Queer.

Me quedo mirando a Jose, pasmada.

—Pues sí, hijo, tienes toda la razón del mundo. Estaba pensando en escribir el libro de mi vida. Porque me gusta escribir, ¿sabes? Y pensaba titularlo Me llamo Cleo y soy ninfómana, ya sabes, como si hablase en una terapia de grupo, para rehabilitarme o simplemente para pasar el rato. Como un acto de significación, me refiero, para dejar bien claro quién soy y qué soy. Y ahora que has dicho lo de Queer me he dado cuenta de que tienes razón, ¡ostras! Yo soy un espíritu libre y Queer, esa palabrita es la única que me encaja como un guante. Es la única etiqueta que no me aprieta, teniendo en cuenta que todas las etiquetas aprietan un poco. Me refiero al rollo de los estereotipos sociales, ¿sabes?

—Claro, claro. Por eso lo digo. Eres Queer, Cleo.

—¡Chachi! ¡Soy Queer! Ahora sabré qué contestar cuando me pregunten qué soy.

De repente me siento súper contenta. Jose ha dado en el clavo. Soy Queer, está claro. Por si alguien no lo sabe aún, Queer es una palabrita mágica que significa cosas muy importantes. Una definición de lo indefinible. Queer significa que está más allá de la corriente, más allá del ganado aborregado, más allá de las modas, más allá de los colectivos y grupos sociales de cualquier color. Que no te identificas con nada. Que eres un pajarillo en el sentido de que tienes alas para ir adonde te dé la gana y hacer lo que te plazca.

Eso significa ser Queer. Aunque el término empezó a utilizarse para definir —tenemos esa puta manía de definir al personal— a las personas que atentaban con las prácticas sexuales convencionales y al mismo tiempo tampoco se identificaban con las corrientes establecidas e institucionalizadas de anormales del sexo, las comunidades LGBT y todas esas monsergas.

Queer significa que eres torcido, invertido, que vas contracorriente, pero no peyorativamente, aunque al principio sí tenía un significado peyorativo. Claro que hay muy pocas personitas que puedan calificarse como Queer. Y yo soy una de ellas. Porque soy anormal en mi comportamiento sexual y por extensión en todos mis comportamientos —el sexo es el motor de todos los comportamientos— y al mismo tiempo no encajo en ninguno de los movimientos—colectivos que engloban a los anormales sexuales.

Pongamos ejemplos ilustrativos. A veces tengo relaciones sexuales con una chica. Pero no soy lesbiana. A veces tengo relaciones sexuales con un chico. Pero no soy heterosexual. Como tengo relaciones con chicas y chicos,

podría decirse que soy bisexual. Pero tampoco esa etiqueta me encaja, porque además me masturbo compulsivamente y le hago mamadas al vecino del cuarto y hago pajas al primer cachondo que me encuentro por la calle y otras movidas extrañas. Hasta ahora creía que el rollo ninfómana me iba bastante bien como definición—etiqueta—prospección de la personalidad. Pero Jose, bendito él, dios lo tenga en su gloria y en su vera, acaba de abrirme los ojos.

¡Mierda, soy Queer! Y yo sin saberlo. ¡Hay que joderse!

—¡Eres un puto genio, Jose!

—Mersí.

—Gracias por el soplo, cariño. Una sugerencia fabulooooosa.

Jose es todo sonrisas.

—No hay por dónde.

Mamá se acerca a nosotros con aire sibilino.

—Hemos preparado unos canapés ahí al lado, cariño.

¡Estupendo! ¡Me apunto! Me ruge el estómago, la verdad. Ya tengo un hambre de caballo, o de lobo, según. Me levanto a toda pastilla y me planto en la sala de al lado. No he tenido tiempo de desayunar. Vine aquí cagando leches. Esto de velar a los muertos agota mucho. Hay que echar algo al buche, como dice el bueno de Sancho Panza.

Los canapés están fabulosos. Soberbios. Se nota la mano de mamá. Me como dos de cada. Y de salmón cuatro, porque es el que más me gusta.

Vuelvo a mi trono. Por fortuna nadie me ha quitado el sitio. El que se va a Sevilla, pierde su silla. En este caso, no. Me gusta mi observatorio particular. Y me gusta que vengan mis coleguillas a rendirme pleitesía. ¿Quién es el siguiente de la lista? ¡Se abre la veda de las visitas—comparencias! ¡Os doy mi venia, queridos! ¡Venid a adorar a la diosa! ¡Soy la diosa Queer! ¿Quién quiere ser recibido en audiencia por su majestad la diosa Queer? ¡Venid a besarme las plantas de los pies, pollitos, venid, no os hagáis los remolones, que así no sois molones!

Aparece el siguiente dador de pésame. En realidad es siguinta. El lenguaje es otra perversión masculina del patriarcado, una de las principales.

Debería haber pronombres neutros para designar el plural de ambos sexos. ¿Por qué el plural es siempre masculino? Hay tres millones de mujeres en una manifestación feminista y un hombre infiltrado, machista hasta la médula, y estamos obligadas a decir: en la manifestación había tres millones y un manifestantes en lugar de decir: en la manifestación había tres millones de manifestantas y un gilipollas.

—Es lo que hay, María.

—¿Qué?

María me mira idiotizada, para variar. María es una chica gordita y muy alegre. Sus padres están separados. Ella vive con su madre, que es productora de cine. A María le encanta la comida basura. Su afición preferida es irse de tiendas para gastarse todo el dinero que su madre le da para no sentirse culpable. Su madre no está casi nunca en casa.

—Nada, Mery, mis rayadas mentales.

—Para variar.

—Pues sí.

María tiene unas berzas monumentales, de campeonato. Las tetas más impresionantes que conozco, después de las de mi madre, claro. Por lo menos en cuanto a volumen, densidad, turgencia y amalgamiento carnoso, que son valores muy a tener en cuenta al respecto. Es curioso porque no es gorda, aun teniendo esas tetas enormes. Incluso sus piernas son un pelín flacas, en proporción, aunque no llegan a ser patas de cabra. Llevo tiempo detrás de comerme las tetas de María y creo que hoy, por fin, lo voy a conseguir. Me da ese pálpito. Creo que el fiambre de mi viejo va a darme suerte. ¡Qué ubres, por dios! ¡Si parece que le van a reventar el escote! Freud tenía razón. Todo empieza en el sexo. Todo termina en el sexo. Por eso cuando la libido se va a la porra nos vamos directos a la tumba, de cabeza y sin pasar por la casilla de salida.

—María, cariño, acabo de comprender que Queer es la palabra que mejor me define.

—¿Queer? ¿Y eso qué significa?

—Que soy libre, ni más ni menos. Sexualmente y en todos los aspectos.

—Que eres libre sexualmente está claro, Cleo.

—¿Verdad que sí? ¡Me encanta ser libre! Jose me ha abierto los ojos. Ninfómana es un término peyorativo, que implica vicio. ¡Mierda, soy Queer!

—¿Jose te ha abierto los ojos? ¡Si es un pánfilo!

—A veces los pánfilos ven la verdad antes que los lumbreras. Igual que

los locos ven la verdad antes que los cuerdos y por eso se vuelven locos.

—Siempre dices cosas muy raras, hija.

—Lo sé. Hablo en un código cifrado sólo apto para iniciados.

—Yo lo que quiero es iniciar las hostilidades.

—¿Qué hostilidades?

—Anoche me masturbé tres veces, Cleo.

—Vaya, se te están pegando mis costumbres viciosas.

—Será. No sé qué me pasa. De repente tengo las hormonas revolucionadas.

—¿Cuál fue el detonante?

—¿Qué detonante?

—Me refiero a qué te inspiró para ponerte tan cachonda.

—Nada del otro mundo, en realidad. Vi una peli de un pavo que me mola un montón. Y no paraba de aparecer medio desnudo, en escenas potentes, ya sabes.

Sí, claro, ya sé por dónde vas, hija. Pobre María.

—¿No estás con nadie?

—No.

—¿Por?

—Los tíos son unos imbéciles, Cleo.

—Lo sé.

—Qué te voy a contar a ti, ¿verdad?

—Podrías probar con una tía.

María se pone roja. Desvía la mirada. He pinchado en hueso.

—No sé.

—A lo mejor te gusta.

—No creo.

¡Ay, palomita!

Mi mirada predatora repasa a María. Lleva un vestido. Ella casi siempre lleva vestidos o faldas. Le gusta enseñar las patas, que no están mal, la verdad, aunque no sean un dechado de perfección anatómica femenina. Lo más potente de María son sus tetas. El culo es normalito, ni fu ni fa. Su pelo tampoco está mal. Tiene una cascada de cabello cobrizo, denso, ondulado, que le llega a los hombros. El problema es que no sabe lucirlo. Se corta fatal el pelo. No se lo arregla como dios manda. Y su cara es relativamente mona. Se da un aire a Sharápova, la tenista, que por cierto ahora está fuera de juego por el rollo del doping. Sí, María es una Sharápova española con unos kilos

de más, más corta de estatura y con la cara más redondita. Ah y con unas ubres de campeonato, por descontado. Curiosa mezcla. Un híbrido potente.

Hay que ponerse manos a la obra. A ver qué sale...

Clavo mi mirada predadora en el escote. María siempre lleva escotes fantásticos. Lucir las tetas sí que sabe hacerlo. Sus escotes siempre dejan ver el canalillo de sus prodigiosas tetas, esa curva—zambullida—carnosa donde se juntan las dos colinas de tierra prometida. Y dejan ver suficiente porción de carne, suficiente abultamiento de carne. Un abultamiento que es pulposo pero no flácido, sino turgente, bastante firme, con tono muscular. Veremos cómo tiene las tetas dentro de diez años.

María acusa mi mirada. No es tonta. Sabe que me derrito por sus mamas. Y no es que lo haya descubierto ahora. No paro de decirle maravillas de sus mamas desde que sus mamas son lo que son.

Sonrío, provocadora, pasándome la lengua por los labios.

—¿Quieres probar? —insisto.

Hoy es mi día de suerte, estoy segura. ¡Gracias, papi!

María duda. Se retuerce de indecisión. Me mira a los ojos y baja la mirada. Sus ojos son como unos intermitentes de coche que se han vuelto locos. No saben si señalar a la derecha o hacia la izquierda. No se deciden.

—Venga, hija. No es nada del otro mundo.

María sabe que a veces me lo hago con chicas. Pero me tiene miedo. Todo el mundo me tiene miedo. Es lo que tiene ser Queer. Es decir, ser libre. A la peña le aterroriza la libertad. La peña se siente más cómoda y confortable ahormándose a algo. A los modos de conducta prefabricados. En realidad nadie tiene iniciativa propia. Más allá de las convenciones sociales, las etiquetas y demás. Sólo yo. Por eso soy Queer. Yo le doy a la palabra Queer su verdadero significado. Tiene que ser así para que la palabra Queer pueda definirme a mí. Para que la palabra Queer y yo podamos establecer una relación de reciprocidad.

—¿Tú no te sientes culpable? —me dispara María.

—¿Por qué?

María se encoge de hombros. Y suspira. ¿Por qué todo el mundo tiene los mismos tics, los mismos gestos? Le gente reacciona de la misma manera cuando se siente incómoda. Traga saliva, suda, se frota las manos, etc. Hasta en eso clonamos los estereotipos sociales de conducta. Qué patéticos somos.

—Por hacer las cosas que haces...

—A veces —me sincero.

- ¿Y por qué sigues haciéndolas?
- Porque me mola. Porque yo soy así.
- Pero la culpa es muy mala.
- Se puede vencer.
- Yo no creo que pueda hacerlo.
- No te has dado la oportunidad de comprobarlo.

María se restriega las manos. Tiene unas manos bonitas, finas. Lleva las uñas muy cuidadas. Se las ha pintado de fucsia, igual que mis braguitas, qué grata y venturosa coincidencia. No sé cómo consigue dejárselas tan largas y con los bordes tan limaditos. Ahora María va sin maquillaje, pero también sabe maquillarse muy bien. Le ha enseñado a hacerlo su mamaíta, que es una obsesa de esas movidas. La madre de María es la mujer más frívola que puedas echarle en cara. Se gasta un pastonazo en cuidarse e ir siempre de punta en blanco, con ropa súper cara y súper buena.

No sé por qué algunos de mis amigos son tan asquerosamente mega pijos. Será porque vivimos en la sierra de Madrid. En la sierra de Madrid hay mucha gente con pasta y mega pija. No sé qué diablos hace mi madre aquí. No le pega. Ella es una curranta. Y mi padre tres cuartos de lo mismo. Era un tipo con su modesta nómina de profesor y muchos quebraderos de cabeza, porque ser profe te provoca muchos quebraderos de cabeza, lo sé, lo he visto, lo he sufrido en mis carnes de hija de un profe, y además un profe de religión, que para muchos está mal visto. Se trata de un profesorado polémico. Normal. Es una antigualla. Un resto del pasado. Un residuo pronto a extinguirse. A la vuelta de la esquina. Como las corridas de toros, las procesiones de semana santa y las romerías. Los juegos—celebraciones—pantomimas del pasado son sustituidos por otros nuevos, acordes a los nuevos tiempos, a las nuevas ideas, a las nuevas creencias, a las nuevas modas.

María está acongojada. Necesita desahogarse sexualmente y no sabe cómo hacerlo. Y la opción que yo le propongo contraría los preceptos de su educación. Su educación convencional. La educación siempre es convencional, aunque los abanderados del progreso aseguren que la educación es la única herramienta para hacer la revolución. Qué estupidez. Es todo lo contrario. La educación te ahorma, te aborrega, te anula. Por eso María ahora se siente acongojada, pobrecita. Es un coñazo ser convencional. Es un coñazo no atreverse a dejar de ser convencional. Porque está claro que a la mayoría de las personas le gustaría dejar de ser convencional. Por lo

menos durante un ratito, mientras lo soporte su umbral de tolerancia emocional...

—Anda, ven, tonta —le digo a María, agarrándola con firmeza de la mano, y me dirijo al baño por tercera vez, abriéndome paso a codazos, porque la sala donde se celebra el velatorio—funeral—exequias de mi padrecito está de bote en bote, como el metro en hora punta.

María, como era de esperar, se deja hacer, se deja llevar. No tiene arrestos para resistirse, para negarse. Es lo malo que tiene ser convencional. Cualquier vientecillo te despeina.

Qué buena estás, hija, qué rica, y tú sin saberlo, tú amargada y sola y resentida con el mundo, matándote a pajas porque te pone tu actor favorito en los cameos y no tienes con quién descargar, pobrecita, por qué te habrá hecho el mundo tan limitada, tan poquita cosa, cuando tienes dos buenas razones para ponerte el mundo por montera. Y alguna otra razón, por ahí escondida, digo yo.

Veremos qué sale de la caja de los truenos, la caja de Pandora. Tú eres mi Pandora, Dulcinea. Voy a darte tanto placer que ya no querrás hacer otra cosa en la vida. Es lo que suele pasar cuando descubres el bendito paraíso terrenal en medio del infierno, en mitad de la mezquindad y la miseria. Mezquindad y miseria, sí. Eso es lo que nos reserva a todos el Matrix que nos vacía las mentes y condiciona nuestros comportamientos para convertirnos en muñecos de trapo teledirigidos.

Es lo que hay, hija, apréndetelo de una vez. Lo mejor es ser Queer. Cuéntaselo a todos. Empezando por ti misma. Sí, cuéntatelo a ti misma, esta misma noche, cuando te metas en la cama y tu mano baje hacia tu rica vulva para recordar lo que ahora estamos viviendo, para rememorarlo morbosa y gozosamente y para buscar una nueva ración reverberada de lo que ahora voy a darte.

—No me lo puedo creer —dice María, aterrorizada.

—Yo sí —replico, con la naturalidad que me caracteriza.

Qué gracia, María también ha echado el pestillo, disimuladamente, con

vergüenza contenida y alevosía, pretendiendo que yo no me dé cuenta de que lo hace. Estaría bien hacer esto mismo que vamos a hacer delante de todo el mundo. Encima de la mesa de los canapés. Retirando los canapés previamente, claro. Sería mucho más alimenticio e instructivo para todos. La escena representaría una catarsis psicológica para todos, aunque para unos más que para otros, está claro.

Estoy como una cabra, como una chota, como una puta regadera. ¡Me encanta! ¡Venid! ¡Venid todos! ¡Seamos todos Queer! ¡A la mierda con las convenciones! ¡A la mierda con las etiquetas y los estereotipos! ¡Amor libre! ¡Desmadre! ¡Desparrame! ¡Jolgorio! ¡Aquelarre!

¿Sabéis por qué sería bueno?

Porque luego el mundo volvería a nacer. Os lo digo yo. Palabra de Queer.

—Respira, Mery.

—No me lo creo. No me lo creo.

—Tranquila. No pasa nada. Todo está bien.

Está hecha un flan, la pobre. Tiembla y a la vez está agarrotada y apenas puede respirar. Me acerco a ella, directa al grano, sin dilaciones ni prolegómenos, y nos ponemos a darnos el lote, a morrearnos como zorras brujeriles. Mary lo hace de maravilla, tenía ganas, cómo mueve la lengua, cómo mueve los labios, qué necesitada estabas, querida, pobrecita, qué mal te trataba la vida, qué mal te tratabas tú a ti misma.

María es un volcán en erupción. De repente pierde los papeles. ¡Me come viva! Me muerde, me estruja, se ha vuelto voraz, imperiosa, lujuriosa, cielos, qué transformación, qué pedazo de mujer, qué visceralidad, qué pasión, esto es el premio gordo de la lotería, el gordo de navidad, gracias papi, te adoro, me has dado suerte, precisamente el día de tu muerte, de tu velatorio, de tu funeral, qué gozo fenomenal.

—¡Mierda, Cleo!

—¿Qué?

—¡Joder, cómo te deseo!

—¿Y eso? ¿Eres lesbi? ¿Eres tortillera, cariño? ¿Ninfo? ¿Queer?

—¡Oh, cállate, Cleo!

María vuelve al ataque. No le mola un pelo que me ría de ella. ¡Está tan cachonda! Le palpo la vulva, por debajo de las braguitas. Está chorreando. Exuda excitación. ¡Madre mía! Esto hay que remediarlo ahora mismo. Me agacho. Le quito las braguitas, que en realidad no son braguitas, sino un mini—tanga de color negro, la buena de Mery se habrá puesto este lindo mini—

tanga negro para llevar luto, qué gentil, es adorable, seguro que papá le agradece el detalle.

Voy directa al grano. Me pongo a comerle el coño, a rebañarle todo el jugo de su excitación, a paladearlo, a tragármelo, está rico, es dulce y está calentito y también tiene un olor dulzón. Mary—Mery—María rompe a jadear, se estremece, ya se lo está pasando de puta madre. Mi lengua la vuelve loca. De pronto se me llena la boca de su zumo íntimo, cielos, qué emisión, parece haber salido despedido, como la lava de un volcán, qué hambre, qué hambre tenías, hija. Me lo trago todo. Me estoy dando un buen atracón. Y sigo chupando. Sigo jugando con la lengua. María se pone como una moto cuando la punta de mi lengua juguetea con su clítoris. Y se pone como una moto cuando le chupeteo a conciencia los labios vaginales. Y cuando le meto la lengua en el hoyo de las agujas, todo lo adentro y todo lo profundo que puedo, al tiempo que mi lengua vibra frenéticamente, como si fuese un fantástico vibrador comprado en un sex—shop.

—Ay, Cleo. Joder...

Sí, hija, eso es lo que estamos haciendo, joder, a nuestra manera Queer y libre, sin pollas de por medio y sin etiquetas, follamos sin ser lesbianas necesariamente, follamos sin ser heterosexuales necesariamente, follamos siéndolo todo y nada a la vez, ninfómanas, etc., porque nos saltamos a la torera las putas definiciones, como debe ser, como buenas Queer que somos. ¡Bendito bautismo de nomenclatura identificativa! Es como sentir que regresas a casa por navidad...

Me aplico a mi tarea, a conciencia. Es mi trabajo. Soy una asalariada del sexo sin salario. Quiero que María reviente de placer. Y eso es precisamente lo que está haciendo. Se ha convertido en una ametralladora de orgasmos. Aunque la cosa lleva su tiempo. Le postura de cuclillas me ha acalambrado las piernas, así que me arrodillo. Soy una orante. Me encanta rezarle al sexo. El sexo es mi ídolo de adoración, mi tótem sagrado, mi dios. Soy una vestal, una fulana, una gueisa, una pitonisa del oráculo de Delfos.

Sigo chupando, lamiendo, jugando. Soy una experta. Tengo una técnica depurada. Podría dar clases. Ganaría un pastón. La primera asignatura que impartiría a mis alumnos sería la de la desinhibición. Se me vuelven a acalambrar las piernas. Vuelvo a las cuclillas y sigo con mi trabajo. Mery está en la gloria, en el Olimpo, con los dioses paganos. No da señales de vida. El placer la ciega.

—Estoy muerta, dios, Cleo... —dice María, casi sin voz.

He contado siete orgasmos. No está mal. Y a lo mejor se me ha escapado alguno, porque Mary—María magdalena no para de retorcerse y eso me despista un poco para llevar el recuento gastronómico—orgiástico—orgásmico.

—No puedo más, Cleo. En mi vida había... Joder, ni siquiera me imaginaba...

—¡Que te crees tú eso! Date la vuelta, anda. Así, apóyate contra el lavabo—encimera.

María obedece sumisamente. ¡Ay, corderita!

—Inclínate un poco más.

Ya tengo perspectiva. Repito la secuencia. Ahora mi objetivo es su culo. No tiene mal culo, después de todo. Tiene bastante volumen. Desnudo se ve mejor. Le abro los carrillos del culo todo lo que puedo para tener vía libre y le meto la lengua bien adentro. María primero da un respingo. Está desconcertada. Le provoca recelo y sorpresa que le coma el ano, que se lo chupe sin contemplaciones, como antes le he chupado la parte delantera.

Pero enseguida entierra el recelo y el apuro. Le gusta, como no podía ser de otra manera. Así que no tarda en aparecer el octavo orgasmo. ¡Bingo! Ahí lo tienes, cariño, siempre se puede ir un pelín más lejos. Somos un pozo sin fondo de placer, las mujeres, me refiero, los tíos en cuanto se corren apaga y vámonos, luego tienen que esperar para seguir dándole al tema, tienen que recuperar fuerzas, pobrecitos, no saben lo que se pierden.

María vuelve al delirio del éxtasis. Está alucinando en colores. Yo hago mi trabajo con paciencia, morosa, por amor al arte. Tarda en llegar el noveno. Está agotada la pobre. Pero llega el noveno y María no puede evitar soltar una especie de berrido, como si fuese un tipo de vaquilla o de corderita. Creo que el noveno ha sido el mejor. Mary ha tocado el cielo.

Yo me he propuesto llegar al diez. Porque las dos somos mujeres diez, ¿no? ¿Qué mujer no es una mujer diez, como dicen los tíos? Pero lo somos a nuestra manera, así, como hacemos ahora Mary y yo, haciendo de nuestra capa un sayo, sin pollas de por medio, sin historias ni monsergas, sin culpa, sin pecado concebido, sin pecado original, más allá de los dogmas de fe y todas esas miserias acuñadas por el patriarcado para esclavizarnos, quemarnos en la hoguera acusándonos de brujería, follarnos como a paquetes insensibles y todo lo demás.

Cuando por fin, tras hacerse esperar, estalla el décimo orgasmo, María se desploma, ahora sí como una vaca. Está tan hecha polvo que las piernas no

pueden seguir sosteniéndola. Así que acaba en el suelo, resoplando, alucinada, mirándome con una expresión que no sabría definir, porque no se me dan bien las definiciones, tanto es así que no he sabido definirme a mí misma hasta que Jose me ha dicho que soy Queer.

Me quedo mirando a María. Parece un ángel caído. Y una vaca lechera caída. Se incorpora. Nos miramos a los ojos. Nos sostenemos la mirada.

—Tú no has disfrutado —dice, apurada.

—Lo justo y necesario.

—Eres una bestia parda, Cleo.

—Pues sí.

Se atraganta. Duda. Se sonroja.

—Gracias... —dice, vergonzosa.

—¿Te sientes culpable?

—Sí. No. Bueno, da igual. Ha merecido la pena, te lo juro. Ha sido fantástico, Cleo. Me has hecho feliz. Me has hecho súper feliz. Creo que ningún tío puede hacerme tan feliz.

—¿Ni siquiera ese actor que tanto te mola y que tanto te pone en las escenas de cameo?

—Ni siquiera.

—Me alegro, Mery. Me alegro de veras. Te lo mereces. Te mereces ser feliz. Todas nos lo merecemos. Lo que pasa es que no estamos acostumbradas a creérnoslo. Los tíos nos han malacostumbrado a creernos que debemos sufrir, pasarlas canutas y jodernos porque los tíos son los reyes del mambo o por lo menos eso se creen ellos.

—Ya.

María se encoje de hombros. Se percata de que me estoy fijando en sus tetas.

—¿Te gustan?

—Claro. Tienes unas tetas increíbles, Mery. Desde hace mucho tiempo me muero por comérmelas.

María sonrío. Se siente halagada.

—¿Por qué no lo haces?

Sí, claro, ahora podría hacerlo.

Me encojo de hombros. Suspiro. Ahora me toca a mí gesticular. Mis gestos de impotencia y resignación me aborregan convenientemente. Son gestos convenientemente clonados, que me incluyen en la grey, en el rebaño, por muy especial que yo me crea.

—Paso.

—¿Por?

—No sé, Mery. Supongo que es un sacrificio voluntario. De repente me siento una mística, una ermitaña, una monja de clausura. Quiero abstenerme. Quiero pasar. Porque quiero ser diferente. No me gusta ser convencional. Lo convencional sería comerte las tetas ahora que por fin puedo, ahora que por fin me das tú la venia, después de tanto tiempo de haberlo deseado, pero no voy a hacerlo, Mery, paso, me abstengo, prefiero mortificarme, aunque sea por una vez y no sirva como precedente. Chachi, lo hago para llevarle la contraria a lo previsible y también como homenaje a mi padre, porque él me ha puesto tus tetas en bandeja el día de su funeral, me ha dado suerte, y yo quiero agradecerse lo absteniéndome, lo entiendes, ¿no? ¿Verdad?

—Pues no, no lo entiendo, Cleo. Estás como una puta cabra.

—Lo sé. Digamos que lo hago para sorprender al lector.

—¿A qué lector?

—Al de mi vida y milagros y desventuras.

—¿Estás escribiendo un libro?

—Sí, de mi vida y milagros y desventuras. Esto mismo que está pasando ahora lo escribiré en el libro de mi vida y milagros y desventuras.

—¡Eres una caja de sorpresas!

—Eso es precisamente lo que quiero, Mery. Ser una caja de sorpresas, porque si no la vida es un asco, es mazo aburrida. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí, eso lo entiendo. Aunque hay pocas cosas tuyas que entienda, la verdad.

—Bueno, a partir de ahora entenderás alguna cosa más.

—¿Por?

—Porque has entrado en el club, querida.

—¿Qué club?

—El de las desheredadas estropajosas. Bueno, no es que hayas entrado por la puerta grande y todo eso. Digamos que has metido un pie. Bueno, no has metido un pie entero, eso sería decir demasiado. Has asomado la nariz,

digamos. El club ya no te resulta extraño. Digamos que has entrado y has salido para probar y hacerte una idea de lo que se cuece en el club. Lo cual significa que ahora también tú eres un poco Queer. Tienes una parte infinitesimal de tu persona Queer. ¿Me entiendes?

—Ajá...

María cabecea. Gatunamente. Bovinamente. Perrunamente. Mery cabecea de muchas formas diferentes a la vez, tiene gracia la cosa.

Se hace el silencio. Qué silencio ominoso. Sabe a muerte. A muerte de mi padre. Bueno, no es un silencio total. Algo se oye. Se oye el murmullo de las voces de los asistentes al velatorio de mi padre. Cuántos admiradores tenía, el tío, cuántos seguidores, lo habría petado en Facebook y en Twitter y en Instagram. Lo habría petado si le hubiesen gustado las redes sociales. Pero a papi, a mi papi, no le gustaban las redes sociales. No le gustaba Internet. No le molaba la tecnología. Y odiaba especialmente el teléfono móvil. Ponía cara de mastuerzo cada vez que me veía pegada al móvil. Odiaba verme pegada al móvil.

Mi papi ni siquiera tenía teléfono móvil. Creo que era el único español integrado en la sociedad que no tenía teléfono móvil. Se negaba a tener teléfono móvil. Decía que los selfis son un invento diabólico y por eso mucha gente se muere haciéndose selfis en sitios peligrosos, en acantilados, precipicios y demás. Consideraba diabólicas todas las cosas que son imprescindibles para el común de los mortales. Ése era mi viejo. Un tipo mazo extraño, sí señorita. Y ahora está muerto. Y pronto estará enterrado, bajo tierra, polvo al polvo. La vida y la muerte, qué cerca está todo de todo. Y yo por el camino me entretengo.

—Oye, Mery, ¿tú de qué equipo de fútbol eres?

Mery pone cara de gansa y de pazguata.

—¿Y eso a qué viene?

—Cosas mías que me pasan por la cabeza de golpe y porrazo.

—Soy del Barsa, aunque Luis Enrique me cae como un tiro, es un chuleta de mierda.

—Todos son unos chuletas de mierda, me refiero a los deportistas profesionales en general y a los futbolistas en especial. Son unos chuletas de mierda porque están podridos de dinero, por eso. Viven en una burbuja mientras el común de los mortales las pasamos canutas para llegar a fin de mes. Bueno, no me refiero a ti y a mí, que vivimos de puta madre, sobre todo tú, porque tu vieja maneja bastante pasta. Me refiero a los curritos normales y

corrientes, el noventa y nueve por ciento de la población.

—No te enrolles, Cleo.

—Siempre me enrollo. Lo hago para que la vida no me resulte un rollo.

—¿Y tú de qué equipo eres?

—Yo soy del Atlético de Madrid. Me molan el cholo Simeone y su lema partido a partido.

De repente tengo ganas de devolver—vomitar—echar la pota. No sé qué me pasa. Estoy rara hoy, mazo rarita. ¿Por qué será?

Carlos es un tragón, sólo piensa en comer y tiene una barriga de Buda feliz.

—Estaban muy buenos los canapés.

—Sobre todo el de salmón.

—Tu madre se ha lucido.

—Gracias, Carlitos.

—¡Me he zampado diez!

—No debes sentirte culpable, hijo.

—¿Qué? Yo no sé lo que significa esa palabra, Cleo.

—Mejor para ti.

Carlos es un caso aparte. Todo le trae al fresco. Es gordo y feo pero no tiene complejos. Es feliz. No se hace remiendos en la cabeza.

—Dentro de trece días se convocarán nuevas elecciones, Carlos.

—Una segunda vuelta, como debe ser.

—¿Tú a quién votaste, Carlitos?

Carlitos se tira un pedo. Suele tirarse pedos debido a sus excesos gastronómicos. Tampoco eso le avergüenza. No se siente culpable ni siquiera de los pedos que se tira en el funeral de mi padre. ¡Es genial Carlitos!

—No me mola vuestro juegucito de las votaciones. No entiendo por qué tengo que preocuparme de a quién votaría. Todo es mentira, Cleo. Como dijo Calderón de la Barca, la vida es sueño.

—¿Has leído a Calderón de la Barca?

—No, pero eso no impide que sepa que Calderón de la Barca dijo que la

vida es sueño. ¡Nos lo dicen en el cole! Y yo estoy de acuerdo con Calderón de la Barca. La vida es un puto sueño, por eso no hay que preocuparse por nada.

—Y comer todo lo que se pueda.

—Eso lo primero.

—¿Y follar?

—Yo estoy fuera del mercado de la carne, Cleo. Bueno, qué te voy a decir, tú lo sabes mejor que nadie.

—¿No te pica?

—Claro que me pica, como a todo el mundo, digo yo, qué cosas tienes.

—Y cuando te pica te rascas...

—A ver.

—¿Te rascas mucho?

—Eres súper morbosa, tía. ¿Quieres que te diga mi promedio semanal de pajas?

—Pues sí.

Carlitos se lo piensa.

—Depende, como la canción. Eso va por rachas. Creo que me pajeo más en primavera, porque la primavera la sangre altera, como dicen. Y luego me pajeo súper mogollón en verano, porque con el veranito las tías se despelotan y está el temita de las piscinas y la playita.

—Hasta que algún día te cases.

—Siempre hay un roto para un descosido.

—Y tendrás hijos.

—Supongo.

—¿A qué te dedicarás para ganarte la vida?

—Eso está por ver.

—¿Qué te gusta más?

—Uff...

Carlitos se encoge de hombros. Suspira. Clonación gestual de la masa.

—No sé, tía, me da igual, cualquier cosa. Lo que sea para estar más o menos bien. Donde me pillen, donde me den curro. Yo me adapto a lo que sea. Soy un puto mediocre.

—Por lo menos lo reconoces.

—Si encima no lo reconociese además de ser mediocre sería gilipollas.

Me río. Carlitos a veces tiene salidas graciosas.

El padre de Carlitos es árbitro de fútbol profesional. Arbitra partidos de

primera división. Antes arbitraba partidos de segunda división. Y antes arbitraba partidos de segunda división B y de tercera regional. Creo. Creo que ésas son las divisiones futbolísticas en España. Lo que sé es que el padre de Carlitos ha arbitrado en todas las divisiones. O por lo menos eso dice Carlitos. También dice Carlitos que a su padre le han partido la cara varias veces por ser árbitro de fútbol. Total, que Carlitos no quiere ser árbitro de fútbol ni nada que se le parezca. De repente me doy cuenta de que no sé nada de la madre de Carlitos. ¿Por qué nunca habla de ella?

—Carlitos, nunca hablas de tu madre.

—¿No?

—Pues no.

—Será porque no tengo nada que decir de ella.

—¿Ella también es árbitra de fútbol?

—No, se dedica a sus labores.

—Qué bien.

—Pos sí.

—Pensaba que ya no quedan mujeres que se dedican a sus labores en España.

—Debe de haber muchas. No creo que mi madre sea la única.

—¿Tu madre no se ha enterado del rollo de la emancipación de la mujer?

Carlitos se encoge de hombros.

—Mi madre es como yo. Pasa de las cosas que dan problemas y preocupaciones.

—Claro, lo mejor es vegetar.

Miro a Carlos fijamente. Lo estudio. Nos sostenemos la mirada un momento y la verdad es que no veo nada, no encuentro nada, es como si estuviese mirando a un pato, un asno o un hipopótamo. ¿Cómo puede haber personas tan insensibles? Yo creo que si metiesen a Carlos en un zoológico él no notaría la diferencia. Y los visitantes del zoológico tampoco notarían la diferencia, estuviese en el lugar que estuviese Carlitos, ya fuese la jaula de los simios o el foso de los rinocerontes. En fin, tiene que haber de todo en la viña del señor.

—Anda, Carlitos, ábrete.

—Okey makey. Me abro. ¡Abur!

Carlitos se larga con viento fresco y aparece Aurora, que es un poco remilgada, la más formal de nosotras. Auri y el zampabollos de Carlitos se diferencian bien poquito. Son dos piedras del desierto, él en su estilo calizo,

ella en su estilo granítico.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Sin pecado concebido.

—¡No seas maleducada, Cleo!

—Siempre soy maleducada, Auri.

Auri está furiosa conmigo. Sus ojos echan chispas. Está furiosa por todo lo que he hecho. Auri es una cotilla y no se pierde detalle. Ha contado las veces que he ido al baño. Se ha fijado en las personas con las que he ido al baño. Ha escuchado lo que tenía que escuchar. Y demás. Hasta ha contado los canapés que me comía. Sabrá que mi preferido es el de salmón.

Auri viste muy bien y es bastante mona, aunque su madre sea católica apostólica romana y vaya a misa todos los domingos. La abuela va a misa de seis todos los días, puntualmente. La madre viste siempre de riguroso luto negro, porque es viuda. Y lleva cara de luto. Y tiene mirada de luto. Cuando me encuentro con ella por la calle me pone los pelos de punta, es terrorífica, al verla te preguntas cómo ha podido ser una mujer alguna vez y acostarse con un hombre, su marido, claro, y sentir placer. Son los enigmas de la vida.

—Ya me has dado el pésame, Auri. Ahora lárgate.

—¡Vete a la mierda, Cleo!

—Sí, hija, sí.

¡Ábrete, jodida católica apostólica romana! ¿Cómo puedes ser tan imbécil de clonar en ti a tu madre y tu abuela? ¿Tan poca personalidad tienes? ¿Has mirado a tu alrededor? ¿Has visto el mundo en el que vives?

Aurora me pone de mala hostia, lo reconozco. Así que recibo a Jesús con cajas destempladas y un humor de perros.

Jesús es el chico de los pasillos, siempre apartado de los demás. Es un aguafiestas sabelotodo. Su padre es el director del instituto Garcilaso de la Vega. Digamos que es el enchufado oficial, aunque más bien parece haber nacido con los dedos metidos en un enchufe, porque está electrocutado de estupidez y necesidad.

—¿No vas a decir nada, Jesusito?

—Yo...

—Ya, que me acompañas en el sentimiento y todo eso.

—Sí.

—Mu bien, gafotas. ¿Algo más?

—Pues.

—Anda, pírate ya.

Jesunito hace mutis por el foro. ¡Hay personas tan insignificantes!

El último miembro de grupo es Roco, el perro de Pedro, un pastor alemán simpático y cariñoso que suele acompañarnos cuando vamos en bicicleta por la orilla del río Manzanares. Claro que Roco no puede entrar en el tanatorio a darme el pésame como los otros. Aunque yo creo que le hubiese gustado hacerlo, porque tiene más corazón que la mayoría de las personas.

Todos están muy serios. Las chicas tienen los ojos llorosos. Los tíos están mazo solemnes y con un excesivo y dramático aire de trascendencia. Qué papelón. Cuánto postureo. Mis allegados han terminado de desfilarse ante mí para decirme algunas palabras de aliento y abrazarme. Se supone que debo sentirme mejor, pero no es así, me siento fatal, como una puta mierda, una jodida basura, una maldita boya perdida en el vasto océano.

—Es agradable tener cerca a tus amigos en los momentos difíciles —oigo que me dice la voz de mamá mientras me siento ida.

Mamá me lleva a rastras, agarrándome del codo y la conciencia para que atraviese la sala en dirección a la puerta maldita al otro lado de la cual me aguarda el cuerpo muerto de mi padre, su cadáver que pronto estará bajo tierra y se llenará de gusanos y se convertirá en polvo, polvo al polvo, como dice la santa Biblia de los católicos románicos apostólicos a los que pertenecía papá contra viento y marea.

—Sí, madre.

—¿Estás bien, Cleo?

—Claro.

—Te veo pálida.

—No es nada.

La verdad es que me siento morir, joder. No veo tres en un burro, la cabeza me da vueltas y el corazón me duele y el alma está hecha un bizcocho. Papá me espera. Me espera su cadáver. Me esperan sus reproches muertos. Y el sentimiento de culpa. Maldita culpa. Ésa nunca muere. Al contrario, cuanto más muerte, más viva está.

—Te dejo, hija. No tengas prisa. Tómate el tiempo que necesites. Voy a

decirles que no entre nadie hasta que tú acabes.

Mamá pone pies en polvorosa y cierra la puerta. Ahora estoy sola frente a mi destino, paralizada, tiesa. No quiero mirar lo que debo mirar. Siento el olor de la muerte. La muerte está por todas partes, invade la habitación, se ha apoderado de la atmósfera, es una gigantesca telaraña que lo atrapa todo, hasta la conciencia.

Mierda, apenas puedo respirar, qué bloqueo, me sudan las manos, tengo el corazón a cien. Me acerco al féretro. Es negro. Habría preferido que mantuviese el color natural de la madera. Qué manía lacar los féretros de negro. Yo quiero que me entierren en un féretro marrón, lo dejaré escrito en mi testamento de últimas voluntades.

Me esfuerzo en levantar la cabeza y la mirada. Entonces lo veo. A padre. Veo su cara muerta y sus ojos cerrados. Me doblo. Vomito. No lo he podido evitar. De golpe se me han subido los canapés a la garganta, en especial los de salmón. Mi estómago los ha expulsado, poniéndolos bien ordenaditos en el ascensor de la náusea.

Me quedo mirando mi vomitona. Oliendo su olor rancio. Es surrealista, mi vomitona está sobre el cadáver de mi padre, justo encima de su pecho, en el lado del corazón. No me lo puedo creer. Es todo tan absurdo. ¿Quién tiene la culpa de esto?

Estoy temblando, de frío, de miedo, de angustia. Ven, madre, te necesito, por favor. Ven, mamáita. Deja a esos imbéciles soplagaitas y ven a ayudarme. Ven a limpiar este estropicio, madre. ¿Cómo voy a limpiarlo yo sola?

Aterrorizada, abro el bolso y saco el paquete de toallitas húmedas que las madres utilizan para limpiar el culo de sus bebés. Como soy muy pulcra y aseada siempre llevo encima un paquete. Magnífica costumbre. Qué sería de mí ahora si no tuviese este venturoso paquete de toallitas húmedas que va a sacarme del aprieto.

Me pongo a la tarea. A limpiar a conciencia el estropicio. Una toallita y otra y otra más. Según recojo mi vomitona con las toallitas, siento que se va liberando mi conciencia oprimida de Queer—ninfómana—feminista. Meto las toallitas impregnadas de mi vomitona en una bolsa de plástico muy a propósito que llevaba en el bolso. Mi bolso es fantástico, unas veces es una caja de Pandora y otras veces es un cajón de sastre, lo cual resulta muy útil según en qué casos.

Ya está. Borrón y cuenta nueva. He arreglado el desaguisado. Ha

desaparecido mi vomitona. Lo malo es que ha quedado una mancha en la camisa de papá. Es una camisa blanca, para variar. Papá sólo se ponía camisas blancas, era una de sus obsesiones.

Me fijo en que mamá ha hecho que le pongan su traje especial, de ceremonia, que papá se ponía en navidad y en las reuniones importantes. También lleva su corbata favorita, la de color azul marino. La corbata sí que la he podido limpiar bien, pero esta jodida mancha de la camisa no hay quien la quite. Mierda, creo que va a quedar de recuerdo mortuario para toda la eternidad.

Inspiro profundamente. Me siento aliviada. La labor de limpiadora de mi propia vomitona me ha dado fuerzas y valor. De repente han desaparecido los fantasmas. La vomitona, bendita ella, los ha expulsado a todos. Así que me reclino en el féretro y me dedico a observar a mi padre.

Te quiero, papá. Siento que seamos tan diferentes. Lo siento de veras, te lo juro, es lo que más me pesa, porque tú eres mi padre y me has dado la vida, por eso. Si fueses un extraño no me importaría una mierda, porque la mayoría de la gente es como tú o se parece a ti en algunas cosas y eso me trae al fresco. Sería castrante que me afectase que el mundo sea tan radicalmente diferente a mí, haría que me sintiese una puta mierda pobrecita, no sé si me entiendes.

Siempre me ha pesado que tú y yo seamos tan diferentes, lo reconozco, ha sido una losa para mí, un lastre, y quizá por eso la losa y el lastre han desembocado en este sepulcro tuyo, precipitadamente, cuando aún eres un hombre joven. No es justo que hayas sufrido esa estúpida e inexplicable muerte súbita en mitad del sueño cuando se suponía que eras un hombre sano, sin vicios, porque no fumabas y el único alcohol que bebías era la gotita de vino de la hostia consagrada que te zampabas en las misas dominicales.

El mundo es así de incomprensible. Tú comías súper sano, hacías ejercicio, no tenías pensamientos negativos y a pesar de todo... Quizá el secreto está en el sexo, padre. Apenas follabas y al hacerlo no sentías verdadero placer. Ahí estaba tu talón de Aquiles. Hay que follar y hay que follar bien. Es un hecho incontestable que la ciencia médica y las teorías del anti—envejecimiento no valoran en su justa medida. Lo que nos enferma y mata es el puto estrés. Y el mejor antídoto es el sexo. El sexo de calidad, no las fugas por la puerta de atrás.

Creo que estoy rezando, a mi manera, sin recitaciones memorizadas y automáticas, sin credos ni catequesis, sin posturas preconcebidas, sin dogmas

de fe, sin esas parafernalias varias que el patriarcado ha imbuido en su perverso invento de las religiones. Sí, Cleo la Queer—ninfómana—feminista está rezando frente al cuerpo muerto de su padre.

Dios mío, acoge a mi padre en tu seno. Sabes bien que siempre lo he querido, a pesar de sus imperfecciones—obsesiones, aunque fuese un hombre chapado a la antigua de ese patriarcado contra el que yo lucho y me rebelo. Aunque fuese mi enemigo ideológico y estuviese en las antípodas de lo que yo soy—pienso—siento. A pesar de todo eso quería a mi padre, Dios mío. Pero no voy a hacer la señal de la cruz sobre mi pecho, no repetiré como un loro—papagayo el padrenuestro ni el avemaría ni nada por el estilo. Yo hablo contigo de tú a tú, sin mediadores, y lo sabes bien...

Me incorporo y me separo del féretro de mi padre. He terminado de velar su cadáver. Ahora me siento bien, en paz conmigo misma, mi padre y Dios. Respiro a pleno pulmón. Cuando me dispongo a abrir la puerta para alejarme definitivamente de los restos de mi padre que pronto serán materia corrupta y luego no serán nada, dudo, me detengo.

Me doy la vuelta, sonrío, vuelvo sobre mis pasos.

¡Ay, papaíto, cuánto te voy a echar de menos, a pesar de todo!

Le doy un beso con toda la naturalidad del mundo. En la boca. Es curioso, su boca no está fría.

Qué gracia, es la primera vez que beso a mi padre en la boca.

Qué triste, ha tenido que morir para que eso ocurra...

Alicia y Blanca se salen del guión.

Blanca es una chica muy dulce y callada. Parece un hada con su cuerpecito frágil, su carita angelical, su timidez y sus ropas blancas, porque no se pone prendas de otro color. Tiene unos impresionantes ojos rasgados, de color esmeralda, que parecen emitir destellos.

Me hace gracia habérmela encontrado así, de sopetón, en medio de los charcos de lluvia, mientras yo me dirijo a la farmacia para comprarme una caja de preservativos—profilácticos—condones—gomas.

—Hola, Cleo.

Es la primera vez que me dirige la palabra.

—Hola.

—No debes estar triste por la marcha de tu padre.

—¿Por qué?

Blanca se encoge de hombros y me dedica una sonrisa dulce y tranquilizadora.

—Siempre estará a tu lado...

—Sí, suele decirse eso cuando se muere un ser querido —replico, algo molesta, porque me parece un comentario estúpido.

Nos sostenemos la mirada. Es evidente que Blanca le ha dado a sus palabras un significado más profundo que yo.

—Tu padre era una persona muy especial... —dice, hablando tan bajo que apenas escucho su voz.

Me siento herida en mi amor propio. ¡Da la impresión que ella ha conocido a mi padre mejor que yo! Y en parte ha sido así, me digo.

—¿Por qué ibas a sus clases de religión? —le pregunto.

Blanca suspira. ¡Es tan perfecta y delicada! Es un hada. No es de este mundo, está claro. Noto que no sabe qué contestar. Parece buscar las palabras para componer una respuesta que yo pueda comprender.

—Hay una realidad diferente, Cleo, que la mayoría de las personas no puede ver... —me suelta a bocajarro, ahora con una voz más alta y clara, y sonrío y sus ojos hacen chiribitas. Se nota que de repente está la mar de contenta y que se siente mazo satisfecha de lo que acaba de soltarme, un disparo en el ombligo con una escopeta de cañones recortados, un puñetazo en el plexo solar, un gancho o un directo, como dicen en los combates de boxeo.

—Y mi padre sí podía...

Blanca asiente con la cabeza, bajando la mirada.

¡Qué angelito!

—¿Tú ves esa realidad invisible?

Blanca se yergue, como si la hubiesen electrizado. Me clava la mirada. Sus ojos se han encendido como una tea, como suele decirse, son dos luciérnagas, dos fanales, dos panales de abejas o las farolas de un coche antiguo de los que salen en las pelis policiacas, en medio de una noche lluviosa que a la vez es polvorienta porque a mí me da la gana.

—¡Claro que sí! —dice, muy segura de sí misma.

Luego se marcha apresuradamente, como si temiese haber dicho una

inconveniencia. Así que yo sigo mi camino, sigo pisando los charcos de lluvia, porque me gusta pisar los charcos de lluvia y empaparme los pies. Quiero ir a la farmacia a comprarme una caja de condones—gomas—preservativos—profilácticos para follar a discreción con seguridad, sin pillar una venérea. Desde que se ha muerto mi papi me ha entrado el terror de pillar una enfermedad jodida vía sexual, con lo pasota que era yo antes, hay que ver, cómo te cambia la vida de la noche a la mañana y todo por culpa de la conciencia y los temores y la culpa.

Creo que estoy dando vueltas a la manzana, como si estuviese en un tiovivo, de hecho eso es precisamente lo que estoy haciendo, dar vueltas a la manzana, esta vuelta ya es la séptima, sí, he pasado siete veces delante de la farmacia y siete veces he pasado de largo porque me encanta pisar los charcos de lluvia y empaparme los pies.

De repente aparece Alicia delante de mí, Alicia en el país de las maravillas, Alicia en el país de nunca jamás, Alicia en estado puro, súper Alicia. Parece que Blanca y Alicia se han sincronizado. Han sincronizado los relojes de sus corazones para comparecer ante mí en esta tarde de lluvia en que yo me encamino a la farmacia para comprar lo que tengo que comprar vía mis obsesiones y doy vueltas en el tiovivo de mi cabeza, de mi mollera perturbada de Queer—ninfómana—feminista porque me encanta pisar los charcos de lluvia.

Estoy mal, lo reconozco. Muy mal. Estoy para el arrastre. Para que me encierren. Para que me pongan una maldita camisa de fuerza o algo peor. Por eso soy Cleo. No hay nadie como yo, garantizado.

Es extraño. Tengo la impresión de que Alicia estaba a la espera, oculta en una esquina del tiempo y el espacio, quizá escuchando lo que decíamos Blanca y yo.

Son ideas más, seguro, me refiero a que mis ideas no coinciden necesariamente con la realidad, más bien al contrario, lo tengo bien comprobado, aunque a veces mis ideas aciertan, una de cada cien, más o menos.

Alicia se planta ante mí, sonriente.

Alicia también iba a las clases de religión de papá, como Blanca. ¿Qué puedo decir de Alicia? No tengo muchas dotes literarias, lo reconozco, aunque hago lo que puedo para que este libro quede bien, quede chachi piruli y luego pueda ir a firmar ejemplares a la feria del libro y a la fnac y al corte inglés y a todos esos sitios mega pijos donde presentan sus libros los súper

escritores súper mega pijos y mega guays del paraguay.

Alicia. Es muy enigmática. Nació en Islandia y lleva tres años viviendo en Manzanares el Real, aunque su padre es cordobés. Por eso ella domina el castellano, es una dominadora. Es albina, es decir que todo en ella es rubio. Su piel es muy clara, como la leche y la nieve y esas cosas, en realidad ella debería llamarse Blanca y Blanca debería llamarse Alicia, la vida cambia las cosas, Dios cambia las cosas, la naturaleza desapareja las cosas caprichosamente cuando le da la gana. Y sus ojos son de un azul celeste tan intenso que casi te deslumbran cuando los miras. Eso es una exageración, claro. Me encanta exagerar, me chifla exagerar, es mi debilidad.

Me siento atraída por ella desde que la vi por primera vez, aunque la he tratado poco, porque es demasiado distinta a las chicas normales y corrientes que conozco. No tiene las mismas aficiones que las chicas de su edad. No le gusta salir de marcha. Lo único que sé de ella es que sabe tocar el piano y que se dedica a criar palomas en la azotea de su casa. A veces la he visto paseando, pensativa, con una preciosa paloma al hombro, tan compenetrada con la paloma como si ella y la paloma pudiesen comunicarse.

Alicia me toma de las manos y me da dos castos besos, uno en cada mejilla, bastante sonoros, besos bastante chulos, quedarían bien en un cuadro de esos que se ponen en los pasillos y que nunca se miran porque están allí de relleno.

—Tu padre es un gran hombre —me dice.

¡Hay que fastidiarse con Blanquita y Alicita! ¿Se han propuesto amargarme esta hermosa tarde lluviosa?

Me quedo de piedra, o de cemento, o de granito.

¿Es?

—¿Hablas en presente?

Alicia sonrío con complicidad, con sobreentendidos que sólo entiende ella.

—El amor siempre está presente...

Qué chistosa, eso es un chiste manido y de mal gusto.

—¡Pero mi padre ha muerto!

Alicia me aprieta las manos más.

—Te equivocas, Cleo. Sigue entre nosotros. Algún día lo comprenderás...

Nos quedamos calladas. Blanca y Alicia consiguen que me sienta incómoda, estúpida, necia, fuera de juego.

—No tengas pensamientos negativos. Pronto empezarás a ver la luz y la luz te transformará...

¡Madre del amor hermoso y sin pecado concebido!

Contengo el aliento. ¿A qué diablos se refiere?

Entonces, de repente, bruscamente, sin previo aviso, inopinadamente, se enciende la bombillita. Recuerdo algo. Algo que estaba enterrado en mi cabecita, quizá porque se trata de un hecho que en su momento superó mi umbral de tolerancia emocional, como dicen los psicólogos. Recuerdo el día del velatorio de mi padre. Cuando Alicia vino a darme el pésame, a darme sus condolencias. Alicia señaló la puerta con la cabeza, recuerdo.

—¿Vas a entrar ahí? —dijo.

Desde luego que sí. ¡Debía hacerlo! Aunque estaba convencida de que iba a desmayarme en cuanto lo viese. Eso fue lo que pensé.

—Ten valor. Te aguarda tu primera sorpresa... —añadió Alicia.

¡Empezaba a enojarme tanto misterio!

—¿Qué sorpresa?

—Hoy es el día en que se te va a mostrar algo de la realidad que hay al otro lado del espejo...

De repente me sentí furiosa.

—¿Qué quieres decir?

—Detrás de esa puerta no te espera una despedida, como tú crees, sino un descubrimiento. No tengas miedo, Cleo. Vas a encontrarte a alguien muy importante. El ángel vengador de tu padre...

Al entrar sentí que se me paraba el corazón. Pero seguí avanzando por la habitación. No podía retroceder y hacer como si el mundo siguiese igual. Como si nada hubiese cambiado. Porque no era así. Papá había muerto. Y yo tenía que afrontar esa realidad, por dura que fuese para mí, por todo lo que significaba...

Conforme me acercaba al ataúd, comprobé que mi corazón seguía latiendo. No se había roto... aún. Mis ojos se levantaron lentamente. Después de lo que me pareció una eternidad, lo vi. Papá estaba allí, tumbado en el

ataúd, con los ojos cerrados, sonriente. Como si sólo durmiese. La paz que siempre ha tenido, no lo había abandonado, ni siquiera ahora. Me transmitió una inesperada tranquilidad.

Tomé la mano con la que solía acariciarme la cabeza cuando de niña me dormía, creyendo que yo no me daba cuenta, y se la besé.

—Te quiero, papá —dije, sintiendo que las lágrimas brotaban en mis ojos.

—Él sabe que lo quieres, a pesar de todo... —dijo una voz.

Me volví. Sin sobresaltarme. Por extraño que pareciese. Porque aquella voz la percibí tan cercana como si me saliese de dentro. La aparición que vi a mi lado no me causó temor. Su presencia allí, por alguna razón, estaba justificada. No representaba ninguna amenaza para mí. Sino todo lo contrario.

—Hola, Cleo. Yo soy el ángel vengador de tu padre —dijo.

Me quedé mirando a la aparición, maravillada. Sin duda tenía delante a un ángel. Un ángel magnífico, cuya presencia luminosa me llenaba de alegría. Tenía aspecto de joven apuesto. Era alto, rubio, de ojos verdes y brillantes. Su sonrisa me hacía cosquillas por todo el cuerpo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, como si fuese lo más normal del mundo encontrarme con él.

—Julián —respondió, con una voz que sonaba a flauta y que parecía despedir mariposas.

—Es un nombre muy bonito.

—También el tuyo lo es. Cleo...

Sonreí, halagada. Me gustaba estar allí, hablando con Julián, junto a papá, que sólo hacía que dormía, aunque en realidad estaba escuchando nuestra conversación, me dije. No podía apartar la mirada de aquella criatura celestial. Julián vestía una elegante túnica, más fina que la seda, y sus graciosos rizos de sol le caían por la espalda. Seguí reparando en cada detalle, como si contemplase una escultura. Calzaba delicadas sandalias y su piel era como la porcelana.

Entonces observé que llevaba una espada sujeta al cinto.

—¿Por qué tienes una espada?

Julián posó en mi hombro su mano, que estaba rodeada por un aura de luz, como todo su cuerpo.

—Porque soy un ángel vengador, Cleo.

—¿Eso qué significa?

—Que debo impartir justicia.

—¿Castigar a alguien?

Julián me dirigió una de sus sonrisas cautivadoras.

—Los ángeles vengadores no castigamos. Devolvemos la gloria de Dios a los oprimidos.

—¿Mi padre era un oprimido?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué clase de hombre era? ¡Necesito saberlo!

—Tu padre era...

Las palabras de Julián quedaron en suspenso.

—No vas a decírmelo, ¿verdad?

—Yo no soy quién para hacerlo, aunque quisiese.

—¿Entonces?

—Debes esperar, Cleo. Y conocerte a ti misma. Luego lo conocerás a él, a través de ti.

Le sostuve la mirada.

—¿Crees que soy culpable?

—No.

—¿Qué soy?

La mano increíblemente suave de Julián me rozó la mejilla.

—Eres víctima.

—¿De qué?

—De ti misma...

De repente reparé en las alas de aquel ángel espléndido que se había posado a mi lado. Aunque estaban plegadas sobre la espalda de Julián, a los costados, se veían grandes y poderosas. No pude resistir la tentación de acariciar sus plumas. ¡Eran lo más suave y delicado que había tocado jamás! Me transmitieron una sensación increíblemente placentera. Una mezcla de calor, paz y alegría.

Me sentí tan bien que cerré los ojos y entré en un estado de ensoñación.

—Ahora ya sabes lo que se siente al tocar las alas de un ángel —oí que me decía la voz de flauta y mariposas de Julián.

—Sí, ahora lo sé —dije, sintiéndome ebria.

Aunque era algo muy diferente a la ebriedad de las borracheras que a veces comparto con mis amigos, en las fiestas que organizamos en casa de Toto o María o cuando salimos de marcha. Era una ebriedad elevada. Del espíritu. Del alma. Me sorprendió emplear interiormente aquellas palabras que tanto utilizaba papá.

Estoy borracha del alma, pensé, sin apartar la mano de aquellas plumas,

aspirando su fragancia a rosas, sintiéndome magnetizada por la luz de Julián, el ángel vengador de papá, una luz que me envolvía, robándome las dudas y el miedo que a veces me asaltan por la noche y se cuelan en las pesadillas que tanto me atormentan.

Pero era una ilusión. Luego Julián se desvaneció. Y yo me quedé sola. Delante del cadáver de mi padre. Preguntándome por qué había muerto papá. Culpándome de su muerte. Y cuando salí de la habitación, rota por el dolor, y abracé a mamá con desesperación, aquel ángel que había aparecido en mi vida durante unos instantes quedó enterrado por el cargamento de la vida, que se atropella a sí misma.

Y empecé a recordarlo como si sólo hubiese sido un sueño. Un engaño de mi mente perturbada por la muerte de mi padre. Porque ese ser divino, celestial, no podía ser real. Y yo en cambio sí era una chica real. De carne y hueso. Que vive en este mundo. Y que no tiene alas que huelen a rosas. Una cerda Queer—ninfómana—feminista, un desperfecto humano, un estropicio, una chica descocada, mal de la sesera.

Ay, qué trampa.

La culpa es una trampa maldita.

Nos hace ver cosas, tener visiones, creernos cosas, desvariar, alienarnos. La maldita culpa es una anticipación de la muerte. Es una mortaja de la muerte que nos anula en vida, que gravita sobre nosotros y retarda nuestros movimientos. Cuando la culpa me golpea soy como una atleta olímpica que tiene que correr la carrera de cien metros lisos y le ponen una panoplia medieval, una de esas armaduras que te cubren todo el cuerpo, que pesan una barbaridad y apenas te dejan moverte...

Ay, Marianito de mi vida y de mi corazón. Don Mariano. Un hombre alto, con gafas y barba, igualito que nuestro flamante presidente de gobierno en funciones, además de llamarse como él. Ejerció de profesor, de maestro de escuela, pero ahora está jubilado. Don Mariano está jubilado y es viudo. Así que está más solo que la una. Y además de ser clavado a nuestro flamante presidente de gobierno en funciones y además de llamarse como él, don

Mariano, Marianico, el maestro de escuela jubilado y viudo, es carpetovetónico, una palabreja que me encanta, por cierto, es decir que es un hombre de la vieja escuela, un poco como era papá, un hombre rancio, del patriarcado rancio, de ésos que huelen a armario cerrado y a casa sin ventilar, a cuarto oscuro. En definitiva, un hombre valetudinario, que es otra palabreja que me encanta y que queda que flipas aquí, en el libro de mi vida, el libro de mi obra y milagros, de mis aventuras y desventuras. El libro de Cleo.

Mariano, Marianico, que no es corto sino largo, a quien todos en la vecindad llaman don Mariano, por respeto, qué mierda de respeto, eso del prestigio social es como el juego de los trileros, como el truco de un prestidigitador, y de eso se alimentan los políticos y en general toda la estructura de poder del patriarcado. Digo. Amén. Y santas pascuas.

La verdad es que cuando me cruzo con don Mariano la ponzoñosa culpa se desvanece. Quizá porque la suya reverberada es mayor que la mía, en comparación, me refiero a la culpa de lo que él representa, de lo que él simboliza por ser como es, por votar al PP, por ser carpetovetónico y valetudinario y además y para más inri por llamarse igual que nuestro flamante presidente de gobierno en funciones y por ser clavado a él. Es decir y en resumidas cuentas que don Mariano es el máximo exponente de ese maldito patriarcado contra el que yo lucho con uñas y dientes, como gata panza arriba.

—Hola, corrupto mayor del reino y gran encubridor de corruptos —le suelto, para abrir boca.

Don Mariano me fulmina con la mirada, para variar. Me odia. Siempre me ha odiado. Sus ojos destilan odio. Le escandalizo. Soy una ofensa insoportable para él. Si pudiese borrar me del mapa lo haría de mil amores. De repente me viene a la memoria cuando Pablo Iglesias les dijo a Pedro Sánchez y a los demás socialistas que tienen las manos enterradas en cal viva, como Felipe González. Si es así, me pregunto en qué tendrán enterradas las manos don Mariano y su cohorte de corruptos, empezando por Bárcenas y terminando en Esperanza Aguirre y tiro porque me toca, pasando por tantos otros, la lista es interminable, la cabeza no me da para recordarlos a todos, es una lista más difícil y complicada de recordar que la de los reyes godos y los reyes visigodos.

—Deberían encerrarte en un manicomio, niña —replica don Mariano, muy tieso, como un mayordomo decimonónico.

—Ya no se llaman manicomios. Ahora se llaman centros psiquiátricos.

La palabra manicomio es peyorativa y denigrante.

—A ti te pegan las palabras peyorativas y denigrantes, hija. No tienes vergüenza.

—No soy su hija.

—Dios me libre de que lo seas, por dios.

—Je je. Usted es el que no tiene vergüenza, don Mariano.

Me encanta esperar el ascensor departiendo amigablemente con don Mariano, mi enemigo ancestral. Hoy voy a bajarle los pantalones, acabo de decidirlo.

—Si me da veinte pavos le hago una paja, don Mariano.

Mariano se queda helado, por decir algo. Me mira y me remira. La verdad es que está viudo desde hace un porrón de tiempo. ¿Se matará a pajas? ¿Se le levanta el pajarito? ¿Tiene sueños eróticos? ¿Se va de putas de vez en cuando? Su vida es un misterio. O quizá no tanto.

Quiere. Lo necesita. Lo acabo de ver en sus ojos. Ese brillo lo delata. El brillo delator del deseo. Me lo conozco de memoria. Lo he visto replicado en mil tíos diferentes, de todas las clases y colores.

Mariano duda, se retuerce. Ay, culebrilla. Se lo está pensando mientras está esperando el ascensor. Yo te ascenderé al cielo y las estrellas, Marianico, si tú accedes, claro. Sólo tienes que soltarme veinte pavitos, un precio módico. A mí lo que me vale no es la pasta. Los veinte euros no significan nada, son una mera disculpa. A mí lo que me vale es bajarte los pantalones, Marianico, demostrarte el jaez del que estás hecho y también demostrárselo al mundo entero para escribirlo en mi libro. ¿Entiendes? ¿Capito?

Mariano se rasca las barbas. Se ajusta las gafas. Carraspea. Apesta a puro. Le encanta fumar puros. Para Marianico la vida es un puro. Y los españoles. Y los votantes. Fumemos la pipa de la paz juntitos, Marianico el corto que es largo.

Ahora estamos en el ascensor.

—Trato hecho —dice don Mariano.

Normal que emplee esa expresión. Está acostumbrado a hacer tratos. Su vida la componen los tratos. Ahora yo también entro a formar parte de sus tratos, de una manera más íntima y cercana. Los tratos de don Mariano nos han afectado a todos catastróficamente durante cuatro años, casi un lustro, añadiendo el tiempo en funciones, que se dice pronto, qué fatalidad, qué carga, qué lastre.

Le doy al botón rojo. El botón rojo es el que bloquea el ascensor, qué

casualidad. Me pregunto si yo también soy roja. A veces me han llamado rojilla. Supongo que tengo algo de eso. Las malditas definiciones. Si no votas a la derecha ni al centro eres rojo. Las definiciones son muy básicas, así la gente no necesita un manual para entenderlas. Son direccionales, como las luces de los coches. Intermitente derecho, intermitente izquierdo y luz de posición, qué rayada. Yo soy la luz de emergencia, la que pones cuando el coche se ha averiado.

—Primero la pasta.

Don Mariano saca la cartera. Tiene una cartera negra y reluciente. Me recuerda el ataúd de mi padre. Bueno, no es una cartera, es una billetera, seamos correctos hablando. Vaya, la billetera de don Mariano está a rebosar de billetes, por qué será. Me arrepiento de haberle pedido tan sólo veinte pavos. Me he tirado por los suelos, qué miseria. Parezco una fulana de tres al cuarto, de ésas que hacen la calle en la Casa de Campo. Bueno, tampoco está mal eso. No está mal ser por una vez una fulana tirada de tres al cuarto que hace la calle por cuatro perras en la Casa de Campo.

Mariano saca el billete de veinte pavos de la billetera. Joder, cómo le tiembla la mano. Está mazo nervioso, el pobre.

—Mu bien, hijo.

Me guardo los veinte euros. Le abro la bragueta a don Mariano. Le saco la polla, que es indescriptible. Le hago la paja. Se corre tan rápido que me quedo flipada. ¡Si apenas le he puesto la mano encima! Vaya, estaba necesitado, el pobre. Me quedo mirando su pene—miembro—polla—falo, ahora no se me ocurren más sinónimos y eso que una escritora debe tener ese tipo de recursos, mi idioma es pobre, lo reconozco. Bueno, el caso es que le miro la polla. Casi no ha soltado semen. Es tan poco que ni siquiera da para cubrir un botón pequeño de blusa. En fin, cosas de la edad, supongo.

—Anda, lárgate —dice don Mariano.

—Mu bien. ¡Con Dios!

Desbloqueo el ascensor. Don Mariano se retira a su morada. Quizá a hacerse una mamandurria, como dice Esperanza. Yo he decidido cambiar de destino. Vuelvo a salir a la calle. Los veinte pavos de don Mariano me arden en el bolsillo.

A la vuelta de la esquina hay un mendigo. Le doy los veinte pavos de don Mariano y regreso a casa para ducharme. Necesito ducharme, joder, darme una ducha a conciencia. A conciencia.

La casa de al lado es la casa de tócame roque. Al dueño le mola alquilársela a estudiantes del Erasmus. Cada año aparece un personaje diferente. O varios personajes diferentes. Esta vez ha tocado un grupo de italianos bulliciosos, ruidosos, mazo simpáticos. Entre ellos hay un besugo merluzo que me mira con su cara de merluzo besugo y sus ojos de merluzo besugo y sus gafas culo de botella. Es un tío que tiene bastante morbo, la verdad, y está loquito por mí, bebe los vientos por mí, se nota a la legua.

Tiene diecinueve o veinte tacos y se llama Giuseppe. Lo sé porque sus compis no paran de llamarlo cuando se queda rezagado, porque Giuseppe siempre se queda rezagado. Como he dicho, tiene gafas culo de botella y también tiene un aire de intelectual, de mosquetero, de quijote, de pensador y metafísico. O de poeta romántico, según, con esos ricitos y esa cara decimonónica salida de una novela victoriana de las que lee mamá.

Giuseppe, Giuseppino, es flaco como un junco, como dicen en las novelas. Y aunque tiene cara de palo el palo de su cara mola, tiene su aquel, su atractivo, es una cara un poco de vaquero del lejano oeste o de poli duro de las pelis de serie b. Así que la mezcla está chula. Me atrae ese Giuseppe. Podría atraerme un compañero suyo que se llama Mario, como el de los videojuegos, que es el guaperas rompecorazones del grupo y va de chuleta, de pagado de sí mismo. Pero no. A mí me va Giuseppe con su aire meditabundo de filósofo anticuado que se pasea por las calles para buscar su inspiración socrática. Incluso podría enamorarme de Giuseppe, fíjate lo que te digo, yo, que nunca me he enamorado, jamás de los jamases, porque el amor no está hecho para mí, creo—considero—estimo.

Hoy, por fin, he conseguido atraparlo.

Aquí te pillo, aquí te mato, Giuseppe del toboso beneficioso, mi querido Dulcineo Prometeo encadenado. Giuseppe de mis amores. Me dan ganas de cantarle una serenata. Me imagino que estamos en Venecia y que Giuseppe es un apuesto gondolero con su camiseta a rayas y su largo remo de gondolero que es como un falo impresionante.

Lo he atrapado, literalmente, en el hueco de la escalera, o mejor dicho en el rellano de la escalera. Giuseppe no dice nada. Lo llamaré Muditto. Supongo

que entiende el español. Y lo hablará un poco. Yo misma entiendo el italiano y no soy una Erasmus lumbreras. Del sueco a Giuseppe, qué cambio. Entre medias hubo un griego que no me hacía tilín y una larga lista, bueno, no tan larga, con unos hice cosas, con otros no, según, depende.

Me gusta que sea así, mudito. Hablando se entiende la gente y sin hablar nos entendemos los que no somos gente. Con la mirada nos lo decimos todo. Le gusto a Giuseppe, ya me lo ha dicho con la mirada muchas veces. Y le gusto a rabiar. Eso ya lo había dicho antes, ¿no? A ver qué pasa, una buena escritora no debe ser limitada y no debe repetir conceptos, tengo que hacer una obra chula, de relumbrón.

—Hoy es tu día, hijo. Te ha tocado el premio gordo de la tómbola —le digo.

Giuseppe carraspea, se atraganta con su propia saliva y se pone a toser, qué gracioso, me recuerda a mister bean, o como se escriba. También tiene algo de Cantinflas, en callado, claro, porque Cantinflas no paraba de hablar.

Giuseppe abraza la carpeta que lleva debajo del brazo, se la arrima al pecho, no sabe qué hacer, lo he pillado en plena salida matinal, debe ir a la universidad, no puede faltar a clase, se nota que es empollón, seguro que saca las mejores notas, lo huelo, es un cerebrín.

Giuseppe parpadea repetidas veces, frunce el ceño. Hasta creo que bizquea detrás de sus gafas culo de botella. Está fuera de juego, fuera de combate. Podríamos irnos a desayunar un café con churros o porras, pero prefiero mi desayuno especialidad de la casa.

Voy directa al grano. Le pongo la mano en el paquete. Giuseppe da un respingo. Cielos, está súper empalmado, cómo es posible, este chico está más salido que las pistolas del coyote.

—Anda, vamos —le digo, haciendo un gesto perentorio, es decir, señalando la puerta de su casa.

Giuseppe no se lo piensa, es más decidido de lo que parece, sabe que ha llegado la oportunidad de su vida y no está dispuesto a desaprovecharla. Entramos en su casa. Le quito la carpeta y la lanzo al sofá. Luego le meto la lengua en la boca, tan adentro como me cabe. Entre tanto Giuseppe pone las manos en la masa. Sus manos se meten por debajo de la falda y se posan en mis nalgas, primero con timidez, luego vorazmente, masajeándomelas bien, a conciencia, mientras nos morreamos como dos descosidos y mientras él me aprieta el pene contra el vientre, joder, qué duro está, ya me lo quiero comer.

Y de hecho lo hago, sin dilación ni prolegómenos. Le quito los zapatos,

los calcetines, los pantalones. Lo lanzo todo al sofá. Luego me aplico a mi trabajo. Me meto su pene en la boca. Lo tiene de tamaño moderado en cuanto a longitud, pero es considerablemente grueso. Y sus testículos no están mal. Tiene un notable escroto taurino. Le hago la mamada, qué rica felación, arriba y abajo. Giuseppe se retuerce, se agita, se estremece, jadeando, de pronto enloquecido, y termina, qué estallido demencial, se le ha escapado un grito tipo maullido—gañido con algo de león de la selva y un toque tarzanesco.

Me incorporo, con la boca llena de su semen, que está rico, tiene un gusto agrio y ácido y eso me gusta, es señal de un semen de calidad. El semen bueno y sano sabe a lejía y a cloro de las piscinas. Giuseppe me mira con furia, ahora es un animal del bosque. Se lanza contra mi boca, me chupa de los labios su propio semen, me mete la lengua, me mordisquea y sigue estrujándome con sus manos poderosas como palas, me estruja las tetas, me estruja el coño, me estruja el culo. Mierda, creo que no he visto un tío tan excitado, y eso que acaba de terminar, acaba de correrse como un campeón, se ve que los filósofos poetas pensadores tienen una súper libido, qué bien, qué suerte tengo, también a mí me ha tocado el premio gordo de la tómbola.

Qué pasión, qué efervescencia, qué ebullición. Giuseppe es un experto manipulador digital, deben de dársele bien las nuevas tecnologías, qué manera de excitarme digitalmente. Su dedito milagroso, el índice, tiene una capacidad asombrosa para excitar mi clítoris, para excitar mis labios vaginales, para excitar el promontorio interno de mi sexo, yo lo llamo el monte de Afrodita, en contraposición al monte externo, que es el de Venus, según dicen.

Así que mientras nos morreamos, Giuseppe emplea la mano diestra en desvalijar mis tetas y mi trasero, y emplea la mano zurda en excitar mi coñito rico. Creo que es zurdo. Porque ese despliegue de habilidad digital sólo puede hacerlo con su mano más útil y habilidosa, con la que escribe, se limpia el culo y demás.

Cielos, no me esperaba que esto fuera a ser tan bueno. Y pensar que lo estamos haciendo a las nueve de la mañana en día de diario, cuando el común de los mortales está en el trabajo o en la universidad o en cualquier otro sitio donde desempeñe sus obligaciones cotidianas. Cómo se nota que yo no pertenezco al común de los mortales. Y creo que él, mi Giuseppino, tampoco pertenece al común de los mortales, me lo está demostrando ahora, me lo está dejando más que clarito, qué bendición encontrar por fin a un hombre así, que

se corresponde tan bien conmigo, que se acopla como un guante a mi voracidad sexual. ¡Es una máquina sexual, quién lo iba a decir, con sus gafas culo de botella, sus andares cansinos y su aire de filósofo—poeta trasnochado!

Ya me he corrido varias veces. Esta vez me he olvidado de contar mis corridas, como suelo hacer, obsesivamente. Será de lo bien que me lo estoy pasando.

Bueno, cambiemos un poco de escenario, querido.

Le quito el jersey, la camisa, la camiseta. Lo arrojo todo al sofá. Me quedo estudiando el cuerpo de mi amante, haciendo un estudio de mercado, un sondeo que esta vez no es político, un chequeo que no es médico. Es una valoración—estimación del producto, como si estuviese en un bazar, en un zoco árabe, y me dispusiese a comprar una escultura clásica de tamaño natural.

Es escuálido Giuseppe, está claro. No tiene casi músculos. Pero dentro de su delgadez y su flacura está recio, está duro, no tiene flacidez ni blanduras. Lo digo porque hay tíos que tienen blanduras aunque sean delgados, digamos que son delgados mórbidos, igual que hay gordos que están duros y tienen tono muscular y no tienen flacidez ni blanduras.

Y además Giuseppino tiene pelo en el pecho, lo cual es de mi agrado. Tiene una hermosa mata de pelo negro y ensortijado, ensortijado, queda bien decir eso en vez de rizado, suena a sortija y a torrija y a hado, y así te imaginas esas tres cosas cuando lo dices y parece que te zampas una torrija y que te regalan una sortija y que estás en presencia de un hado.

Le chupo los pezones. A los tíos les mola cantidad que les chupes los pezones, no falla, eso demuestra que los tíos tienen mogollón de hormonas femeninas, aunque se resistan a reconocerlo, es decir, que son medio mujeres, aunque se nieguen a reconocerlo, aunque les de vergüenza reconocerlo.

Mientras le chupo los pezones le froto el miembro, que ha vuelto a ponerse como una estaca de las que hay que clavar en el pecho a los vampiros para que no resuciten, cielos, qué virilidad, qué libido, qué hombre, tiene más hambre que un ermitaño de la pradera.

El filósofo—poeta del Erasmus transalpino se vuelve loco, aún más, pierde los papeles, aún más. Justo lo que yo quería. De eso se trata, ¿no? De desprogramarnos, de ser libres, de quitarnos la panoplia cultural—educacional—civilizada, de ser salvajes, de reconciliarnos con nuestra animalidad placentera.

Así que Giuseppe me desnuda, con masculino empuje, en un abrir y cerrar de ojos me veo en cueros, qué bien. Sólo me ha dejado el mini—tanga fucsia, le gusta, lo repasa con la yema de los dedos, relamiéndose, quiere ponerse como el Kiko, de hecho se está poniendo como el Kiko, él mismo es un Kiko.

Luego me da la vuelta. Ay, mi niño. Sin contemplaciones. Hay que ver con el gafotas cuatro ojos, qué determinación. Ha hecho que me apoye contra el brazo del sofá. Y de repente, bruscamente, siento su miembro dentro de mí. Pero no lo siento donde se supone que debería sentirlo. Lo siento en otro orificio. Esto es satánico, Giuseppino, ese orificio de entrada está terminantemente prohibido, hay orificios y orificios, estás transgrediendo las normas, te van a enchironar, te van a prejuizar—juzgar, te quemarán en la hoguera de las brujas, te anatemizarán, puto hereje, a quién se le ocurre hacer sexo griego.

Joder, el Giuseppino me está dando por culo, así, sin más, como el que no quiere la cosa, y el caso es que me gusta, me duele y me gusta, es súper excitante, es súper placentero y súper transgresor—demoledor, jadeo, gimo, me retuerzo como una culebra, sus embestidas son bestiales, qué manera caballuna de lanzar su cuerpo contra mí, como las olas de un mar embravecido restallando contra el acantilado.

¿Cuántas veces he terminado? Ni idea, muchas. Giuseppe es genial. Me alegro de haberlo conocido, me congratulo de ello, lo cual significa que es grátulo y a la vez es un congrátulo, je je.

Me siento expoliada, desvalijada, gratamente vejada, soy una bruja encaramada en su escoba voladora, surcando los cielos del infierno, mi cuerpo es un seísmo, un terremoto de escala diez, me estremezco, me recorre un placer diabólico, demencial, más allá de la realidad, más allá de lo posible e imaginable, esto es el paroxismo del placer, como dicen los pedantes rebuscados.

Entonces me sobreviene —lo cual significa que me viene centuplicado— un orgasmo del copón, gigantesco, elefantíaco, que me hace gritar como una posesa. ¿He sido yo quien ha gritado así? No puede ser, yo nunca he gritado así, no me reconozco a mí misma, qué dislate—disparate—te voy a dar un cate. Y luego, justo cuando la boca de mi sexo está escupiendo a mansalva la deyección de tanto placer, el jugo, en ese preciso instante, estalla la erupción volcánica de Giuseppe, mi glorioso y monumental amante, y él también grita, a su manera, dando un alarido cavernoso, de orangután, de ogro de las

cavernas, y siento que me lleno de su lava ardiente, que me quema por dentro, me abrasa, me raspa como un ácido corrosivo, cielos, cómo puede tener tal cantidad de semen, si hace apenas nada se ha corrido. Y acto seguido Giuseppe se desploma sobre mí. Siento su cuerpo sobre mi espalda, pesa más de lo que aparenta, me gusta sentirlo sobre mi espalda, gravitando sobre mí, qué gran amante, mi querido amante transalpino, gracias, eres único, en verdad.

Ahora estamos derrumbados sobre la alfombra. Vaya, el dueño del piso ha puesto una alfombra. La última vez que estuve aquí haciendo manitas con un portugués de ceño fruncido no había alfombra. Es una alfombra bastante suntuosa, de palacio medieval o de salón decimonónico. Representa figuras egipcias. Qué gracia, me representa a mí, a Cleopatra, qué casualidad. Me río. Giuseppe me mira de reojo. Él no se ríe ni nada.

—¿Se puede saber por qué eres tan callado?

Giuseppe coge su carpeta del sofá, su material escolar, de niño bueno, de estudiante aplicado, de lumbreras empollón de la clase. Y va y me escribe en un papel: soy mundo. ¡Genial! Eso ha estado pero que muy bien. Está claro que las palabras sobran para que las personas puedan entenderse...

Papá ha muerto hace ya una eternidad, aunque no haya pasado demasiado tiempo. ¡Seis meses!, me digo, mientras voy en bicicleta junto a mis amigos. A veces está bien aborregarse convenientemente, tiene sus ventajas, indudablemente, eso de ser una corderita, eso de ser gregaria, una más como los demás. Es un coñazo y es agotador ser todo el tiempo una asquerosa Queer—ninfómana—feminista. De vez en cuando me merezco ser una joven descerebrada, frívola, banal, como toda hija de vecina, digo yo.

Hemos salido de Manzanares el Real para dirigirnos, una vez más, al mágico mundo de la Pedriza. Marchamos en fila india comanche apache por la empinada carretera de El Tranco.

Hoy no falta ningún miembro de la pandilla, hemos planeado esta escapada con antelación, aprovechando que llevamos una semana con un sol espléndido. Toto, cómo no, abre la marcha, ninguno podemos seguir su

ritmo, es un atleta olímpico preolímpico y nada paralímpico, y él presume de tenerlo todo bien puesto, todo en su sitio, como buen Madelman.

Detrás van los mellizos, que tienen las mismas fuerzas incluso para pedalear. Los sigue de cerca Pedro. Luego estamos Susana, María y yo. Detrás de nosotras, Aurora, y a bastante distancia de ella el flemático Jesús. Carlos, como siempre, cierra el pelotón de ejecución, muy retrasado, le pesa demasiado la barriga y el culo ni te cuento.

Y por último está Roco, el perro de Pedro, que corre con la lengua fuera, cerca de nosotras, tiene debilidad por las chicas y por eso con frecuencia nos lame las pantorrillas y si le dejásemos nos lamería otras partas más íntimas.

Entramos en la zona de montaña por el acceso que hay entre el restaurante El Yelmo y el camping, justo en la garganta de la Camorza. Hace una temperatura muy agradable y el sol ya pega con fuerza, joder, parezco la mujer del tiempo, ésa que se cambia todos los días de peinado y que ha adelgazado una barbaridad, la que sale en la primera cadena, que es pública y por eso defiende a capa y espada al PP y antes defendía a capa y espada al PSOE, porque defiende a capa y espada al gobierno de turno, por eso es pública, es decir que lo público es propiedad del que gobierna, a ver si nos vamos enterando de la película.

¡Me encanta ir a la Pedriza en bicicleta con mis amigos en días así! ¡Me siento libre y llena de fuerza! Una linda palomita, una gozosa chiquilla ambulante que se dispone a comerse el mundo a bocados o de un atracón, depende, depende de cómo se mire.

Seguimos por la senda de la Camorza, que remonta el río Manzanares.

—¿Estamos en la orilla derecha del río o en la izquierda? —le pregunto a Susana, por decir algo, es una pregunta retórica, sé perfectamente la respuesta, pero me apetece decirle una nadería a Susanita tiene un ratón.

—En la derecha, ¿no? —dice ella, ay, golondrina, mi pajarita.

—Yo creo que es la izquierda, el sentido del río es descendente —dice Aurora, que es una empollona y se apunta a un bombardeo, qué idiotas somos todas cuando nos juntamos.

Jesús, que nos ha oído y siempre quiere dárselas de listo, pedalea a toda prisa para acercarse a nosotras y demostrarnos su sapiencia milenaria.

—La lateralidad del río se establece siguiendo su curso —dice, sin aliento, mientras se ajusta sus gafas culo de botella.

—¿Veis? Yo tenía razón —dice Aurora.

Roco ladra, aprobador, es un chucho que tiene vocación de juez de paz,

además de ser un buen pedazo de pastor alemán.

Como el camino se estrecha, tenemos que ponernos otra vez en fila india comanche apache.

—¡Mirad, allí hay truchas! —dice Pedro señalando un remanso del río.

Qué bien, hasta truchas hay en este día venturoso, pronto aparecerá Jesús para hacer el reparto de los panes y los peces.

—Aquí hay de todo, amigo. ¡La Pedriza es el mejor sitio del mundo! —dice Jose, el que me descubrió mi definición—postural—existencia de Queer el día del velatorio de mi viejo pellejo.

—Por eso Dios se tumbó aquí a descansar cuando creó el mundo —dice Jorge, que suele meter el cazo verbal cuando habla su hermano para no quedarse atrás en la pugna fraternal—preternatural que mantienen desde que ambos vinieron al mundo.

—Me fascinan las rocas rosadas de la Pedriza —dice Susana, poniéndose en plan ñoño, como de costumbre—. ¡Son tan femeninas! Cuando era niña me imaginaba que tenía un vestido al que llamaba Roca de la Pedriza.

¡Hay que joderse, es para darte de hostias, hija mía! ¿Cómo puedes ser tan imbécil?

Nos reímos. Joder, sí, yo también me río de la sandez que acaba de soltar la cretina de Susana, aunque en realidad me apetezca cometer un infanticidio con ella. ¡Es lo que tiene estar convenientemente aborregado, que te dejas arrastrar por la corriente! Como los mimos que repiten los mismos gestos, como la imagen del espejo, sí, te conviertes en eso, en la imagen del espejo, el espejo que refleja los movimientos del grupo al que te has integrado.

—¡Qué incomodidad de vestido! —dice María.

—¡Peor que una armadura! —dice Aurora.

—Son rocas graníticas —apunta el sabiondo de Jesús.

—Ah —digo yo, burlona.

Me resulta increíblemente aburrido y necio transcribir esta conversación, este diálogo de besugos y besugas, pero es lo que hay, es la triste realidad, no hago más que reflejar hechos verídicos, dejar constancia de ellos, punto por punto y sin omitir una sola coma, con luz y taquígrafos, como dicen los políticos.

—¿Y por qué tienen ese tono rosado? —pregunta Susana.

—Por la oxidación de la mica que contienen —contesta Jesús, muy en su papel de maestro de escuela.

En vez de decir estas memeces deberíamos clonar lo que decían los

personajes de la naranja mecánica, me imagino una naranja mecánica, tiene que ser mazo chungo zampársela.

—A mí lo que más me gusta son las formas tan fantasiosas que tienen – dice Aurora.

—Eso es por la erosión del hielo que redondea las aristas y hace más profundas las grietas –se apresura a decir Jesús.

¡¡¡Bastaaaaa!!! ¿Queréis callaros ya?

—¡Eres un pozo de sabiduría, hijo! –exclama María.

Cuando pasamos bajo el muro de la presa, Roco no resiste la tentación de darse un chapuzón. Pero no hay tiempo para detenerse, Toto ha puesto la primera y podemos perderlo de vista, se ve que quiere emular a Ronaldo.

El camino serpentea por la ladera, sobre formaciones rocosas que sugieren extraños lagartos gigantes. Mierda, creo que no se me da bien esto de las descripciones, no sé si valgo para escritora.

Pasamos el quiosco donde antiguamente servían bebidas. Luego pasamos un gran roquedo. Luego vemos a un alpinista practicando la escalada en el paredón llamado La Foca. El polifacético Toto un día lo subió, para dejarnos impresionados.

Luego dejamos atrás el pinar y la explanada de Canto Cochino, donde se puede llegar en coche. Y cruzamos por un puente el arroyo Majadilla. Y seguimos remontando el río por un sendero amplio y llano. Parezco un GPS.

Al llegar al vivero forestal, dejamos las bicicletas en un cobertizo que hay aquí muy a propósito. Y seguimos a pie, a partir de este punto la pendiente se empina montaña arriba y el sendero se vuelve intrincado, como los senderos de dios, que son inextricables, o inescrutables o como se diga, que yo no pretendo reescribir la biblia, dios me libre.

Cuando por fin llegamos a la Charca Verde, nuestro destino, gritamos de alegría, como ovejitas y ovejitos que por fin llegan al redil. Es un lugar ideal para bañarse, rodeado por las sugerentes figuras que la naturaleza ha esculpido en el granito de la Pedriza. Esto lo he copiado de una guía de viajes.

Toto, Pedro y los mellizos se quitan la ropa en un pis pás y se quedan en bañador y se tiran de cabeza a la charca, hay que tener ganas.

—No deberían hacerlo –dice el pendejo de Jesús.

—¿Por qué? –digo yo, ya la mar de aburrída, la mar de deprimida, es lo malo de estar aborregada, que la piel de borrego da mucho calor y en cuanto doy unos pasos ya estoy sofocada y con ganas de tirar a la basura la piel de

borrego.

—Porque sus aguas no son aptas para el baño —dice Jesús, muy serio.

Dice ese tipo de cosas porque es votante del PP, como su padre, y tiene la costumbre de hacer observaciones mazo sesudas que no sirven para nada y aburren al personal.

—¿Qué tienen de malo? —pregunta María, que se toma muy en serio las cosas que dice el pazguato de Jesús.

—Contienen niveles altos de bacilos en suspensión...

¿Bacilos en suspensión? ¡Yo sí que te voy a bacilar a ti, bacilo de coco!

María y yo soltamos una carcajada.

No me lo creo. Soy yo. Yo me he reído a mandíbula batiente de la parida de Jesús.

—¿Y eso qué significa? —dice María.

—Los bacilos se deben a que el ganado abreva río arriba —dice Jesús, ajustándose las gafas con el índice mientras debe de estar taladrándonos con la mirada, aunque no podemos saberlo, las gruesas lentes de sus gafas le hacen tan pequeños los ojos que apenas se ven.

Este tío debe de haberse papeado un manual sobre la Pedriza antes de venir para impresionarnos con sus discursos decimonónicos.

—¡Venga ya, lo que pasa es que eres un aguafiestas! —digo yo, muy en mi papel borreguil.

Jesús, enfurruñado, pilla los prismáticos y se larga a ver cómo sus queridos buitres leonados sobrevuelan los riscos. No se da cuenta de que nosotros somos mucho más interesantes que los buitres leonados. Nosotros sí que formamos una buena pandilla de buenos pedazos de buitres leonados, somos la generación imbécil, que antes llamaban la generación equis y luego llamaron la generación ni—ni por eso de que no trabajamos ni estudiamos aunque parezca que estudiamos, somos la generación Facebook, la generación selfi, sí, eso mola, la generación selfi, por eso Jesusito haría mejor enfocándose el ombligo con los prismáticos en vez de hacer el paripé de otear a los buitres leonados, él es más buitre leonado que los propios buitres leonados, aunque no lo sepa, aunque sea incapaz de saberlo porque lleva la negación impresa en su puto entrecejo.

—Vivimos en el mundo de las mentiras, las apariencias y el puto dinero, estoy harta –digo yo, de pronto exploto, ya no aguanto la piel de borrego, me estoy asfixiando, joder.

—No empieces con tu rollo depre –dice Aurora.

—No estoy depre, estoy cabreada, que es diferente.

—¿Por qué? –dice María.

—Porque el mundo es un asco y nosotras no hacemos nada para cambiarlo.

—¿Qué podemos hacer? –dice Susana.

—Votar, por ejemplo.

—Me aburre vuestro juegucito de jugar a los votantes. A mí me da igual la política.

—A ti te da igual todo, Susan.

—Pues eso. Cada una es como es.

—Yo en la segunda vuelta volveré a votar a Podemos –digo.

—¿Habrá segunda vuelta? –pregunta María.

—Claro, ya se ha acabado el plazo de los pactos. Se acabó ayer. Así que se convocan nuevas elecciones para junio.

—Mi madre vota a Ciudadanos, dice que Albert Rivera está mazo bueno, le gustaría tener una aventura con él –dice Susana.

—Pues mi madre vota al PSOE porque dice que Pedro Sánchez es súper sexy y estoy segura de que también le gustaría liarse con él –dice María.

—¿Cómo podéis estar diciendo esas cosas? –dice Aurora.

—A mí Pablo Iglesias me parece mazo sexy. Sobre todo su coleta. Me encantaría que me meta la coleta por el coño. ¡Me correría como una becerra!

Se hace un silencio solemne. Es lo que suele pasar cuando suelto una de mis lindezas. Los corderos no tienen sentido del humor. Y las corderas ni te cuento. Las corderas sólo sirven para que se las coman. Para que se las coman los que tienen dientes para comérselas. O sea, ellos. Los prebostes del patriarcado. Los lobos. ¡Ay, mis caperucitas rojas, qué bien servís como carne de cañón!

—Me voy a mear. ¡Que os zurzan, queridas!

Me siento fatal. He de apagar el fuego que me abrasa las entrañas ante tanta inanidad. Se ha despertado la bestia. Y cuando se despierta la bestia sólo puedo hacer una cosa para calmar sus ansias. He visto a la víctima adecuada—propicia. Un excursionista solitario con cara de hambre. El mundo está lleno de tíos hambrientos. Los hombres están obsesionados con el sexo porque nunca jamás follan en condiciones y tienen una necesidad real, práctica, perentoria, de hacerlo, para sentirse hombres, para sentirse machotes, para reconciliarse con su naturaleza animal de copuladores empedernidos, como los leones, que follan continuamente, porque se lo pide el cuerpo.

El excursionista me mira de arriba abajo. No se lo cree. Créetelo, hijo. Tiene unos treinta. Y también tiene gafas, como Giuseppe. Y tiene pinta de lobo solitario, de entomólogo o algo parecido. Me he despelotado delante de él y eso no lo deja indiferente. Ha sido fácil despelotarme. Llevo un vestido de quita y pon.

—¿Te gusto?

El entomólogo traga saliva. Mola su nuez de Adán. Tiene una nuez de Adán enorme, que sube y baja en su largo cuello, como un ascensor, sobre todo cuando traga, claro.

Me está estudiando. Mejor dicho está estudiando mis tetas. Parece que mis tetas son lo que más le atrae. Son preciosas, lo sé, cariño.

—¿Esto es una broma?

—No, hijo, no. Simplemente me apetece echar un polvo y te ha tocado la china.

—¿No es una cámara oculta?

Resoplo. Empiezo a impacientarme.

—¿Quieres echar un polvete o no?

El entomólogo se encoge de hombros. Vaya, es tan paradito que igual es hasta virgen y todo. Me acerco a él, le acaricio el pelo, que lo tiene liso y bastante graso, y paso el índice por su carita de lobo solitario. A ver si desenfundas los colmillos, nene. Luego poso la mano en su entrepierna. Cielos, ya está empalmado. Hay un bulto considerable en su entrepierna.

Lo beso. Sus labios son calientes, carnosos, me gustan. El entomólogo me devuelve el beso, ya está como una moto, lo noto. Se quita la mochila y la tira

al suelo. Seguimos besándonos. Sus manos se posan en mis tetas, indecisas, tímidas. Tiene una lengua magnífica el entomólogo. Qué bien la mueve, qué bien la restriega contra la mía.

Por suerte es un hombretón limpio. No tiene halitosis. No soporto a los tíos que les apesta el aliento. E incluso huele a colonia. Antes de salir de casa se ha echado un buen chorro de colonia. Se ve que se preparaba para este encuentro campestre. Es genial follar con los desconocidos, practicar el aquí te pilló aquí te mato, la primera vez que lo hice estaba tan nerviosa que casi me meo encima, pero ahora soy toda una experta, manejo la situación a placer, ya no tengo miedo escénico. Además he comprobado que a los tíos no hay que darles mucha cuerda para que se les empine el pajarito y se apresten al tema de buena gana y de buenas a primeras.

De repente me separo de él. Tengo que satisfacer una curiosidad.

—¿Eres entomólogo forense?

Pone cara de crucigrama.

—No. Soy... funcionario. Trabajo en la seguridad social.

Ah, vaya, atendiendo a los parados. Eso debe de ser buen negocio.

Observo que el funcionario—excursionista—lobo estepario con pinta de entomólogo forense está temblando de excitación. Y sudando. Y está súper nervioso, por eso le ha temblado también la voz al decirme su profesión. Y está rojo. Como un camarón. Chachi, la pasión es el mejor bronceador que hay.

—Oye, dime una cosa, ¿qué tipo de hombre eres tú?

—Soy...

Hay que tirarle de la lengua. Es tímido, el pobre.

—¿Estás casado? ¿Tienes pareja?

—No.

—¿Eres virgen?

—No.

—¿Follas a menudo?

—Una vez a la semana, los domingos, con putas.

Vaya, el domingo camisa blanca y polvete, como dicen. Así que un putero. El entomólogo me mira apreciativamente, haciéndose preguntas. La situación le sobrepasa. No le encaja eso de charlar amigablemente en plena pedriza con una tía en bolas que está mazo buena y que se le ha abierto de patas porque sí, porque él lo vale, aunque no lo valga, al parecer.

—¿Qué piensas de las mujeres?

Duda. Se está preguntando si necesita someterse a este improvisado tercer grado para tener derecho al polvete que le ha caído del cielo.

—Sé sincero.

—¿De veras quieres que sea sincero?

—Claro.

—Pienso que sois unas zorras.

—Vaya por dios. ¿Por?

—¿Quieres que te cuente la historia de mi vida?

—Resumida.

Me enciendo un cigarrillo. El entomólogo se enciende otro. Y nos ponemos a fumar, de pie, mirándonos, estudiándonos, él vestido y yo desnuda.

—Mi madre me vestía de niña cuando era pequeño.

—¿Eres hijo único?

—Sí.

—Así que tienes complejos.

Se tensa. Tiene violencia contenida. Tiene odio contenido. De pronto siento temor. Joder, es un tío peligroso. A veces me he encontrado con tíos peligrosos. Es excitante estar y hacérselo con un tío peligroso. Pero tiene sus riesgos. Hay que saber manejar la situación. Puedes salir trasquilada. El polvo gozoso se puede transformar en una violación o algo peor. Yo he probado de todo. Pero nunca se está de vuelta de nada. La puedes cagar en cualquier momento. El mundo está lleno de psicópatas.

Pero las personas, algunas especialmente, tenemos una inercia negativa, autodestructiva, que nos hace atentar contra nosotras mismas. Como los auto—atentados terroristas que según las teorías conspiranoicas comete Estados Unidos en su territorio, contra sus propios intereses, aunque en ese caso es diferente, ahora que lo pienso mejor, porque tales atentados tienen un objetivo bien práctico y específico: echarle la culpa al enemigo para poder ser más brutal y despiadado con ese enemigo y recibir el apoyo de la opinión pública. En fin, los resortes del poder son aún más retorcidos que los de la psicología particular de cualquiera de nosotras, las ciudadanas de a pie.

Ese escritor yanqui, el loco y borracho Poe, lo llamaba demonio de perversidad. Es decir que hay cosas que sabemos a ciencia cierta que nos perjudican, que nos van a hacer mucho daño, incluso que nos van a poner en peligro de muerte, y aun así las hacemos, porque sentimos un oscuro placer haciéndolas, un placer morboso.

Así que me quedo quieta, me quedo en el sitio en lugar de salir corriendo, me quedo a esperar lo que haya de venir, empujada por esa inercia fatídica, fatal, fatalista, enfermiza, patológica y patética. Necesito abrazarme en ese fuego de la conciencia precisamente para liberar la conciencia de la cárcel donde está prisionera. A veces para volar no hay más remedio que calzarse las alas del Diablo, el ángel caído, porque las alas de los ángeles y los arcángeles se nos quedan pequeñas, no nos encajan.

—Cuéntamelo —digo.

El entomólogo forense—psicópata en potencia—funcionario del estado asiente, serio, circunspecto, adoptando un excesivo aire de trascendencia.

—Yo soy Norman Bates.

—¿Qué?

—El actor de la película Psicosis.

Joder, ¿este tío es un imbécil o un loco de remate?

—No lo entiendo.

—Me parezco a él, no lo niegues.

Me estrujo la mollera. Vi la peli hace años. No la recuerdo bien. De pronto la recuerdo, veo al actor, a ese actor flacucho con cara de palo, el Perkins o como se llame. Joder, es verdad, se parece mazo, qué rayada.

—Pues sí, te pareces al actor.

—No me parezco al actor. Soy igual que el personaje...

Esto se está poniendo interesante.

—¿Qué quieres decir?

—El actor hizo otras películas y no me parezco al personaje de esas películas. ¡Yo soy como el protagonista de Psicosis!

Y el tío se queda tan pancho diciendo eso. Recapacito. ¿A dónde quiere llegar? ¿Es un perturbado de pega o un perturbado real? ¿Está jugando al psicópata para meterme miedo o se está mostrando tal como es?

—Llámame Norman.

—Okay.

Nos quedamos sin decir nada, mirándonos, estudiándonos, midiéndonos. Chachi, el menda hasta hace los gestos del tío de Psicosis que vive en un hotel solitario y abandonado.

—¿Tú también interactúas con tu madre muerta?

—Claro.

—¿Y te disfrazas de ella con su vestido del año catapún y su peluca?

—Ajá.

—¿Y matas a la gente con un cuchillo de trinchar carne cuando está en la ducha?

El Norman renacido—resucitado—clonado—impostado duda.

Qué duda existencial. Qué duda demencial.

Dudo, luego existo.

Ya te gustaría a ti cargarte a la gente, pobre diablo. Anda, dejemos este jueguecito y sigamos con lo nuestro antes de que se me pongan los vellos como escarpas, como dicen los novelistas. Si te portas bien quizá algún día te compre un hotel viejo, abandonado y miserable para que sigas recreando allí tu parecido con Norman Bates y reproduzcas la peli de Psicosis todos los días, una y otra vez, obsesivamente, hasta que encuentres a la víctima propicia y puedas realizar tu sueño de cargártela a cuchilladas cuando está en la ducha.

—Bueno, seguimos, ¿o qué?

Mi amante caballero parpadea repetidas veces, confundido. No se puede creer que no me cague en los pantalones. Se cree capacitado para meterme miedo, está claro, y en realidad estoy que me parto de risa con su pueril actuación.

—Vale —dice, encogiéndose de hombros, igual que Norman Bates.

Y nos ponemos al tema.

Me apetece empapuzarme de este tío, comérmelo en pepitoria, así que nada mejor que recurrir a la consabida felación, que rima con mogollón. Le bajo los pantalones, sin preámbulos. Tiene unos vaqueros bastante chulos, de marca, que valen unos cien pavos, se nota que atender a los parados en la seguridad social es un buen negocio en España. El cinturón tiene una hebilla enorme, con la cara de un dragón, espero que no se ponga a escupir fuego. Y qué decir de los gallumbos. Guapos gallumbos, de Calvin Klein, joder, este tío tiene gustos caros y dinero para pagárselos.

El entomólogo ya está empalmado, como era previsible. Su pene es bastante grande y está bastante curvado a la derecha. Cielos, es chungo encontrar un pene recto, que no se tuerza hacia un lado cuando está erecto,

me pregunto por qué será. Me sorprende comprobar que no tiene prepucio, caramba, debe de ser judío, hay pocos mendas circuncisos por el mundo, me pregunto por qué le harían la circuncisión cuando era un mico, a menos que se la haya hecho él voluntariamente cuando era mayorcito. Cuando terminemos le preguntaré si es judío, ahora no es plan, no quiero cortar el rollo, tampoco me lo quiero cortar a mí, esto de hacérmelo con un psicópata en potencia me tiene mazo excitada y ya tengo la vulva empantanada.

El glande es un capullo de rosa, como esas rosas rojas con los pétalos bien apretaditos. Y es gordo, sobresale bastante del tallo del pene, será porque no está el rollo de piel del prepucio y por eso se nota más. La verdad es que los penes circuncisos son más elegantes, quedan mejor, tienen un aire escultórico, clásico, renacentista, son una columna jónica—dórica—corintia.

Corintios... Eso me suena a la biblia.

Oh, cállate, hija. Estás como una chota. Sí, lo estoy. Nací desviada y cada vez me desvíó más del camino. Es un peligro mazo chungo eso de vivir al margen de la ley del sentido común—coherencia existencial—prudencia—sensatez, lo sé, soy consciente de ello. Cualquiera día, el día menos pensado, la cago a base de bien y luego el asunto ya no tiene arreglo, porque hay líos y líos, hasta ahí llego, y sé que los líos jodidos te marcan la vida, te la destruyen, y luego eso no hay quien lo cambie, ni el propio Dios puede hacerlo, porque hasta los milagros del buen Dios tienen sus límites, al interactuar con la materia, que es por naturaleza corrupta—perecedera—limitada.

Me encanta chuparle a este tío el nabo. Qué duro y palpitante está. Me lo meto en la boca todo lo que puedo. Siento el puño del glande incrustándose contra mi garganta, golpeando mi garganta una y otra vez, como si fuese el puño de un demandante llamando a la puerta de un juzgado de guardia, que es precisamente adonde deberían llevarme a mí.

Me gusta, me gusta mucho esta felación grecolatina en mitad del monte, en plena Pedriza, en este escenario paradisíaco, con un tipo—objeto de deseo—entomólogo forense de pega—funcionario de la seguridad con pretensiones de psicópata. Lo malo es que no consigo terminar, no sé por qué, por más que chupo y rechupo, por más que me como este gozoso mástil palpitante y por más que lameteo perrunamente el terso y brillante capullo del glande.

Se supone que soy híper—súper—multi orgásmica, así que este bloqueo eyaculador no tiene sentido, lo atribuyo al recelo visceral que me provoca mi improvisado amante. No las tengo todas conmigo, está claro, la lucecita roja

de alarma no cesa de parpadear en mi cabecita, estoy en peligro, lo sé, estoy corriendo un riesgo innecesario y gratuito. A sabiendas, lo cual es un crimen de lesa majestad, imperdonable, que pone de manifiesto mi absoluta falta de sentido común. El instinto de supervivencia no figuraba entre mis genes cuando nací, está más claro que el agua.

Mientras hago mi mamada como una vestal experta, reparo en un detalle mazo inquietante que me pone en guardia, rígida, a la defensiva. Mierda, este orate de crucigrama se ha tatuado la esvástica, el símbolo de los nazis. Se la ha tatuado en la cara interior de los muslos, justo al lado del escroto. Se ha tatuado una esvástica a cada lado, en cada muslo, en esa zona íntima de los muslos que en los tíos queda pegando a los testículos.

¡Dios mío, qué mal rollo!

De repente se produce el terremoto, el tío termina, se corre por todo lo alto, a lo campeón, llenándome la boca de lefa, qué copiosa, cuánta hay, pero esta vez no me gusta, no, esta vez me da asco, es una lefa asquerosa, que me da náusea, que me mareo, cielo, tengo ganas de vomitar, me inunda la boca y se me mete en la garganta, escupo, vomito, toso, enloquecida, con la cabeza como un bombo, sintiéndome morir, y viene el golpe, el tío me golpea, me golpea en la cabeza, en la nuca, con el puño, siento su poderoso puño incrustándose contra mi nuca y me caigo, me ha dejado grogui su puñetazo, me ha dejado fuera de combate, ahora soy un fardo inanimado, me desplomo sobre mi propia vomitona, que huele a su lefa asquerosa y huele a ácido y a rancio, pobre de mí, me lo merezco, esto es precisamente lo que buscaba el demonio de perversidad que me habita, ese demonio de perversidad que decía el sabio Poe, él sabía mucho de esas cosas, se conocía de memoria el comportamiento de su propio demonio de perversidad, que condicionaba fatalmente sus actos, igual que me ocurre a mí, algunas personas nacemos así, torcidas, y es imposible enderezarnos, quizá porque nuestro destino consiste precisamente en eso, en poner a prueba la resistencia humana, llevarla al límite, y sacar conclusiones de esa experiencia...

Estoy sepultada en indignidad, en un albañal de humanidad, estoy en las

catacumbas de la miseria humana, en algo que es peor que el purgatorio y que se parece al infierno, mi padre desde luego diría eso, me escupiría a la cara su sermón, acusándome de haberme buscado la ruina para caer en el abismo infernal, pero yo lo he querido así, necesitaba sentirme vejada, porque eso precisamente es lo que está haciendo este cabrón, me está violando, por detrás, dándome por culo, al tiempo que golpea mi cabeza contra la tierra, la frente, concretamente. Siento mi frente ensangrentada, la siento apretándose contra la tierra y las piedrecillas y la hierba y las hormigas de la Pedriza. Mientras este cabrón me da por culo salvajemente, gruñendo, diciendo barbaridades, insultándome.

Me falta el aire. No puedo respirar. El hijoputa me está estrangulando mientras me viola y me da por culo. Eso es lo que te has buscado, hija, que un deficiente mental que no te llega a la suela de las zapatillas te llene de mierda, te escupa su mierda, te envilezca con su ponzoña machista y patriarcal. ¿En eso consiste tu estilo de practicar feminismo? ¿Ésa es tu forma de honrar al Dios de los cielos? No te respetas a ti misma, hija. No te quieres a ti misma, hija. Y si no te respetas a ti misma y no te quieres a ti misma y provocas al destino para que te arrastre por estos albañales—lodazales, ¿cómo vas a arreglar el mundo? ¿Qué clase de ejemplo das? ¿Qué clase de enseñanza es la tuya?

Oh, cállate, por favor, padre, que tú ya estás muerto y enterrado y tu voz ya no cuenta para nada, es un cero a la izquierda, incluso tu voz reverberada en mi memoria es un cero a la izquierda, es menos que nada.

Ahora los pensamientos no valen, no son procedentes, no son relevantes, son intranscendentes. ¡Con lo que me gusta a mí pensar y darle al coco, es uno de mis placeres clandestinos favoritos, que me auxilia en los momentos de mayor dificultad! Pero ahora pensar no sirve para nada. Porque este cabrón hijoputa me está ahogando, joder, sí, lo está haciendo, ya no puedo respirar, qué fuerza tiene, cómo me aprieta el cuello, sus manos son tenazas. Ha llegado tu hora final, querida, puedes santiguarte, y quizá no estaría de más entonar una plegaria, una de esas plegarias clonadas y memorizadas que repiten como autómatas los parroquianos de las iglesias que poco se diferencian de los parroquianos de los bares y de los parroquianos de los clubs de fútbol.

—¡Zorra! ¡Zorra! ¡Zorra!

Oigo su voz en sordina. Vivo estos últimos instantes en sordina. Lo cual rima con sardina. Yo misma soy una sardina. Una sardina en la red de

arrastré de la imbecilidad y la degeneración. Ahora lo único que puedo percibir es mi frente encharcada de sangre, mi culo roto, mi boca congelada que no puede gritar, mi pecho partido de desencanto. Y mis lágrimas. Ahora sí que estoy llorando. Ahora sí que me siento impotente. Ahora sí que soy una mujer rota, como el título de ese libro que escribió esa feminista famosa.

Incluso deberías santiguarte, hija, para franquear con buen pie el umbral de la muerte. Qué estupidez—sandez—necedad. Me entrego. Es curiosa mi pasividad. No entiendo por qué soy así. No entiendo por qué no me rebelo, por qué no me defiendo. Me sorprende a mí misma.

Entonces oigo las voces. Mis amigas me llaman a gritos. Oigo la voz de Susana. Oigo la voz de María. Oigo la voz de Aurora. Son tontas de remate, pero han venido a salvarme. Son mis amigas, después de todo. Me quieren, después de todo. Quieren a la cerdita Queer—ninfómana—feminista. Es grato que te quieran. Es grato que te salven. Es grato no estar sola en el mundo. Es justo y necesario.

El tipo ha dejado de estrangularme. El tipo se ha levantado. El tipo ha recogido su mochila y ha salido corriendo.

Luego me duermo o pierdo el conocimiento o me muero un poco, no lo sé. A veces pienso que al dormir nos preparamos para la muerte, porque la muerte es algo parecido al sueño. Y ahora sé que es verdad. Nunca había estado tan cerca de la muerte, nunca había coqueteado tanto con la muerte. Y al final ha resultado que en vez de follarme a ese cabrón hijoputa, me he follado a la mismísima y gloriosa Muerte, que Dios la tenga en su gloria.

Es interesante eso. Es interesante darle la vuelta a la tortilla, descubrir que detrás del miedo está la victoria. Detrás de la perdición está la conquista. Detrás de la vergüenza están el honor y el prestigio. Todo está relacionado. Todo se comunica. Hay vasos comunicantes invisibles que comunican los extremos, las dualidades, los conceptos, las variables y los matices.

La vida es un cedazo intrincado, tejido con hilos y filamentos muy finos que se entremezclan con los gruesos, y en esa tupida trama de verdades y mentiras se trata de dar alas a la voluntad y llegar a algún puerto, ya sea bueno o malo. Nunca se sabe lo que es bueno y lo que es malo. Y suerte sólo hay una. La mala suerte y la buena suerte sólo son diferentes perfiles del mismo rostro.

Qué extraño, me parece increíble que todo siga igual, tal cual, como si no hubiese pasado nada del otro mundo, como si todo fuese normal y corriente y moliente. Han aceptado mis explicaciones, no han hecho preguntas, mis amigas, mis amiguitas, están acostumbradas a mis salidas de tono, ni siquiera me han dicho que vaya a un hospital, bueno, sí, lo han dicho, pero no han insistido demasiado, ni se han preocupado, bueno, se han preocupado, pero no demasiado, saben que paso de lo que ellas me digan, que hago siempre lo que me da la gana, así que no les ha sorprendido que un excursionista psicópata me viole e intente matarme, no han hecho drama, bueno, sí, han hecho drama, pero no demasiado, lo justo. En el fondo les da pavor mezclase en mis asuntos, verse afectadas colateralmente, salpicadas, ensuciadas, soy una apestada, está claro.

Encontrarme tirada en el suelo, desnuda, con la frente ensangrentada, les ha parecido la imagen más patética de su vida, por eso quieren enterrarla en las catacumbas de la memoria, ya, de inmediato, para no pensar más de la cuenta en esa imagen que las ha trastornado, que supera su umbral de tolerancia emocional. Eso hacemos con las cosas que superan nuestro umbral de tolerancia emocional, las sepultamos.

Así que aquí estoy otra vez, de vuelta al hogar. Mis amigas me han puesto un emplasto de barro en la frente para que se me cure la herida, son muy apañadas, y me han puesto el vestido y me han puesto en un rincón de la Pedriza porque me consideran un trasto, un juguete roto, y prefieren no mirarme demasiado, no prestarme más atención de la cuenta, prefieren seguir a lo suyo, cada vez soy más invisible y menos persona, cuanto más raro y contracultural eres, más invisible te vuelves y menos persona eres, pasas a la categoría de objeto inanimado, o de vegetal, eres una ciudadana de cuarta categoría, alma mía.

El único que se ha tomado el asunto en serio es Jesús. Ha insistido mucho en llamar a la policía, hoy en día se resuelve todo con la policía, la policía es la panacea universal, como el vicks vaporub.

—Creo que es hora de comer —dice Carlos, que tiene cara de estar asfixiado por la caminata.

—¿Ya tienes hambre? —dice Aurora.

—Llevan rugiéndome las tripas todo el camino.

—Pues tendrás que esperar un poquito, rico.

Dejamos las mochilas en el suelo y nos sentamos. No, eso lo hicimos antes, hace un rato, al llegar, antes de que yo tuviese mi entrevista relámpago con la Muerte, esa señora panzona y fea. Respiro a pleno pulmón. La Pedriza es el único sitio donde consigo sentirme en paz, qué curioso, la paz reside en la naturaleza y en las cosas naturales, todo lo demás nos aliena.

—Mi padre dice que aquí hasta hace poco tiempo había osos —dice Susana, que evita mirarme para no reparar en el emplasto de barro que me han puesto en la frente.

—Y había bandoleros que iban a esconderse en las grutas —dice María, que también evita mirarme, por motivos varios.

—¿Os acordáis cuando vimos un jabalí? —dije Carlos.

—¡Casi se tira encima de Pedro! —dice Aurora.

—Mi padre un día vio un zorro —dice Susana.

—¡Hablando de animales, mirad eso! —dice María.

Una simpática ardilla se ha acercado a Carlos, que está devorando una bolsa de patatas fritas, y lo mira fijamente, aunque él, concentrado en sus patatas, no le hace ni caso. Es gracioso, la ardilla no para de roer una piña, como si le hubiese dado hambre el apetito de Carlos y quisiese que ambos coman en buena compañía.

—Siempre es mejor comer acompañado —dice María, y hay un coro de risas en el que yo no participo, ahora ya no estoy participativa, no me apetece, me siento mazo chungo, quiero quedarme aquí acurrucada, abrazada a mi propia necesidad para combatir los escalofríos de este frío ultraterrenal.

La verdad es que me viene bien estar aquí. Es la primera vez que vengo a la Pedriza desde la muerte de papá, necesitaba reencontrarme con este lugar mágico, la piedra nos regala un mundo de ensueño con sus sugerentes figuras que las gentes han bautizado según su forma, como el Hueso, la Momia, el Elefante, el Yo—yo, la Tortuga, el Pájaro, la Calavera, el Tiburón, la Maza, los Fantasmas...

Sí, fantasmas son precisamente lo que yo debo conjurar. Los fantasmas del pasado, me digo, somnolienta, recostándome en la pradera.

Entonces lo veo. Suspendido en el cielo. Como una estrella.

Es Julián. El ángel vengador de papá.

¡Joder, qué rayada!

Cuando los chicos terminan de hacer el ganso en la charca, como patos que son, vienen corriendo a sacar las toallas de las mochilas. El agua está helada, obviamente. ¡Se han bañado en un paraje de montaña, no en la playa! Roco, que ha preferido quedarse con nosotras, como buen perro guardián, los recibe ladrando rabiosamente, como si les reprendiese. Los mellizos tiritan de los pies a la cabeza y Pedro se da golpes en el pecho como un gorila para entrar en calor.

—Sois unos verdaderos salvajes —dice Jesús, bajando los prismáticos para mirarlos, como si le pareciese que esos bañistas alocados pertenecen a una especie animal más exótica que los buitres leonados.

Toto, haciéndose el tipo duro, no se preocupa por secarse y se tumba a mi lado.

—Mierda, Cleo. ¿Se puede saber qué te ha pasado ahora?

—Nada.

—¿Por qué tienes eso en la frente?

—Jugábamos a los piratas.

Aurora pone a los bañistas en antecedentes. Se produce un silencio tenso, solemne. Hay algunos comentarios, los previsibles. Luego cada cual vuelve a lo suyo. Ha pasado el sofoco. Pero Toto sigue mirándome ceñudo, con verdadera cara de preocupación.

—No puede ser, Cleo.

—¿El qué?

—Que andes metiéndote siempre en líos...

Qué buen chico eres, hijo.

—Chicas, ¿no vais a probar el agua? ¡Está fabulosa! —dice Pedro.

—Yo no me he traído el bikini —dice María.

María siempre dice lo mismo cuando vamos a la Charca Verde. No quiere que la veamos en bikini, le avergüenzan sus michelines, aunque presume de ser una chica desenfadada y sin complejos. Susana, en cambio, no ha tenido ningún reparo en quitarse la ropa y está tomando el sol tan pancha, tumbada en la toalla, después de haber extendido sobre su cuerpo escultural una capa de crema solar. Luce un precioso bikini amarillo. ¡Le encanta estar bronceada!

La timorata de Aurora no se atreve a imitarla, aunque tiene un tipo que está muy bien y es tan coqueta como Susana. No le gusta que los chicos la vean en traje de baño. Piensa que van a comérsela...

—¿En qué piensas? —dice Toto, rodeándome con sus fuertes brazos, en los que sobresalen el bíceps y el tríceps.

—¿Qué haces? —digo, apoyando las manos en su torso desnudo para empujarlo.

No puedo dejar de mirarlo, disimuladamente. Toto tiene un cuerpo muy bonito. Es un chico alto y atlético y va todos los días al gimnasio, eso creo que lo he dicho ya en mi libro, ¿no? A veces me patina la memoria, padezco demencia senil anticipada y precoz, todo lo hago por adelantado y sin previo aviso.

Es una escultura viviente, Toto. Las piernas son torneadas, con la forma del gemelo y el muslo bien delineada. Y tiene un culito respingón. Y las abdominales súper recortadas. Y el pecho es mazo grande y musculoso. Y tiene los hombros como balones de fútbol. Se han puesto de moda los hombres Madelman. Y como es ancho de espaldas se le marcan las dorsales mogollón. Toto está tan definido que podría trabajar como modelo de ropa interior. Nosotras estamos acostumbradas, pero cuando alguna chica lo ve en bañador por primera vez se le corta la respiración.

Además tiene un vello rubio por todo el cuerpo que lo hace todavía más atractivo. Y su cara germánica parece tallada, de lo armoniosa y regular que es. Toto es una escultura greco—romana viviente, no sé por qué ha cobrado movilidad, debería mantener su pétreo estatismo, debería seguir encerrado en el museo del que ha salido. Y es guapo, el cabrón. Y no es que sólo tenga una cara guapa. Su cara—careto denota carácter y voluntad.

Me siento radiografiada por sus ojos grandes y expresivos.

—Pobre Cleo.

—Vete a la mierda, Toto.

—Un día de estos no lo cuentas, hija.

—Estaría bien. No se me da bien contar las cosas, lo he comprobado ahora que estoy escribiendo.

—¿Qué estás escribiendo?

—La historia de mi vida.

—¿Un diario?

—Una novela.

—¿Cómo se titula?

—Me llamo Cleo y soy Queer.

—¿Queer? ¿Y eso qué es?

—Yo.

—¿Cómo que tú?

—Yo soy Queer.

Toto frunce el ceño, adoptando su careto de troglodita.

—¿Es la palabra que te define?

—Ajá.

—Pero digo yo que significará algo.

—Consulta el significado en la Wikipedia. Me da pereza explicártelo.

El viento revuelve su espléndida mata de pelo rubio y liso. El flequillo le llega hasta las cejas. Toto se siente muy orgulloso de su flequillo. No para de hacer gestos para mover su espléndido flequillo, sacudidas de cabeza y demás. Su flequillo cataliza todos y cada uno de sus tics nerviosos.

Me vienen a la cabeza las palabras que Susana no se cansa de repetirme: Toto es un tipo impresionante; cualquier chica se iría corriendo con él; no entiendo por qué le das calabazas.

La verdad es que yo también me lo pregunto. Pero algo en mi interior me dice que Toto no es para mí. Resulta demasiado perfecto, quizá. Y le falta algo. Desgarro. Algún rasgo de su carácter que me conmueva, que me revolucione interiormente, que me haga perder la cabeza. Toto es un bombón, uno de los mejores estudiantes del instituto, un gran deportista y un buen chico, pero yo lo veo demasiado plano y previsible. ¡No me emociona! ¡No me transmite sensaciones intensas, arrebatadoras!

Me siento incapaz de entablar con él una relación más estrecha. Para mí es simplemente un amigo. Además no me encaja que se haya obsesionado conmigo. Estoy buenorra, sí, pero Toto y yo estamos en las antípodas existenciales, yo respiro fuego y él respira azúcar refinada. Yo soy Cleo la loca. A Toto le encaja más Susana, que es un pibón clásico, como las rubiazas californianas que salen en las pelis. O quizá Aurora, que tiene su puntazo físicamente, aunque sea absolutamente insoportable.

—Hay chicas que sólo pueden presumir de tener una carita graciosa, con personalidad –dice.

—¿De veras? ¿Crees que mi cara se acerca a tu perfección, Toto?

—Pues claro, qué tonterías dices.

—Debería ponerme unas gafas espantosamente feas, como las de Jesús.
Se ríe.

—¡Estarías muy graciosa!
—Me sentiría orgullosa de mis gafas.
—No empieces a desvariar, querida.
—No soy tu querida ni tu putilla ni nada que se le parezca, Toto.
—Eso está claro. Es una forma de hablar. Estás mazo borde.
—Me niego a llevar lentillas.
—¡Si no las necesitas!
—Y a operarme la vista. Me gustaría ser yo y mis gafas.
—¿Pero qué te ha dado con el rollo de las gafas ahora?
—Quien quiera a Cleo tiene que aceptar el paquete completo, incluyendo las gafas.
—¡Basta!
—En fin. Soy una chica del montón, aunque Susana se empeñe en meterme pájaros en la cabeza. Tú eres especial, suele decirme. ¿Especial? ¿En qué? ¿En mis huesos estirados más de la cuenta?
Toto me mira fijamente, poniendo cara de simio.
Me encanta tomarle el pelo.
—También Alicia, la enigmática islandesa que habla con las palomas y toca el piano...
—¿Qué pasa con ella?
—Que tiene su propia opinión al respecto. Un día me soltó: Tienes alma, Cleo.
—Alma es una palabra anticuada. Hace tiempo que está en desuso.
—¿Alma? ¿Qué significa eso? Papá no paraba de hablarme del alma, pero yo sigo sin saber qué diablos representa el alma. ¡Alma! ¡Espíritu! ¡Fe! ¡Dios! Esas palabras me suenan a hueco. No me dicen nada.
—Ni a mí, la verdad.
Y sin embargo desde la muerte de papá no dejo de tener pesadillas que luego me desvelan para el resto de la noche. Sueño con extraños seres. Que parecen... Ángeles y demonios.

El manitas de Jorge ha fabricado un columpio colgando dos sogas de una

rama a las que ha atado un trozo de tronco más o menos plano. María se está columpiando, desternillándose de risa, mientras Roco trata de seguirle el ritmo, sin parar de ladrar.

En la Pedriza nos volvemos como niños.

Pedro hace volar su cometa casera, que ha bautizado la hormiga atómica. Toto ha nadado durante quince minutos y ahora se dedica a inspeccionar las profundidades de la charca con sus gafas de buceo.

—¡Lo he encontrado! —dice Jesús, examinando con su lupa uno de los charquitos que la lluvia forma en las hendiduras de la roca.

—¿El qué? —dice Jose, acercándose para echar un vistazo.

—¡El decano de la Pedriza! ¡El habitante más antiguo de estas tierras! ¡Se remonta a la era de los dinosaurios!

Voy a curiosear el descubrimiento de Jesús. ¡A ver qué lección magistral se saca ahora de la manga!

—Déjame ver —le digo, tomando la lupa.

Distingo unos bichitos diminutos. ¡Menudo chasco! ¿Qué tienen de extraordinario?

—¡Es asombroso! —dice Jesús, poniendo cara de científico entusiasta.

Jesús es a la vez arqueólogo, paleontólogo, entomólogo y otras especialidades varias acabadas en ólogo.

—Yo no les veo la gracia —digo, devolviéndole la lupa.

—¿No te das cuenta? ¡Estamos en presencia del Taniimaxtis stagmalis! ¡El invertebrado más arcaico de la Pedriza!

—Ah. Estupendo.

Jesús se ajusta las gafas con el índice, agraviado.

—¡No me puedo creer que seáis tan insensibles a la biodiversidad...!

—A lo mejor tiene razón —dice Jose—. Deberíamos meter a esos micos en un frasco. Si los llevamos a un museo puede que nos den una pasta.

—¿Son comestibles? —pregunta Carlos, bostezando.

—¿Qué tal si preparamos una sopa de stagmalis? —dice Pedro.

—Sois unos descerebrados —dice Jesús, observando, maravillado, a través de su lupa, a esas criaturas que a pesar de ser tan insignificantes han conocido el tiempo de los dinosaurios.

—Déjame ver —dice Pedro, quitándole a Jesús la lupa.

Roco, sintiéndose atraído por nuestro alboroto, se acerca ladrando.

—La verdad es que son chulos. Parecen espermatozoides —dice Pedro.

Roco se encarama a la roca con las patas delanteras y se zampa a los

diminutos bichitos de un lametazo. Es tan bruto e impulsivo como su amo.

Jesús se pone blanco.

—¿Qué has hecho, animal? ¡Escupe eso! —dice, tirándose encima de Roco para abrirle las fauces.

Los demás estallamos a reír.

—¡Adiós a los stagmalis! —dice Pedro.

—Pensar que los pobres han sucumbido a un simple chucho después de haber aguantado vivitos y coleando desde la época de los dinosaurios... —dice Jose.

—No me extraña que Roco esté muerto de hambre —dice Carlos—. Si llego a saber que ibais a tardar tanto en comer no vengo con vosotros.

Jesús y Roco se revuelcan por el suelo.

—Puedo demandarte por agredir a mi animal de compañía —dice Pedro.

—¡Ha roto la cadena de la evolución! —dice Jesús, con las gafas desencajadas y las manos entre las fauces de Roco, que se lo toma a juego y parece troncharse de risa.

—¡Ésa se rompió hace mucho tiempo! —dice Pedro.

—Claro, por eso estamos aquí nosotros —dice Jose.

Me hace gracia la escena.

Pero de repente otra escena capta mi atención.

Dos figuras ascendiendo ladera arriba. Me resultaban familiares. Aguzo la vista. Las identifico. Echo a correr para darles alcance.

Son Alicia y Blanca...

—¿A dónde vais? —digo, observando que llevan las mochilas bien cargadas, como si estuviesen disfrutando de una jornada campestre, igual que nosotros.

Blanca está cabizbaja, desentendiéndose de mí. Desde la muerte de papá se muestra esquiva conmigo. Me rehúye cuando nos encontramos en el instituto, aunque a veces intento acercarme a ella para entablar una conversación y desvelar el halo de misterio que la rodea.

Alicia me mira fijamente, muy seria.

—Estás en peligro —dice.

Me pongo a la defensiva.

—¿Qué clase de peligro?

Alicia y Blanca cruzan una mirada de complicidad al tiempo que deniegan con la cabeza.

—No podemos decir más —dice Alicia.

—No —dice Blanca, tímidamente, con la mirada clavada en el suelo.

Me parece tan dulce y hermosa. Y a la vez tan delicada y quebradiza. Enfundada en su vestidito blanco. Me dan ganas de abrazarla. ¿Por qué me despierta tanta ternura?

—¿No has visto la señal? —dice Alicia.

Levanto la mirada, porque Alicia le saca una cabeza a Blanca y es incluso más alta que yo. Vuelvo a zambullirme en sus ojos celestes. Brillantes, profundos.

—¿Qué señal?

—La del cielo.

Me quedo pensativa. ¿Se refiere a Julián, el ángel vengador de papá? Lo he visto fugazmente hace un rato. Me pareció que quería decirme algo, pero desapareció tan rápido que no le di mayor importancia, pensando que su presencia era una sugestión mía.

Alicia asiente con la cabeza, como si adivinase mis pensamientos.

—Tú no deberías estar aquí —dice—. Es él quien te ha traído...

Blanca tira de la manga a Alicia, como si le recriminase sus palabras. Alicia asiente y agacha la cabeza, mordiéndose los labios. Se hace el silencio. El ambiente es tan tenso entre nosotras que apenas puedo respirar.

Blanca de repente levanta su carita de muñeca y me traspasa con sus ojos rasgados, de color esmeralda, que despiden destellos como la plata pulida al reflejar el sol.

—También nosotras estamos en peligro, Cleo —dice su voz suave y aflautada, una voz que ahora me recuerda a la de Julián.

Alicia posa las manos en los hombros de Blanca, que tiembla ligeramente, como si estuviese a punto de romper a llorar.

—Sólo tú puedes salvarnos... —dice.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque...

Blanca vuelve a tirar a Alicia de la manga. ¿Por qué tienen tantos reparos en hablar claramente? ¡Sus frases inacabadas me están estrangulando!

Las miro con dureza, reprochándoles su actitud, aunque en el fondo las

siento muy cercanas a mí. Y muy vulnerables...

Me necesitan. Ahora lo comprendo. Aunque no sé exactamente para qué. ¿Qué representan para mí? ¿Y qué relación tenían con mi padre?

Me sorprende que de pronto se den la vuelta y sigan su camino ladera arriba.

—¿A dónde vais?

Alicia se vuelve. Hay una expresión de tristeza en su rostro.

—A tratar de detenerlo —dice.

—¿A quién?

No hay respuesta. Las veo alejarse por la montaña. Inexplicablemente, algo se ha roto en mi interior. ¿Por qué me afecta tanto que se marchen? ¿Qué significa lo que estoy sintiendo?

Antes de que los accidentes del terreno las hagan desaparecer de mi vista, Blanca se gira y me dice unas palabras que yo no puedo oír, debido a la distancia y a lo bajo que habla ella. Pero entiendo lo que dice, ignoro cómo, quizá leyendo sus labios.

Dice:

Vete a casa, por favor...

Yo he organizado esta escapada. He llamado a todos los miembros de la pandilla. Hoy necesitaba estar aquí. Una extraña fuerza me lo pide. Yo creía que se debía simplemente a mi necesidad de evadirme buscando la paz de la Pedriza. Pero quizá no sea ése el motivo... ¿Cuál es, entonces? ¡Dios, esto no tiene sentido! ¡Me estoy comiendo la cabeza con conjeturas absurdas! ¿Qué tiene de malo venir a la Pedriza con mis amigos? ¿No es acaso lo más inocuo del mundo?

Toto me abraza. Aunque acaba de salir del agua y está empapado, su abrazo me reconforta. Dejo que sus brazos fuertes me ciñan y me acurruco contra su pecho viril, que me transmite seguridad.

—Toto...

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es sólo que...

—¡Estás pálida! ¡Cualquiera diría que has visto un fantasma!

Sí, de eso precisamente se trata. De extraños fantasmas que me andan rondando desde la muerte de papá. Hay una fuerza inexplicable a mi alrededor, que me va oprimiendo poco a poco. Pero no es prudente entregarme a los brazos de Toto. Aunque sea terriblemente tentador permitir que me consuele. No puedo darle falsas esperanzas. Ya he jugado bastante con sus sentimientos.

Toto y yo a veces nos hemos besado y nos hemos acariciado y hemos hecho más cosas, cuando yo pierdo la noción de la realidad... Justo en ese momento, al final de nuestras fiestas, en que el alcohol, la música y el baile me transforman en una marioneta con la que Toto o cualquier otro puede hacer lo que le dé la gana conmigo.

Y luego vienen los reproches y la culpa. Cuando estoy cuerda no quiero que se repitan esos besos y esas caricias y esas otras cosas que en realidad no me nacen a mí, o por lo menos no me nacen de las entrañas, como quiere él, como cree él, como desea creer él. Y Toto cree haber ganado un terreno ficticio. Que no existe. Porque ese terreno se lo ha entregado otra que no es Cleo.

—¡Ha llegado el glorioso momento de la comida! —dice Carlos, batiendo palmas.

Aurora, que suele encargarse de nuestros asuntos domésticos, porque le gusta sentirse una madraza, consulta la hora, ceñuda.

—Sí, tienes razón. Vamos a prepararlo todo —dice—. ¿Quién se ofrece voluntario para ayudarme?

—¡Los mellizos, que son muy hacendosos! —dice Carlos, que zampa de lo lindo pero nunca da un palo al agua.

Jorge y Jose acuden obedientes a recibir órdenes. Extienden el mantel y distribuyen los cubiertos, los vasos y los platos, según se los pasa Aurora. Luego sacamos la comida de las mochilas.

—Mi madre nos ha preparado una de sus enormes tortillas de patatas marca de la casa —dice Susana, levantándose de su baño solar.

—¡Estupendo, están de vicio! Se ve que tu madre hace todas las cosas bien... —dice Pedro, devorando a Susana con la mirada, que está impresionante con su bikini amarillo.

Nos acomodamos alrededor de la improvisada mesa. Hemos traído tanta comida que casi no cabe en el mantel. Aunque nunca nos sobra nada. Para algo están Roco y, cómo no, Carlos, que tienen un pozo sin fondo en la

barriga.

—¿Qué hacemos después de comer? —dice Jorge.

—Yo, echarme la siesta, para bajar la comida —dice Carlos.

—Entonces puedes empalmar con la noche —dice Pedro.

Nos reímos.

—Podríamos pescar lucios —dice Jose.

—¿Cómo? ¿A pedradas? —dice Pedro.

—Yo voy a recolectar plantas para mi colección de botánica —dice Jesús, circunspecto, como es habitual en él, y se ajusta las gafas, como también es habitual en él.

—¿Alguna en especial? —dice Toto, que es el único que se toma en serio las extravagancias de Jesús.

—Pues no estaría mal encontrar un poco de dedalera.

—¿Qué tipo de planta es?

—Debe de ser una planta muy adecuada para fabricar guantes, a juzgar por su nombre —dice Pedro, y nos tronchamos de risa.

El flemático Jesús ignora el chascarrillo. Hace mucho tiempo que nos considera a todos un caso perdido.

—Es una planta venenosa —dice.

—¡Ah, eso son palabras mayores! —dice Pedro.

—Se utiliza para elaborar un medicamento que previene las enfermedades cardiacas.

Jesús a veces consigue que nos sintamos unos imbéciles de remate. No sé en otros tiempos, pero hoy en día un joven verdaderamente interesado en el conocimiento es un caso muy raro. Por eso en el fondo admiramos un poco a Jesús, aunque es un petardo aguafiestas. Quizá sea el único de nosotros que llegue a algo en la vida, como dice su padre...

—La tortilla de tu madre está que quita el sentido, hija —le dice Pedro a Susana—. Yo viviría feliz en tu casa...

Y en su cama, se entiende, je je.

—No creo que tengan camas de sobra —dice Jose.

—Eso no es problema. ¡Ya sabré yo dónde guarecerme!

Soltamos una carcajada. Mis amigos son geniales. Siempre consiguen que me olvide de mis problemas. Aunque sean tontos de remate, yo remato su tontería por la escuadra y de cabeza para marcarle un gol a la fatalidad y el devenir histórico de la existencia.

—Ya sé lo que vamos a hacer —digo yo.

Se quedan todos callados, expectantes, intrigados.

—A ver qué se te ha ocurrido —dice Toto en un tono condescendiente que me revienta y me da cien patadas, odio que se ponga en plan paternalista.

—Mi madre dice que allí arriba hay unas grutas donde antiguamente se escondían los bandoleros —añado.

—Ya he oído esa historia —dice Jorge.

—¿Sabes dónde quedan? —dice Toto.

—Más o menos. Mi madre me lo indicó hace tiempo —digo yo.

—Allí estuvo Paco el Sastre —dice Jorge.

—¿Y ése quién era? —pregunta Aurora.

—Un bandolero de la banda de Luis Candelas.

—Es verdad, Paco el Sastre llevó allí a unos tipos a los que había secuestrado —dice Jose.

Roco ladra, como si el nombre del bandolero lo hubiese alterado. Pedro le da un trozo de pincho moruno y Roco vuelve a quedarse tan contento.

—¡Hecho! ¡Después de comer iremos a la guarida de Paco el Sastre! —dice Toto.

Me estremezco. Sin ninguna razón aparente. ¿Por qué llevo varios días obsesionada con la idea de ir hoy a ese lugar?

¡Malditos presentimientos!

Según ascendemos por la montaña, me siento más agitada. ¿Qué me está pasando?

—¡Un águila culebrera! —exclama Jesús, sin despegarse de sus prismáticos—. ¡Y ha encontrado una presa! ¡Mirad!

Nos paramos. No tardamos en distinguir al águila a simple vista. Está cayendo en picado, a unos doscientos metros de distancia. Roco sale corriendo hacia ella, ladrando.

—Roco es capaz de destrozar al águila antes de que cace a su presa —dice Jose.

Vemos al águila revolotear en el suelo. Luego alza de nuevo el vuelo, llevando una culebra en el pico. Me estremezco. Por alguna razón siento que

yo soy esa culebra indefensa. La víctima. Que está a punto de sucumbir a un feroz depredador.

Toto me pasa el brazo por los hombros.

—¿Estás bien, Cleo?

La verdad es que me siento fatal. Tengo la tentación de decirle que quiero volverme a casa. Pero no quiero pasar por estúpida. No me apetece amargar la excursión a mis amigos. Sobre todo porque yo he propuesto buscar la guarida de Paco el Sastre. Todos pensarían de mí que soy caprichosa y enfermiza.

¿Dónde están Alicia y Blanca? ¿A quién deben detener?

—Estás sudando —dice Toto.

—Hace calor.

—No tanto. A ti te pasa algo. Lo sé. Te conozco.

—Estoy bien. No te preocupes.

Un pájaro, que me parece de mal agüero, se aleja graznando, al vernos pasar.

—¡Vaya urraca espantosa! —dice Susana.

—Es un arrendajo —dice Jesús.

No vamos por una senda definida, sino a través de unos peñascales que serpentean por la ladera. Yo abro la marcha, como si tuviese claro hacia dónde debemos encaminarnos. Y así es. Aunque nunca he andado por aquí. Y las vagas explicaciones de mi madre no justifican la seguridad con la que me oriento.

¿Qué extraña fuerza está guiando mis pasos?

—¡Espera, Cleo! —dice Jesús.

Nos detenemos.

—A ver qué te pasa ahora —dice Toto.

Vemos a Jesús sacar una de sus bolsitas de plástico para muestras. Parece un perito en rastros de la policía, con sus prismáticos, su lupa, sus frascos para insectos y sus bolsitas para muestras vegetales.

—A ti deberían contratarte en la policía judicial —dice Pedro, pensando lo mismo que yo.

Jesús arranca con cuidado un trozo a una planta y lo guarda en la bolsita de plástico.

—¿Un pequeño tesoro botánico? —le pregunta Toto.

—Bueno, es drosera, una planta carnívora. Devora toda clase de insectos. Es muy voraz.

—¿Tanto como Carlos? —dice Pedro.

Nos reímos.

—Es extraño que aparezca por aquí. No es muy común a estas alturas de la montaña. ¿A dónde nos llevas, Cleo? Parece una señal... —dice Jesús con aire sibilino.

¡Dios mío, ni yo misma lo sé! Cada vez estoy más convencida de que deberíamos darnos la vuelta y alejarnos de aquí lo antes posible.

Pero algo me lo impide...

—Hemos llegado —digo, quedándome clavada.

Me miran extrañados.

—¿Ya? —dice José.

—Por fin —dice Carlos, jadeando, sin aliento.

—¿Dónde está la cueva? —me pregunta Toto.

—Debajo de nosotros —contesto.

Todos echan un vistazo al suelo, incrédulos, pensando que les estoy tomando el pelo. Sí, algo me dice que está aquí, bajo nuestros pies.

Un presentimiento, una premonición, mierda, me estoy volviendo loca de remate, qué rayada, no sé qué me está pasando, me estoy transformando en una médium o algo así.

—¡Cielos, Cleo, llevas un GPS en la cabeza! ¡Pero aquí no tiene pinta de haber ninguna cueva! —dice Pedro.

Me siento avergonzada. Desde luego que no. De eso se trata. Por eso ha sido la guarida de Paco el Sastre, el bandolero.

Está aquí, lo sé a ciencia cierta, a carta cabal, aunque no sé cómo coño lo sé, hay que joderse, esta historia me está rayando mazo, creo que tengo visiones, de un momento a otro veré una aparición celestial, un milagro, un puto exorcismo.

Roco ladra. De pronto está muy inquieto. Se pone a olfatear el suelo, meneando la cola. Lo vemos meterse por unas peñas y bajar a una depresión del terreno. Luego desaparece de nuestra vista.

—¿Roco? ¿Dónde estás, pilluelo? —dice Pedro, y empieza a silbar para

llamar a su perro.

Nos ponemos a buscarlo, tratando de seguir sus pasos, para lo cual debemos rodear un promontorio rocoso, montaña abajo, que se abre a un precipicio de vértigo. Al cabo de un rato oímos sus ladridos. Gracias a sus ladridos descubrimos un pequeño acceso que parece tallado a pico en el rosáceo granito de la Pedriza.

—¡Diablos, esto promete! —dice Pedro.

—No me extraña que Paco el Sastre trajese aquí a sus secuestrados —dice Jose.

Los ladridos de Roco son ahora más audibles.

—Bueno, hay que entrar —dice Jorge.

—Primero Carlos —dice Pedro.

—¿Por qué? —dice Aurora.

—Debemos asegurarnos de que su barriga quepa por aquí.

Tiene razón. Carlos se pone a encajar su cuerpo en el agujero, a regañadientes. Cuando por fin conseguimos empujarlo al interior de la roca, aplaudimos. Luego uno a uno vamos pasando por el pequeño acceso.

Una vez en el interior de la cueva nos quedamos pasmados. Está totalmente iluminada. En las paredes hay antorchas enganchadas a unas argollas, como en las películas...

Nos adentramos por un largo pasadizo. Roco va el primero, con las orejas erguidas y el rabo levantado. Se oyen voces al fondo del pasadizo...

—¿Estáis seguros de que esto no es peligroso? —dice Aurora.

—No sé vosotros, pero yo estoy muerta de miedo —dice Susana.

—No os preocupéis. Como mucho nos podemos encontrar con el fantasma de Paco el Sastre —dice Pedro.

—O con sus herederos —dice Jose.

—¿Creéis que un fantasma puede dedicarse a encender antorchas? —dice María.

—Tienes razón. Esto no me gusta nada —dice Jorge.

—Seguramente hay una explicación racional —dice Jesús—. He oído decir que a veces se reúnen en la Pedriza los miembros de una sociedad secreta.

—Eso parece más lógico que los fantasmas —dice María.

—De todas formas a ver qué clase de sociedad secreta se reúne aquí —dice Aurora—. Imaginaos que son unos depravados.

—Eso es lo que te gustaría a ti —dice Jose.

Hemos llegado al final del pasadizo. Nos encontramos con una puerta.

—Vaya, en esta cueva hay puertas y todo —dice Carlos.

Las voces ahora se oyen con más claridad. Al otro lado de la puerta hay varias personas.

—Hemos dado con un nido de crápulas. Deberíamos llamar a la policía —dice Pedro.

Roco rompe a ladrar, arañando el suelo con las patas, rabioso. Entonces la puerta se abre. Vemos aparecer a una figura encapuchada. Lleva una especie de túnica negra que llega hasta el suelo, con una gran capucha que le cae sobre la cara.

—Bienvenidos. Os estábamos esperando —dice.

Luego se quita la capucha. Y nos sonrío.

¡Joder! ¡Es Maiden!

Es impresionante lo que hay aquí dentro. ¡Una verdadera sala de fiestas! Sobre las rocas hay bandejas con canapés y bebidas. Y un buen equipo de música. ¿Por qué se han tomado la molestia de traer todo eso hasta aquí?

—Ha sido un capricho mío –dice Maiden, obsequioso, como un maestro de ceremonias.

¿Ha adivinado mis pensamientos? Seguro. Siempre lo hace. Es el puto amo.

—¿Se celebra algo? –dice Pedro con los ojos como platos.

—Claro, mi cumpleaños –dice Maiden—. Sabía que vendríais todos a acompañarme.

—¿Cómo? Nadie nos ha avisado –dice Toto.

Maiden esboza un gesto ambiguo.

—No era necesario. Siempre hay mensajeros invisibles... –dice, girando la mano con aire misterioso.

—¿Por qué vas vestido así? –le pregunta María.

Maiden nos dedica una de sus sonrisas glaciales.

—Esto es una fiesta de disfraces, cariño.

—¡Pero nosotros no venimos preparados para la ocasión! –dice Susana en su tonillo afectado de niña súper mega pija del copón.

—Eso no es problema. Tenéis ahí un montón de disfraces a vuestra disposición –dice Maiden señalando una cortina de terciopelo rojo que parece dar a otra estancia de la cueva.

Susana y Aurora se miran intrigadas. Los mellizos están alucinados. Jesús observa a Maiden perplejo, a través de sus gruesas lentes, como si estuviese examinando a un raro espécimen animal.

—Bueno, qué, ¿os animáis? –dice Maiden, invitador.

—La idea es tentadora, aunque me he quedado de piedra, la verdad –dice Pedro.

—¿No hay nadie más en la fiesta? –pregunta María, suspicaz.

—¡Claro, un montón de gente! –replica Maiden, y suelta una risa seca—. Ahora mismo os presento a los demás invitados.

Maiden desaparece por la cortina de terciopelo rojo.

—¡Flipa! –dice Carlos.

—Mola –dice Jose.

—Esto es lo más raro que me ha pasado en la vida –dice Aurora.

—La ocurrencia de Maiden está bien. Una fiesta de disfraces en el corazón de la Pedriza es una pasada –dice Pedro.

—Pero no me cuadra que no nos haya invitado como Dios manda –dice María.

—Esto me da mala espina –dice Jesús.

—Bueno, vamos a ver cómo acaba todo. No tenemos nada que perder –dice Toto encogiéndose de hombros.

Le ha picado la curiosidad. Igual que a los demás. Incluso el pasota de Carlos mira expectante la cortina de terciopelo rojo. Y Roco hace lo mismo, agitando la cola, con la lengua fuera.

Siento que la cabeza me da vueltas. ¡Qué rayada! Sé perfectamente que no deberíamos estar aquí. Esto es un error. Esas señales invisibles a las que se refería Maiden me han estado avisando del peligro. Julián, Blanca, el águila, la planta carnívora de Jesús... Pero la fuerza oscura que de pronto me ha poseído me impide prestarles atención. Y ahora ya es demasiado tarde.

Las cartas están echadas...

No paran de salir personas de la cortina de terciopelo rojo. ¿Dónde se había metido tanta gente? ¿Tan grande es la cueva? Siento que todo esto es muy surrealista. Como si lo estuviese soñando.

Maiden se acerca a nosotros con un hombre bajito y rechoncho, vestido de Napoleón.

—Os presento a mi padre —dice.

¡Cielos, parece imposible que este tipo con aire de pachá sea el padre del alto y esbelto Maiden! Aunque, eso sí, es un tipo mazo simpático. Enseguida se pone a hacer bromas con Pedro y los mellizos.

Ésa es la cruz de la moneda. Ahora viene la cara...

—Ésta es mi madre —dice Maiden, presentándonos a la mujer más impresionante que haya visto.

¡No me lo puedo creer! ¡Está disfrazada de Cleopatra! Claro que ella le da cien vueltas al personaje históricamente retratado, y me da cien vueltas a mí, Cleo, la versión moderna de esa mítica Cleopatra.

La madre de Maiden es alta, altiva, guapísima. Con el pelo negro, como Maiden, y los ojos idénticos a los suyos. ¿Qué edad tiene? ¿No resulta demasiado joven para tener un hijo de la edad de Maiden?

Cuando Cleopatra posa su mirada en mí, siento un escalofrío por todo el cuerpo. ¿De dónde ha salido esta mujer increíble? ¿De una película? ¿De otro planeta? ¡No puede ser real!

Cleopatra me agarra las manos con una delicadeza increíble.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Cleo. Mi hijo me habla todos los días de ti.

¿Qué? ¿Desde cuándo le intereso yo a Maiden en plan serio y familiar? ¡El mundo se ha puesto del revés, está claro!

—Creo que vamos a llevarnos muy bien, querida —añade Cleopatra, dibujando en su rostro de reina una sonrisa tan glacial como la de Maiden, aunque mucho más cautivadora.

No entiendo nada.

Maiden saluda a su madre con una respetuosa inclinación de cabeza y me

toma la mano.

—Ven para que te presente a los demás invitados –me dice al oído.

Observo que Maiden se ha quitado la túnica con la enorme capucha y ahora va vestido como un gladiador romano. Está impresionante. No puedo dejar de fijarme en su torso desnudo, que no tiene nada que envidiar al de Toto. Sus brazos son musculosos. Y el abdomen es plano, con los surcos de las abdominales súper marcados. ¡Maiden ahora parece un culturista mazo ciclado! ¿Cómo ha podido secarse tanto de repente? ¿Se ha puesto hasta el culo de esteroides anabolizantes?

Maiden sonríe con malicia al reparar en mi interés por su cuerpo.

—Creo que conoces al profesor Pasamonte –dice.

Delante de mí está el mago Merlín. Aunque en realidad es Tacho. Disfrazado.

—Claro, me da clase –balbuceo, incómoda.

¡Me violenta tanto encontrarme aquí, en este escenario surrealista, nada menos que al severo profesor de matemáticas! ¿Qué se le ha perdido por estos pagos, acompañado de tales gentes?

Maiden no se pierde detalle. Parece disfrutar de mi incomodidad. Él, en cambio, se comporta con una seguridad apabullante. Como es habitual en él, por otra parte.

Tacho me tiende la mano. Se la estrecho, titubeante.

—Bienvenida a la fiesta, Cleo. Me alegro de verte.

Vaya por Dios. Tacho nunca me había dicho que se alegra de verme. ¡Cualquiera diría que soy yo la homenajeadada, en lugar de Maiden! ¿Qué está pasando aquí? Porque algo está pasando, está mazo claro.

Maiden sigue ejerciendo de anfitrión. Me hace saludar a Jaime y Santiago, que están disfrazados de Batman y Spiderman, y a otra mucha gente que no había visto en mi vida. Luego todos cruzamos la cortina de terciopelo rojo y accedemos a un soberbio salón, con cortinas y alfombras negras, totalmente equipado con muebles de otra época.

¡Resulta que la pieza anterior era simplemente una especie de recibidor! Lo bueno está aquí, en este salón adornado al detalle, que tiene hasta columnas de mármol, capiteles, arcos. ¡Joder, si el techo está cubierto de artesanado de madera!

Esto es rematadamente absurdo. ¿Cómo han podido levantar todo esto, esta maravilla arquitectónica, aquí, en las entrañas de la Pedriza? Porque todo esto no se hace en tres días. Y hay que tener en cuenta las evidentes

dificultades de transporte. ¿Hasta dónde llega la cueva? ¿Qué acceso han utilizado para meter todo este material?

Las preguntas se amontonan en mi mollera desquiciada.

¿Se reúnen aquí habitualmente los allegados de Maiden, comparten la cueva con otra gente o simplemente la han tomado prestada?

Me siento aturdida. Maiden me ha encasquetado en la mano una copa a la que yo ya le he dado tres sorbos, distraídamente, empujada por una inercia fatal que condiciona mis actos en contra de mi voluntad.

Oigo carcajearse a Pedro, que ahora está vestido de cowboy.

Maiden sonrío.

—Tus amigos empiezan a animarse. ¿Por qué no te cambias? —dice, clavándome sus ojos negros e inexpresivos, que no se mueven en las órbitas, como si estuviesen petrificados.

Asiento, tratando de devolverle la sonrisa. ¿Por qué me siento ebria?

—¿Qué es esto? —digo, mirando fijamente la copa, que contiene un líquido verdoso.

—Una bebida espirituosa, apropiada para esta celebración.

Le doy otro sorbo. Su sabor es muy agradable. No se puede comparar con nada de lo que he probado. Es adictiva esta bebida espirituosa de Maiden apropiada para esta celebración.

Ahora Maiden me lleva de la mano. Observo que hay varios pedestales arrimados a las paredes, sobre los que se apoya una calavera.

Atravesamos otra cortina de terciopelo rojo y pasamos a una sala bastante espaciosa... ¿Dónde estamos? ¿En una especie de castillo? ¿Cómo puede haber una cueva tan grande y compartimentada? Tan misteriosa. Tan lúgubre. ¡Y además debajo del mundo fantástico, de granito rosa, de la Pedriza, donde he vivido los mejores momentos de mi niñez!

En esta estancia hay varios baúles. Maiden golpetea uno de ellos con los nudillos.

—Están llenos de disfraces. Puedes escoger el que más te guste.

Asiento, colapsada por el asombro y por la extraña ebriedad que me provoca la bebida. Maiden se queda mirándome. Luego se acerca a mí, me agarra la cara con las dos manos y me besa en la boca, metiéndome hasta la garganta su lengua larga, viperina.

—Hoy voy a hacerte feliz, Cleo —dice, hablando tan cerca de mí que nuestros labios se rozan.

En medio de mi aturdimiento me pregunto por qué Maiden tiene el

aliento tan frío.

Mierda, me he sentido como si me asomase al congelador...

Todos nos hemos transformado. Yo, no sé por qué razón, me he disfrazado de Caperucita. Me siento bien con mi caperuza roja, mi faldita corta, mis medias y mis zapatos de cuento. ¿Dónde está el lobo feroz que va a devorarme? Es Maiden, sin duda, que no me pierde de vista en ningún momento.

Maiden, el hombre de las mil caras. Ahora no es un monje tibetano, ni un gladiador romano, sino el Zorro, ese mítico personaje que marcaba con su espada la Z de su nombre en el tronco de los árboles.

¡Qué loca fiesta de disfraces!, me digo mientras me tomo la segunda copa de este brebaje verdoso que me sabe exquisito y cada vez me anima más.

—Hola, Cleo. Esto es la monda —dice Jose, y saca la lengua todo lo que puede, como si estuviese a punto de vomitar de placer.

Va vestido de la Muerte, con guadaña y todo, y está rodeado por dos hadas medio desnudas que le acariciaban descaradamente.

Suena una extraña música barroca de órgano que me transporta a un mundo tenebroso, más allá de la realidad. Me veo bailando, ida, con un elfo que me acaricia los pechos sin que yo me atreva a impedirselo.

—Esto es el desenfreno de los sentidos —oigo que dice alguien a mi espalda.

Es María, que se ha disfrazado de bruja, abrazada a un grotesco dinosaurio. La cabeza me zumba. Ahora estoy en los brazos de un oficial de las SS, dando vueltas por el salón. Un duende con la cara picada de viruela se retuerce de risa por el suelo, intentando agarrarme las piernas.

—Necesito seguir bebiendo —digo, mirando mi copa vacía.

Un camarero ataviado como un cortesano del palacio de Versalles me encasqueta otra copa de brebaje verdoso.

Voy a reventar...

—¿Verdad que es estupendo? —dice Susana, vestida de colegiala, pasándome el brazo por los hombros.

Un apuesto cruzado la aparta de mí, la estrecha contra su pecho y la besa con pasión. Carlos sostiene en alto un enorme racimo de uvas que arranca

directamente con la boca. Él está disfrazado de bañista, con un ridículo gorro de baño de color rosa con florecitas estampadas y bermudas a juego. Una bellísima sirena se dedica a trazar círculos alrededor de su ombligo con la lengua.

¡Qué disparate! Yo misma me siento tan desinhibida que no me molesta que mi nuevo acompañante, un oso descomunal, me estruje las caderas con sus enormes garras.

Aparece Jorge, como un capitán de barco, reclinado en una maliciosa gitana que le hace cosquillas en el sobaco. Jorge levanta su copa de brebaje verdoso para brindar conmigo.

—¡Salud, señorita! —dice, como si no me reconociese.

La música me arrastra al otro extremo del salón. Siento manos recorriéndome todo el cuerpo, pero no sé de quién son. Y tampoco me importa.

—Hola, monada —dice un rinoceronte tocándome la frente con el cuerno.

Napoleón y Cleopatra están en un sillón, entrelazando juguetonamente sus lenguas. Aurora es Blancanieves y recibe las caricias indecorosas de un enanito espantosamente feo.

Me siento ida, pero sigo bebiendo.

—¡Vamos a cantar! —dice Pinocho con los brazos extendidos, dando brincos sobre los hombros de una mujer gordísima que parece venir del carnaval de Venecia.

Pinocho es Jesús. ¿De dónde ha sacado esa nariz tan lograda? ¿Y dónde están sus gafas?

Me quedo paralizada. Toto, vestido de guardia civil, está reclinado en un sofá, besando en la boca a una dama medieval con un escote escandaloso, mientras acaricia sus voluminosos pechos.

¡Todos hemos perdido la cabeza!

—Sí, tú la primera. Por eso ha llegado el momento de que me conozcas, querida —me dice un demonio, estrujándome con fuerza la entrepierna.

Me sobresalto. ¿Por qué ese demonio me resulta familiar?

He oído su voz anteriormente.

En sueños...

—Hola. Me llamo Rigo. Soy tu demonio personal.

—¿Qué significa eso?

—Todas las personas tenéis un demonio en vuestro interior.

¡Vaya por Dios! ¡Lo que faltaba!

—Tú has conseguido sacar a relucir al tuyo.

¡No me extraña, con lo que llevo corrido, tantas horas de vuelo...!

—Soy yo. Y aquí me tienes, dispuesto a brindarte todos los placeres que necesites.

¡Anda, eso suena bien! Promete...

—Y a ayudarte a destruir lo que te impida disfrutar de ellos.

¡Mola!

—La vida sólo se vive una vez y hay que aprovecharla en la medida de lo posible.

¡Chachi!

Lo miro fijamente. No me puedo creer lo que me está pasando. Mi demonio y yo estamos solos, en una habitación de la cueva.

Y yo me siento a gusto con su compañía...

—¡Me resultas mazo familiar!

—Porque soy una creación tuya. He salido de tu interior. ¡Tú me has dado forma!

—¿Yo? ¿Cómo?

—Con tus pensamientos y tu manera de obrar. ¡Me has abierto las puertas al mundo! Y ahora me he apoderado de ti.

¡Toma castaña!

—Yo era quien te hablaba en sueños sin que te dieras cuentas cuando estaba germinando en tu corazón. Y te he traído aquí, a la guarida de los Ángeles del Infierno donde nos reunimos los demonios de los alrededores.

Me siento patidifusa.

—¿Entonces los demonios existen?

—Claro, ya me ves, yo soy la prueba.

—Igual que los ángeles...

—Nosotros también somos ángeles. Ángeles caídos. Representamos la cruz de la moneda. El lado oscuro de la vida espiritual.

—Ángeles y demonios...

Rigo suelta una risa seca.

—Interactuamos con las personas. Siempre lo hemos hecho. Somos las dos fuerzas contrarias que mantienen la tensión de la vida y le dan sentido. Si todo fuese blanco o negro vuestra existencia sería terriblemente aburrida, ¿no crees?

—Desde luego.

Presiento que Rigo es muy poderoso. ¡Y que me hace poderosa a mí! Porque está a mi servicio... Puesto que lo he creado yo. Pero no dejo de sentirme culpable. Se supone que los demonios son malos. ¿Acaso soy mala yo?

Observo a Rigo. A primera vista no resulta desagradable ni amenazador. Es pequeño y escuálido. Tiene cara de pena, lleva una camisa de leñador, unos pantalones deshilachados y unas botas viejas. Parece un muchacho normal y corriente, de no ser por sus orejas de soplillo, su nariz apuntada hacia arriba y su mentón demasiado largo.

—¿Maiden también es un demonio?

Rigo se encoge de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Yo he salido de ti! ¡Sé lo mismo que tú!

—Pero me has dicho que en esta cueva se reúnen los demonios de los alrededores.

—Lo acabo de averiguar. Mientras tú bailabas.

—¿Qué más has averiguado?

—Que hay una sociedad secreta llamada Ángeles del Infierno.

—¿A qué se dedica?

—No lo sé. Sus miembros también vienen a esta cueva.

—¿Puedes vivir separado de mí?

Rigo suspira.

—En realidad no, aunque me gustaría. Y moriré contigo, si no me matas tú antes, puesto que puedes hacerlo, igual que ahora me has creado.

—¿Cómo?

Rigo frunce el ceño.

—Será mejor que hablemos de otra cosa. No pretenderás que atente contra mis propios intereses. Sería estúpido, ¿no crees? Yo quiero vivir. ¡Necesito estar a tu lado el mayor tiempo posible! Y haré lo que esté en mi

mano para conseguirlo, ahora que tu padre no me lo puede impedir...

Cuando salimos de la cueva no recordamos nada de lo sucedido. Nos ocurre a todos. Es como si nos hubiesen pasado una cinta limpiadora por el cerebro. Los recuerdos vendrán luego...

Roco gruñe sin cesar, rabioso. Y ladra, sobresaltado, cuando alguno de nosotros da una patada a una piedra o cuando graznan los arrendajos a nuestro paso. Jesús, cabizbajo, ha perdido interés por las plantas y los buitres leonados y no para de repetir entre dientes: ¡De puta Maiden!, aunque él nunca ha sido un chico malhablado, siempre ha sido el colmo de la corrección.

Ha empezado a ponerse el sol y hace más frío.

En un recodo del camino nos encontramos con Alicia y Blanca. Están atadas a un árbol y se han quedado dormidas. Las liberamos. ¿Por qué nos miran aterrorizadas?

—¡Te lo advertimos! —me dice Alicia, señalándome con el dedo.

Luego las dos salen corriendo ladera abajo.

—Ésas están mal de la cabeza —dice Pedro, llevándose el dedo a la sien—. A lo mejor se han atado ellas mismas al árbol para mortificarse.

Seguimos caminando, callados. Algo me anda rondando el pensamiento, pero no sé el qué. Es una sensación extraña. Me siento flotando. Como si en realidad no estuviese aquí. ¡Y me muero de ganas de ver a Maiden! ¿Por qué de repente me he obsesionado tanto con él? ¿A qué viene esa absurda expresión: De puta Maiden que Jesús no se cansa de mascullar, ido, cuando él siempre ha sido el colmo de la corrección?

Llegamos a la Charca Verde en un silencio enrarecido. Los mellizos se ponen a discutir. Jorge quiere darse un último chapuzón y Jose quiere volverse a casa cuanto antes. Toto apoya a Jorge. Pedro apoya a Jose. Al final las palabras suben de tono y llegan a las manos. Me sorprende ver al buenazo de Toto dando un puñetazo tremendo a Pedro en la mandíbula.

—¡Chicos, chicos! —digo, intentando separarlos, pero Toto me empuja de mala manera.

—¡Tú no te metas, Cleo! —grita, mirándome con una furia que nunca le

había visto.

—Déjalos. Son unos idiotas —dice Susana.

—Yo me voy a mi casa. Estoy cansada —dice María y sigue bajando por el sendero, desentendiéndose de los demás.

Susana y Aurora la siguen, sin decir nada.

Yo estoy asombrada.

—¿Qué os pasa a todos? —digo.

Los chicos se están zurrando de lo lindo. Los mellizos se revuelcan por el suelo. Toto y Pedro intercambian puñetazos como dos boxeadores.

De pronto me siento atraída por una figura que se recorta en el cielo. Es Julián. El ángel vengador de papá. Me mira fijamente, con una expresión de tristeza.

Y está llorando...

—¡Cleo, te estás destruyendo! ¡No puedes seguir así! ¿Qué va a ser de ti?

—¡Déjame en paz!

Mamá, con los brazos en jarras, me mira indignada. Yo sigo aplastada en la cama.

—¿No vas a levantarte?

—No.

—¡Tienes que ir al instituto!

—No me encuentro bien.

—¡Pamplinas!

Me hace gracia esa expresión de mamá. Pamplinas. Con ella pretende explicarlo todo.

—¿Y tú por qué no has ido a trabajar?

—¿Por qué? ¡Porque no puedo cruzarme de brazos mientras tú haces lo que te da la gana!

Me pregunto cómo ha averiguado mamá que algunos días faltó a clase, aprovechando que ella se levanta muy temprano y se va a trabajar cuando yo recién me estoy despertando. Se supone que Tacho, que ahora es mi aliado, encubre mis ausencias en el instituto. ¿Quizá se están repitiendo demasiado y el jefe de estudios o el director han llamado a mamá?

—¿Cuántos días llevas sin ir al instituto?

Tres, pero no voy a reconocerlo.

Dile que te ha venido la regla, me susurra Rigo al oído. Me sorprende que mamá no lo vea. Está tumbado a mi lado, con las piernas cruzadas.

—Tengo el mes, mamá.

—¿No dices que tus reglas no son dolorosas?

—A veces sí, sobre todo últimamente.

Mamá resopla. Se pone a dar vueltas por la habitación, nerviosa. Me parece que está hundida. Desde la muerte de papá se ha descuidado mucho. Ya no se arregla, no sale a correr por la noche, recurre a la comida rápida en lugar de cocinar, no va a las clases de yoga el sábado por la mañana y ha abandonado definitivamente sus estudios de inglés. A veces me la encuentro

en mitad del salón, a oscuras, de pie, paralizada. Y me sobresalta. En esos momentos mamá se diferencia muy poco de un fantasma.

Cuando llego de mis largas escapadas a Madrid la encuentro en el sillón orejero donde papá se sentaba a leer. No entiendo por qué se empeña en hojear su Biblia y sus libros religiosos. ¡Como si pudiese resucitarlo!

—¿Qué nos está pasando, Cleo?

—A mí, nada. ¡Yo estoy muy bien!

—No es verdad. Estás tirando tu vida por la ventana.

—¿Por qué?

—¿Crees que la vida consiste en desaparecer durante días para acostarte con cualquiera, emborracharte y fumar porros? ¿Dónde están tus valores?

—¡Ya estás hablando como papá! Antes decías eso de todos somos jóvenes alguna vez, ¿recuerdas?

—¡Sí, pero tu juventud está yendo demasiado lejos, Cleo! ¡Confundes la libertad con el libertinaje!

—Eso también lo decía papá.

—¡De acuerdo! ¿Y qué? ¿Acaso estaba equivocado? ¡Tu padre no era un demonio, Cleo! ¡Creo que has desenfocado la mira de tu juicio por completo! ¿Por qué no te detienes a analizarte objetivamente?

¡Menudo sermón! Me quedo mirando a mamá. Es extraño. Hace tiempo que no me fijo en ella realmente. Vive conmigo, es mi madre y sin embargo la veo como a una desconocida. Soy cruel por mi indiferencia. Mamá lo está pasando muy mal y yo no la ayudo en absoluto. Al contrario, me dedico a echar más leña al fuego.

Pero la culpa enseguida se diluye. Las manos de Rigo jugueteando con mis rodillas captan mi atención. Sigo observando a mamá, pero con frialdad, como si tan sólo fuese una vecina o una mujer cualquiera de las que me encuentro por la calle.

Ha engordado mucho desde la muerte de papá. Y ya no es tan vital y entusiasta como antes. Me hace pensar en un juguete mecánico al que se le acaban las pilas. ¿Cuáles son las pilas de mamá? La respuesta es sencilla. Papá. Él conseguía alimentarla. Resulta descorazonador darse cuenta de ese hecho ahora que no está con nosotras.

—Lo extrañas mucho, ¿verdad? —suelto irreflexivamente.

Mamá se detiene, como fulminada por un rayo, se sienta en la cama, apoya la cabeza entre las manos y rompe a llorar. Intento acariciarle el pelo, para consolarla, pero Rigo me agarra de la muñeca para impedírmelo y yo no

tengo fuerzas para protestar.

—Papá le daba sentido a todo, Cleo. Incluso al hecho de apoyar tus caprichos, para llevarle la contraria... Y ahora... Me siento tan perdida.

Quiero decirle que la comprendo, pero Rigo me entretiene haciéndome cosquillas en el vientre y a duras penas puedo contener la risa. ¿Qué pensaría mamá si rompo a reír en medio de su dolor?

Aparto a Rigo para que no siga y respiro profundamente. Mamá remueve el pasado, pero yo no la escucho. ¡Me muero de ganas de quedar a solas con Maiden! Saco el móvil y le envío un mensaje. Me contesta enseguida: Esta noche. A las diez. Donde siempre.

Sonrío.

Mamá, con la cara enterrada entre las manos, continúa llorando.

—¿No te parece que han pasado muchas cosas últimamente? —digo.

—La vida es así. ¡A veces se acelera! —dice María.

Estamos sentadas en un sofá de la casa de Toto. En una de nuestras fiestas. Otra más. En una mano sostenemos una copa y en la otra sostenemos un porro. Tenemos los ojos vidriosos y la mirada ida. Y la cabeza la tenemos como un bombo, para variar.

—Susana se ha liado con Jaime. Y Aurora, que nunca había salido con un chico, con Santiago.

—Y tú con Maiden.

—Sí, y yo con Maiden, claro, aunque eso no es una novedad, querida.

¡Me siento tan orgullosa! Maiden es mío. Por fin. Yo soy la única chica que ha conseguido conquistarlo con todas las de la ley, ser su chica oficial. Y me pavoneo con mi deslumbrante adquisición. Cada día luzco un modelito diferente para quedar bien cuando me ven con él. Y me maquillo más que nunca. Y hablo de Maiden con todo el mundo. Y satisfago, encantada, la curiosidad de las chicas, como si me considerase un personaje famoso que concede entrevistas a diestro y siniestro.

¡Me siento importante! Ahora todo el mundo me trata como si fuese una diva. He dejado de ser una loca—ninfómana—feminista—Queer—contracultural. Hasta mamá está asombrada de que salga con el superdotado de Maiden, el chico más popular de Manzanares el Real, que sale en los concursos de televisión para maravillar con su capacidad intelectual a los telespectadores de toda España.

Dejo vagar la mirada por el salón. Me parece que la música está demasiado alta. Esta machacona percusión hace que me zumben los oídos. Carlos, borracho como una cuba, se ha quedado dormido en una silla y está a punto de desplomarse en el suelo. Me causa tanta gracia que empiezo a contar para ver cuánto tarda en caerse de una vez, pero enseguida me aburro y me fijo en los mellizos, que también están fumando porros, aunque antes eran chicos sanos. Están discutiendo, para variar, ahora parecen Caín y Abel.

Pedro, acurrucado en un rincón, se dedica a devorar patatas fritas. En los

últimos meses ha engordado mucho. Desde la excursión a la Pedriza en la que Toto le rompió la cara. Ya no juega al baloncesto, ha perdido su sentido del humor y se ha vuelto un tipo muy huraño. Está desconocido, tanto que su madre nos ha preguntado a todos qué le pasa y le obliga a ir al psicólogo. Los padres tienen una visión retorcida de la realidad y a la vez son tan ingenuos, tan simples...

Toto pasa delante de nosotras sin mirarnos. Se ha vuelto un matón. Le han amenazado con expulsarlo del instituto. Ya ha pegado a tres alumnos. Parece que sólo le motiva buscar gresca. Salta por cualquier motivo y se pone como un demonio. Por fortuna la madre es un cero a la izquierda y a su padre únicamente le preocupa su brillante carrera como ejecutivo de una compañía internacional y está demasiado ocupado con congresos y viajes transcontinentales.

Aun así se han enterado del cambio de comportamiento de Toto, que antes era un estudiante ejemplar y un buenazo que hacía favores a cualquiera que se lo pidiese. Como todo lo ven en términos monetarios, se han limitado a retirarle la asignación, lo cual ha cabreado todavía más a Toto. Estaba acostumbrado a manejar mucho dinero y ahora tiene que andar pidiéndole a todo el mundo.

Me da pena Toto. Algo le ha pasado. Algo nos ha pasado a todos. Pero no sé el qué.

Miro a María. Se ha puesto como una foca. Antes era gordita, pero ahora es obesa. Y no para de coger peso. Su madre teme que reviente. La ha puesto a dieta. Y no le da dinero, para evitar que se compre guarrerías. Y la lleva al médico. Pero María se las apaña para comer a escondidas y devora todo lo que hay a su alcance cuando queda con nosotros. Su madre no puede encerrarla en una jaula para que esté controlada las veinticuatro horas del día.

Observo a los bailarines. Jaime, el skin fanático del Real Madrid y el culturismo, está pegado a Susana. Y Santiago, el psicópata solitario fanático de los videojuegos, a Aurora. Ellos antes eran simplemente los guardaespaldas de Maiden. Ahora se han convertido en los novios de mis mejores amigas. Parece absurdo. Pero es real.

Dejo la copa en el suelo, meto en ella lo que queda del porro y me levanto. María se ha quedado dormida. Ronca ruidosamente, despatarrada en el sofá, con la cabeza reclinada en el respaldo, la boca abierta, un brazo colgando y la falda subida indecorosamente hasta la entrepierna, enseñando sus piernas de elefante.

La imagen me parece tan grotesca que siento un escalofrío. Nunca pensé que iba a ver a la alegre y entusiasta María así... Le bajo la falda para taparle las piernas, acomodo su cuerpo en el sofá, para que no ofrezca ese aspecto de abandono. Recojo la copa, que se le ha derramado en el regazo, y la colilla del porro, que le ha hecho un pequeño agujero en la falda.

Luego me encamino al cuarto de baño, sintiéndome mareada. Tengo ganas de vomitar... En el pasillo me encuentro a Jesús, que sigue siendo el chico de los pasillos pero ya no se interesa por la cultura y ha abandonado sus colecciones.

—¿Qué tal, Jesús? —me obligo a decir, controlando la náusea.

—De puta Maiden... —dice él, esbozando un gesto de tristeza.

Me quedo mirándolo. No sé si romper a reír o ponerme a llorar. Ver al científico Jesús transformado en un autómatas que sólo sabe soltar esa frasecita estúpida me saca de quicio.

—¿Por qué siempre dices lo mismo?

—¿El qué?

—De puta Maiden.

Me parece que Jesús parpadea, confundido, al otro lado de sus gruesas lentes.

—¿Yo he dicho eso?

—¡Lo repites continuamente!

—No me he dado cuenta.

Jesús se quita las gafas y se frota los ojos, que son pequeños, ratoniles y tremendamente estrábicos.

—¿Sabes, Cleo? Últimamente estoy muy cansado y duermo fatal. Será por eso que ya no me puedo concentrar como antes. ¿Te has enterado de que he suspendido Historia?

—Me lo ha dicho Aurora.

—No entiendo qué me pudo pasar. ¡Es la primera vez que saco un suspenso!

Jesús se pone a gimotear. Como es muy bajito parece un crío desconsolado. Me dan ganas de abrazarlo, pero Rigo me empuja para que siga mi camino. Entro en el cuarto de baño. Y me quedo mirando mi imagen reflejada en el espejo. Sin reconocermelo. Entonces aparece Maiden y me abraza por la espalda.

—Te estaba buscando, gatita —dice.

Y me echa su aliento. Que ya no me sorprende.

Su frío me ha calado hasta las entrañas...

—¿Por qué me animas a fumar, a beber y a irme de fiesta, si tú no fumas, no bebes, te alimentas bien, haces deporte y eres, con diferencia, el mejor estudiante de la universidad?

—Yo no te animo a hacer nada, Cleo.

De eso se trata. Parece como si mi vida le sea por completo indiferente. Es más, como si me empujase al abismo en el que a veces tengo la sensación de caerme.

—Te respeto como eres. Te quiero como eres.

Me quedo mirándolo, pasmada. Maiden está tan elegante con su traje moderno... La ropa le queda de maravilla. Debe de gastarse la mitad de lo que gana en los concursos de televisión —donde pone a prueba sus facultades mentales— en las mejores boutiques. Se nota que no compra en mercadillos.

Huele a una colonia exclusiva. Que me excita. ¡Y es tan guapo! Parece una estrella de cine. Además tiene un coche deportivo rojo impresionante. Cuando nos dedicamos a devorar kilómetros a una velocidad de vértigo siento que el corazón se me baja al estómago. Todo es muy visceral, muy de los sentidos. Me invade una sensación de poder. Sobrevuelo el mundo. Me reinvento la realidad. Gracias a Maiden, que tiene ese coche supersónico y lo conduce con una seguridad increíble, como si fuese un piloto de carreras.

Si hace buen tiempo, Maiden baja la capota de su deportivo descapotable y entonces la impresión de libertad se acentúa. ¡Me encanta sentir cómo el aire me golpea en la cara! Y ver cómo revuelve la espléndida mata de cabello negro y liso de Maiden. ¡Me dan ganas de tirarme encima de él y comérmelo a bocados! Porque Maiden lo tiene todo. Es inteligente, guapo, distinguido, misterioso, rico y famoso. Y yo no puedo pedir más.

Salvo amor, me susurra una voz.

Pero yo no presto atención a esa voz.

—Repítelo —le digo a Maiden, desafiante.

—Te respeto como eres. Te quiero como eres. Cleo.

Trago saliva. Me respeta. Me quiere. Maiden, nada menos. Pero yo no dejo de pensar que todo es fingido. A veces. Justo cuando Julián aparece en

mi horizonte. Fugazmente. Y me recuerda otra realidad. Más profunda. A la que cada vez me cuesta más llegar.

Maiden, como si presintiese mis dudas, me da sus besos fríos. Y sus frías caricias me recorren el cuerpo.

—¿Qué te pasa? Hoy te noto diferente.

—Nada. Estoy bien.

—¿En qué piensas?

—En ti.

—¿Qué piensas de mí?

—Que no te conozco.

Me ruborizo. ¿Por qué he dicho eso?

—Claro que me conoces. Nos vemos todos los días, te he presentado a mis padres...

Maiden se interrumpe, incómodo, como si hubiese dicho una inconveniencia.

—¿Cuándo me has presentado a tus padres?

—Olvida lo que he dicho —dice, endureciendo la voz.

Se ha movido algo en mi interior. Sí, intuyo que me ha presentado a sus padres, pero no recuerdo cuándo. ¿Cómo eran? Extraños y divertidos, me digo. ¿Por qué esa zona de mi memoria está en tinieblas? ¿Qué me pasa? Me parece haber vivido algo que he olvidado por completo. Y por más que me esfuerzo no consigo recordarlo.

Maiden me besa con fuerza, hasta cortarme la respiración. Durante un largo rato. Como si quisiese arrancarme el corazón por la boca. Su aliento helado y sus labios de piedra alejan de mi mente las dudas.

Luego Maiden se aparta de mí, sonriente.

—Te respeto como eres. Te quiero como eres —repite.

Como un disco rayado. Sus palabras me hacen pensar, por asociación de ideas, en la estúpida frase robotizada de Jesús, ¡de puta Maiden!, que parece condensar la absurda locura que nos ha contagiado a todos.

—Pero no me hablas de ti.

—¿Qué quieres saber de mí?

—Tus gustos, tus manías. Tus defectos, si es que los tienes. ¿Por qué eres tan perfecto?

Maiden se pone tenso.

—¿Qué tiene de malo serlo?

—Nada, sólo que eso es imposible. Nadie es perfecto.

—¿Por qué? Yo lo soy...

—¿Ves? ¡Encima lo reconoces!

Maiden inspira profundamente, como si se armase de paciencia.

—Yo soy un ser superior, Cleo. Ya deberías saberlo.

—¿Por qué lo eres?

—Debo cumplir un destino muy elevado.

—¿Qué destino?

Maiden se encoge de hombros.

—Lo sabrás en su momento. Ahora hay cosas que no puedes comprender.

—Haces que me sienta una niña estúpida.

Me golpea su mirada. Maiden de pronto está cargado de violencia.

—¿Por qué estás conmigo, Cleo?

Dudo.

—Porque te quiero.

—Eso es mentira y lo sabes.

Sí, es mentira. Lo sé perfectamente. Nunca lo he querido. Es imposible querer a una persona como él. Me sorprende que nunca me haya parado a pensar en ello. Hasta ahora. ¿Entonces por qué salgo con él? ¿Por qué presumo de ser su novia?

—No te engañes, Cleo. Estás conmigo por mi prestigio. Porque todas las chicas me consideran de una división superior, inalcanzable, y tú eres la única que me ha seducido, en teoría...

—¿Qué quieres decir?

Maiden guarda un silencio enigmático. ¡Odio esos callejones sin salida a los que nos llevan nuestras conversaciones! Luego debo rellenar yo los puntos suspensivos.

Sí, Maiden me ha caído del cielo. O del infierno... Yo no moví un dedo, pensando que no tenía ninguna posibilidad. Me conformaba con suspirar pensando en él, como hacían todas.

Maiden aprieta los puños. Está a punto de estallar. A veces siento que me detesta. ¿Por qué me hace el favor de rebajarse hasta mí? ¿Qué le doy yo? Cualquiera diría que somos el bello y la bestia. Soy una monstruita espantapájaros comparada con él.

Cleo, la loca—ninfómana—Queer—desprestigiada.

Estoy buena, lo reconozco, pero no soy nada comparada con su guapura cinematográfica, de chico rabiosamente interesante, duro y muy seguro de sí mismo.

—Te estás comiendo la cabeza y eso es lo peor que puedes hacer —me escupe.

Me siento fatal. Nada tiene sentido. Que Maiden y yo estemos juntos. Que Susana y Aurora se hayan liado con sus guardaespaldas. Que todos hayamos cambiado tanto y nuestros padres se limiten a poner parches inútiles para intentar ayudarnos. Que ya no vayamos a pasear por la Pedriza porque ha perdido para nosotros su magia de granito rosa. Que yo no quiera a mi madre. Y que descuide los estudios. Y que me dedique a tontear con Maiden, a fumar y a emborracharme. Como si no me interesase otra cosa en la vida.

Suspiro.

En este momento de incertidumbre y miedo veo detrás de Maiden a Julián, con sus hermosas alas de ángel a los costados.

Y presiento que le ha pasado algo a mamá...

Salgo sin despedirme de nadie, a toda prisa, esforzándome por alejar de mí los efectos del alcohol y los porros, que me embotan la cabeza y retardan mis movimientos. Cruzo el jardín, donde Roco me lanza un ladrido desaprobador. Al llegar a la puerta me encuentro a Rigo cruzado de brazos. Ahora me resulta repelente, como nunca antes, con sus orejas de soplillo, su nariz apuntada hacia arriba y su mentón exageradamente pronunciado, como si fuese flexible y se le hubiese estirado.

—Déjame pasar, Rigo, por favor.

—No, no, no... —dice Rigo, cantarín, sonriendo perversamente.

Luego se pone a silbar, con las piernas cruzadas. Se frota las uñas, con desenfado, en su absurda camisa de leñador, y se las sopla, como si se las estuviese limando. Intento empujarlo, en vano. Se ha vuelto un bloque pétreo e inamovible.

Miro a mi alrededor, angustiada. El chalet donde vive Toto sólo dispone de una salida y está rodeado por una valla dos metros de alta.

—¡Por favor, Rigo! ¡Es importante!

—Nada es importante, Cleo. Ni siquiera la muerte de tu madre...

Me arrojo sobre él, furiosa, y le golpeo el pecho con los puños. Es inútil. Su cuerpo parece un saco de boxeo que pesa toneladas. Intento escabullirme por los lados, pero él me aferra de las muñecas con fuerza y me obliga a arrodillarme.

—Debes someterte a mí, Cleo. ¡Yo te controlo!

—¡No!

Nunca me había sentido tan humillada. Por más que forcejee, no consigo liberar mis muñecas. Me pregunto cómo puede tener Rigo esta fuerza descomunal. Un simple muchacho bajito y escuálido.

Es un demonio, querida.

Tu demonio personal...

Derrotada, hundo la mirada en sus botas viejas y sus pantalones deshilachados. ¿Cómo he podido permitir que alguien tan insignificante como él ejerza este dominio sobre mí? Es increíble. Presiento que mi madre

corre un grave peligro y no puedo ir a ayudarla porque un ridículo demonio que ha salido de mí misma tiene el poder de hacer que me arrodille ante él.

—Vuelve con tus amigos –dice Rigo con su voz monocorde, mecánica, inhumana.

Rompo a llorar. ¡Me siento tan impotente y estúpida!

¿Por qué soy incapaz de rebelarme?

No vales una mierda, hija, me digo, desolada. ¿A qué he quedado reducida?, me pregunto, sintiendo las muñecas atenazadas por las manos de metal de Rigo.

—¡Cleo, vuelve con tus amigos! –repite él, clavándome sus ojos inanimados, que no reflejan la menor emoción.

Asiento con la cabeza, mordiéndome los labios, y me levanto para cumplir su orden. Rigo esboza una sonrisa de satisfacción.

—Buena chica.

Entonces noto que algo se mueve detrás de él y aparece una mano sobre su cabeza.

—Apártate de ella –dice una voz.

Rigo empieza a sufrir sacudidas, como si se hubiese electrocutado, y se aparta a un lado. Por detrás de él aparece Blanca, enfundada en uno de sus vestidos blancos y brillantes. Sus ojos rasgados, de plata, que emiten suaves destellos, se posan en mí.

—Tranquila, Cleo. Hemos venido a ayudarte —dice.

A su lado está Alicia.

—No temas. Aún no es tarde –me dice, sonriéndome.

Luego me abraza. Al sentir el contacto de su cuerpo me invade una sensación de paz que nunca había percibido.

Blanca no aparta la mano de la cabeza de Rigo y lo mira fijamente, desafiante. Me impacta verlos juntos. Tienen la misma estatura, pero son completamente diferentes. Blanca está llena de luz. Es una estrella caída del cielo. Y a su lado Rigo parece un muchacho desvalido y necio. Una especie de duende grotesco.

—Tú no tienes por qué existir, criatura infernal. ¡Desaparece! –dice Blanca, con una voz dura e inflexible, y baja la mano lentamente, al tiempo que Rigo se empequeñece, como si fuese un holograma que ella puede modificar a su antojo.

Blanca se agacha y sigue bajando la mano. Rigo, esbozando gestos de desesperación, queda reducido a una miniatura. Abre la boca, espantado.

Cuando la mano de Blanca llega al suelo, Rigo se esfuma en una explosión de luz negra.

Blanca se levanta, suspirando.

—No te molestará más... por ahora —me dice con su voz dulce y aflautada.

Nos subimos al Saxo de Alicia del año catapún. Guardamos silencio mientras Alicia conduce con rapidez y seguridad. Me siento bien. Aún conservo la serenidad que me ha transmitido Alicia al abrazarme. Me digo que junto a ellas estoy a salvo. Nada malo puede ocurrirme.

Miro por el espejo retrovisor a Blanca, que está sentada en el asiento de atrás, y ella me sonrío. Blanca tiene unos ojos preciosos. Me transportan a un mundo de ensueño.

Al País de las hadas...

Pienso en mi padre. En las cosas que les diría a Alicia y Blanca en sus clases de religión. ¿Por qué me he negado siempre con tanta obstinación a recibir sus enseñanzas? Si no me hubiese obcecado caprichosamente en mi negativa quizá ahora yo sería como Blanca y Alicia. Una mujer de luz, cargada de paz. Sería feliz. En lugar de huir de mí misma. Y quizá papá no habría muerto...

Me pongo a llorar. Alicia posa su mano delicada en mi muslo. Enseguida me reconforta. Sonrío. ¿Por qué me transmite esa emoción? Es una extraña alegría de vivir. Que se basta por sí misma. Al margen de los acontecimientos. Del miedo. De las dudas. Del dolor. Como si esa alegría celebrase el milagro de vivir. Simplemente...

Deseo decirles a Blanca y Alicia que las quiero. Que son muy especiales para mí. Que voy a seguir a su lado. Renunciando a todo lo que he sido hasta ahora. Porque necesito respirar el aire que respiran ellas. Ver el mundo a través de sus ojos. Sentir que esa alegría de vivir nace de mí.

Estoy sucia, me digo, sintiéndome culpable de haber arruinado mi vida y la de mis amigos. La imagen de María despatarrada en el sofá, roncando, con la copa y el porro en el regazo, se me ha quedado grabada.

Alicia me aprieta el muslo. Y me regala su sonrisa de esperanza. Suspiro. Acaba de encenderse una lucecita en mi interior. He tomado conciencia de que ese deseo mío de transformación tiene un significado muy profundo.

Representa el primer paso hacia una vida nueva...

—¿No venís conmigo?

—Debes hacerlo tú sola –dice Alicia.

—Iremos a verte luego –dice Blanca.

—Y hablaremos... –dice Alicia.

—No te asustes por lo que vas a encontrarte ahora –dice Blanca.

Ni siquiera me molesto en preguntarme por qué sabe ella lo que voy a encontrarme. Me parece natural que lo sepa. Ella es así. Puede acudir cuando yo más la necesito, hacer que Rigo desaparezca y adivinar...

Es Blanca. Una alumna de papá. De ese padre que yo no he querido comprender. Al que he negado mi amor. Porque prefiero mis alas de viento.

—De acuerdo.

Las beso.

—Gracias por ayudarme.

—Ve a salvar a tu madre. Te necesita. Eres lo único que tiene –dice Alicia.

Asiento. Luego bajo del Saxo. Y salgo corriendo hacia el portal de mi casa. Subo a toda prisa por las escaleras. No puedo esperar al ascensor. El corazón me retumba en el pecho.

Mamá...

Mamá, te quiero, no paro de repetir en mi interior.

Abro la puerta. La casa está a oscuras. Enciendo la luz del salón. Mamá está tirada en el suelo. A su lado hay una botella vacía de ron. Que había escondido yo en mi habitación...

Los del Samur vienen a los pocos minutos. Me voy con mamá en la ambulancia al hospital. Le ha dado un coma etílico. Se ha bebido de golpe mi botella de ron.

Mientras atienden a mamá me quedo petrificada en la sala de espera. Apenas puedo respirar. Me siento muerta. Entonces aparecen Blanca y Alicia. Alicia se sienta a mi derecha y Blanca a mi izquierda. Cada una de ellas toma una de mis manos y me las besan. Me relajo al momento. Y el aire vuelve a mí.

No hay nada perdido... aún, me digo.

—Se pondrá bien enseguida –dice Alicia.

—Esto no volverá a pasar –dice Blanca.

Nos quedamos mirando la máquina de refrescos. En silencio. Durante un largo rato. Me siento feliz al lado de ellas. Con las manos caldeadas en su regazo. Respirando suavemente. Percibiendo los latidos de su corazón, que se acompañan a los míos.

Siento que una parte de mí es como ellas. De su mismo material. De plata. Brillante. Como las estrellas del firmamento.

—¿Crees en los ángeles? –me pregunta de repente Alicia.

Su pregunta me descoloca. Dudo. Nunca he creído en los ángeles. Por eso no creía en papá. Y por eso no acudía a sus clases optativas de religión. Pero ahora comprendo que los demonios existen. Están en nuestro interior. De modo que parece lógico que también existan los ángeles. La cara de la moneda. La luminosa. La buena.

—Sí –digo.

—Entonces te ha llegado la hora –dice Blanca.

—¿La hora de qué? –replico, extrañada.

—De encontrar a tu ángel –dice Alicia.

Me quedo pensativa. Mi ángel... ¡Sí! ¿Por qué no? Si he sido capaz de sacar a Rigo de mi interior, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con la otra faceta de mi personalidad?

—Tu ángel de la guarda –dice Blanca.

Mi ángel de la guarda. Eso suena francamente bien. Sería maravilloso compartir mi vida con... ¡Mi ángel de la guarda!

Trato de imaginarme su apariencia. Teniendo en cuenta el aspecto de Rigo, mi demonio personal —un muchacho bajito y enclenque, con orejas de soplillo, nariz apuntada hacia arriba y mentón exageradamente largo, que lleva una camisa de leñador, unos pantalones deshilachados y unas botas viejas—, mi ángel de la guarda debe ser...

¡Un chico guapísimo! Más aún que Julián, el ángel vengador de papá. Alto, apuesto, rubio, de ojos azules. Con unas maravillosas alas blancas. Increíblemente suaves. Que también huelen a rosas, como las de Julián.

Y se llama Lorenzo. Lorenzo, sí. Me gusta ese nombre para mi ángel de la guarda. Su voz suena a flauta, como la de Blanca. Y es tierno y cariñoso. Me abrazará por la noche para ayudarme a conciliar el sueño y no se apartará de mí hasta el amanecer, para que no me asalten las pesadillas. Su presencia me llenará de alegría. Y me hará ver la luz que hay en todas las cosas. Incluso en las más negras. A su lado no habrá miedo ni dudas.

Y gracias a Lorenzo... Seré feliz.

—Ya está —dice Blanca, sonriente.

—Sí, ya está —dice Alicia.

Al ver que se ponen de pie, me siento alarmada. ¿Por qué van a abandonarme? ¿Qué he hecho mal?

Vuelven a besarme las manos y me las sueltan.

—Ahora debes quedarte sola —dice Blanca, esbozando un gesto malicioso que no sé interpretar.

Luego se marchan. Y yo me quedo mirando la máquina de refrescos. Desconcertada. Sin la compañía de Blanca y Alicia vuelvo a sentir que me hundo en mi propio abismo. Cierro los ojos y rompo a llorar. Las imágenes se agolpan en mi mente. Mi padre. Mi madre. Mis amigos. Yo. Rigo... Están desenfocadas.

Entonces percibo que alguien me toma la mano. Cuando abro los ojos me invade una emoción increíble. A mi lado está Lorenzo. Tal como me lo he imaginado.

—Hola, Cleo —dice su voz de flauta.

Luego sonrío. Y siento que su sonrisa me hace cosquillas por todas partes. En la cabeza. En el pecho. En el vientre.

Y sobre todo en el corazón...

—Tengo los pies fríos.

Lorenzo se pone a calentármelos con sus manos sedosas. Me siento recorrida por calambres de placer.

—Tienes unos pies preciosos.

—Gracias. Nunca me lo habían dicho.

—¿Has dormido bien?

—¡Como un lirón! ¡Hacía tiempo que no dormía tanto!

Lorenzo sonrío.

—Quiero verte las alas —le digo, desafiante.

—Eso está hecho.

Me parece fabuloso ver a mi ángel de la guarda con las alas desplegadas, a los pies de la cama. Es una imagen que me hechiza. Sus alas son tan grandes que rozan las paredes. ¡Qué poderosas y fuertes se ven! Las plumas son largas, delgadas, muy tupidas. Siento la imperiosa necesidad de tocarlas. Salto de la cama y me abalanzo sobre Lorenzo.

—¡Eh, cuidado, que no soy de piedra!

Es verdad, su cuerpo es muy delicado. Aunque físicamente Lorenzo es mucho más alto y apuesto que Rigo, resulta casi quebradizo. Parece hecho de una sustancia que puede desvanecerse si la aprietas con demasiada fuerza. Aunque no es inmaterial. Lo puedo besar, acariciar, abrazar. Es un osito de peluche. Pero en plan majestuoso.

Lorenzo se ríe.

—Puedes acariciarme las alas. ¡Pero no me las rompas!

—¡Me las voy a comer!

—A lo mejor te dan indigestión.

—¡Imposible!

Aspiro su fragancia a rosas. Me abrazo a una de las alas, con la mejilla apoyada en sus plumas deliciosamente tersas.

—¡Me pasaría la vida pegada a ti!

—Entonces dejarías de vivir.

—¿Qué es vivir?

—Soñar, sufrir...

—¡Prefiero quedarme donde estoy!

Lorenzo vuelve a reírse. Me encanta su risa. Suena a cascada. Me pongo a besarle las plumas.

—¿Qué haces?

Lorenzo suelta una carcajada.

—¡Tienes cosquillas en las alas!

—¡Sí!

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡No sigas, por favor!

Yo también me río. Lorenzo vuelve a plegar las alas.

—Basta por hoy.

—De acuerdo.

Me quedo mirándolo. Estamos muy cerca. Los rasgos de su rostro son tan armoniosos, tan bellos. Sus ojos son grandes, dulces. Están llenos de paz, de luz, de promesas. Su azul es casi transparente. Tiene unas pestañas largas, como toboganes. Me encanta ver cómo deja caer los párpados, soñador. Se queda embelesado. Como si se dedicase a escuchar todos los sonidos que pueblan este mundo. A pensar en ellos. A vivir a través de ellos.

Tiene los pómulos ligeramente pronunciados. La nariz es recta, fina. Cuando la miro me parece sentir el aire que entra y sale de ella lentamente. Un aire que Lorenzo purifica. Como si se dedicase a perfumar el ambiente con su respiración.

Aparto su soberbia melena —rubia, brillante, ligeramente ondulada, que le llega a la espalda— para verle las orejas.

—¡Qué bonitas son!

—¿El qué?

—Tus orejas.

Tienen el tamaño justo y están perfiladas delicadamente. Son como caracolas mágicas salidas del fondo del mar. Y la boca... Sus labios parecen formados por pétalos de rosa. Carnosos y a la vez finos, con los bordes bien definidos, como si los hubiese trazado la mano de un artista. ¡Me muero por besarlos!

—Puedes hacerlo...

—¿Cómo?

—Soy tuyo, Cleo. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

El cálido aliento de Lorenzo me acaricia la cara. Su fragancia de rosas me

está embriagando. Pero de una manera muy diferente a la embriaguez del alcohol y los porros. ¡Me siento borracha del alma! Como diría papá...

Rozo con la yema de los dedos su barbilla redondeada, que es un prodigio de armonía comparada con el grotesco mentón de Rigo.

Puedo besarlo, me digo, ilusionada.

—Loren...

El diminutivo me sale espontáneamente. Loren... Me gusta llamarlo así. Suena a apelativo cariñoso. Paladeo su sonoridad en mi interior. Loren... Siento que esas cinco letras me serpentean por todo el cuerpo. Como si fuesen la sangre que corre por mis venas. Reemplazando a la sangre anterior. La sangre sucia. De la Cleo vieja.

¡El hechizo de Lorenzo me ha renovado!

—¿Sí?

Dudo. De pronto me asalta una extraña incomodidad.

—¿Qué pasaría si...?

Lorenzo me sostiene la mirada. Sonríe. Sus manos se posan en mis hombros. Sus manos de mago. De encantador de serpientes. Tan elegantes que me puedo quedar mirándolas durante horas. Y que me hacen estremecerme de placer cuando me tocan.

—¿Qué te preocupa, Cleo?

¡Me fascina oír mi nombre pronunciado por su voz de flauta! Miro su cabello, su frente despejada, sus ojos, sus pómulos, su barbilla, su fino cuello. Sus labios de rosa. Y me pongo a temblar de la emoción.

Lorenzo me abraza. Ya. Al sentirme unida a su pecho. Al percibir los latidos de su corazón repicando contra los míos. Al respirar su aliento y fundirme con sus pensamientos. Las dudas se desvanecen.

—¿Qué te preocupa, Cleo? —repite Lorenzo.

Suspiro. No tengo valor para decírselo. Pero sé que estoy perdida. Es imposible que eso no ocurra. Voy a enamorarme de él. De mi ángel de la guarda. De Loren. Y eso no puede ser bueno. Yo necesito a un chico de carne y hueso. Entregar mi vida al amor de Lorenzo equivale a hacerme monja.

Y no me veo de monja...

Mi naturaleza está demasiado apegada a la realidad de carne y hueso. A la materia. Por eso rechazaba las enseñanzas de papá. Y me construí unas alas de viento. Las personas no cambian de la noche a la mañana. Y yo no quiero cambiar. Me refiero al fondo de mi naturaleza. Me gusta cómo soy. Mi sensualidad forma parte de mí. Es como las orejas de soplillo de Rigo o los

labios de rosa de Lorenzo. ¡Me siento un águila! Me gusta sobrevolar el mundo. Y buscar mi propio camino.

Nada es gratis en esta vida, pienso, derrotada.

Cuando me aparto de Lorenzo, veo que Rigo está tumbado en la cama, con su camisa de leñador, sus pantalones deshilachados y sus botas viejas.

—¡Te lo advertí! ¡No voy a dejarte tan fácilmente! —me dice.

Su presencia me sobresalta. ¿Pueden estar al mismo tiempo en mi habitación mi ángel de la guarda y mi demonio personal?

Me doy la vuelta, atemorizada.

Lorenzo ya no está aquí...

Entra un mensaje en el móvil. Es de Maiden. Lo borro sin leerlo y sigo cortando los tomates.

—Te noto tan cambiada, hija.

—¿No te gusta cómo soy ahora?

—¡Me encanta! ¿Te has enamorado?

—No. Sí... En realidad no lo sé.

—¿De Maiden?

—¡Nooo!

Mamá me mira fijamente.

—¿De modo que hay otro chico en tu vida?

Me encojo de hombros.

—No hablemos de eso, ¿vale?

—Muy bien.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—Me gusta que te arregles, mamá.

—Sí, últimamente me lo repites mucho. Antes nunca me lo decías...

—Tienes mucha clase. No quiero que renuncies a tu estilo.

—Vale. Te haré caso. He decidido obedecerte al pie de la letra. Si has sido capaz de reaccionar, significa que también tienes fuerza para ayudarme a que yo lo consiga.

—Tenemos que seguir viviendo... sin papá.
—Lo sé. ¡Tienes toda la razón del mundo!
—¿Sabes? Voy a hacerme un peinado como el tuyo.
—No te lo recomiendo. ¡Te quedaría fatal! Tu pelo está bien así, sin moldear, a su aire.
—¿No crees que debería teñírmelo? ¿De negro, tal vez?
—¿Por qué? A mí me encanta tu color. ¡Tienes un pelo precioso, liso, tupido, fuerte! ¡Déjalo como está!
Nos reímos.
—¿Qué tal tu clase de yoga?
—¡Estupenda! ¡Me siento tan bien cuando voy a yoga! Me carga las pilas. Te agradezco que insistieses tanto en que vuelva a ir.
Sonrío. Ha sido una pequeña conquista. Pero faltan otras.
—¿Y qué pasa con las lecciones de inglés?
Mamá resopla.
—¡Me he dado por vencida, hija!
—¿Por qué? ¡Te has comprado tres cursos de inglés! ¡Y has coleccionado treinta revistas Speak up, cada una con su CD!
—Soy una negada para los idiomas.
—Eso no es verdad. ¡Cuando quieres te comes el mundo!
Mamá deja en el fregadero las berenjenas que estaba lavando y me mira.
—¿De veras lo crees?
—¡Claro que sí! En el trabajo te adoran. No paran de llamarte y se pelean por quedar contigo. ¿A cuántos comerciales jovencitos has formado para que sepan batirse el cobre por ahí?
—A muchos.
—A muchos, no. A todos, mamá. En la editorial saben que eres la mejor. Mamá se encoge de hombros con humildad.
—Dime una cosa...
—¿Sí?
—¿Por qué te negaste a ascender a jefa de zona?
—¡Yo no me merecía ese puesto, Cleo! Había otras personas mucho más preparadas que yo.
—¿Pero qué dices? ¡Todos te apoyaron! Ese puesto era para ti. Te estaba esperando desde hacía mucho tiempo.
—Sabes que no soy ambiciosa. Me conformo con hacer bien mi trabajo. Además si fuese la responsable de toda la provincia de Madrid me moriría del

estrés.

—En el fondo te hubiese gustado ascender.

—Tal vez. Pero me pilló en un mal momento. No me sentía con fuerzas.

Claro, papá acababa de morir. Y yo me dedicaba a mortificarla. Tal vez si la hubiese apoyado...

—No le des más vueltas, hija. Lo importante es que ahora estamos bien. Míranos, creo que es la primera vez que cocinamos juntas.

—Sí.

—Y no se te da nada mal. Esa ensalada tiene muy buena pinta.

—¿No le he puesto demasiadas aceitunas?

—¡Yo la veo perfecta!

—¿Cómo vas a preparar las berenjenas?

—Muy fácil. Las corto en rodajas, las rebozo en huevo y las frío.

—¿Por qué no preparas albóndigas? ¡Me chiflan tus albóndigas!

—No sé si tenemos carne picada.

—Sí, ayer hicimos la compra, ¿recuerdas?

—Es verdad. No sé dónde tengo la cabeza. Me hizo tanta ilusión que me acompañases que en lugar de ir al mercado me pareció que estábamos de paseo.

—Hace mucho que no nos vamos de paseo...

Mamá asiente con la cabeza.

—¿Qué te parece si lo hacemos esta tarde? —añado.

Mamá me mira maravillada.

—¿Me tomas el pelo?

Me entusiasma la idea. Mamá y yo. Solas. Juntas. No estaría nada mal, para variar. Después de tanto distanciamiento. De tanta frialdad. De tanta incompreensión. De tanto desamor... por mi parte.

—Pero hoy es sábado. Querrás irte con tus amigos.

—Estoy un poco harta de mis amigos.

Mamá me mira pasmada.

—¿Y qué pasa con ese chico...?

—No hay ningún chico. Sólo imaginaciones mías.

—Vaya por Dios. ¿Te has enamorado de una ilusión?

—Algo así.

Guardamos silencio. Mamá está con las berenjenas. Y yo he terminado mi ensalada. Me seco las manos en el mandil. Y miro a mamá, sonriente. No me gusta su sobrepeso. Esta noche saldré a correr con ella, me propongo.

Poco a poco voy conquistando nuevos territorios para salvarla. Desde el accidente con la botella de ron no he vuelto a encontrarla parada en mitad del salón, a oscuras, como si estuviese desorientada. Y no se dedica a hojear la Biblia y los libros sagrados de papá en el sillón orejero donde él se sentaba a leer.

—¡Voy a poner música!

Elijo una música alegre y me pongo a bailar en el salón. Suena el móvil. Es Susana. Quiere quedar. Pero no estoy con ánimos para hablar con ella. Ni con nadie de afuera... Apago el móvil, lo dejo en la mesa y sigo bailando. Al cabo de un rato mamá empieza a cantar en la cocina. Yo no paro de bailar. Una canción detrás de otra. Me abandono al ritmo de la música. A veces mamá aparece con su mandil y baila un rato conmigo. Luego se va a seguir cocinando.

Ya huelo el aroma de su guiso de albóndigas. Me siento en la gloria. Me apetece bailar alrededor del sillón orejero, donde papá se sentaba a leer. Como si yo fuese una diosa tribal que lo convoca. Al cabo de un rato pienso que papá está aquí, mirándome, sonriente. Tan contento como nunca lo había visto.

Me detengo. Sí. ¿Por qué no? Si soy capaz de materializar a mi demonio personal y a mi ángel de la guarda, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con papá, aunque esté muerto y enterrado?

Entonces aparece papá en el sillón orejero. Con su pantalón de pana, sus zapatillas deportivas y ese jersey suyo de lana que tanto le gustaba, de color amarillo. Miro sus piernas largas. Su barba. Sus gafas de montura gruesa.

—Hola, papá —digo, sonriendo, como si fuese lo más normal del mundo verlo aquí.

—Hola, hija. Tenía muchas ganas de volver a estar contigo.

—Yo también.

—Te quiero.

—¡Y yo, papá!

Papá asiente, aprobador.

—Me siento orgulloso de ti, Cleo.

Entonces aparece mamá en el salón y me mira asombrada.

—¿Con quién estás hablando?

Me encojo de hombros. Papá ha desaparecido del sillón orejero.

—Conmigo misma.

—Eso no está bien.

—¿Por qué?

—Yo antes también lo hacía...

Se refiere al tiempo en que ella se quedaba en mitad del salón como una ballena varada en la playa.

—¡Depende! —digo, bailando alrededor de ella.

¡Me emociona tanto haberme reencontrado con papá y descubrir que puedo seguir teniéndolo a mi lado, aunque él haya muerto!

—Anda, vamos a comer. He terminado las albóndigas.

—¡Viva!

Bajo a comprar una barra de pan y nos sentamos a comer.

—Tu ensalada está riquísima, Cleo.

Sí, no está mal para ser la primera que preparo.

—No hay que ser un Arguiñano para hacer una ensalada.

—Bueno, por algo se empieza.

Nos quedamos calladas. Me gusta comer con mamá. Me recuerda mi niñez. ¿Tan extraña me he vuelto a mi niñez, cuando mi mundo giraba en torno a mis padres y ellos eran como dioses para mí?

—¿Dónde quieres que vayamos esta tarde?

—¿Paseamos por el parque?

Mamá esboza un gesto de sorpresa.

—¡Tú ya no tienes edad para eso!

—¿Por qué no? ¡Cuando era niña me encantaba que me llevaras al parque!

Mamá se ríe.

—¡Ha llovido mucho desde entonces, hija! No te imagino jugando con la arena.

—No tenemos por qué jugar con la arena. Podemos pasear entre los árboles, tumbarnos en la hierba, tomarnos un helado, conversar de nuestras cosas...

Mamá no sale de su asombro.

—Suena bien. Cualquiera que nos vea pensará que estamos mal de la cabeza. Los padres de hoy en día no hacen eso con sus hijos.

—Me da igual lo que piensen los demás.

—A mí también. No creo que sea ningún pecado ir con mi hija a pasear por el parque.

Mamá está entusiasmada. Atacamos las berenjenas rebozadas.

—El pan está delicioso, tan calentito.

—Lo acababan de sacar del horno. En la tienda de los chinos venden

barras a porrillo porque sólo valen cincuenta céntimos.

—¿Ah, sí? Yo siempre las compro en la panadería.

—Allí valen treinta céntimos más.

Mamá pone los ojos como platos. No puede creerse que yo me preocupe por esas cosas. Cleo la despilfarradora. Su cara dice: ¿pero tú qué te has tomado?

Sí, mamá. Soy yo, pienso.

No te han cambiado de hija. Lo que pasa es que tu hija ha cambiado... por fin. O por lo menos lo está intentando.

—Luego podemos ir al cine —propongo.

—¡Bien!

A mamá le fascina el cine. Papá y ella iban por lo menos una vez a la semana. ¡Recuerdo unas vacaciones en que fueron cinco días seguidos! Pero mamá no pisa un cine desde que papá no está con nosotras...

—¿Te apetece ver alguna película en especial? —me pregunta.

—Podemos ir a ver 7 diosas.

—¿Y eso de qué va?

—Es una peli de mujeres, básicamente.

—Ah, entonces estará bien. No hay más que hablar. ¡Adjudicada! Iremos a ver 7 diosas.

Mamá se inclina sobre la mesa y me da un beso en la mejilla.

—Eres un tesoro. Si hubiese sabido que me esperaba un sábado tan especial esta semana se me habría pasado volando.

Sonrío, halagada. Acabo de descubrir que me encanta hacer feliz a mi madre. Y que es mucho más fácil de lo que yo creía.

Basta con quererla.

—¡Ha llegado el momento del plato estrella de la casa! ¡Tus albóndigas!
—exclamo.

—¡A por ellas!

Nos las comemos en un periquete. ¡Yo me zampo cinco!

—Han sobrado —dice mamá.

—¡No te preocupes, esta noche me encargo yo de ellas, cuando terminemos con 7 diosas! ¿Qué tomamos de postre?

—¿Quieres un flan?

—¿No queda tarta de Santiago?

—¡Qué va! Nos la terminamos ayer.

—¿Recuerdas cuando preparabas bizcocho?

Mamá asiente, inspirando profundamente. ¡Qué tiempos aquellos!, parece pensar.

—¡La casa olía de maravilla cuando lo horneabas!

Lo preparaba todos los domingos. Y lo comíamos para merendar.

—Siempre me pedías que le echase pasas.

—¡Me derretía su regusto a limón!

—El próximo domingo lo preparo.

—¡Sería fantástico!

—Tengo que ver si está bien el molde.

—¡Y si no compramos otro!

—¡Hecho!

Acabamos el postre y recogemos. Luego nos dedicamos a arreglarnos. Quiero ponerme muy guapa. Siento que esta salida con mamá es más importante que cualquiera de las fiestas a las que he acudido.

Mamá silba al verme.

—¡Estás impresionante!

Me quedo mirando cómo se maquilla mamá delante del tocador. ¡Lo hace tan bien! Yo nunca aprenderé a maquillarme como ella.

—Cualquiera diría que vas a una cita.

Mamá sonrío, guiñándome un ojo, cautivadora.

—¿Acaso salir con mi hija no es una cita?

Está claro, por la expresión de su cara, que nunca se había imaginado que esto pudiese ocurrir. ¿Hasta ese punto me he distanciado de ella? Sí, hasta el punto de que me había dado por perdida... Mi propia madre. ¡Dios mío, en qué agujero me había metido!

—Ya estoy lista.

—¡Andando!

Salimos de casa tan contentas. Al bajar por las escaleras —el ascensor está ocupado— recuerdo el día del accidente con la botella de ron. Cuando subí por estas mismas escaleras, sin aliento, con el corazón en un puño, pensando que le había pasado una desgracia a mamá. Y así fue...

¡He transformado esa desgracia en otra cosa bien distinta!

Y ahora vuelvo a sentirme niña. Porque he recuperado a mi madre.

Paseamos por el parque, entre los árboles, nos tumbamos en la hierba, conversamos de nuestras cosas, nos tomamos un helado y vamos a ver 7 diosas.

Al volver a casa me empeño en que salgamos a correr un rato, para que mamá vaya recuperando la costumbre de hacerlo. Luego cenamos para que yo termine las albóndigas.

Cuando mamá se acuesta, me tumbo a su lado y la abrazo por detrás, sintiendo su espalda contra mi pecho, como hacía de niña. Luego espero a que se duerma. Le acaricio el cabello, le doy un beso y me voy al salón.

Papá me está esperando en su sillón orejero para charlar un rato.

—Pareces otra —dice.

—¿Por qué? —replico.

—¡No sé! ¡Por todo!

Susana me mira con cara de asco. Estamos en casa de María. En una de nuestras fiestas. Me siento fuera de lugar. Qué sensación extraña. Es la primera vez que me pasa.

—¿Por qué ya no quedas con nosotras?

—¡Claro que quedo con vosotras!

—Mucho menos que antes.

Me encojo de hombros.

—Ahora también hago otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Estoy escribiendo.

—¿Qué?

—Me he puesto a escribir. ¿Qué tiene de malo?

—¿Y qué escribes?

—Una novela.

—¿En serio?

Asiento, orgullosa.

—¿De qué va?

—De mí, de nosotros, de todo lo que nos está pasando.

—¿Qué nos está pasando?

Nos sostenemos la mirada. Me pregunto hasta qué punto le permite a Susana el alcohol comprender lo que estamos hablando.

—Malgastamos nuestra juventud, ¿no te das cuenta?

Susana suelta una risotada.

—¡Yo diría que todo lo contrario!

—¿Porque estás colocada todo el tiempo posible?

Susana hace una mueca burlona.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Escribir una novela, por ejemplo.

—¡Ja! ¡Qué chistosa! ¡A ver qué clase de novela estás escribiendo tú!
¿Cómo se titula?

Dudo.

—Ahora he pensado titularla El ángel de la guarda.

Eso para el público común—pastelón, al que pertenece Susana.

Es un título suplente, en la reserva, está chupando banquillo.

El título titular e indiscutible es Me llamo Cleo y soy Queer.

Un título para el lector inteligente...

Susana intenta pensar entre las nubes de la cogorza que lleva encima.

—No está mal. Aunque suena algo cursi. ¿Aparecen ángeles?

—Y demonios.

—¿La lucha entre el bien y el mal?

—¡Exacto!

—Y encima querrás publicarla.

—Por supuesto que sí.

—¿En la editorial donde trabaja tu madre?

—No. Voy a autopublicarme en Amazon y ganaré un pastizal.

Susana no parece muy convencida. No puede concebir que yo, la juerguista Cleo, esté escribiendo una novela.

—¿La escribes a mano?

No, a máquina, no te jode, o por ciencia infusa...

—En el portátil.

—¿Cuántas páginas llevas?

—Un huevo. Seiscientas.

Estos detalles le dan verosimilitud al asunto, a juzgar por su expresión.

—Vaya, entonces va en serio. Tenemos a toda una escritora entre nosotros. Quién se lo iba a imaginar.

Da un largo sorbo a su copa, como si quisiese enterrar el tema.

—¿Cómo te va con Maiden?

—No me va...

—¿Habéis roto?

—Más o menos.

—¿Estás loca? ¡Pero si es un bombón! ¡Es el mejor!

Sí, desde luego, en el mercado de los chicos Maiden es el mejor, según el baremo—ranking de la mayoría de las chicas, por no decir de todas. ¿Hay alguna que no se pirre por él? ¡Naturalmente que sí! Ahora hay una. Yo. ¡Maiden se puede ir al fondo del océano con su deportivo rojo, su planta

cinematográfica, sus trajes de alta costura y sus programas de televisión!

—Has perdido la cabeza, Cleo.

—O la he encontrado, depende de cómo se mire.

Jaime arrastra a Susana. Lo veo hundir su boca borracha en los labios de mi amiga. Siento que la está ensuciando. Ese mastodonte rapado, sin dos dedos de frente, con el cuerpo lleno de porquería para hinchar los músculos, que se dedica a presumir de su moto supersónica y a montar gresca en el estadio Santiago Bernabéu.

Me quedo de pie, sin saber qué hacer. En estas fiestas si no fumas, no bebes y no piensas estupideces, no sabes qué hacer. Me pongo a bailar para matar el tiempo. La música es demasiado estruendosa y machacona. No se parece a la música alegre que me pongo para bailar en mi casa.

Todos están borrachos y no puedo compartir sus sentimientos. Yo estoy sobria, lúcida, consciente.

Es triste matar el tiempo, me digo.

El tiempo es precioso y hay que vivirlo, aprovechar cada momento milagroso que nos ofrece.

Joder, estoy repitiendo mentalmente una frase típica de papá.

—¿En qué piensas? —me dice Toto.

—En el tiempo.

—Ah, sí, es verdad. ¡El finde se pasa volando! Deberíamos ir a clase sólo dos días a la semana.

—¿Para estar colocado el resto del tiempo?

—Claro. ¿Hay algo mejor? Oye, Cleo, ¿me dejas diez euros? Me he quedado sin hierba y no sé si aguantaré hasta el miércoles, que conseguiré algo de pasta.

—¿Cómo la vas a conseguir?

Toto no contesta. Pero sé la respuesta. Ha contactado con un proveedor y se dedica a revender chocolate para sacarse algo de dinero.

—Lo siento, Toto. No llevo dinero encima.

No es verdad. Pero no me apetece costear su adicción. Toto me mira mal y se aleja enfurruñado.

Tú tienes la culpa de lo que le está pasando, me digo.

¿Por qué yo? ¿Quizá porque le he abierto la puerta a su demonio personal? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Me zumban los oídos. Desde luego Toto antes no era así. Está desconocido. ¿Cuándo ha empezado a cambiar? Hago memoria. Entre mis

dudas se abre paso la excursión a la Pedriza. Yo llevé a mis amigos a un lugar. A la cueva del bandolero Paco el Sastre. ¿Qué pasó en esa cueva? No lo puedo recordar. Hay un extraño agujero negro en esa parte del pasado.

Eres muy sensitiva, Cleo. Por tu padre... Estás abierta a lo que él llamaba campo astral. Por eso salió a relucir con tanta facilidad Rigo, tu demonio personal. Y Rigo te obligó a abrir la puerta a otros demonios. El mal es corrosivo, se extiende, es insaciable, aspira a dominarlo todo...

Estos pensamientos me turban. Primero me asalta la culpa. Luego decido que no puedo huir del embrollo en el que nos he metido a todos. ¡Debo hacerle frente! ¿Cómo? ¿Cuál puede ser la solución?

De repente se produce un barullo. Los mellizos están peleándose. Otra vez. Los veo revolcándose por el suelo. No paran de insultarse. Como si compitiesen para ver quién dice más barbaridades. Y se golpean como si se odiasen. La historia de Caín y Abel. ¿Cuántas veces me la contó papá cuando era niña?

El ángel caído, me digo de pronto, mientras contemplo la escena inmortal de los hermanos tratando de destrozarse mutuamente. Papá... Él era un ángel caído... Que ni siquiera fue capaz de salvar a su propia hija. Papá representaba el signo de los tiempos actuales. Su caída significa el fracaso de la fe. En una época en que nadie cree en los ángeles, los demonios echan a volar...

Papá es un ángel caído, me digo, volviendo a la realidad. Ahora estamos todos en corro. Rodeamos a Pedro, que está en el suelo, encogido, con las manos en el estómago, llorando. Los mellizos le han pegado. Es el precio que Pedro ha pagado por separarlos. ¡Qué situación más ridícula! ¿Por qué nadie se decide a atenderlo? ¿Están todos demasiado colocados?

Me agacho junto a él.

—¿Estás bien?

Pedro se levanta sin decir nada y se va corriendo al cuarto de baño. Lo sigo. Oigo cómo vomita. Al cabo de un rato, sale.

—He comido demasiado —dice.

Observo que empieza a hincharse, como María. Jesús aparece a mi lado.

—¡De puta Maiden! —dice, dando una palmada.

—¡No vuelvas a decir eso, por favor! —exclamo.

¡Me pone enferma oírle esa frasecita a Jesús!

Pedro nos mira con tristeza y pasa de largo. Pienso en su perro. ¿Dónde está Roco? Hace tiempo que no lo veo. ¿Le habrá pasado algo? Me tiente

preguntarle a Pedro, pero se me quitan las ganas al ver que se derrumba en una silla y se queda ausente.

Jesús se encoge de hombros y se pone a pasearse por el pasillo con las manos en los bolsillos del pantalón, mascullando, sin darse cuenta: De puta Maiden.

Esto es absurdo. Aunque tiene cierto sentido, si se piensa bien. Maiden. ¿Será el causante de lo que nos está pasando? ¿Qué es Maiden, en realidad? Por detrás de su fachada de triunfador. Si papá representa un ángel caído, ¿quizá él es... un demonio triunfante?

Me siento estúpida.

Vas a volverte loca, Cleo.

O quizá empiezo a recobrar la cordura. Que perdí cuando dejé de ser niña. Vivimos rodeados de ángeles y demonios... Y no nos damos cuenta. Por eso a unos los ignoramos. Y nos echamos en brazos de los otros.

El mal siempre resulta más tentador, más gratificante, más inmediato.

Tan fácil como respirar.

Roco. ¿Por qué de repente me obsesiona? Un simple animal. Un perro. Pero que forma parte del grupo. Y ahora está apartado. ¿Por qué? ¿Qué papel juega en este embrollo?

Roco está limpio, me susurra una voz.

¿De qué? ¿De demonios?

—Hola, Cleo —me dice María.

Luego se encierra en el cuarto de baño. La oigo vomitar. ¡Ha bebido sin parar! Vomita para seguir bebiendo. Ahora que su madre la ha puesto a dieta y sólo compra cosas sanas, sustituye la comida por el alcohol. El caso es meterse algo por la boca. Para matar el tiempo... Y no pensar.

Vuelvo al salón. Aurora y Santiago están haciendo manitas de una forma grosera en el sofá. Es increíble que la mojigata de Aurora se preste a eso...

¿Qué puedo hacer aquí? ¿Con quién puedo mantener una conversación sensata? Carlos se ha quedado dormido con el cuerpo apoyado sobre la mesa. En el Renacimiento que estoy viviendo, esta fiesta no tiene razón de ser.

—¡Me voy! ¡No aguanto más! —digo, poniéndome el abrigo.

Nadie me hace caso. En el pasillo vuelvo a encontrarme a Jesús.

—¿Ya te vas? —me pregunta.

—Sí. Necesito escribir.

—¿El qué?

Suspiro.

—Todo esto...

Jesús asiente con su cara pasmada.

—¡De puta Maiden!

—¡Te pasas el día escribiendo! —dice Lorenzo haciéndome cosquillas en los pies.

—¿Estás celoso?

—¡Pues claro que sí!

Dejo a un lado el portátil y salto a sus brazos. Nos hemos acostumbrado tanto el uno al otro que ya no le sorprende que sea tan impulsiva. Me agarra al vuelo. Sus brazos son mucho más fuertes de lo que parece. Tanto que podría retorcer a Rigo como si fuese un trapo.

—¡Me gusta que me sostengas así, como si fuese una niña!

—¡Eres una niña!

Le rodeo el cuello con los brazos.

—Te quiero, Loren.

—Y yo te adoro.

—¡Gracias a ti he vuelto a ser la de antes!

—Cuando eras niña...

—Y aún no se me había llenado la cabeza de pájaros.

Nos quedamos mirándonos. Me siento bien cuando miro a Lorenzo. Me siento completa. Pero ahora que lo conozco y lo percibo tan cercano a mí, tan compenetrado conmigo, como si formásemos las piezas de un mecanismo perfecto, he descubierto que no puedo vivir sin él. Y eso me preocupa. Porque Lorenzo no es un chico de carne y hueso. Es un ángel. ¡Me he enamorado de mi ángel de la guarda! Y eso debe de ser rematadamente enfermizo, aunque a mí me haga feliz y a él no parezca preocuparle.

—Llevo muchos días deseando hacer algo.

—¿Muchos? ¿Cuántos?

—Desde que apareciste en mi vida...

Lorenzo sonrío. Sus ojos brillan con esa malicia suya de conocimiento que tanto me cautiva. Porque Lorenzo no deja de tener malicia, aunque sea un ángel, y eso me encanta. De alguna manera lo humaniza. Además tiene sus manías. Por ejemplo detesta a mi osito de peluche. Y es caprichoso. Si no le hago caso enseguida se siente ofendido. Será porque no es un ángel

cualquiera, sino el mío. El que he creado yo, arrancándolo de mi corazón.

—¿Qué deseas hacer, joyita?

Me quedo mirando sus labios. De pétalos de rosa. Carnosos, con el borde perfilado por la mano de un artista.

—Besarte...

Lorenzo asiente, entornando los ojos. Y acerca su rostro al mío, invitador. ¿Así? ¿Tan fácil? ¿Puedo besar a mi ángel de la guarda sin que se desate un cataclismo? Una parte de mí se resiste a esa tentación. Intuyendo el peligro que hay detrás, a renglón seguido...

¡No puedo vivir del amor de un ser espiritual! ¡Yo necesito un cuerpo físico! ¿Qué pasaría si besar a Lorenzo me gustase demasiado? Querría repetir una y otra vez. No pararía de besarlo... Hasta el final de mis días. Y yo soy una chica normal. Aunque tenga visiones... Necesito un amor real, de carne y hueso.

—No puedo.

Lorenzo vuelve a retirar la cara y esboza un gesto agraviado.

—¿Por qué? —dice su voz de flauta.

—¡Tú eres un ángel, Loren!

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Pues... todo.

Lorenzo me sienta en el borde de la cama y posa una mano en mi cabeza. La calma vuelve a mí. Cada vez que me toca la cabeza me recorre todo el cuerpo una corriente de placer, de alegría, de paz.

Como si me sintiese bendecida por Dios, me digo.

—Los ángeles y los demonios tienen una existencia propia, como los animales, las plantas, los minerales, cualquier forma de vida de la Creación, pero los personales somos una proyección humana y nuestra naturaleza guarda una estrecha relación con la vuestra. Representamos la primera forma de vida metafísica producto de la Humanidad.

—¿Hay más formas metafísicas?

—Claro, los duendes y las hadas, por ejemplo.

Asiento, pensativa.

—¿Qué diferencia hay entre los ángeles y demonios que tienen una vida propia y los que salís de nosotros?

—Los ángeles de la guarda y los demonios personales somos la proyección del alma de una persona y por lo tanto nos comunicamos con el exterior a través de esa persona.

Por eso Rigo contactó enseguida con los demonios personales de mis amigos e hizo que yo extendiese el mal entre ellos...

—¿Cómo te proyectas tú al exterior?

Lorenzo agita sus alas, las despliega y me envuelve con ellas. ¡Es increíble sentirme rodeada por este nido de plumas sedosas que despiden una suave fragancia a rosa!

—A través del amor.

Arrimo la mejilla a su pecho. Al percibir los delicados latidos de su corazón, me emociono.

—¿Cómo?

—Todo el amor que tú me entregas se vuelca en el mundo, en el río de la vida donde nadan, revueltas, todas las almas. Y llegará un día en que ese amor que tú me das se haga cuerpo...

—No te entiendo.

Lorenzo apoya su mejilla en mi cabeza.

—Si el amor que sientes por mí es lo bastante intenso y duradero obrará el prodigio de materializar tus anhelos.

—¿Quieres decir que aparecerá en mi vida alguien como tú, pero de carne y hueso?

—Eso mismo...

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque tú eres fruto de mis deseos. ¡Eres un sueño!

—Y los sueños se cumplen a veces.

—Mi príncipe azul...

—Yo represento la ilusión de ese príncipe azul.

—¡Pero tú eres algo más que un simple pensamiento! Eres un trozo de mi corazón. Eres parte de mis entrañas.

—Claro, me has creado con toda tu alma, como ocurre en el verdadero amor. Cuando las personas se proyectan al exterior como tú lo has hecho para darme vida se desata una corriente de energía muy fuerte, que es magia pura, y atraen como un imán al objeto de sus sueños. Todo lo que se sueña existe, de alguna forma, en algún lugar, aunque nadie lo haya descubierto.

—¿Insinúas que en algún rincón del mundo hay alguien como tú?

—¡Exacto! Tu príncipe azul de carne y hueso...

Me quedo mirando el móvil, pensando que ha pasado algo. Es la primera vez que Pedro me llama.

—Cleo, Roco ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Ahora. Al salir de casa no lo he visto.

—¿Es la primera vez que se va?

—Hace un mes también se escapó.

—¿Lo encontraste tú?

—No, un vecino.

—¿Dónde?

—En la Charca Verde.

De modo que es eso. Roco se siente atraído por la Pedriza... ¿Por qué Pedro me ha llamado a mí?

—He pensado que podrías acompañarme.

Claro, Pedro cree que Roco ha ido a la cueva... Y sabe que yo conozco el camino. ¿Quizá Roco ha escogido un sábado por la mañana porque sabe que todos estamos libres? Ese perro es la mar de listo. Nos está mandando un mensaje. Su escapada no es gratuita.

Quiere que lo sigamos.

Porque él está limpio...

—No hay problema, pero quiero que vayamos todos.

Pedro se queda callado.

—Creo que es importante... —añado.

Sospecho que Pedro sabe a qué me refiero. O por lo menos lo intuye. ¿Qué recuerdo tiene él de nuestra última excursión a la Pedriza? ¿Es consciente de que nuestras vidas han cambiado desde la visita a la cueva de Paco el Sastre?

—Vale, Cleo. Yo me encargo de los chicos, pero llama tú a Jesús, que está muy raro y siente debilidad por ti.

—¡Hecho!

—¿Nos vemos en el parque del puente dentro de una hora, para dar tiempo a todos?

—Muy bien. ¡Que nadie se olvide la linterna!

Cuando cuelgo, veo que Rigo me ha agarrado de la muñeca. Lo miro con odio.

—¡Aléjate de mí!

—No, no, no —dice, burlón, sacudiendo su ridícula cabeza.

¡Cómo lo detesto!

Forcejamos. Mi indignación se transforma en impotencia. ¿Por qué es más fuerte que yo? Su cuerpo vuelve a ser inamovible, como un saco de boxeo que pesa toneladas. ¡Me hace sentirme tan humillada que Rigo logre someterme! No me queda más remedio que invocar a Lorenzo. Aunque ignoro si podrá comparecer en presencia de mi demonio personal, teniendo en cuenta que ambos son existencias espirituales opuestas.

—¡Loren! —exclamo.

Necesito llamar a mis amigos para acudir a la cita misteriosa a la que parece convocarnos Roco...

Pasa un rato. ¿Rigo impide materializarse a Lorenzo? ¡Pero yo lo deseo! Y él es una creación mía. Ha salido de mi interior. De mis entrañas. Claro que Rigo también y ahora es él quien me tiene atrapada.

De pronto me hormiguearon los pies, como me ocurre cuando Lorenzo juguetea con ellos. Y me asalta la paz que me invade cuando él me toca. Sonrío. Lo he conseguido. ¡Lorenzo está aquí! No hay nada que temer.

Lorenzo encara a Rigo. Me impresiona verlos juntos. Mi ángel tiene el doble de estatura que mi demonio. Uno es guapo, noble, luminoso. Y el otro, grotesco, miserable, gris. Rigo se ve más enclenque y enfermizo que nunca frente a la deslumbrante apariencia de Lorenzo.

—¡Fuera de aquí! —dice Lorenzo, señalando la puerta.

Rigo niega con la cabeza, impasible. ¡Me dan ganas de arrancarle a tiras su camisa de leñador y sus pantalones deshilachados! ¡Le quitaría sus botas apestosas para arrojarlas por la ventana! ¡Y aplastaría a puñetazos sus orejas de soplillo, su nariz puntiaguda y ese absurdo mentón que parece el mango de una taladradora!

Lorenzo me mira asombrado. Ha adivinado mis pensamientos...

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—¿A mí? ¿Por qué no lo echas? —digo, furiosa.

Lorenzo dirige una mirada de curiosidad a Rigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

Me viene a la mente la forma mágica en que Blanca redujo a Rigo, hasta

conseguir que desapareciese. ¿Por qué no puede Lorenzo hacer lo mismo? ¡No me creo que sea tan impotente como yo! ¿Qué clase de ángel de la guarda es?

Le dirijo una mirada desafiante.

—Loren, si no lo expulsas ahora mismo no quiero volver a verte —digo, con una dureza que nunca he empleado con nadie.

Lo digo porque sé que Loren es perfectamente capaz de cumplir mi deseo. No puede fallarme. Él no...

Noto que duda. Mira a Rigo como si estuviese calculando hasta qué punto puede enfrentarse a él.

—¡Loren! —le urjo.

Entonces Lorenzo se decide. Levanta la mano y la descarga sobre Rigo, con recelo, probando el efecto de su acción. Rigo sale despedido, como si lo golpease un gigante mucho más fuerte que él, y se queda encogido en un rincón, tembloroso, mirando atemorizado a su agresor.

Me siento orgullosa de Lorenzo. Quiero abrazarlo, pero no hay tiempo que perder. Mientras hablo por teléfono con Susana, Lorenzo se acerca a Rigo y lo observa con extrañeza, tanteándolo tímidamente con la punta del pie. Parece examinar a un bicho raro. Y Rigo es precisamente eso... Me choca ver el pie precioso de Lorenzo —él siempre va descalzo—, blanco, terso, como si fuese de marfil, tocando el cuerpo escuálido y mezquino de Rigo.

Me concentro en la conversación con Susana. Le sorprende esta repentina excursión, pero accede enseguida. Es la primera vez que le pido un favor. Con Aurora obtengo el mismo resultado, aunque desconfía un poco más. María no está por la labor, pero venzo su resistencia invitándole a cenar en casa las exquisiteces gastronómicas de mamá.

Vuelvo a echar un vistazo a Lorenzo y Rigo antes de marcar el número de Jesús. ¿Por qué se miran fascinados el uno al otro? ¿Qué les atrae tanto?

La diferencia... Puesto que son polos opuestos de mi personalidad.

Me encojo de hombros y llamo a Jesús. Contesta al primer tono.

—Hola, Cleo.

—Hola, Jesús. Tenemos que ir a la Pedriza.

—¿Ahora?

—Sí. Ha desaparecido Roco y creemos que está allí.

Presiento que Jesús rumia algo.

—Vamos a ir a la cueva, ¿verdad?

Me quedo de piedra. No me esperaba que fuese tan directo.

—No te olvides la linterna.

—He soñado muchas veces con esa cueva, Cleo. Allí pasó algo, ¿no?

—Creo que sí.

—No recuerdo lo que hicimos.

—Yo tampoco.

—Pero fue algo que nos ha marcado. Será bueno que volvamos.

—Eso mismo pienso yo.

—¡Cuenta conmigo, Cleo!

—¿Nos vemos con las bicis en el parque del puente?

—¡De puta Maiden!

Es agradable echarnos al monte después de los meses de oscuridad por los que hemos atravesado. Pero ninguno habla. ¿A qué viene este silencio sepulcral? Como si nos dirigiésemos a un velatorio. En parte es así. Intuyo que vamos a enterrar una etapa de nuestras vidas. Las sombras que se han cernido sobre nosotros.

El paisaje de la Pedriza me hace recuperar la vitalidad que sentía antes. El aire puro, los árboles centenarios, los arrendajos, los buitres leonados —a los que Jesús no presta ahora la menor atención—, el generoso río Manzanares, con el hipnótico sonido de sus aguas al precipitarse corriente abajo, y sobre todo las mágicas siluetas de granito rosa, cuyas formas me trasladan a un mundo fantástico, que se remonta a la época en que la naturaleza explotó en este entorno de ensueño.

Cuando dejamos las bicicletas en el cobertizo, sólo veo caras serias a mi alrededor. Hacemos la ascensión a la Charca Verde más despacio de lo normal. Parece que una fuerza invisible tira de nosotros hacia atrás.

Me hundo en extraños pensamientos. Luego me siento ida. El viento de la Pedriza, que sopla con fuerza, ha barrido mi mente.

Me sobresalto al oír unos ladridos. Roco está en medio del camino, coronando un terraplén. Gruñe, rabioso, enseñándonos los dientes. Cuando Pedro intenta acercarse a él, rompe a ladrar, amenazador.

Roco se da la vuelta y empieza a subir por el sendero, río arriba. Lo seguimos. A cada rato se detiene y nos ladra, quizá urgiéndonos a ir más deprisa, pero no deja que Pedro se acerque a él y redobla los ladridos para mantenerlo a distancia. ¿Teme que le usurpe su papel de guía?

Enseguida comprendo que nos está llevando a la cueva. Avanza con mucha seguridad. ¿Habría acudido allí más veces? ¿Tal vez en su anterior escapada? ¿Qué significa para él la cueva? ¿De qué manera puede percibir un perro la explosión demoníaca que según intuyo experimentamos durante nuestra visita a la guarida de Paco el Sastre?

Roco emite tres ladridos secos. Luego se yergue, apoyándose en los cuartos traseros, y se pone a aullar, levantando el morro. Hemos llegado. Pero

no al acceso que conocíamos, sino a otro situado en una zona más intrincada y profunda, que parece imposible de localizar si no se conoce. ¿Cómo ha podido Roco dar con él?

Ahora Roco sí permite que Pedro se le acerque.

—Buen chico —dice Pedro—. ¿A dónde nos has traído?

Roco se pone a escarbar el suelo. Quiere descubrir algo que está enterrado. Toto y los mellizos le ayudan, hay piedras demasiado pesadas para él. Entonces vemos, pasmados, que empieza a aparecer una superficie de metal.

—¡Esto es una puerta! —dice Jose.

—Una trampilla —dice Toto.

Los dos tienen razón. Cuando terminan de retirar las piedras y la arena que la cubre, encontramos una trampilla grande como una puerta.

—¡Flipa! —dice Carlos.

—Supongo que estará cerrada con llave —dice Aurora.

—No creo —dice Jesús, y se agacha para tirar del pomo que tiene la trampilla.

Los goznes chirrían. Su sonido es como un siniestro lamento en la apacible quietud que reina en la Pedriza.

Jesús deja abierta la trampilla, que ha cedido enseguida. Bajo ella hay un amplio hueco. Nos asomamos. A un lado distinguimos una escalera de caracol. Me resulta gracioso que todas nuestras cabezas se junten alrededor del hueco para echar un vistazo. Nos miramos con recelo.

—Tenemos que entrar —digo.

—Sí —dice Jesús.

Por alguna razón todos percibimos que es una obligación para nosotros regresar a las entrañas de esa cueva que al parecer ha contaminado nuestras vidas.

—Sacad las linternas de las mochilas —dice Toto.

Bajamos por los escalones de piedra y desembocamos en un largo subterráneo por el que nos adentramos, iluminándonos con las linternas.

—Aquí huele a muerto —dice Carlos.

—Y hace un frío que pela —dice Jose.

Entramos en una cámara revestida de mármol negro.

—¡Mirad, en el suelo han grabado una estrella de siete puntas! —dice Jesús.

Dentro de la estrella hay un círculo. Y en el centro del círculo hay un ojo

cerrado.

—Todo esto tiene muy mala pinta –dice María.

—Yo diría que aquí se reúnen los miembros de una secta –dice Jorge.

Jesús no para de palpar las paredes y el suelo.

—Estamos en una cámara secreta –dice, ajustándose las gafas.

—¿Por qué lo crees? –dice Toto.

—No tiene ninguna salida y se supone que está comunicada con el resto de la cueva.

Examinamos el suelo y las paredes. Al cabo de un rato nos damos por vencidos.

—¡Es verdad, no hay nada! –dice Aurora.

Nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer. Entonces oímos ladrar a Roco. Pedro se pone a silbar.

—¿Dónde se ha metido? –dice, preocupado.

Revisamos la cámara.

—¡No está aquí! –dice Susana.

Pero los ladridos se siguen oyendo, aunque suenan atenuados, como si algo los tapase.

—¡Se ha colado dentro de la cueva! –dice Jesús, deteniéndose en una esquina.

Echamos un vistazo. En efecto, los ladridos proceden del otro lado de una de las paredes que forma esa esquina.

—¿Cómo ha podido pasar? –dice María.

Los mellizos y Toto frotan la pared palmo a palmo.

—No hay nada –dice Jorge.

Nos apartamos de la pared y la iluminamos con nuestras linternas. En ese momento Roco brota de la pared, a un metro de altura, y aterriza a nuestros pies.

—¡Flipa! –dice Carlos.

—¿Cómo lo ha hecho? –dice Jose, asombrado.

—¡Eres un genio! –dice Pedro, acariciando a su perro.

—Creía que Roco es un simple pastor alemán –dice Aurora.

—Pues ya ves, es un súper perro —dice Jose.

Jesús se pone a dar palmadas en la parte de la pared que ha traspasado Roco.

—Hay eco –dice—. Lo extraño es que parece una superficie sólida.

Conforme Jesús aumenta la intensidad de sus palmadas, el eco se oye con

más claridad.

—Déjame —dice Toto, apartándolo, y da un puñetazo, sin contemplaciones, a esa parte de la pared.

Entonces su brazo, como por arte de magia, atraviesa la pared y Toto nos mira sonriente.

—¡Misterio resuelto! —dice, triunfal.

Los mellizos prueban si ocurre lo mismo en otras zonas de la pared, pero sus puños se estrellan en el duro mármol y profirieren exclamaciones de dolor.

—¡Mierda! —dice Jose.

—¡Casi me destrozo los nudillos! —dice Jorge.

—Parece que sólo hay una entrada mágica por donde ha pasado Roco —dice Jesús.

La cuestión es por qué conoce Roco la existencia de esa entrada.

Aurora tiene razón: es un simple perro... se supone.

—¡Vamos a hacer lo mismo que él! —propone Jorge.

—Tenemos que lanzarnos de cabeza, como si nos tirásemos a la piscina —aprueba Jose.

—Hay que hacerlo con fuerza o no podremos cruzar esa extraña barrera —dice Toto.

—¿Quién es el guapo que lo intenta primero? —pregunta María.

—Yo lo haré —se ofrece Toto.

Pero Roco se le adelanta. Tras tomar carrerilla, da un salto, elevándose un metro aproximadamente, y desaparece por el lugar donde Toto ha hundido el brazo. Pedro aplaude.

—¡Es el perro más listo del mundo!

—¡Allá voy! —dice Toto, tomando carrerilla, y se tira de cabeza, con los brazos por delante, gritando.

Luego la pared lo devora. Nos sentimos tan impresionados que no podemos articular palabra durante un instante.

—¡Flipa! —dice Carlos.

—Yo no hago eso ni borracha —dice María.

—Pues mola mazo —dice Jorge—. ¡Es mi turno!

Jorge pasa sin problemas, pero le oímos quejarse al otro lado.

—Ha aterrizado mal —dice Carlos.

Los demás nos quedamos mirándolo, acusadores.

—Te toca a ti —digo.

—¿Por qué a mí?

—Venga, Carlitos, no te hagas el remolón –dice Pedro.

—¡Salta tú, listillo!

—Tenemos que comprobar si necesitas ayuda –digo.

—Eso –añade Pedro.

Estamos discutiendo la cuestión cuando Toto vuelve a materializarse, como si fuese Spiderman.

—¿A qué estáis esperando? –pregunta.

—Hay que lanzar a Carlos al agujero negro –replica Jose.

Toto echa una ojeada a la barriga de Carlos.

—Es verdad. ¡Manos a la obra! Necesitamos a Jorge –dice.

Luego da unos golpes en la pared y al momento aparece Jorge.

—¡Es una pasada! –dice.

Entre los mellizos, Toto y Pedro levantan a Carlos, agarrándolo cada uno de una extremidad. Lo columpian varias veces, para tomar impulso. Carlos aúlla, atemorizado.

—¡Os arrepentiréis de esto! –dice.

Se balancea tanto que su cuerpo llega a la altura de nuestras cabezas.

—¡Ahora! –dice Toto.

Y lo sueltan, arrojándolo contra la pared. Cierro los ojos, pensando que el invento no saldrá bien. Cuando vuelvo a abrirlos, Carlos ha desaparecido y oímos sus gritos de dolor al otro lado de la pared.

—¡Si pensáis hacerme eso a mí estáis listos! –dice María.

—¿Serás capaz de saltar a un metro de altura? –le pregunta Toto.

—¿Por qué tenemos que meternos allí?

—¿No ves que esto es alucinante? ¿Dónde está tu curiosidad? ¡Esta cueva es mágica!

—Yo no le veo la magia por ningún sitio. Desde que estuvimos aquí la última vez nos hemos vuelto todos un poco locos.

Mientras Toto y María discuten, Pedro consigue pasar al otro lado, a pesar del sobrepeso que ha cogido en los últimos meses. Y lo siguen los mellizos, Susana y Aurora, que se toman el asunto a juego.

—Ahora tú –le digo a Jesús.

—¡De puta Maiden!

Jesús se ajusta las gafas, mete la linterna en la mochila, como han hecho los otros, y atraviesa la pared de un salto, aunque los pies se le enganchan un momento en el borde inferior de la entrada mágica y le oímos gritar.

Toto se encoge de hombros.

—Se habrá caído de morros —dice.

Nos reímos.

—Bueno, ¿qué? —le digo a María.

—¡Ya voy! ¡No me apures!

Es evidente que no quiere quedarse sola en esta inquietante cámara secreta. Y la idea de regresar sobre sus pasos no le seduce.

Toma más carrerilla de lo necesario. A pesar de estar obesa siempre ha sido muy ágil y rápida, de modo que puede saltar sin dificultad. Luego oímos que Jesús suelta un alarido.

—Ha aterrizado encima de él —me dice Toto.

Volvemos a reírnos.

—Tu turno, Cleo. Yo iré el último.

Asiento. Espero un poco, para que María y Jesús se aparten, y salto. Al cruzar la pared siento como si franquease una barrera de goma espuma. Luego caigo a cuatro patas y me levanto enseguida. Por detrás de mí viene Toto. Los demás nos enfocan con sus linternas.

—Ya estamos todos —dice Jorge.

—Vamos —digo yo.

—¿A dónde? —pregunta María.

—A ninguna parte —dice una voz ronca.

Y vemos salir de la penumbra una figura encorvada y siniestra.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿Cómo habéis entrado?

El jorobado es pequeño y anciano. Lleva una capa de paño gris que le tapa desde el cuello hasta los pies. Sus ojos están hinchados y son muy negros y brillantes. En sus orejas de duende, de lóbulos larguísimos, luce gruesos aros a modo de pendientes. Su enorme nariz tiene tantos granos, pelos y protuberancias que resulta repulsiva.

¡Dios, qué tipo más desagradable!

—¿Quién eres tú? —dice Toto, altanero, como si le envalentonase el aspecto menguado del jorobado y nuestra evidente superioridad numérica.

El jorobado guiña uno de sus ojos hinchados mientras el otro centellea.

—Me llamo Draco y nací hace cientos de años, no recuerdo nada más, muchacho, mi cabeza ha enfermado —dice.

Su voz ronca y cavernosa no puede ser humana.

—¿Por qué estás en esta cueva?

Draco duda, frotándose su mentón casi inexistente con lo que parecen garras de ave rapaz.

—Aquí se reúnen los Ángeles del Infierno, hijo —balbucea, asintiendo, como si lo acabase de recordar.

Nos miramos intrigados.

—¿Quiénes son? —pregunta Toto.

Draco parpadea, confundido. Le sorprende que Toto no lo sepa.

—Son... son...

De pronto cambia de actitud y nos mira inquisitivamente, casi con furia.

—¡Fuera de aquí, intrusos! —exclama, airado.

Luego se acerca a Toto y le da un manotazo en el pecho. Aunque el golpe en apariencia no es fuerte, Toto sale proyectado, como si lo arrastrase un huracán, y se choca contra la pared.

Contengo la respiración. ¿Cómo ha podido hacer eso este tipo anciano, enclenque y enfermizo?

María se abraza a sí misma, temblando, y Aurora se lleva la mano a la boca, espantada. Los demás estamos demasiado sorprendidos para reaccionar.

Excepto Jesús, que ayuda a Toto a incorporarse.

—¡Largo, imbéciles! ¡No oséis enojar al guardián de los Ángeles del Infierno! —exclama Draco.

Según se acerca a nosotros, nos apartamos, temiendo que nos ataque como a Toto. Entonces Roco salta sobre él, ladrando, enloquecido. La boca sin labios, de sapo, del jorobado, se contrae en un gesto de dolor, mostrando unas encías renegridas y desdentadas. Roco ha mordido a Draco en uno de los tobillos y aprieta las fauces con rabia.

Nos quedamos asombrados por lo que sucede a continuación. De pronto la atmósfera se impregna de un olor ácido y penetrante, muy desagradable. Del tobillo que mantiene atenazado Roco comienza a salir un líquido amarillento y fosforescente que al derramarse en el suelo se esfuma.

Roco se separa del jorobado, ladrándole con ira. El líquido amarillento y fosforescente sigue extendiéndose y devora la capa de paño gris, que se descompone. Draco se nos muestra ahora desnudo. Tiene un repelente cuerpo de lagarto. Y está cojo. El tobillo que ha mordido Roco ha desaparecido, disolviéndose en ese líquido que luego se desvanece. La otra pierna está rematada por una pezuña de macho cabrío que Roco también muerde con saña.

—¿Qué espíritu ha venido a terminar con la vida de Draco? ¡Manifiéstate! —dice el guardián de los Ángeles del Infierno sufriendo terribles sacudidas, con los ojos llenos de lágrimas y la boca salpicada de espumarajos.

El otro tobillo desaparece al contacto del líquido amarillento, que parece provocado por los mordiscos de Roco. El jorobado se desploma, gimiendo, y se retuerce en el suelo, presa de convulsiones.

Roco, al que nunca habíamos visto tan alterado, sigue dándole dentelladas, por todo el cuerpo. En los lugares donde hunde sus dientes brota un chorro de voraz líquido que al extenderse volatiliza el extraño material del que está formado Draco.

Ahora sólo queda la cabeza, que sigue lamentándose, con la lengua fuera. Roco la mira fijamente, gruñendo, con la cola levantada y el pelo erizado. Luego se abalanza sobre ella y muerde con fiereza la espantosa nariz. El líquido amarillento y fosforescente comienza a extenderse por la cabeza, desintegrándola. La nariz, la boca de sapo, los ojos hinchados, las orejas de duende, la barbilla casi inexistente, la mata de pelo estropajoso...

Sólo queda el cráneo, que rueda por el suelo hasta uno de los pedestales

vacíos que hay en la estancia —entre otros que sostienen una calavera— y se encarama en él, empujado por una fuerza invisible.

Roco resuella, dándose por satisfecho. Poco a poco vuelve a la normalidad. Pedro le acaricia el lomo con recelo.

—¡Dios mío, chico! ¿Qué te ha pasado? —dice, asombrado.

—¡Esto es de locos! —dice María, temblando por la impresión.

—¿Se puede saber qué rayos era eso? —dice Jose, señalando la calavera.

—Un demonio... —digo yo.

Al salir de la estancia donde nos hemos encontrado a Draco desembocamos en una sala que me resulta familiar. Aquí se celebró el baile de disfraces del que luego nos olvidamos por completo.

—¡Esto me suena! —dice Carlos, mirando pensativo a su alrededor.

—Aquí estuvimos la otra vez —dice Susana, llevándose la mano a la cabeza, como si recordase algo.

Pedro examina las calaveras que hay en los pedestales.

—¿Todos éstos son demonios que la han palmado? —pregunta.

—¡Se está bien en este sitio! —dice Jose.

—¡De puta Maiden! —exclama Jesús, parado en mitad del salón, con los brazos cruzados.

—Tenemos que hacer algo —digo yo.

—¿A qué te refieres? —me pregunta Toto.

—En esta cueva se reúnen los demonios.

—¿Como ese Draco? ¿Los Ángeles del Infierno?

—¡Exacto! Por eso cuando vinimos la vez anterior salieron a relucir nuestros propios demonios.

—¡Qué cosas tienes! —dice María.

—Hablo en serio. Todos tenemos un demonio personal que intenta destruirnos.

—Puede ser. Estamos muy raros desde entonces —dice Aurora.

—¡He encontrado otra habitación! —salta Jorge.

Lo seguimos y entramos en una estancia amplia. Aquí hay varios baúles. Los abrimos.

—¡Cuántos disfraces! —dice Pedro.

—¡Claro! ¿No os acordáis? ¡Nos disfrazamos! —dice Jesús.

Nos quedamos callados. Como si a todos se nos haya encendido una bombilla en nuestro interior. Luego estallamos en exclamaciones. Cada uno recordamos nuestro propio disfraz. Y las extrañas emociones que experimentamos. Pero sigue pareciéndonos un sueño. Un sueño rematadamente extraño. Que compartimos todos.

—¡Había otras personas! —dice Jesús, ajustándose las gafas, ido.

—¡A algunas yo las conocía! —dice María.

—¿Quiénes? —dice Jose.

Hacemos memoria. En vano. Una mano misteriosa ha borrado ese recuerdo. Pero Jesús consigue entresacar otro recuerdo de las tinieblas.

—¡Tomamos una bebida muy rara! —exclama, como si hubiese hecho un descubrimiento importante.

—¡Claro! ¡Era de color verde! —dice Pedro.

—¡Y estaba deliciosa! —dice Carlos.

—Yo no paraba de beber —dice Susana.

—Y yo —dice Aurora.

—Ahora lo entiendo. Los que estaban con nosotros en el baile de disfraces nos dieron una droga para que luego no nos acordásemos de ellos —dice Jesús.

—A lo mejor temían que los denunciásemos a la policía —dice Jorge.

—Creo que estuvimos acompañados de demonios —digo yo.

Los demás guardan silencio, pensativos.

—Demonios como Draco —dice Toto.

—¡Entonces los demonios existen! —dice María.

—Y los ángeles —digo yo.

—Vivimos rodeados de ángeles y demonios —dice Jesús, en un tono enigmático.

—¿De veras crees que todos tenemos un demonio personal? —me pregunta Pedro.

Decido contarles la historia de Rigo. No tengo nada que perder. Y en cambio puedo ayudarles a reconocer a su propio demonio personal, que se dedica a arruinarles la vida, a cada uno de diferente manera.

Cuando termino noto que mi relato les ha sugestionado. Ha movido un resorte en su interior. Arrojando luz sobre una parte de su personalidad que había permanecido inexplorada hasta ahora.

—Tienes razón. Yo también he sentido a mi demonio personal en los últimos meses, desde que hicimos la otra excursión —dice Jesús—. Por su culpa he dejado de estudiar y ya no me interesa nada.

Los otros se ponen a enumerar las desgracias que les han provocado sus demonios personales.

—Yo ya no juego al baloncesto, estoy todo el día deprimido y como sin parar para matar el aburrimiento —dice Pedro.

—Yo me he liado de Jaime aunque siempre me ha parecido un chico detestable –dice Susana.

—Y yo me he enrollado con Santiago, que es igual de asqueroso –dice Aurora.

—Yo me he vuelto un matón indeseable –admite Toto.

—Mi hermano y yo no paramos de pelearnos, como si nos odiásemos –dice Jorge.

—Yo a veces pensaba en matarte –reconoce Jose.

—Yo voy a explotar de tanta porquería que me meto por la boca –dice María.

—Igual que yo –dice Carlos.

Roco ladra, aprobador. Suspiramos. Esto significa una liberación psicológica para nosotros. Es el principio del fin de la trampa en la que nos habíamos metido. Ahora sabemos a qué atenernos. Hemos reconocido el mal. Y estamos en disposición de combatirlo.

—¡Nunca más! ¡Yo voy a salir de ésta! –dice Jesús.

—Y yo –dice Toto.

Los demás están de acuerdo.

—¡Tenemos que matar a nuestro demonio personal! –exclama Pedro.

—Nunca deberíamos haber venido a esta cueva –dice Susana.

—¡Se acabaron las fiestas locas y los malos rollos! ¡Hay que ser chicos sanos! –dice Jose.

—Para terminar con esto debemos hacer una ceremonia de purificación –digo yo.

—¿Cómo? –dice Toto.

—¿Qué os parece si prendemos fuego a esta basura que cambió nuestra personalidad? –propongo, señalando los disfraces.

—¡Buena idea! –dice Pedro.

—Pero si incendiamos la cueva el fuego podría extenderse por la Pedriza –dice Jorge.

—Es imposible. En esta parte no hay vegetación –dice Jesús.

—Es verdad, sólo hay piedras y arena –dice Toto.

—Además el fuego no saldrá del subsuelo –apunta Jesús.

—Voy a comprobar el acceso por el que entramos la otra vez –dice Toto, y se marcha.

No tarda en regresar.

—No tendremos problemas para escapar. La salida es pequeña. En cuanto

estemos fuera la tapamos con piedras para que esto se convierta en un horno que lo achicharre todo.

Está ilusionado con la idea. Vuelve a ser el Toto de antes. Entusiasta, magnífico. Ha tomado conciencia de la gravedad de lo que nos ha sucedido y quiere ponerle remedio cuanto antes.

—¡Vamos allá! —dice.

Me santiguo, como papá, que lo hacía con frecuencia, y los otros me imitan, en un acto reflejo.

—¡Venga, sacad los mecheros! —dice Pedro.

Los que tienen un mechero arriman la llama a los disfraces. Arden enseguida, su material es de combustión rápida. Esperamos a que las llamas se extiendan a los baúles.

—Tenemos que poner muebles por el camino para que el fuego se propague a la sala de baile —dice Toto.

Los mellizos y Pedro se ponen manos a la obra. Como los pedestales donde estaban las calaveras son de madera, los colocan en fila, formando un camino que comunica las dos habitaciones. Jesús no tiene reparos en recoger todas las calaveras para arrojarlas al fuego que ya arde con fuerza en los baúles. Cuando las llamas pasan al primer pedestal, aplaudimos. Roco ladra alegremente.

—¡Listo! —dice Jorge.

El ambiente se está volviendo irrespirable a causa del humo.

—Ya no tenemos nada que hacer aquí —dice Toto.

—Será mejor que nos vayamos —dice Pedro.

Abandonamos el salón, tosiendo. Una vez en el estrecho pasadizo respiramos aliviados. Entonces sucede algo increíble. Vemos salir del salón una especie de lenguas de viento, de colores, en las que hay caras deformadas que adoptan expresiones de terror y angustia y profieren lamentos fantasmales.

Nos echamos al suelo, amedrentados. Las apariciones pasan por encima de nosotros y se escapan por la abertura de la salida.

—¡Son los espíritus de los demonios! —dice Jesús.

—Estaban en esas calaveras que has tirado al fuego —dice Toto.

En una de esas presencias terribles me parece reconocer a Draco, aunque sus rasgos están tan desdibujados en las multicolores lenguas de viento que resultan indefinibles.

Entonces percibimos risas espectrales procedentes del fondo de la tierra y

vemos salir del suelo, entre nosotros, diminutas figuras luminosas, estilizadas, parecidas a hadas, que se elevan lentamente y desaparecen por el techo de la cueva.

Intuyo qué son. Han brotado de la tierra gracias a la extinción definitiva de los demonios.

—Son almas liberadas —balbuceo, mirando maravillada las estilizadas figuras de luz.

—No lo entiendo —dice Jesús.

—Son las víctimas de los demonios. Por fin se han liberado de su condena...

María se pone a toser. El humo está invadiendo el pasadizo.

—¡Larguémonos de aquí! —dice Pedro.

Los espíritus de los demonios ya han terminado de desfilar hacia la salida, pero las figuras luminosas no cesan de brotar. Flotan lentamente, como delicadas libélulas, hasta atravesar el techo de la cueva. Al rozar una de ellas me invade una intensa alegría y comprendo que esa alma, hasta ahora cautiva, me agradece su liberación.

—¡Venga, Cleo! —oigo que me llama Toto mientras los otros están saliendo de la cueva.

—Ya voy —digo.

No puedo resistir la tentación de tocar la proyección astral de otra alma y de otra y otra. Cada contacto de esas fantásticas hadas del espíritu me llena un poco más de ilusión, de amor, de paz.

De pronto contengo la respiración.

Acabo de tocar...

El alma de mi padre.

Tapamos la abertura de la cueva con piedras y comprobamos que no hay vegetación por los alrededores.

—Deberíamos quedarnos aquí un rato para comprobar que el fuego no sale de la cueva —dice Jesús.

—Tienes razón —aprueba Toto.

Nos sentamos en corro a la entrada de la cueva. En el centro del corro está Roco, tumbado apaciblemente. Nos mira con curiosidad, enarcando alternativamente las cejas, con la cabeza apoyada en las patas delanteras.

Pienso en el descubrimiento que acabo de hacer. ¿Por qué estaba el alma de mi padre entre las víctimas de los Ángeles del Infierno? ¿Él ha sido una víctima de los demonios? Los médicos le diagnosticaron muerte súbita...

Mamá y yo lo encontramos tumbado en la cama y la noche anterior se había acostado sin mostrar ninguna señal sospechosa.

¿Quizá su desaparición estuvo provocada por causas que desconocemos?

—¿En qué piensas? —me pregunta Toto.

—En demonios.

—Todos estamos pensando en ellos —dice Jorge.

—Lo extraño es que tú puedas ver al tuyo con una forma física —me dice Toto.

—Cleo siempre ha sido muy sensible —dice Aurora.

—Además tu padre era especial... —me dice Susana—. Y se te ha pegado algo de su religiosidad.

—¡Me gustaría encontrarme cara a cara con mi demonio personal! —dice Pedro.

—¡Y a mí! —dice Jose—. ¡Lo molería a palos!

—Nos falta la imaginación que tiene Cleo —dice Jesús—. Los magos dicen que una imaginación lo bastante poderosa puede conseguir que se materialicen sus fantasías.

—Creo que no voy a pegar ojo esta noche —dice María.

—Lo importante es que hayamos tomado conciencia de lo que nos está pasando —dice Toto.

—Eso mismo creo yo —dice Jesús.

—Tenéis que buscar la protección de vuestro ángel de la guarda —les digo.

Me miran pasmados.

—¿También existen los ángeles de la guarda? —pregunta María.

Asiento, solemne. Luego les cuento la historia de Lorenzo. Se quedan todos más admirados aún que con la existencia de Rigo. Sobre todo las chicas.

—¡Es increíble! —exclama Aurora.

—¡Dios, me subiría por las paredes de contenta si aparece mi ángel de la guarda! —dice Susana.

—¡Flipa! —dice Carlos—. ¿Tiene alas y todo?

—Yo creía que los ángeles y los demonios son una leyenda —dice María.

—Pues estabas equivocada. Todos hemos visto a ese Draco... —dice Toto.

—¡Molaría mucho más ver a un ángel! —dice Pedro.

—Hay uno en tu interior —le digo.

Pedro me sostiene la mirada, sorprendido.

—Yo perdería la cabeza por mi ángel de la guarda —dice Susana, suspirando.

—¡El tuyo tiene que ser guapísimo! —me dice Aurora.

—¡Anda, Cleo, haz que aparezca ahora! —dice Jose.

—Eso no es posible —digo.

—¿Por qué?

—Los demonios personales y los ángeles de la guarda sólo son visibles para su poseedor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi madre no puede ver a Rigo y a Lorenzo. Lo he comprobado varias veces.

—¡Yo quiero ver un ángel! —dice Pedro.

Entonces nos recorre una fuerte ráfaga de viento. Que no es fría, sino cálida. Y oímos una voz que suena a flauta.

—Que tu deseo se cumpla, joven Pedro —dice.

Miramos pasmados a Roco. ¡La voz ha salido de él!

—No me digas que tu perro también habla —le dice María a Pedro, que tiene los ojos como platos.

—¿Queréis ver un ángel, muchachos? —dice Roco.

¡No hay duda! ¡Es él! Sus fauces se han movido para modular las palabras. Noto que mis amigos dan un respingo. La sorpresa es sustituida por temor. Les asusta ver hablar a un pastor alemán. En cierta forma les impresiona más que Draco, ese terrible demonio jorobado que nos encontramos en la cueva.

—¡No puede ser! ¡Es un truco! —dice Jose, sobreponiéndose a la perplejidad.

—¡Voy a demostrarte que los ángeles existimos, joven Jose! —dice Roco—. ¡Que no somos una leyenda ni el fruto de un truco barato de magia!

El asombro que nos causan esas palabras, que indudablemente ha pronunciado el perro de Pedro, nos hace guardar un silencio sepulcral.

Entonces Roco empieza a sufrir sacudidas y su cuerpo se ilumina como si dentro de él hubiese una potente luz que se proyecta hacia el exterior.

Roco abre las fauces todo lo que puede, emitiendo un agudo aullido. Luego de su boca sale una serpiente de luz verde que zigzaguea en el aire unos instantes antes de posarse en el suelo, donde cobra bruscamente la forma de un niño de unos seis años.

Como el genio de la lámpara maravillosa de Aladino.

Y Roco se queda inmóvil, con los ojos cerrados.

—Hola, amigos —dice la aparición, que está provista de unas alas preciosas, aunque mucho más pequeñas que las de Lorenzo y Julián—. Me llamo Serezán y soy un ángel errante.

Observo admirada al pequeño Serezán. No lleva túnica, como Julián, sino un simple taparrabos de plumas, igual que Lorenzo en sus últimas apariciones. Su cuerpo no es escultural y magnífico como el de Lorenzo, cuyos grandes pectorales me hacen suspirar, sino fino, de muñeco, como corresponde a su edad, aunque está torneado delicadamente.

Resulta más bonito y atrayente que las redondeadas muñecas que mamá no paraba de comprarme cuando yo era niña. Su carita, coronada por brillantes rizos rubios, es una monada.

Serezán nos mira con dulzura. Siento un escalofrío de placer cuando sus ojos, de color azafrán, se posan en mí. Serezán está sentado en posición de loto, con las manitas en las rodillas. Sonríe. Y en sus ojos asoma esa malicia que a veces palpita en la expresión de Lorenzo.

—Me he tomado la libertad de meterme en el cuerpo de vuestro perro — añade Serezán.

Eso explica muchas cosas. Que Roco nos haya llevado a la cueva por un acceso imposible de localizar si no se conoce. Y que haya descubierto el lugar de la cámara secreta donde podíamos atravesar la pared. Y que destrozase a Draco a mordiscos.

Fue él, Serezán, con su poder de ángel, quien obró aquellos prodigios, a través de Roco, que es un simple pastor alemán, después de todo, por muy especial que a nosotros nos parezca.

Serezán sigue hablando y nos hace preguntas para que superemos nuestro asombro. Al cabo de unos instantes todos estamos charlando amigablemente con él. Con toda naturalidad.

Los ángeles existen, es evidente para todos. Tenemos la demostración palpable delante de nosotros. Las chicas incluso se animan a tocar a Serezán. Aurora y Susana acarician sus alas, embelesadas.

María pasa la mano con ternura por su cuerpecito.

—¿Ahora crees en los ángeles? —le pregunta Serezán, riéndose.

—¡Por supuesto que sí! —replica María, y lo besa en la mejilla.

María siempre ha querido tener un hermanito. ¿Verá a Serezán como la idealización de ese deseo suyo insatisfecho?

—¡Me encantan tus alas! —dice Aurora.

—¡Yo me pasaría la vida acariciándolas! —dice Susana—. ¡Son tan suaves! ¡Y huelen a rosas!

—Todas las alas de los ángeles huelen a rosa, es nuestra flor preferida. En el limbo donde vivimos estamos rodeados de pétalos de rosa.

Jesús se acerca a Serezán para mirarlo a sus anchas y se ajusta las gafas.

—¿Cómo sois los ángeles errantes? —le pregunta.

Serezán sonríe.

—Los ángeles errantes nos diferenciamos de los ángeles de la guarda, los celestes, los vengadores, los encarnados y otras clases de ángeles en que

podemos entrar en cualquier cuerpo creado para actuar a través de él. Y somos niños porque nuestra labor requiere un estado de máxima pureza.

—¿Por qué has venido a nosotros? —dice Toto.

Serezán se encoge de hombros.

—Un buen amigo me pidió ese favor. Un ángel vengador llamado Julián.

Serezán me dirige una mirada de complicidad. Asiento con la cabeza, ruborizándome.

—¿Cuándo entraste en mi perro? —pregunta Pedro.

—La vez anterior que se escapó y vino a parar a la Pedriza. El pobre estaba muy trastornado por lo que había visto durante vuestra primera visita a la cueva.

—Sí, se sobresaltaba por cualquier cosa y no quería comer —dice Pedro.

—De todos vosotros él fue el único que no se manchó con el baile de disfraces, por eso estaba aterrorizado. Y también por eso pude entrar en él. Si hubiese tenido a un demonio en su interior no habría podido hacerlo.

—¿Qué pasó en ese baile de disfraces? —dice Jorge.

Serezán suspira.

—No puedo contaros nada más. Interferiría en vuestro libre albedrío.

—¿Qué significa eso? —pregunta Jose.

—La vida humana existe gracias al libre albedrío. Es su seña de identidad. Las criaturas espirituales sólo podemos influir en vosotros, no tenemos autoridad para interferir en vuestro libre albedrío, que debe estar sometido a las fuerzas buenas y malas que condicionan la vida. Existe una ley universal del equilibrio, es necesaria la dualidad: día y noche, calor y frío, muerte y nacimiento, hombre y mujer. Los opuestos se complementan.

—¿También el bien y el mal? —dice Jesús.

—Sí, por eso los ángeles y los demonios formamos las dos facetas de la misma identidad.

—¿Quieres decir que los demonios son necesarios? —dice Toto.

—¡Claro!

—¿Para qué?

Serezán vuelve a suspirar.

—Cuando una casa se vuelve tan vieja y pequeña que ya no sirve, hay que destruirla para construir otra, ¿no crees, joven Toto? En la vida no es suficiente con construir, también hay que saber destruir. Siempre deben afrontarse cambios y para cambiar hay que acabar primero con lo que se ha transformado en un lastre.

—Entiendo —dice Toto, asintiendo, muy serio.

Serezán se pone de pie.

—Bueno, he de irme ya —dice, sonriendo—. Os he dado bastantes pruebas para robustecer vuestra fe.

—¡Y nuestra curiosidad! —dice María.

Serezán inclina la cabeza, esbozando un gesto risueño.

—¡Adiós, amigos! —exclama, saludándonos con la mano.

Luego levanta el vuelo, agitando las alas, y en las alturas se reúne con Julián.

Los dos ángeles se abrazan.

Y desaparecen en el cielo.

—¿Cuántas páginas llevas de tu libro?

—Un porrón. Setecientas.

—¡Venga, déjalo ya!

Lorenzo vuelve a sentirse desplazado. La verdad es que no me puedo concentrar si él me hace cosquillas en los pies. Aparto el portátil y me levanto de la cama.

—¡Mi ángel querido! —digo, abrazándolo.

Nos quedamos así durante un rato. Callados, sintiendo el contacto de nuestros cuerpos. El suyo me electriza. Me recorren escalofríos de deseo. Desde que Lorenzo aparece sólo cubierto con un taparrabos de plumas me asalta el impulso de comérmelo a bocados. Como si fuese un exquisito pastel. Y él lo sabe. Por eso renunció a la túnica. Me está provocando. Quiere que establezcamos una intimidad mayor. Y yo me resisto. Temiendo pillarme. Pero es inevitable. Y quizá sea bueno. ¡Estoy hecha un lío!

—¿Me quieres? —me pregunta.

—¡Claro que sí!

—Pero no lo suficiente, ¿verdad?

Dudo.

—¡Me das miedo, Loren!

Lorenzo suelta su risa fresca y desenfadada.

—¿Yo? ¿Tu ángel de la guarda?

—Ya sé que parece una bobada...

Siento que me pongo a temblar. Pero no de frío. Sino de deseo... Percibir sus fuertes pectorales contra mi pecho me hace perder la noción de la realidad. Mis manos recorren su espalda, grande, sólida, que me transmite seguridad. Sus hombros redondeados. Sus brazos musculosos, que no tienen nada que envidiar a los de Toto o los de Maiden.

Suspiro. ¡Me estoy derritiendo por dentro! Y no debo abandonarme a esta corriente animal que intenta dominarme. ¡No se puede hacer el amor con un ángel! ¡Es un pecado!

—¿Quién ha dicho eso?

¡Dios mío! ¡A veces no soporto que Lorenzo pueda leer mis pensamientos!

—Yo te deseo tanto como tú a mí, Cleo. Y no creo que eso sea malo.

—¡Para ti todo es tan fácil!

—¿Por qué no va a ser fácil?

—¡Nada es gratuito en la vida, Loren!

—Te estás rompiendo la cabeza en vano.

Amarlo tiene un precio. Y prefiero no pensar cuál es. Ahora yo estoy bien. Mi libro me llena, he recuperado a mamá y a mis amigos, a veces hablo con papá en el salón, las aguas han vuelto a su cauce... ¿Por qué iba a estropearlo todo por una ilusión?

—Yo necesito más... —dice Lorenzo, cautivador.

¿Cómo un ángel puede decir eso? ¿No se supone que los ángeles no son carnales? ¡Debería darse por satisfecho! ¡Ha conseguido transformarme! ¡Ha sacado a relucir la mejor versión de mí misma! Misión cumplida, ¿no?

¡No! Yo misma deseo entregarme a ese deseo. Como si fuese algo que de alguna forma me reconcilia con el mundo y conmigo misma. Es lo más natural... Como los ciclos de las estaciones o la época de celo de los animales. Mantenerme apartada de esa necesidad, que a veces me resulta imperiosa, es enfermizo, me hace daño. Y Lorenzo, mi ángel de la guarda, quiere lo mejor para mí.

Siento que la fuerza que hasta ahora ha retenido mis impulsos, como un dique de contención, de repente cede. Mi mirada se posa en los labios de Lorenzo. El objeto de mi deseo. Esos pétalos de rosa replegados, que me atraen como un imán. ¡Cuántas veces he soñado con ellos! Los he visto recorriendo mi cuerpo... Adorándome.

Sin poder controlarme, salto sobre ellos. Por fin.

Al sentir los labios de Lorenzo sobre los míos, al juntar mi boca a la suya, al besarnos hasta arrancar de mí el último suspiro, comprendo que esto es precisamente lo que he soñado siempre...

Mamá ha traído un piano. Cuando llego del instituto lo encuentro en mitad del salón.

—He comprado un piano, Cleo.

—Ya lo veo.

Estoy pasmada.

—No me habías dicho nada.

—Quería que fuese una sorpresa.

Me quedo mirando el piano. Lo acaricio. Huele a nuevo, a madera, a barniz, a promesas. Es marrón y brillante. Me parece un barco fantástico. Me ilusiona. Mamá está encantada. De pronto recuerdo que ella ha hecho la carrera de piano. De joven soñaba con ser pianista profesional. Luego se dedicó a vender libros de texto en los centros escolares. Y se casó con papá. Y me tuvo a mí. Y su carrera de pianista quedó enterrada.

—Has hecho bien, mamá.

—¿Verdad que sí? ¡Gracias, hija!

Mamá me abraza. Noto que se emociona. ¿Por qué es tan importante para ella este piano?

—¡Vida nueva! —dice.

—¡Eso es estupendo!

Sus ojos están empañados. Levanta la tapa del piano y acaricia las teclas.

—¡Hace tantos años que no practico! ¿Crees que lo habré olvidado todo?

—¡Qué va! ¿Por qué no tocas algo? ¡Nunca te he escuchado!

—Ahora no. Me saldría fatal. Tocaré para ti cuando esté preparada, ¿vale?

—¡Trato hecho!

—Será mi puesta de largo como pianista.

Sonrío.

—¡Es genial que hayas dado este paso!

Mamá agacha la cabeza con timidez.

—Llevaba tiempo pensándolo. He soñado varias veces con la época del conservatorio. Algo en mi interior me decía que debo intentarlo de nuevo.

—¿Por qué no? ¡Todavía eres joven!

Mamá suspira.

—Bueno, quizá no sea demasiado tarde.

Nos sentamos en el sofá y nos quedamos mirando el piano.

—Tu padre se enamoró de mí cuando me vio interpretar a Beethoven.

—¿En serio? ¡No me lo habías contado!

—Fue en un concierto benéfico que organizaron en el Garcilaso de la Vega. Me pidieron que tocara la sonata Claro de luna.

—¡Guau!

—A tu padre se le saltaron las lágrimas. Nos habíamos visto varias veces, cuando yo iba al instituto representando a la editorial, pero él nunca me dirigía la palabra. ¿Sabes lo primero que me dijo?

—¿El qué?

Mamá se pone a llorar.

—Me dijo: Una mujer que siente así la música, puede reconocer a un ángel...

Guardamos silencio. Mamá sigue sollozando. Tomo su mano y me la pongo en el regazo.

—Cuando nos casamos se empeñó en que comprásemos un piano, pero yo me negué.

—¿Por qué?

—Teníamos que pagar las letras de la casa y yo sabía que si me ponía a tocar el piano dejaría el trabajo en la editorial. De joven puedes soñar, pero cuando tienes responsabilidades no.

—¡Podrías haberte ganado la vida como pianista!

—No tengo talento suficiente para eso.

—¿Cómo se lo tomó papá?

—Mal. A partir de entonces empezamos a distanciarnos.

—Papá se había enamorado de tu música...

—Creo que sí. Por eso nunca me perdonó que la abandonara. O no me lo perdoné yo. Sabíamos que yo había sacrificado algo muy importante para los dos.

—El corazón de vuestro amor...

Mamá me mira sorprendida.

—¡Exacto! Cómo se nota que eres escritora, Cleo. ¡Consigues condensar un mundo en cinco palabras!

—Será porque soy hija de una pianista.

—¿Cómo llevas tu libro?

—¡De maravilla! ¡Estoy muy contenta!

—¿Sabes? En parte he tomado esta decisión gracias a ti.

—¿Por qué?

—Verte tan creativa me ha animado. Cuando estás concentrada en el portátil, escribiendo tu novela, me recuerdas a mí misma a tu edad. Me sentaba frente al piano y se me pasaban las horas volando. ¡Era una sensación fantástica! Mi mente despegaba de la realidad y se perdía por universos de ensueño.

—Qué bonito. Ahora podrás volver a hacerlo.

—Sí. ¡Me muero de ganas! Aunque a veces me asalta el viejo temor de abandonar el trabajo en la editorial, que la música me enfrasque demasiado y me vuelva perezosa cuando tenga que echarme a la calle para seguir enfrentándome al día a día.

—No te preocupes por eso. Dios proveerá...

Mamá frunce el ceño, sorprendida de oírme decir eso.

—Tu padre decía lo mismo, ¿recuerdas?

—Sí.

Volvemos a quedarnos calladas. Me parece que el piano nos mira. Nos sonrío. De alguna forma mágica papá está en él. Ha regresado a casa. Y se quedará para siempre.

A través de la música que le hizo enamorarse de mamá.

—Parece mentira que sólo hayan pasado tres meses desde que nos encontramos con Draco y Serezán en la cueva de Paco el Sastre –dice Susana.

—¡El mundo ha cambiado para nosotras! –dice María.

—¡Y tanto! –conviene Aurora.

—Antes o después tenía que ocurrir –digo yo.

Estamos las cuatro sentadas en el sofá. En casa de María.

—Yo he roto con Jaime –dice Susana.

—Y yo con Santiago –dice Aurora.

—Yo me he apuntado al gimnasio. ¡Entre el ejercicio y la dieta he bajado trece kilos! –dice María.

—Pues yo me he liado con Lorenzo –digo yo.

Me miran con los ojos como platos.

—¡Lo sabía! –dice Susana.

—¡Cuenta, cuenta! –dice María.

Suspiro.

—¿Qué os puedo decir? Estoy en las nubes, resumiendo.

—¿Os habéis besado? –dice Aurora.

—¡Nos besamos todos los días! ¡A todas horas! Incluso cuando estoy escribiendo. Se sienta a mi lado y me besa el cuello y las orejas. ¡Ahora sé por qué le tenía tanta manía a mi osito de peluche! ¡Quería reemplazarlo!

Se ríen.

—¡Qué suerte tienes! ¡Me volvería loca si me pasase algo así! –dice Susana.

—¿Por qué nosotras no conseguimos ver a nuestro ángel de la guarda? –dice María.

—¡Eh, chicas! ¿Alguna se apunta a una partida de mus? –dice Pedro, asomando el careto por el vano de la puerta.

—¡Luego, luego! –dice María.

Pedro se encoge de hombros y se va a seguir jugando a las cartas con Toto y los mellizos. También ellos han cambiado. Pedro ha vuelto a jugar al baloncesto y casi ha recuperado la estupenda figura que tenía antes. Los

mellizos ya no se pelean y vuelven a frecuentar el taller de escultura de su padre, al que habían dejado de acudir. Y Toto ya no es un camorrista pependenciero, sino el tipo buenazo y generoso que siempre ha sido.

—¿Qué más cosas hacéis tú y Lorenzo...? —me pregunta Susana.

—¡No seas tan indiscreta, hija! —dice Aurora, aunque también a ella le muerde la curiosidad.

Roco se sienta a nuestros pies y se queda mirándome, pensativo, agitando las orejas. Le acaricio la cabeza.

—Cada vez que veo a Roco me acuerdo de Serezán —digo.

—¡Era una monada! ¡Tan rico! —dice María—. ¡La pena es que se marchase en seguida! ¡Sería feliz si hubiera podido llevármelo a casa!

—No cambiéis de conversación —dice Susana.

—¡Mira que eres chismosa! —dice Aurora.

—No pasa nada —digo yo, condescendiente.

No me molesta hablarles de Lorenzo. Me gusta compartir con ellas lo que me está pasando. Siento que les hace bien. Les enseña otra cara de la realidad. La realidad invisible, como dice Lorenzo. A la que yo puedo acceder porque soy muy especial, según él.

Tu padre te ha puesto en contacto conmigo, me dijo ayer.

Pero cuando papá y yo hablamos en el salón nunca mencionamos a Lorenzo. Papá me pregunta por las cosas más cotidianas: mamá, los estudios, la vida en el Garcilaso de la Vega.

Le alegró mucho que mamá y yo fuésemos juntas al cine. Algunas veces nos ponemos a filosofar. Hablamos del amor, del paso del tiempo, del destino. Ahora que mamá ha quitado el sillón orejero para poner el piano papá aparece sentado al piano. Le encanta el piano. No para de acariciarlo y olerlo.

El piano de mamá huele a canela, dijo un día. ¡Él siempre ha confundido los olores!

Me pregunto cómo ha podido ponerme en contacto con Lorenzo. ¿Qué relación hay entre ellos? A veces me tienta preguntárselo. Pero sospecho que papá no quiere tratar esos temas. Desde que murió ha cambiado. Se ha vuelto más normal. Es extraño. Como espíritu se comporta como el padre que yo quería tener. Comprensivo, paciente, cariñoso. Nunca menciona la Biblia ni me suelta los sermones de antes.

Y en cambio mamá ahora es la madre mágica que antes no tenía.

La vida y la muerte juegan una caprichosa partida de ajedrez con las

personas.

Cuando termino de satisfacer la curiosidad de mis amigas, merendamos el bizcocho casero que nos ha preparado mamá, acompañado con coca—cola. No me puedo creer que en una reunión con mis amigos no haya porros ni alcohol. ¡Todos estamos sobrios, lúcidos! Conscientes...

María toma una porción pequeña.

—Sólo para probarlo —dice.

Carlos se conforma con una coca—cola. Su régimen es aún más estricto. Carlos se machaca todos los días en el gimnasio y ha perdido un montón de peso. Su barriga ya casi no se nota y se está poniendo muy fuerte. Dentro de poco estará tan musculoso como Toto.

—¡Está delicioso este bizcocho de tu madre, Cleo! —dice Jesús, que ha dejado de ser el chico de los pasillos y se ha vuelto muy participativo y entusiasta.

—¡Ya ves! ¡Tu madre es un tesoro! —dice Pedro.

Eso mismo creo yo, me digo, orgullosa.

Luego vemos en la pantalla gigante de María la película Matrix, a los chicos les encanta. Cuando termina nos ponemos a jugar al Trivial, por parejas: los mellizos, Susana y María, Toto y Pedro, Jesús y Carlos, Aurora y yo. Pedro no para de hacer bromas y contar chistes. Roco se une, ladrando, a nuestras carcajadas. El juego está de lo más reñido. Aurora y yo podemos desbancar de la primera posición a Jesús y Carlos.

Entonces suena mi móvil. Es mamá.

—Hija, ha ocurrido una desgracia...

Contengo la respiración.

—Ha muerto una alumna de papá. Acaba de llamarme su madre.

—¿Quién?

—Alicia.

Se repite la historia de un año atrás. El mismo tanatorio. La misma capilla ardiente. La misma muerte. Los médicos han ofrecido el mismo diagnóstico científico. Muerte súbita. Alicia se ha marchado de este mundo en la cama, mientras dormía.

Los pensamientos se amontonan en mi mente. Como en un carrusel pasan las imágenes de este año en el que el tiempo parece haberse atropellado a sí mismo.

Mi cumpleaños me ha pasado desapercibido. Y el viaje a Venecia con mamá. En el libro de mi vida que estoy escribiendo sólo tienen cabida los sucesos que me conectan con la realidad invisible. Ni mi cumpleaños ni el viaje a Venecia son significativos. Han sido desplazados por Ganivet, Rigo, Clarisa, el vampiro, Sirena, Lorenzo, Manuel, Kurt, Apal, Unamuno, Daniela, el piano, Serezán, la transformación de mis amigos o esta muerte de Alicia que casi me golpea tanto como la de papá.

Ambas muertes están relacionadas. Detrás de ellas presiento una poderosa fuerza oscura que se cierne sobre mí como una tormenta en alta mar.

Papá, el ángel caído, dejó este mundo un año atrás. Y ahora lo sigue Alicia. La chica que hablaba con las palomas. Y tocaba el piano, como mamá. La islandesa enigmática que acompañaba siempre a Blanca y sabía cosas que se resistía a desvelar.

¿Por qué apareció en la Pedriza cuando nos dirigíamos por primera vez a la cueva de Paco el Sastre? ¿Y por qué acudió en mi ayuda cuando más la necesitaba, el día en que Rigo me impedía socorrer a mi madre?

Presiento que a mi alrededor se está desarrollando la pugna ancestral entre el bien y el mal. Entre ángeles y demonios. Esas criaturas espirituales que son una proyección humana, según Lorenzo.

De pronto Maiden brota en mi pensamiento con renovada fuerza. ¿Qué relación guarda él con este drama en el que mis amigos y yo nos vemos involucrados?

Ojalá Serezán estuviese aquí, a mi lado. Y Julián. Necesito su luz. Y su consejo.

Estamos en peligro. Todos.

Me veo estrechando manos, saludando a conocidos, envuelta en el ambiente de duelo que impregna esta estancia donde nos hemos reunido para despedirnos de Alicia.

Los padres de Alicia son bajitos y rechonchos. Me sorprenden. Tan corrientes. ¿Cómo podía ser Alicia su hija? No parecen tener nada en común. Ni en el físico ni en la forma de ser. Les doy el pésame, torpemente. Luego me junto con mis amigos, que también han acudido a la cita. Susana, Aurora, María, Toto, Jesús, Pedro, los mellizos, Carlos. Sólo falta Roco, que está afuera. A veces escuchamos sus ladridos.

Ninguno habla. Estamos absortos, serios. Como si esta muerte nos afectase más de lo normal.

Deambulo por la sala, sintiéndome ida.

—Hola —me saluda alguien.

Levanto la cabeza. Es Blanca. Enfundada en uno de sus vestidos blancos. Dulce, angelical. Con sus ojos rasgados de color esmeralda que emiten destellos.

—La ha matado, como a tu padre... —dice su voz de flauta.

Siento que las piernas me flaquean. Sus palabras resuenan en mi cabeza.

La ha matado, como a tu padre.

No puede ser cierto. Blanca no puede haber dicho eso.

—¿Quién?

—Él...

No, han sido imaginaciones mías. Blanca no está frente a mí, sino a unos metros de distancia, sentada en una silla, encogida, abstraída. Me acerco a ella.

—¿Blanca?

Se endereza. Sus ojos me traspasan.

—Yo soy la siguiente —dice.

Me quedo mirándola, fría.

—Tú puedes impedirlo, Cleo.

—¿Cómo?

Necesito hablar con ella. Pero Rigo me aparta de su lado, con firmeza, tirándome del brazo, y me deja anclada en un rincón, sola, incapaz de moverme.

Desde aquí veo cómo el alféizar de la ventana se llena de palomas. Y comienzan a sonar unos acordes de piano. Es una composición que conozco.

Mamá me ha hablado de ella. Es la música que ella interpretó en el concierto benéfico del Garcilaso de la Vega. Que despertó el amor de papá. Una sonata de Beethoven.

Claro de luna.

Sé que las palomas y la música representan la mágica despedida de Alicia. Y siento en todo mi ser, aun estando controlada por Rigo, que esa música y esas palomas de Alicia entrañan un mensaje de esperanza.

Miro a Lorenzo. Su cuerpo invitador, cargado de vida, de promesas, de juventud. Como el tesoro de una isla solitaria y perdida en el mar. Que yo puedo desvalijar. Igual que una pirata voraz.

Su anatomía de escultura en movimiento cede levemente bajo la presión de mis manos. Esta perfección tersa y fragante se me ofrece por entero. ¿Cómo puedo tener yo derecho a tanta belleza? ¿Cuáles son mis méritos? ¿Qué me hace especial?

Acaricio los ángulos que forman las alas en su espalda. Y me veo besándole los ojos, el pelo, las manos.

—Me gusta verte salir desnuda de la cama —dice.

Su aliento es una brisa que serpentea por mi rostro. Puedo perderme en sus pupilas durante horas. Lorenzo me reinventa. A su lado soy sirena, alpinista, escorpión.

—¿Te gusto?

—¡Me encantas, Cleo!

Me siento en el suelo, flexiono las piernas y me las abrazo, enfurruñada.

—¿Qué te pasa, joyita?

—No me puedo creer que te guste.

Lorenzo se sienta a mi lado y posa su mano en mis rodillas.

—¿Por qué piensas eso? ¿No ves cómo te deseo? ¡Me vuelves loco!

Su voz suena sincera. Y su actitud lo es. Sus ojos no mienten. Y sus manos tampoco... Pero la imagen que me muestra el espejo del pensamiento dice otra cosa.

—¡Soy un palo de escoba! —exclamo, pensando que ninguna mujer puede estar a la altura de un ángel, por bella que sea.

Lorenzo se ríe.

—Pues debes de ser la escoba de una bruja, porque me hechizas...

Comparo nuestros cuerpos. Cuando estamos en los momentos íntimos me gusta quedarme en ropa interior, puesto que él tiene su taparrabos de plumas. ¡Me siento tan poca cosa cuando veo mi cuerpo al lado del suyo!

Lorenzo se ha propuesto curar mis complejos. A veces me pide que

desfile delante de él, como una modelo. Y se ha empeñado en que duerma desnudita, como dice él, para quedarse mirándome cuando entro y salgo de la cama. ¡Al principio me moría de la vergüenza! Me ponía roja como un tomate. Temblaba como un flan. Y mis movimientos se volvían torpes.

Lorenzo es un desafío constante para mí. Cuando estoy desfilando y él se queda ahí sentado, con los brazos cruzados, recostado en sus alas, sonriendo con picardía, parece el jurado de un concurso de belleza que yo aspiro a ganar.

Con todo esto me he vuelto más coqueta. Más consciente de lo que soy. De la expresividad de mi cuerpo. Y estoy adquiriendo seguridad en mí misma. Aunque no dejo de pensar que Lorenzo hace estas cosas por compasión, no porque realmente me desee.

—Ven... —dice, atrayéndome suavemente hacia él.

Besarlo es adictivo. Me olvido de todo. ¿Qué significa este placer intenso que me rapta? Desde que lo probé no puedo renunciar a él. Lo demás se vuelve tan insignificante...

El sabor de Lorenzo sacia un hambre de mi interior que desconocía. Que sólo él puede enseñarme. Esta locura que explota entre nosotros no abarca únicamente a los sentidos. Tira de algo que está enterrado, mucho más hondo, inaccesible a los sentidos. Es una caña de pescar que atrapa un pez de oro, precioso.

El pez de mi felicidad.

—Te quiero —jadeo, con la piel de gallina.

Sus manos grandes y firmes vuelven a reinventarme, deslizándose por mi cuerpo, sin dejar ningún rincón sin explorar, adorándome por entero.

—Eres una mujer increíble, Cleo.

¿Lo soy? Quizá sí. Desde que él está a mi lado.

Me deslizo sobre mi tesoro, suspirando. ¡Quiero saquearlo! Ser salvaje. Dejarme llevar. Cuando Lorenzo me toca me olvido de todo. No necesitamos nada más... Pero debo conseguir que ese sentimiento no cambie cuando estoy sola y veo mi imagen reflejada en mis pensamientos. Tengo que llegar al punto en que el único espejo que me sirva sean sus ojos.

—Los cánones y estereotipos no tienen sentido en el amor, Cleo.

—¿Por qué?

—El amor mira con los ojos del alma. Por eso un suspiro tuyo puede excitarme más que la forma femenina más perfecta.

Sus palabras me hacen sentir una profunda alegría.

—Todo está relacionado —digo, involuntariamente.

Lorenzo se aparta de mí, sonriendo.

—¿A qué te refieres?

—A lo de siempre...

Asiente. Sabe qué es lo de siempre.

—Tú me das fuerzas.

—¿Vas a hacer algo?

—Sí, pero no sé por dónde empezar.

—Por lo más difícil.

—¿Qué es lo más difícil?

Lorenzo me sostiene la mirada. Al zambullirme en sus ojos azules, se despejan mis dudas.

—Tú tienes la respuesta —dice.

Quizá sea así. Pero necesito descubrirla a través de él.

Nos abrazamos.

—Lo que más temo, desde que te conozco, es...

—¿El qué?

Me asalta una oleada de vértigo.

—Encontrarme con él.

—Maiden... —dice Lorenzo.

Escucharle a él pronunciando ese nombre terrible es como un exorcismo.

—¡Le tengo miedo, Loren! —exclamo, estrechándome contra su pecho fuerte.

Lorenzo se ríe.

—¡Entonces no lo dices más!

—¿Qué quieres decir?

—¡Vamos a por él!

—¿Los dos?

—¡Claro que sí!

Sonrío y me separo de él para volver a mirarlo a los ojos.

—Si estamos juntos podremos vencerlo —digo.

—¡Lo aplastaremos!

Suspiro.

Maiden está detrás de lo que nos sucede. Por eso tengo pesadillas con él todas las noches desde la muerte de Alicia.

Lo veo como un lobo que se come las palomas y cambia el Claro de luna por una lúgubre melodía de órgano antes de echar a volar transformado en

halcón negro...

—Estoy exagerando mis pesadillas.

—Los sueños son importantes, Cleo. A través de ellos nos habla el inconsciente, revelándonos verdades a las que no podemos acceder de forma consciente.

Miro a Lorenzo con temor.

—¡Pero puedo estar equivocada!

—No pierdes nada...

—¿Cómo lo hago? ¿Me planto delante de él y le digo: Creo que eres un demonio encarnado? ¿Simplemente porque lo he soñado?

—Sabes que Maiden no es normal.

—¡Es un triunfador! ¡Todo el mundo lo admira! ¡Sale en la tele! ¡Tiene clubs de fans!

Lorenzo frunce el ceño.

—Has visto algo más esta noche, ¿verdad, Cleo?

Asiento, mordiéndome las uñas. Mientras dormía me asaltaron unas visiones terribles. Mis amigos y yo estábamos en la cueva de Paco el Sastre. Disfrazados. Tomando un brebaje verde. En un obscuro baile en el que también participaban Maiden, sus padres, Tacho, Jaime, Santiago y otras personas que no conocía.

Por alguna razón en el sueño yo sabía que ellos eran los miembros de los Ángeles del Infierno. Demonios encarnados...

Al despertarme llamé a todos mis amigos para contarles el sueño. Ninguno recordaba haber visto a Maiden y a los otros en la cueva.

—Las apariencias engañan, deberías saberlo.

—¡He estado súper enrollada con él! ¿No lo entiendes? Si mi sueño es real, ¿cómo pude estar tan ciega?

—No estabas más ciega que todos los demás, puesto que Maiden es un tipo muy popular, tú misma lo has dicho.

—¡Es imposible que vivamos tan engañados!

—¿Por qué? Hoy en día lo único que cuentan son las apariencias. Maiden no tiene verdaderos amigos, no despierta simpatías, es frío y despótico, pero

eso a la gente le da igual. Lo respetan y lo admiran por lo que ha conseguido. ¡Es una figura de la televisión! Tiene un deportivo impresionante y viste trajes de alta costura. Tan joven... ¿Qué más se le puede pedir? Si fuese el mismo Diablo seguirían venerándolo.

—El problema es que eso es precisamente lo que he visto esta noche, Loren. ¡Que es el mismo Diablo! ¡La encarnación del Mal!

—Bueno, por lo menos tú te has dado cuenta. Siempre hay uno que ve la luz. Por eso existe la figura legendaria del Mesías.

—¡No digas bobadas! ¡Yo no soy una Mesías!

—¿Por qué no? Ése era precisamente el mayor deseo de tu padre. Quería que abrieras los ojos al resto de la juventud. Para que los jóvenes de hoy en día no malogren su vida y dejen de adorar a falsos ídolos dejándose llevar por las apariencias.

—¿Cómo sabes tú eso?

Lorenzo se encoge de hombros.

—¿Porque soy un ángel, quizá?

—¡Estoy hecha un lío!

—Confía en ti. En tu intuición. En la verdad que se oculta en tus sueños. En tu fuerza personal.

—¡Sería tan absurdo! La realidad siempre resulta mucho más previsible.

—En la superficie.

Me froto el pelo. Me siento desquiciada.

—No sé por qué te sorprende tanto. Ya has comprobado que los ángeles existen. Has conocido a Julián, a Serezán, me ves a mí todos los días. Y en la cueva estaba ese demonio, Draco, y los espíritus de otros demonios y las almas de las víctimas...

—¡Pero Maiden es un chico de carne y hueso! ¿Hay ángeles y demonios encarnados?

—¿Por qué no? ¿Nunca has conocido a una persona que te ha parecido demasiado bondadosa o malvada para ser normal?

Pienso en Alicia. En Blanca. En papá...

Papá muchas veces me adivinaba el pensamiento. Y tenía otras cualidades sobrehumanas.

De pronto un recuerdo me golpea.

—¿Sabes? Cuando era muy pequeña pasó algo...

—¿Sí?

—Se suponía que papá estaba dando clase en el instituto. Y sin

embargo...

Al ver que me emociono, Lorenzo me abraza.

¡Se me han puesto los vellos de punta!

—¿Qué...?

—Mamá estaba preparando la comida y me mandó a comprar el pan, quería que me acostumbrase a cruzar la calle sola. Yo me sentí importante. Era la primera vez que iba a hacer un recado. Sabía que cruzar la calle era algo muy serio. Papá me repetía siempre que mirase a los dos lados. Estaba tan concentrada en seguir su consejo que miré un buen rato para asegurarme de que no venía nadie. Pero yo era una niña muy atolondrada. Cuando me llamó una amiga, retrocedí sobre mis pasos, olvidándome de que no estaba en una zona peatonal, y eché a correr para reunirme con ella.

—Sin mirar a los lados. Y en tu calle los coches pasan a toda velocidad...

—Justo en ese momento pasó un camión muy alto. El conductor no me vio retroceder. ¡Me habría aplastado!

Me pongo a llorar.

¿Cómo me he podido olvidar de eso hasta ahora?

Quedó enterrado en mi memoria.

—¿No te pasó nada?

—En el último momento aparecieron unos brazos para arrancarme de las ruedas del camión.

—Tu padre...

—¡Sí! ¿Cómo podía estar allí y en el instituto al mismo tiempo? Claro que yo era demasiado niña para pensar en ello. Además papá y yo sellamos un pacto de silencio. Me dijo: No se lo cuentes a mamá. Será un secreto entre nosotros.

—Y tú, naturalmente, le obedeciste.

—Claro, no quería que mamá me regañase por haberme descuidado.

Nos quedamos callados. Yo he dejado de llorar. Y veo, una y otra vez, la imagen de ese atropello mortal que papá evitó milagrosamente.

—¿En qué piensas?

—Mi padre tenía poderes, Loren. Y yo estaba tan embobada con mis tonterías juveniles que no supe darme cuenta. Si hago memoria puedo encontrar un buen puñado de sucesos que no fueron fortuitos...

—¿Intervenciones salvadoras de tu padre?

—¡Sí, en mil detalles! Él no sólo tenía la capacidad de impedir que hubiese accidentes domésticos en casa. ¿Por qué nunca jamás lo vi discutir

con mamá?

—¿Contigo tampoco discutía?

—No. Simplemente le hería mi indiferencia. Ni siquiera me reprendía cuando yo le dedicaba palabras ofensivas.

—Eso no es bueno. Los padres deben hacerse respetar.

—A eso me refiero. Quizá iba en contra de su naturaleza mostrarse...

—¿Beligerante?

—Eso mismo. Todo él era paz y serenidad. Como Alicia y Blanca.

Suspiro. Un presentimiento desconcertante se abre paso en mi corazón.

—¿Crees que mi padre era un ángel encarnado?

Lorenzo contesta sin dudar.

—Sí.

—¿Así, sin más? ¿Vivimos rodeados de ángeles y demonios sin darnos cuenta? No me puedo creer que sea la hija de un ángel encarnado y que me dé cuenta de ello ahora, cuando él está muerto y enterrado y yo no puedo hacer nada para remediar la indiferencia y el desamor con los que lo traté simplemente por lo que era... Porque era un padre demasiado bueno, que no se ajustaba a la imagen que yo esperaba de él.

—Trozamos en la misma piedra. Las apariencias.

—Quizá si papá hubiese sido un triunfador frío y despótico, como Maiden, yo lo habría querido más.

Me entristece llegar a esta conclusión.

—¡Dios mío! ¿En qué mundo vivimos? —digo, sintiéndome desorientada.

—En un mundo enfermizo en el que ignoramos a los ángeles y ensalzamos a los demonios...

—... porque los demonios son los reyes de la imagen.

¡Qué locura!

Me pongo el portátil en el regazo.

—¿Vas a escribir?

—¡Lo necesito, Loren!

¿Por qué será que sólo cuando escribo me reencuentro conmigo misma? Para clarificar la identidad de Maiden debo ponerme a engarzar las palabras. A crear. Así trazo un camino que une los sueños y la realidad.

¿Cómo se puede desnudar a un demonio? ¿Cómo se puede conseguir que renuncie a la máscara que nos engaña, a esa apariencia suya que nos ofrece una imagen deseable, y se muestre tal como es?

¿Qué es un demonio? Es la maldad hecha carne. Mezclada con nuestros sentimientos.

Eso es Maiden. Y yo debo demoler su edificio de mentiras. Es mi destino. Mi padre así lo ha querido. Él, que es un ángel caído. Una víctima de la indiferencia y el desamor, que se han colado en su propia casa. En su propia hija.

Tengo que nadar contracorriente. Estrellarme contra el muro de falsedad que a todos nos ciega. Sacar a relucir los demonios que nos dominan. Y reivindicar el papel de los ángeles que desdeñamos.

Sin embargo ahora que estoy frente a Maiden no sé qué decir y mi sueño me parece estúpido. Lo único que se le puede reprochar, realmente, es que sea engreído y altanero. Pero la mayoría de los triunfadores lo son. Y ello no los convierte en demonios.

Necesito ayuda, me digo, angustiada.

—¿Por qué has querido quedar conmigo otra vez? ¿No se supone que hemos roto?

Su voz cortante me da escalofríos. Estamos sentados en un banco del parque. Solos... Temo que me haga daño. ¿Por qué Maiden me da tanto miedo desde que Lorenzo ha aparecido en mi vida? Se supone que mi ángel de la guarda y yo formamos una fuerza invencible. Hemos conseguido que Rigo casi no se manifieste. Hemos rescatado a mamá. Hemos prendido fuego a la cueva de Paco el Sastre. Y hemos sacado lo mejor de mis amigos. Gracias a que yo vuelvo a sentirme niña...

El mal sigue suelto, Cleo. Por eso ha muerto Alicia. Igual que tu padre...

De acuerdo. Pero... ¿Por qué Maiden? ¿Tan importantes son los sueños?

Los sueños nos enseñan la realidad invisible.

Maiden hace ademán de levantarse. Mi silencio es una ofensa para su orgullo.

—Espera un momento, por favor.

¡Dios mío! ¡Yo sola no puedo enfrentarme a él! Deseo con todas mis fuerzas que acuda en mi auxilio una ayuda sobrenatural. Poderosa. La de un ángel. Pero no uno cualquiera. La fuerza de Lorenzo, en este caso, resulta insuficiente. Él ha nacido de mí, sólo abarcaba mi ámbito personal, y como mucho puede expulsar a Rigo de mi lado.

Tampoco Julián me sirve, puesto que él actúa en la distancia, como un ajedrecista que mueve las piezas. Debe comparecer un espíritu batallador...

¡Serezán!

En cuanto pronuncio su nombre mentalmente, Serezán se materializa ante nosotros. Con sus rizos rubios. Sus ojos de color azafrán. Sus alas infantiles. Y su precioso cuerpo de muñeco.

Me asalta una oleada de intensa alegría. ¡Los ángeles acuden si los invocamos con la suficiente intensidad! ¡Con fe!

Aquí está Serezán. Es un milagro. ¡Si ha sido capaz de destruir a Draco a bocados, a través de Roco, podrá someter a Maiden!

Los miro, expectante.

Serezán sonríe, confiado. Como si enfrentarse a lo que yo más temo fuese para él un juego de niños. ¿Es acaso superior un ángel errante a un demonio encarnado? ¿Hay una jerarquía en el mundo de los espíritus y las identidades metafísicas?

Serezán levanta su manita hacia Maiden y dice:

—¡Muestra tu verdadera faz, ser sin alma!

Maiden, que se había quedado paralizado, se pone a temblar. A cada sacudida de su cuerpo se va transformando, hasta quedar reducido a un ser aún más pequeño que Serezán, de un aspecto insignificante y desagradable. Una especie de duende grotesco y feo, negro como el carbón, que no alcanza los dos palmos de altura.

Serezán se ríe.

—Así es el gran Maiden en su interior —dice.

—¡Devuélveme mi apariencia! —replica el demonio con una voz aguda, de pito.

Serezán sigue riéndose.

—No lo haré hasta que enseñes a mi amiga tus prodigios. ¡Revélaselos, gran Maiden, para que sepa de lo que eres capaz!

El demonio parpadea, confundido. ¿Qué prodigios puede hacer esa criatura insignificante?

Serezán lee mis pensamientos.

—El verdadero aspecto de los demonios es insignificante, pero el poder que tienen en vuestras vidas es grande, Cleo. Dale la mano a Maiden y lo comprobarás.

Así lo hago, temerosa. En cuanto toco la ridícula mano del demonio me traslado a otra realidad. La invisible. Retrocedo en el tiempo. Veo a papá tumbado en la cama. El demonio está a su lado, chupándole el aliento. Luego veo a Alicia. Y a otras personas que no conozco. El demonio les chupa el aliento mientras duermen.

Entonces me despierto bruscamente.

—Eso es lo que los médicos, en su ignorancia, llaman muerte súbita, Cleo —dice Serezán con dulzura.

Me siento conmocionada.

—¿Qué significa?

—Tú misma lo has visto. Maiden y los que son como él, los demonios encarnados, se dedican a chupar el aliento a sus eternos antagonistas, los ángeles que toman cuerpo entre vosotros para tratar de mostraros la luz. Porque vivís tiempos sin fe, en un mundo de apariencias, entre ángeles caídos y demonios triunfantes.

Rompo a llorar. Luego, sintiéndome poseída por el odio, agarro al demonio y le arranco la cabeza con saña.

Epílogo

Encontraron a Maiden en el parque, con la cabeza separada del cuerpo, de una manera atroz, sobrehumana, que la investigación policial no pudo aclarar. Pero aún quedan otros demonios entre nosotros. Jaime, Santiago, Tacho... Y yo no tengo fuerzas para acabar con ellos.

Cuando volví a casa, después de confrontar la verdadera faz de Maiden, supe que todo había terminado. Desde entonces no he vuelto a ver a Lorenzo, Rigo, Serezán... ni a papá.

Julián tenía razón.

—Ahora debes olvidar para no volverte loca —me dijo, cuando apareció a mi lado mientras yo esperaba el ascensor.

Y añadió, antes de desaparecer para siempre:

—Gracias por ayudarme a vengar la muerte de tu padre.

Tras esas experiencias traumáticas se puede decir que he vuelto a nacer. Hace tiempo que no bajo a Madrid, la vasta metrópoli, para vivir aventuras y que mis amantes me cuenten su historia clandestina.

Ya no me siento cazadora de historias ni coleccionista de amores. A duras penas evoco los amores pasajeros de mi vida: Sirena, Manuel, Unamuno, Kurt, Clarisa, Apal y Sancha, el vampiro, Ganivet y otros de cuyo nombre no puedo acordarme.

Ayer fue mi primer día en la universidad. He conocido a un chico. No se parece a mi ángel de la guarda. Pero creo que puedo enamorarme de él...

Fin